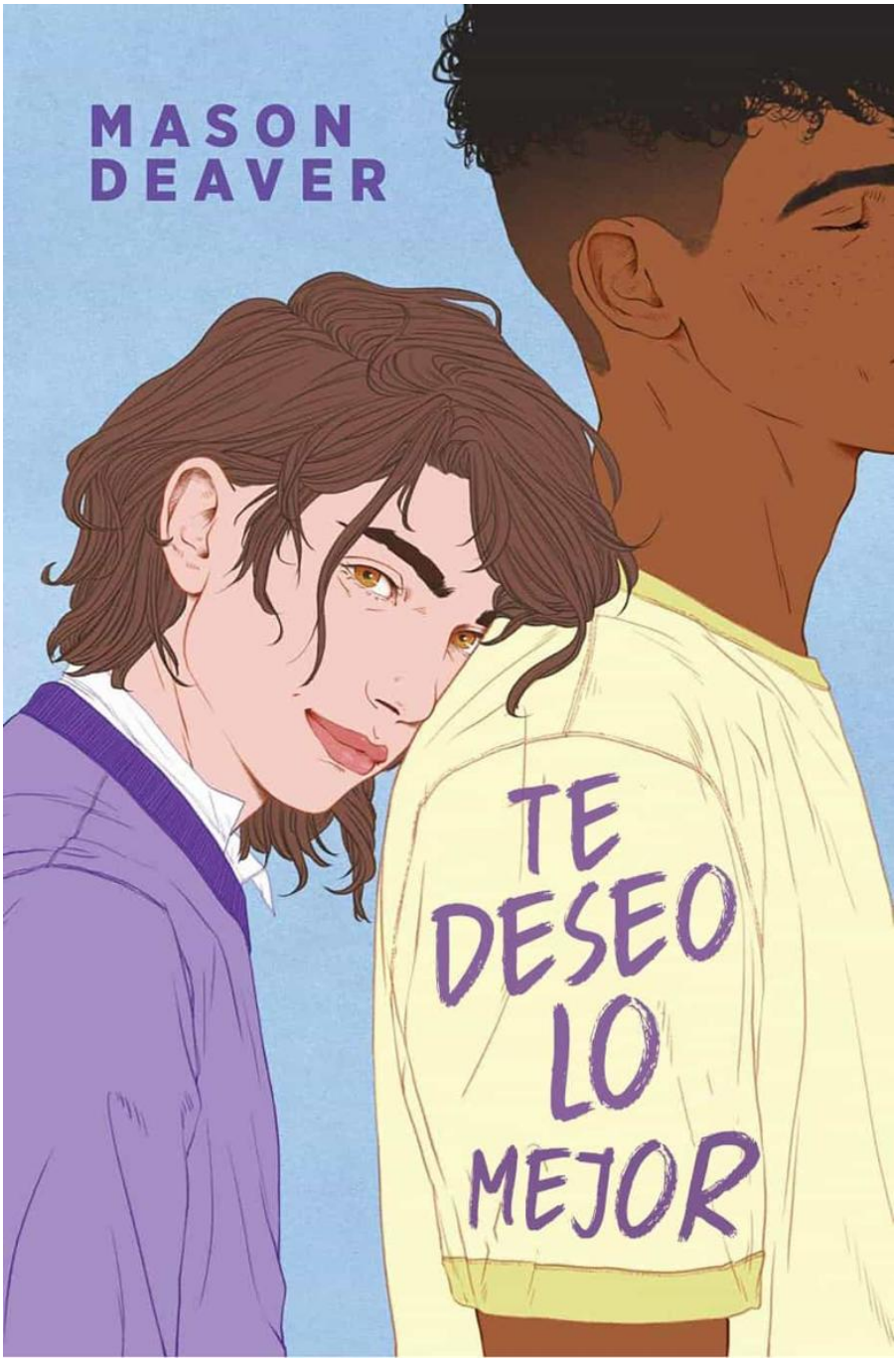
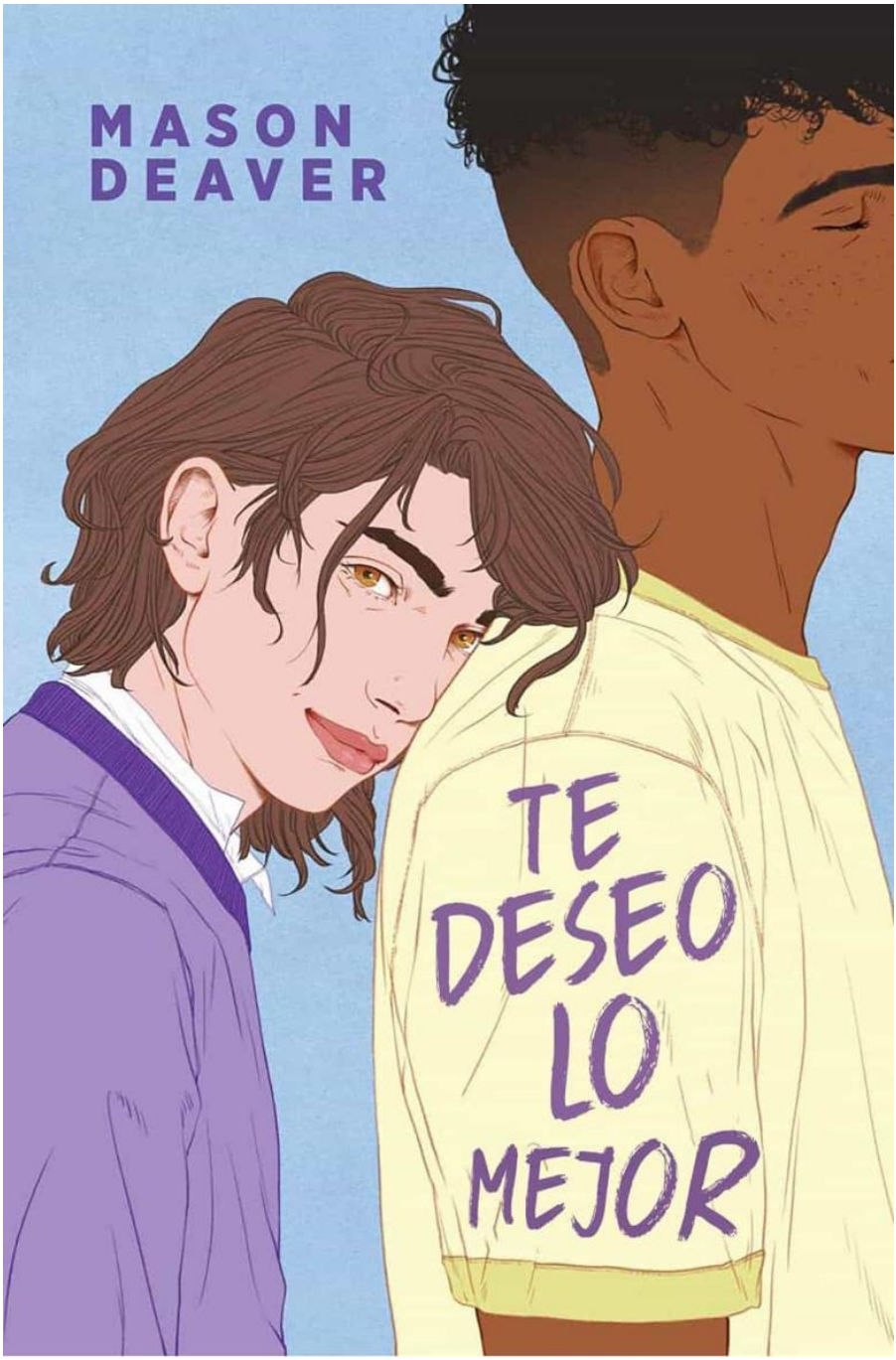
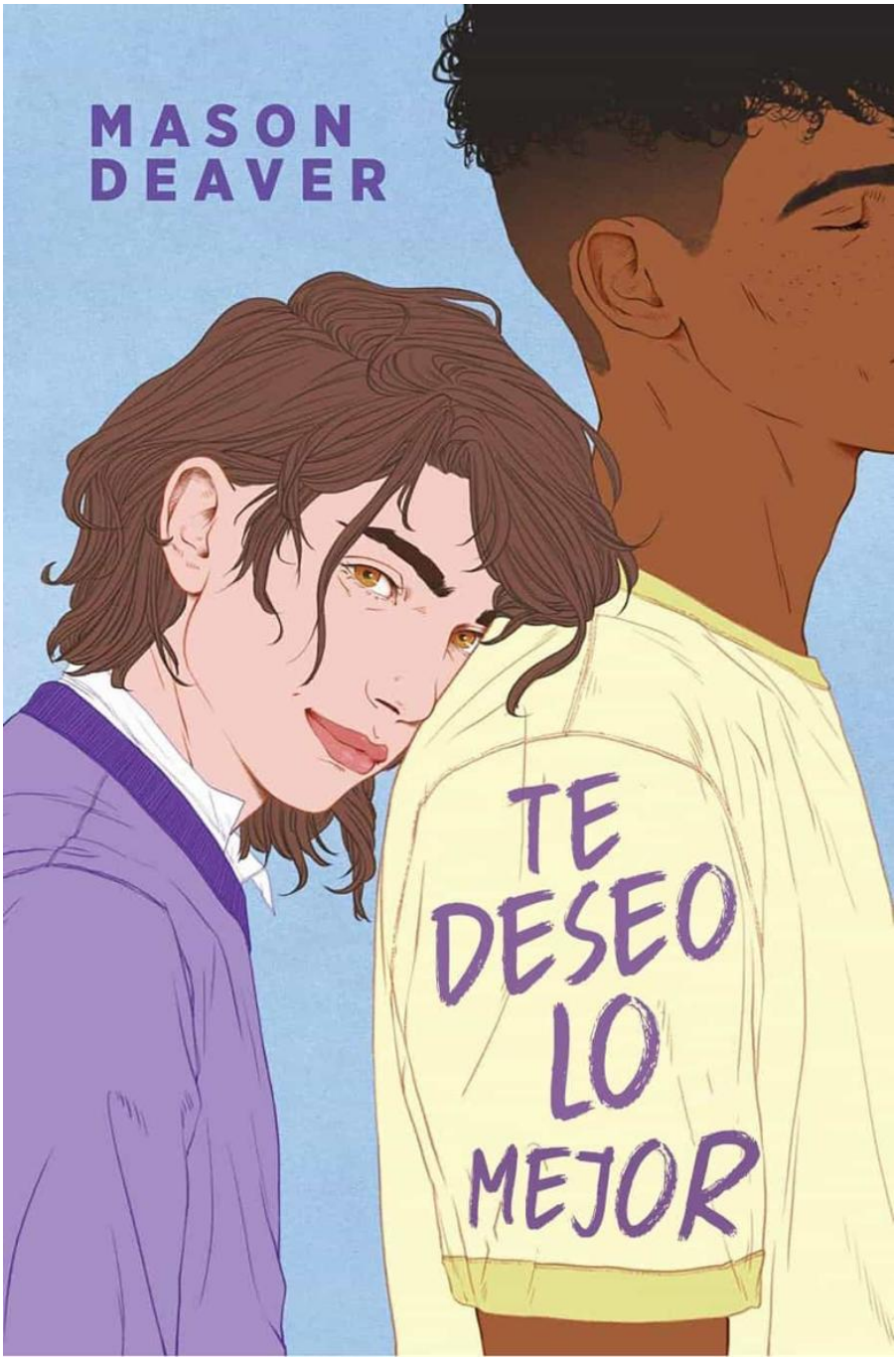
Te deseo todo lo mejor

Mason Deaver


MASON
DEAVER
TE
DESEO
LO
MEJOR


MASON
DEAVER
TE
DESEO
LO
MEJOR


MASON
DEAVER
TE
DESEO
LO
MEJOR

MASON DEAVER

TE DESEO LO MEJOR

TRADUCIDO POR LIBROS LGBT

Para Robin, que estuvo allí desde el principio

MASON DEAVER

TE DESEO LO MEJOR

TRADUCIDO POR LIBROS LGBT

Contenido

Título

Dedicatoria

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Epílogo: Tres meses después

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

UNO

—Ben, cariño, ¿te sientes bien?

Mamá me quita el plato de delante, con la mayor parte de mi cena todavía en él, sin tocar. Había dado uno o dos bocados antes de que cayera en mi estómago como una roca y el poco apetito que había tenido al principio desapareciera.

—Sí, estoy bien—, le digo. Siempre es más fácil decirle eso. Es mejor que hacerla sacar el termómetro y todos los frascos de medicamentos que tenemos en el armario. —Sólo tengo muchas cosas en la cabeza.

Allí. No es una mentira *total*.

—¿Escuela?— Papá pregunta.

Asiento con la cabeza.

—No te estás quedando atrás, ¿verdad?

—No, es que están pasando muchas cosas—. De nuevo, no es una mentira total. ¿Es realmente una mentira si sólo estoy ocultando cierta información?

—Bueno—, empieza mamá. —Siempre y cuando mantengas tus cali icaciones. ¿Cuándo llega tu boletín de notas?

—La próxima semana—. Será todo un As, excepto en inglés, que probablemente me gane un “No estamos enfadados, sólo decepcionados”.

—¿Seguro que te sientes bien? Sabes que estos cambios de temperatura siempre te han afectado—. Mamá se acerca de nuevo a mí y me aparta el pelo de la frente. —Sí que tienes un poco de calor.

—Estoy bien—. Le quito la mano. —Lo prometo, sólo estoy cansado.

Y creo que eso es su iciente para ella porque me da una pequeña sonrisa.

—Está bien—. Sigue mirándome ijamente mientras se aleja. —

Deberíamos programar un corte de pelo, se está poniendo demasiado largo en la parte de atrás.

—De acuerdo—. Sorbo un poco de agua para darme algo que hacer.

—¿Les dije que Gabby Daniels tuvo que abandonar la presidencia del Club de Arte?

—No, ¿pasó algo?— Mamá pregunta.

—Creo que era demasiado para ella, está en todos los clubes de la escuela. Pero eso signi ica que puedo sustituirla.

—¡Oh, cariño, qué bien!— dice mamá desde el fregadero, lavando los platos antes de meterlos en el lavavajillas. —¿Vas a tener que hacer algo extra para el club?

—Se trata sobre todo de organizar eventos y viajes. Ya estaba cubriendo a Gabby en la mayoría de las reuniones, así que no será muy diferente.

—¿Seguro que no interferirá con los estudios?— interviene papá, con una mueca en la cara. —Recuerda nuestro acuerdo: Si tus notas bajan, tienes que dejarlo.

—Sí, señor—. Puedo sentir esa ligera presión en mi cerebro, como si algo se apretara más contra mi cráneo. Miro a mamá, esperando que diga algo, pero no lo hace. Se limita a mirar al suelo como suele hacer cuando papá se pone así. —Lo sé.

Papá suspira y entra en el estudio, mientras yo recojo los últimos platos de la mesa y los llevo a la encimera, antes de sacar el tupper

para guardar las sobras.

—Gracias, cariño—. Mamá no levanta la vista de los platos.

—No hay problema—, le digo. —¿Qué tal el trabajo?

—Oh, ya sabes—. Se encoge de hombros. —El Dr. Jameson sigue pasándome su papeleo en lugar de hacerlo él mismo.

—¿Haciendo su propio papeleo?— Me burlo. —Qué concepto.

—¿Verdad?— Mamá se ríe y me mira con los ojos muy abiertos. —

Un día juro que le voy a echar la bronca.

—¿No me dices que nunca queme los puentes?

—Sí, es cierto. Pero yo soy el adulto aquí, y puedo hacer lo que quiera —. Mamá se ríe para sí misma y deja los platos a un lado. —

Entonces, ¿qué has hecho hoy?

—Nada en realidad. Dibujé un poco, trabajé en algunos proyectos que se deben entregar después del descanso, nada demasiado emocionante —. De nuevo, solo reteniendo información.

La mayor parte de mi día consistió en lipar absolutamente con lo que estaba a punto de hacer, volver a ver vídeos en YouTube sobre cómo lo hacía la gente, releer viejos mensajes de Mariam y casi vomitar el sándwich de mantequilla de cacahuete que había hecho para comer.

Ya sabes, lo típico, lo cotidiano.

Mamá pone los últimos platos en la rejilla de secado justo cuando estoy apilando los tuppers en la nevera. —¿Seguro que estás bien? No has comido nada raro, ¿verdad?—. Mamá se acerca a tocarme la frente de nuevo, pero consigo evitarla.

—Lo prometo, estoy totalmente bien.

Mentiroso.

—Si tú lo dices—. Mamá dobla cuidadosamente los paños de cocina junto al fregadero. —¿Todavía te apuntas a la película?

—Sí, claro, estaré allí en un minuto.

—Quizá no nos haga ver *Solo en casa* por vigésima vez—, murmura mamá, creo que más bien para sí misma.

—Es un clásico—, bromeo, y ella me sonríe, cogiendo la bolsita de corteza de menta que hizo hace unos días, antes de desaparecer en el salón.

Cuando se ha ido, me inclino sobre el fregadero, preparándome por si surge la cena. Puedo hacerlo, todo va a salir bien. Todo va a estar bien y esto es de initivamente lo correcto. Conozco a mis padres, me conocen, merecen saber esto de mí también.

Y quiero decírselo, de verdad, de verdad.

Así que eso es exactamente lo que voy a hacer.

—Ben, tráeme las palomitas—, dice papá desde el estudio, y siento que mis entrañas se vuelven a agarrotar. Tomo la enorme tarrina de la encimera, la que tiene cuatro sabores diferentes que papá siempre compra en Navidad, y me dirijo al estudio, pero es como si mis pies estuvieran cubiertos de bloques de cemento.

Aquí todavía parece que es Navidad. Mamá y yo estamos de acuerdo en que la gente no aprecia lo su iciente estas iestas, así que ella suele dejar el árbol y los adornos hasta el primer día del año. No estoy segura de si otras familias lo hacen así, pero es mi favorita de sus costumbres de madre.

Ella ya ha decidido que *Elf* es la película para esta noche, excepto que no tenemos una copia, así que es mi responsabilidad encontrar algún lugar donde podamos alquilarla.

—Podemos ver *Lampoon* después—. Papá mastica un trozo de palomitas.

Después de explorar un poco, lo encuentro, introduzco los datos de la tarjeta de crédito de mamá y me acomodo. Es extraño, normalmente me encanta esta película, pero esta noche... Es casi irritante. Pero no creo que sea culpa de la película. Me siento incómodo, no importa cómo me siente, es como si tuviera que escapar de mi cuerpo de alguna manera.

Y luego la película llega a la extraña escena en la que el personaje de Will Ferrell está cantando con Zooey Deschanel mientras ella está en la ducha, y entiendo que se supone que su personaje es ingenuo o lo que sea, pero sigue poniéndome los pelos de punta.

—Eso sí que es una mujer—. Papá se ríe, dándose otro trozo de las palomitas cubiertas de chocolate. —¿Verdad, Ben?

—Claro—. Hago todo lo posible para actuar como si estuviera en la broma, aunque eso no podría estar más lejos de la verdad. Me pregunto si alguna vez se habrán dado cuenta de ese disfraz, si alguna vez han pensado que soy algo más que su hijo perfecto.

No me gusta mentirle.

O mamá.

Básicamente siempre estoy viviendo una mentira. No saben realmente todo sobre mí.

Y eso es lo que he estado trabajando esta noche, o en realidad, las últimas semanas. Es la razón por la que no tuve apetito, la razón por la que no pude concentrarme en nada durante la semana pasada. Las vacaciones de Navidad parecían pasar a paso de tortuga porque me prometí a mí mismo que ocurriría ahora, en algún momento de las vacaciones. Esta noche parece el momento adecuado, aunque no puedo explicar por qué. Tal vez estoy en una especie de subidón mágico de Navidad.

Es la temporada, supongo.

Lástima que ahora no me sienta muy alegre. Quizá debería haberme puesto algo más de —ropa gay— para aligerar el ambiente.

Empieza a sonar un anuncio, y una empresa de coches está haciendo una oferta para las —Va-Va-Vacaciones—, y de reojo veo a papá sacudir la cabeza.

—No está bien—, le oigo murmurar.

Mariam me acompañó media docena de veces; sólo tengo que esperar un buen momento, una calma en la noche, cuando todos nos sintamos bien.

Todo iba a salir bien; Mariam no paraba de decírmelo.

Todo iba a salir bien y por in iba a desahogarme y todo iba a salir bien y respetarían lo que les estaba contando.

Y todo iba a salir bien.

Me repito a mí mismo que *ahora* es el momento adecuado. Una y otra

vez, mientras la película sigue reproduciéndose y se suceden las pausas publicitarias. Pero cada vez que abro la boca, las palabras me fallan y no puedo forzarlas a salir.

No debería tener miedo.

Pero por alguna razón lo soy, por mucho que me haya propuesto no serlo. No puedo superar esta sensación. Tal vez sea un presagio o algo

así. Una señal de que no debo hacer esto. Pero *tengo que hacerlo*. No puedo explicarlo; sólo lo siento dentro de mí. Y debajo de todo eso, realmente creo que todo estará bien.

Es cursi, pero espero hasta el inal de la película, cuando todos están juntos y felices y veo una sonrisa en la cara de mamá.

Papá parece indiferente, pero casi siempre parece así.

Tiene que ser ahora. Realmente puedo sentirlo.

—Oye, quería hablar con ustedes dos de algo—, digo, con la voz muy seca.

—De acuerdo—. Mamá se echa hacia atrás en el sofá, metiendo las piernas debajo de ella y equilibrando su cabeza en la palma de su mano.

—¿Qué pasa?

Papá coge el mando y baja el volumen del televisor.

—Yo… — Puedo hacerlo. Sólo sigue respirando.

Tengo esa opresión en el estómago, como si algo se retorciera y se retorciera y no se soltara hasta que se acabe el momento. Y todo se desenredará, y me sentiré libre.

—Quería decirles algo.

Papá me mira ahora.

Esto es todo.

Es curioso: el guión que escribí para mí, el que escribí en Word para cubrir todo lo que quería, ha desaparecido totalmente de mi memoria.

Como si alguien lo hubiera borrado todo.

Tal vez sea lo mejor; tal vez así sea lo más honesto con ellos.

Si sólo viene de *mí* y no de una versión ensayada de mí mismo, tal vez eso ayude; tal vez eso sea mejor...

Se lo digo. Despacio.

Al principio, el alivio me inunda. Creo que puedo sentir que me relajo.

Sólo desearía que esa sensación hubiera durado más tiempo.

—Por favor, contesta. Por favor, cójalo—, susurro en el auricular del teléfono público, resistiendo el fuerte frío de la noche, observando el resplandor de las luces navideñas que aún cuelgan de los escaparates, aunque sea Nochevieja.

Sólo una hora, eso es todo lo que había necesitado para que mi vida se desmoronara a mi alrededor. Y ahora estoy aquí, caminando por el centro sin zapatos, llamando a cobro revertido a una hermana que no he visto, y mucho menos hablado, en una década.

—¿Hola?— La voz de Hannah suena cansada, pero aún no es tan tarde. Al menos, no creo que lo sea; no tengo reloj. Y mi teléfono está en casa, en la mesilla de noche, cargando, porque la batería es una mierda.

—Hannah, soy yo.

—¿Quién es?

—Soy yo—, susurro. Por supuesto. Ella no reconocería mi voz, ya no. Diablos, probablemente ni siquiera me reconocería. —Soy Ben.

Hay un resbalón, o un ruido, o algo por su parte. —¿Ben? ¿Qué estás...?

La corté. —¿Puedes venir a buscarme?

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Hannah—. Miro a mi alrededor. La acera está totalmente vacía, probablemente gracias al descenso de las temperaturas. Todo el mundo está dentro, en algún lugar agradable y cálido. Y aquí estoy, perdiendo lentamente la sensibilidad en los dedos de los pies, intentando con todas mis fuerzas no temblar por las fuertes ráfagas de viento.

—Ben, ¿sigues ahí? ¿Dónde estás?

—Fuera de Twin Hill Pizza—. Me meto las manos bajo las axilas, equilibrando el teléfono entre la mejilla y el hombro. Se oye un poco

más de murmullo en su extremo, y el sonido de alguien más hablando.

—¿Qué demonios estás haciendo ahí? Hay como treinta grados afuera.

—Mamá y papá me echaron.

La línea se queda en silencio y, por un segundo, creo que la llamada se ha cortado sin previo aviso. Dios, no sé si llamar así funcionará por segunda vez.

—¿Qué?— Su voz casi parece sin emoción, la forma en que se pondría cuando ella estaba realmente, innecesariamente enfadada. Por lo general, con papá sobre algo que no lo requería. —¿Por qué harían eso?

—¿Puedes venir a recogerme, por favor?— Intento respirar sobre mis manos. —Puedo... puedo explicar todo más tarde.

—Sí, por supuesto, sólo espérame. ¿De acuerdo?

—Voy al Walgreens de la calle—. Puedo ver el cartel rojo brillante desde aquí, a una manzana de distancia. Le doy a Hannah la dirección, escuchando atentamente lo que ocurre de fondo.

—De acuerdo, estaré allí tan pronto como pueda.

Hannah vive en Raleigh, a una hora de viaje por lo menos, tal vez cuarenta y cinco minutos si acelera. Así que voy a estar esperando por un tiempo.

Al menos, a nadie dentro de la farmacia parece importarle que ya no

cumpla la parte de —no llevar zapatos— de sus dos reglas más básicas. La cajera que está detrás del mostrador ni siquiera levanta la vista cuando me abro paso hasta la esquina más alejada de la tienda y tomo asiento en una de las sillas cercanas a la zona de espera de la farmacia.

Me duelen las piernas y ya he hecho un agujero en uno de mis calcetines. Me quito los calcetines sucios y empapados de los pies y empiezo a frotarme la piel entumecida. Espero poder recuperar al menos algo de sensibilidad. Ninguno de mis dedos está azul, así que lo tomo como una buena señal.

Al principio, ni siquiera me doy cuenta de que estoy llorando. Tal vez sea porque ya tengo la cara en carne viva por el viento de fuera, o porque llorar es algo que había estado haciendo durante casi dos horas seguidas antes de hacer la llamada telefónica. Mi visión se vuelve borrosa cuando empiezo a llorar de nuevo, mirando mis pies desnudos.

Intento limpiar las lágrimas, pero la piel de los ojos me escuece mucho.

Dios mío. Soy un maldito desastre.

Me sentí tan entumecida en el camino hacia aquí, tratando de llegar al único lugar que sabía que tenía un teléfono público. A todos en la escuela les gustaba bromear con que probablemente era el último del país. Porque ¿quién necesita ya teléfonos públicos, verdad?

Aprieto las rodillas, intentando no hacer ruido. Si alguno de los empleados se da cuenta, o me ve, no dice nada.

—*Sal de esta casa.*

Ni siquiera sabía que era posible que papá me mirara como lo había hecho, era...

Aterrador.

Al principio, estaba tranquilo. Casi como si quisieran escucharme.

Me dejaron hablar y luego terminé. Mamá no quitó las manos de su collar, la cruz, la que me dijo que le había regalado la abuela cuando tenía siete años.

Papá habló primero. —*Ese es un buen chiste, hijo.*

Excepto que la forma en que lo dijo me dijo que no creía que fuera una broma. Su voz era plana, como si no hubiera nada en ella.

—Papá...

—Deberías retirarlo—, añadió, para ingir que nunca había pasado nada, que la conversación era polvo que podía borrarse sin más.

Pero no pudo.

Y aunque fuera posible, no querría hacerlo.

Al menos no creo que lo haga.

—Mamá—. La miré, y ella siguió mirando de mí a papá y luego de nuevo a mí, sin decir nada. *—¿Por favor?*

Pero ella no dijo nada. Y papá se enfadaba cada vez más. En realidad nunca me gritó. La voz de papá era esa clase de calma que da miedo.

Todos nos quedamos sentados. *—Eres nuestro hijo, Ben. Esto no tiene ningún sentido.*

—Papá, puedo...

—Sal de mi casa, sólo vete de aquí.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Por favor—. Les rogué a ambos. —No hagan esto.

Papá me llevó a la puerta y mamá le siguió los pasos. Yo no paraba de suplicar y rogar, pero nunca hacían nada.

—¡Mamá! ¡Por favor!

—Dios no quiere esto para ti, Ben.

Le rogué que no dijera eso, y entonces me puse a llorar. Pero eso no debió ser su iciente. La puerta se cerró y yo quería que se volviera a abrir. Quería que esto fuera una broma cruel de su parte. Una que pudiera perdonarles después. Intenté abrir el pomo, pero estaba cerrado, incluso la llave de repuesto que escondían bajo esa falsa roca no funcionaba porque también habían cerrado el cerrojo.

Me detengo para no balancearme de un lado a otro en la rígida silla, esperando, rezando para que Hannah pueda encontrarme.

¿Qué podía hacer ahora? No me aceptarían de vuelta, ¿verdad?

¿Volvería siquiera? ¿Tendría Hannah alguna respuesta? Ni siquiera sé qué demonios se supone que debo decirle, o si podrá ayudarme. Dios,

¿y si es tan mala como mamá y papá? No puede serlo, ¿verdad?

Si sólo hubiera mantenido mi maldita boca cerrada.

No quiero creerlo, pero han pasado diez años. Desde que se graduó, desde que nos hablamos por última vez, desde que me dejó solo con ellos. Podría ser una persona totalmente diferente. Del tipo que odia lo que soy. Pero, de nuevo, pensé que mamá y papá podrían no hacerlo tampoco.

—¿Ben?

Salto al oír la voz, sin atreverme a levantar la vista.

—¿Benji?— Ha sido una eternidad desde que alguien me llamó así.

—Vamos.

Parece imposible que Hannah ya esté aquí, pero quién sabe.

—¿Hannah?— Murmuro. Siento la garganta llena de algo. Es áspera y punzante.

—Vamos. Estos son tus calcetines, ¿verdad?— Los coge con cuidado. El asco en su cara es humillante.

Asiento con la cabeza. —Están rasgados.

—También están mojados—. Las hace bolas y las mete en su bolso.

—Vamos a llevarte a casa.

Sacudo la cabeza. —No quiero—. Me siento como un niño, pero la idea de volver allí... no puedo volver allí.

—Me refería a mi casa. Vamos—. Hannah me pone la mano en los hombros para poder agarrarme por debajo del brazo y ayudarme a levantarme. Supongo que llevo una hora aquí sentada, porque toda la sangre empieza a correr de nuevo por mis piernas, llenándolas de esa

sensación de estática televisiva que odio. Salimos lentamente, y cada paso me produce un fuerte escozor en la columna vertebral. Rezo en silencio para que las cajeras hayan encontrado otra cosa que hacer y no nos vean.

El coche de Hannah sigue en marcha, por suerte. Cuando termina de ayudarme a subir al asiento del copiloto y me abrocha el cinturón, se dirige al lado del conductor. —Debería haber encendido tu calentador de asiento, lo siento.

Al menos el coche está caliente.

—¿Te encuentras bien?— Hannah pone la marcha atrás y sale de la plaza de aparcamiento, mirando entre el parabrisas trasero y yo.

—Sí—, digo, aunque —bien— sea lo que más lejos esté ahora. ¿Qué carajo se supone que debo hacer ahora? Todo es... se ha ido.

—¿Tienes hambre?

No respondo. Pero no lo hago. Mamá había preparado pollo para la cena, pero como llevaba semanas, incluso meses, planeando esto, el estómago se me había revuelto todo el día, tanto que sabía que no podría retener lo que comiera. Incluso ahora, con el estómago vacío, mi apetito es inexistente, y pensar en cualquier tipo de comida me hace sentir mal.

—¿Ben?— Hannah vuelve a decir mi nombre, sólo que esta vez parece estar a mil kilómetros de distancia. Entonces la oigo murmurar:

—Te llevo al hospital.

—No—. La agarro del brazo, como si eso fuera a impedirle hacer el giro en U. —Estoy bien, lo juro.

—Benji.

—Sólo, ¿podemos volver a tu casa? ¿Por favor?

Me mira con los mismos ojos marrones que tengo yo, los que ambos heredamos de papá.

—De acuerdo—. Ella encuentra otro carril de giro, su intermitente hace clic en el silencio amortiguado del coche. —No quieres hablar de

ello, ¿verdad?

Sacudo la cabeza. —Ahora mismo no.

—Vale, intenta descansar un poco o algo. Te despertaré cuando lleguemos.

Viajamos en silencio, el único ruido real es el volumen bajo de la radio que reproduce canciones de los 40 principales. Intento dormir, o tranquilizar mi mente, relajarme, no pensar en lo que he hecho. Pero es imposible. Porque he dicho esas tres pequeñas palabras.

—*Soy no binario.*

Mamá y papá se quedaron sin palabras durante unos segundos.

Papá fue el primero en reaccionar, pidiendo una explicación. Era justo, y

tal vez una buena señal. Yo no estaba muy seguro, pero estaba dispuesto a aceptar lo que me lanzaran en ese momento.

Papá usó la palabra con "P", y fue como una bofetada en la cara.

Nunca le había oído usar esa palabra. Ese fue el momento en que se me hundió el estómago. Intenté explicarle las diferencias, lo que signi icaba ser no binario, pero cada vez que intentaba hablar, más ganas tenía de llorar. Entonces empezaron los gritos, y todo iba muy rápido. No podía hablar ni entender lo que decían.

—*Tienes que irte*—. Papá me señaló a mí.

—¿Ben?

Debo haberme quedado dormido en algún momento porque tengo los ojos pesados, la boca atontada y asquerosa y las extremidades tensas.

—Estamos aquí—. Pone el coche en el aparcamiento pero deja el motor en marcha, las rejillas de ventilación siguen expulsando aire caliente.

Miro ijamente la casa. Los ladrillos marrones y el revestimiento verde. Ya la había visto antes, nunca de noche, pero sí en las fotos y los posts de Facebook. La única forma en que había podido estar al tanto de lo que ocurría en la vida de Hannah.

—Puedes dormir en la habitación de invitados, ¿vale?

Asiento con la cabeza y la sigo a través del garaje, con los pies helados por estar expuestos de nuevo al frío del pavimento. Hannah desbloquea la puerta rápidamente y me guía hacia la escalera, encendiendo el interruptor de la habitación de invitados. —El baño está al otro lado del pasillo, por si quieres ducharte o algo.

Miro ijamente el dormitorio: Hay una enorme cama de matrimonio, con muchas almohadas. De initivamente, es más bonita que mi habitación en casa, pero también más vacía. No hay cuadros en las paredes ni juguetes en la cómoda.

—Toma—. Hannah aparta las puertas de espejo del armario y coge un montón de mantas. —Duerme un poco. Resolveremos las cosas por

la mañana, ¿vale?

Vuelvo a asentir y miro ijamente la cama. Parece que Hannah quiere añadir algo más, o abrazarme, o decirme que todo va a ir bien.

Pero no hace ninguna de esas cosas.

Supongo que incluso ella sabe que no será así.

Cierra la puerta tras ella, dejando la habitación aún más vacía.

Me desvisto hasta los calzoncillos y retiro las sábanas, me meto en la cama blanda y sin usar. Doy vueltas en la cama, pero al cabo de unos minutos es evidente que no voy a dormir esta noche. Cada vez que cierro los ojos veo sus caras. Tan vívidas, justo ahí delante de mí, gritando. Y cuando los abro, no hay nada más que la oscura soledad del dormitorio. Tomo el control remoyo que hay en la mesita de noche y veo algunos canales de la televisión, y mis ojos se posan en una repetición de *Las chicas de oro*.

Porque no puedo estar sola ahora. No esta noche.

Gracias por ser una amiga, Betty White.

TRES

Ayer ocurrió *realmente*.

Tardo más de unos minutos en darme cuenta de que no era una pesadilla súper vívida, o un sueño febril o algo así. Era realmente real.

Salí del armario con mis padres y me echaron de casa.

Pensar que había sido tan ignorante como para creer que iría bien.

Realmente lo creí. Pensé que podríamos seguir siendo esta familia feliz, sin secretos entre nosotros. Que podría ser realmente *yo.* Y debería haberlo sabido.

Y ahora todo ha terminado.

Todo.

No sé si llorar o gritar o hacer ambas cosas. Siento que he hecho más que su iciente de ambas cosas. Y siento que no he hecho lo su iciente.

Y en algún momento, sé que voy a tener que arrastrarme fuera de esta cama y recoger los pedazos, pero ahora mismo puedo ser sólo yo.

Sólo yo, estas cuatro paredes y esta cama.

El universo no tiene por qué existir fuera de este dormitorio, y eso está perfectamente bien.

—Todavía no me lo puedo creer—. Oigo el eco de la voz de Hannah por toda la casa mientras bajo las escaleras, porque no podía quedarme mucho tiempo en mi pequeño universo.

—¿Acaba de llamar desde un teléfono público?— Esa voz no la reconozco, pero es profunda y ruda. Supongo que es su marido.

¿Thomas?

No hay mucho que puedas saber sobre alguien en Facebook sin que te hagas amigo de él. Probablemente suene un poco espeluznante, pero no podía arriesgarme a que mamá o papá entraran en mi per il y vieran a —Hannah Waller— en mi lista de amigos.

—Cuando había treinta putos grados fuera—. Hannah deja caer algo

en el fregadero con tanta fuerza que supongo que ha roto lo que fuera. Me froto los ojos, sin saber qué hora es mientras intento adivinar dónde puede estar la cocina.

—¿Hannah?— Grito, mirando el pasillo lleno de fotos. Hay algunas que reconozco de Facebook. Algunas de lo que parece ser el día de su boda, otras mientras ella y Thomas están en un barco. Parecen felices juntos.

La puerta del fondo del pasillo se abre y Hannah la atraviesa, vestida con un jersey de gran tamaño y unos vaqueros oscuros. —

Buenos días—. Sonríe, cruzando los brazos.

—Buenos días—. Me paso una mano por el pelo, intentando que los rizos de la parte de atrás se acuesten.

—Hemos hecho el desayuno—. Me lleva a través de la puerta giratoria a la cocina. El tipo blanco de todas las fotos está en la mesa, con el plato vacío a un lado. Lleva barba y una camiseta con el logotipo de un equipo deportivo que no reconozco.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?— es todo lo que me pregunta.

—Sí—, miento. Mi cuerpo debe de haberse apagado por in, porque un minuto recuerdo que intentaba reírme de algo en la televisión y al siguiente el sol brillaba a través de las inas cortinas del dormitorio.

Supongo que esto es lo que se siente al ser atropellado por un vehículo de dieciocho ruedas.

—Oh, Ben, este es mi marido, Thomas—. Hannah señala con la cabeza al chico de la mesa. Es raro pensar que ahora tengo un cuñado del que, literalmente, solo he visto fotos.

Thomas levanta su taza hacia mí. —Encantado de conocerte por in.

Hannah me ha contado muchas historias.

No hay duda de que fui un niño en todos ellos. Hannah me ofrece un asiento en su mesa superalta de estilo bistró que se encuentra en la esquina más alejada, las ventanas dejan entrar demasiada luz para ser tan temprano. Aunque un rápido vistazo al microondas me dice que es casi mediodía.

—Ben—. Hannah toma asiento junto a Thomas, con las manos

cruzadas. —¿Puedes decirnos qué ha pasado?

Supongo que realmente no hay nada que evitar, y les debo una explicación de algún tipo. El problema es que no sé ni por dónde empezar con esto. Quiero decir que sé *por dónde* empezar, pero es como si mi boca no quisiera funcionar, como si estuviera rellena de algodón o algo así, y sé que cualquier cosa que diga probablemente no tendrá mucho sentido.

—Voy a subir. Quizá deberían hablar a solas—. Thomas toma su taza y empuja su silla bajo la mesa, estirando las piernas. Observo cómo la puerta de la cocina se balancea en sus goznes después de que él se vaya, hacia adelante y hacia atrás hasta que se ralentiza constantemente y la puerta se acomoda en su lugar natural.

—Por favor, Benji, habla conmigo.

Bien. Puedo hacerlo. Lo hice anoche. Esas tres palabras y todo esto podría terminar. ¿Pero realmente conozco a mi hermana? ¿Puede ella siquiera ayudarme? Tal vez todo esto fue un gran error.

Pero ella podría ser mi única oportunidad de tener algún tipo de normalidad, al menos por ahora.

—Soy... no binaria—, escupo inalmente. Incluso consigo que sean dos palabras en lugar de tres.

Hannah se echa hacia atrás en su asiento, mirándome y no mirándome al mismo tiempo. Esto fue un error. Había encontrado un lugar al que ir y ahora lo he vuelto a joder. Jesús, ¿a dónde podría ir después de esto? Mamá habrá llamado a la abuela, probablemente a la tía Susan también. Y no puedo presentarme en casa de ninguno de mis compañeros. Además, ¿cómo podría volver a casa sin pagar un taxi o

algo así? Me echo hacia atrás en la silla y me dispongo a subir a por mis cosas antes de recordar que no llevo ninguna.

Al menos eso signi ica un tiro directo. Justo en la puerta. No hay manera de que recuerde cómo llegar a casa, así que tendré que parar en una gasolinera o algo así, para obtener direcciones. ¿Cómo se supone que voy a caminar tan lejos sin zapatos o calcetines?

—No, Ben, espera—. Hannah me agarra de la muñeca y casi me alejo. Su agarre es demasiado fuerte. —Lo siento, no me lo esperaba—.

Me mira. Primero a mi cara, luego al resto de mi cuerpo, como si me

hubiera transformado delante de ella. —Entonces, ¿mamá y papá te echaron por eso?

Asiento con la cabeza.

—Figuras.

—Pensé que lo entenderían—. Realmente, realmente lo hice. Quiero decir, soy su hijo. Pensé que eso podría explicar algo.

—Lo siento, niña—. Señala con la cabeza la silla. —Vuelve a sentarte. Por favor.

La miro antes de volver a sentarme, frotando las palmas sudorosas de las manos en las rodillas de mis vaqueros. Aún no me he duchado, lo que me hace sentir mucho más asqueroso. Como si estuviera cubierto de una película de la que nunca saldré.

—Tienes dieciocho años, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—¿Ya te has graduado?—, pregunta.

Siento que la respuesta debería ser obvia, pero tengo que recordármelo de nuevo. Hace diez años que se fue. —No.

—Vale, esta es una pregunta de la que ya sé la respuesta, pero

¿quieres volver allí?

Incluso ante la idea mi estómago se aprieta, como si hubiera un puño cerrándose lentamente alrededor de él. —No. Por favor, no.

—Está bien, está bien. Todo está bien. Tendremos que hablar de algunas cosas, ¿de acuerdo? Como la escuela, la ropa nueva, todo lo que

necesitarás. Ya he hablado con Thomas, y no nos importa que vivas aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí, chico—. Se pasa una mano por su pelo rojo, un tinte, supongo,

ya que nadie en nuestra familia es pelirrojo. Y las posibilidades de que su pelo se vuelva rojo de forma natural parecen escasas. No ha cambiado mucho desde que se fue. Todavía no se nos puede confundir como algo más que hermanos. Los mismos ojos, la misma nariz puntiaguda, la misma piel blanca y pálida, el mismo pelo desordenado.

Me pregunto cuán diferente le parezco a ella. —Lo siento, estoy tratando de pensar. No sé muy bien por dónde empezar con estas cosas.

No puedo ni mirarla. —Lo siento.

—Oye, no te disculpes, ¿vale? Esto no es tu culpa.

Lo sé. En el fondo, lo sé. Pero ahora mismo es di ícil de tragar. Para aceptarlo.

—Entonces, ¿cuáles son tus pronombres?—, pregunta.

La pregunta me llama la atención. No en el mal sentido. Sólo es extraña. Hannah es la primera persona que pregunta. La primera persona que *tenía que preguntar*. —Ellos y ellas—, digo, intentando sonar seguro, pero hasta yo me doy cuenta de que estoy fracasando estrepitosamente.

—Muy bien. Bueno, puede que me cueste acostumbrarme, así que quiero que me corrijas cuando me equivoque, ¿vale? ¿Quieres que le explique todo a Thomas?

Asiento con la cabeza.

Al menos así no tendré que hacerlo.

Hannah me da algo de ropa de Thomas para que me cambie después de salir de la ducha. —Es como dos tallas más grande que la tuya, pero tendré que lavarla antes de que te la vuelvas a poner—. Me recoge la

ropa en los brazos. Me ahogo en la camiseta de Thomas, pero al menos los pantalones de deporte tienen un cordón. —Saldremos de compras más tarde, ¿vale? Compraremos lo básico—, añade.

—Gracias.

—Thomas y yo hablamos de llevarte a otra escuela. Él enseña en el

instituto de North Wake, llamó a su director esta mañana para ver qué necesitaríamos para cambiarte. Nosotros, um...— Hannah suspira. —

También buscamos terapeutas en la zona, alguien con quien pudieras hablar.

En la lista de todo lo que quiero hacer ahora mismo, eso está casi al inal. Probablemente en algún lugar entre luchar contra un caimán y saltar de un avión. —¿Tengo que hacerlo?

—Bueno, no, eres un adulto, técnicamente. Pero creo que ayudaría.

Hay uno que mi amiga Ginger y su hijo vieron después de salir. La Dra.

Bridgette Taylor. Tal vez ella pueda ayudar, se especializa en niños como... niños como tú.

—¿Te re ieres a los niños maricas?— Yo digo.

Hannah actúa como si esperara mi respuesta real, mi acuerdo, pero cuando no digo nada más, se limita a suspirar de nuevo. —Piénsalo,

¿vale?— Y luego se va.

Me siento en el silencio de la habitación, sin saber qué debo hacer ahora. ¿Qué haces cuando tus padres te echan de casa? ¿Cuando toda tu vida se trastorna, todo porque querías salir del armario, que te respetaran y te vieran, que te llamaran con los pronombres correctos?

Casi busco mi cuaderno de dibujo antes de recordar que está en mi mochila, en casa. Ni siquiera puedo hacer lo único que podría consolarme.

Así que hago la cama con la esperanza de que me distraiga lo su iciente como para dejar que mi mente divague durante unos buenos minutos. Pero no sirve de mucho, así que cuando termino bajo las escaleras.

—¿Qué pasa?— Hannah sigue junto a la lavadora, escondida tras esas puertas plegables de la cocina, con una cesta de ropa recién secada en la mano.

Me ofrezco a tomar algo, pero ella niega con la cabeza. —Yo me encargo. ¿Pasa algo?

—No. ¿Tienes un ordenador que pueda usar?

—Claro—. Hannah deja todo encima de la secadora y vuelve a entrar en la cocina y atraviesa otra puerta. No estoy seguro de si debo seguirla, pero lo hago de todos modos.

Su salón es más pequeño que el de casa, pero parece habitado, cómodo. Hannah siempre fue un poco desordenada, pero parece que ahora ha encontrado un buen punto medio. O tal vez esto es obra de Thomas.

—Adelante, con igura tu propia cuenta para poder entrar en tus textos y demás—. Hannah coge su portátil de su lugar entre la mesa auxiliar y el sofá, desconectando el cargador. —Si tienes alguna duda, sólo tienes que preguntar, pero estoy segura de que sabes más sobre esta cosa que yo.

—Gracias—. Tomo asiento en el enorme sofá. Ya estoy en casa con el portátil, ya que es exactamente igual que el anterior. Tecleo mi dirección de correo electrónico y mi contraseña, para poder leer o responder a los mensajes que he recibido. Todavía no hay ninguno, pero es probable que Mariam siga durmiendo.

Todavía no he pensado exactamente cómo voy a contarles esto. Casi me conecto a mi Facebook, pero tengo que detenerme. O en realidad, Thomas me detiene.

—¿Ben?—, llama.

—¿Sí?

Thomas va más arreglado que en el desayuno. Camisa de cuello con un jersey gris oscuro por encima y pantalones grises a juego. —He hablado con mi directora. Me ha dicho que quiere reunirse contigo para matricularte.

—¿Hoy?— Pregunto.

—Si te parece bien. Todavía no estoy seguro de si tendremos que ir a tu antigua escuela. Deberían ser capaces de enviar tus registros sin problema.

—Oh.

—No tenemos que hacerlo ahora, pero cuanto antes lo hagamos, menos te perderás.

—No, quiero decir, está bien—. Miro mi pantalón de deporte. —

Sólo, ¿tienes algo más que pueda ponerme? No creo que Hannah haya terminado de lavar la ropa.

Thomas se ríe y asiente hacia las escaleras. —Vamos.

Quince minutos más tarde, estoy sentada en el coche de Thomas, con la camiseta todavía demasiado grande, unos vaqueros tan largos que tengo que arremangarlos tres veces y unos calcetines que se me acumulan lentamente en los tobillos.

Pero al menos es algo. La sudadera con capucha que me dio Thomas oculta la mayor parte de mi incomodidad, creo. Y los zapatos me quedan bien, lo que debe ser una especie de milagro. ¿O tal vez Thomas tiene los pies muy pequeños? Incluso dice que me los puedo quedar.

—No puedo decirte la última vez que me los puse.

—Gracias—. Salimos de la calzada y entramos en la carretera, e inmediatamente todo es tan incómodo. ¿Qué le digo a este tipo? ¿De qué se supone que debemos hablar? ¿Sería demasiado incómodo hacerle un montón de preguntas? Al inal escupo: —¿Por qué no estás en el trabajo hoy?

Porque eso es totalmente normal. Realmente has dado en el clavo con eso, Ben.

—Llamé cuando Hannah me despertó anoche. Pensé que esto era más importante.

—Oh.— Jugueteo con el dobladillo deshilachado de su sudadera. —

¿Qué enseñas?

—Química.

—Está bien—. Espero unos segundos más de lo que probablemente debería. —Me gusta la química.

—Es interesante, como mínimo—. Thomas enciende su intermitente. —Supongo que es raro que nunca nos hayamos conocido.

—Sí—. Miro ijamente los zapatos.

—¿Tus padres hablaban mucho de tu hermana? ¿Después de que ella se fuera?

Sacudo la cabeza. —Tenían una especie de regla de no hablar de Hannah—. Tiro de otro de los hilos sueltos, haciéndolo bola entre mis dedos. —¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Cuatro años el pasado septiembre.

—Oh, eso es genial.

—Sí—. Thomas suspira. —Hannah habla mucho de ti. Te ha echado mucho de menos.

Las palabras de Thomas se sienten como pesadas en el aire y, durante unos segundos, no hay ninguna palabra entre nosotros. —Sí, yo también la he echado de menos—, añado en voz baja.

No creo que Thomas se dé cuenta del todo de lo que ha dicho, aunque no hay ninguna razón para que lo haga.

El instituto North Wake es de initivamente más bonito que Wayne.

El instituto Wayne se construyó en los años sesenta, con sólo ligeras actualizaciones aquí y allá cuando era necesario. North Wake es todo nuevo, con ventanas del suelo al techo, y techos inclinados, y cromados.

Incluso el aparcamiento está lleno de coches brillantes y caros.

Todo parece tan brillante, nuevo y ordenado. Como si todo aquí tuviera un lugar y ese fuera exactamente su sitio. Y yo soy la pieza extra que no encaja. Thomas entra en el aparcamiento, aparcando cerca de la entrada principal de la escuela. —Aquí estamos.

Miro ijamente las puertas de la escuela. Inmóvil.

—Sabes que no tenemos que hacer esto, ¿verdad?

—Más vale que acabe de una vez—, digo en voz baja.

—¿Estás seguro? No pareces muy entusiasmado. Podemos mirar otras escuelas, pero pensé que esto sería más fácil.

—No quiero decírselo—, suelto. —Que soy no binaria.

Las manos de Thomas se apartan del volante. —¿Estás seguro?

¿Sabes que eso signi ica que todo el mundo te va a llamar por los pronombres equivocados?

Como si eso no fuera obvio. —No me importa—. Ya estoy acostumbrado.

—¿Y estás seguro de esto?

—Cien por cien seguro—. Y lo estoy. No creo que pueda soportar estar fuera ahora mismo. No a menos que sea absolutamente necesario.

—De acuerdo. Tendremos que mentir y decir que fue otra cosa. Esto suena duro, pero si el director Smith sabe que te echaron, eso ayudará.

Me encojo de hombros. —Lo que sea.

—Muy bien.

Thomas me conduce a través de las enormes puertas de cristal de la entrada de la escuela. Hay un grupo de niños cerca de la entrada, y cada uno de ellos saluda a Thomas al pasar. Supongo que sus vacaciones de Navidad ya han terminado. En casa aún nos quedaba una semana más.

—¿Creía que estaba enfermo hoy, Sr. Waller?—, dice uno de ellos.

Thomas les devuelve el saludo. —No, sólo tenía algunas cosas que manejar.

Trato de seguir a Thomas lo su icientemente lejos para que los demás estudiantes no nos relacionen, pero la forma en que sus ojos pasan de él a mí me dice que ya lo han hecho. Me lleva a través de otro par de puertas de cristal a la o icina principal, saludando a la secretaria detrás del escritorio. —Hola, Kev.

—Hola, Thomas. El director Smith ya te está esperando—, dice.

—Gracias—. Thomas se vuelve hacia mí. —Espera aquí fuera un segundo. Voy a explicarle la situación.

—De acuerdo—. Tomo asiento en uno de los sillones de felpa contra las mamparas de cristal del despacho. —No se lo digas. Por favor—.

Digo en voz baja.

—Lo juro—, me asegura, y algo en la forma en que lo dice me dice que le crea.

Observo a Thomas mientras desaparece al doblar la esquina, esperando sacar mi teléfono del bolsillo, antes de recordar que no está ahí. Tendré que hablar con Hannah para conseguir un reemplazo, aunque no estoy muy seguro de cómo voy a pagarlo. Quizá pueda conseguir un trabajo en algún sitio y empezar a ahorrar también. No sé realmente lo que Hannah ha ofrecido. Si ella sólo planea dejarme estar hasta la graduación, o el tiempo que sea necesario.

Luego está la universidad, y las cartas que decidirán todo mi futuro.

Cartas que serán entregadas en la casa de mamá y papá porque esa fue la dirección que puse en todas esas solicitudes. Me pregunto si habrá alguien con quien pueda hablar en las escuelas, para pedir que me envíen otra carta. O tal vez tenga que volver a presentar la solicitud.

Dios, no quiero ni imaginarme tener que pagar por ello. No puedo pedirle a Hannah que lo haga; no *quiero* que Hannah lo haga por mí. Tal vez sea una especie de bendición disfrazada, mamá y papá estaban de initivamente más entusiasmados con que yo fuera a la universidad que yo.

Quizá ahora ya no tenga que preocuparme por ello.

Supongo que todavía tenemos mucho que discutir, pero ¿cómo se supone que voy a preguntarle a mi hermana cuando está planeando echarme?

Me estoy poniendo nerviosa, y ahora no es el momento de pensar en estas cosas, pero no consigo que mi mente se centre en otra cosa.

Cada vez que miro el reloj que hay sobre la puerta, es como si el tiempo se ralentizara, lo que no hace más que aumentar la tortura.

Y entonces la puerta se abre y entra un chico.

Es alto “mucho más alto que yo, lo su iciente como para que sus piernas sean lo primero en lo que me ije”, de complexión delgada y piel morena, con el pelo negro cortado a los lados para que la parte superior sobresalga un poco más.

—Hola, Kev—, dice con una sonrisa.

—Hola, Nathan—. La secretaria detrás del escritorio le devuelve la sonrisa. —No estamos en problemas, ¿verdad?

—Sabía que mis días de carreras callejeras me alcanzarían—. Este

chico, Nathan, se ríe como si fuera su cosa favorita en el mundo. —El director Smith me llamó.

—¿Tú especí icamente?— Kev levanta una ceja. —Debe ser alguna ocasión especial.

—Tal vez se reconozca por in mi condición de estudiante modelo.

—Divertidísimo—. Kev no se ríe. —Bueno, está en una reunión ahora mismo, así que toma asiento, no debería tardar mucho.

—Genial—. Nathan toma asiento junto a mí, cruzando una larga pierna sobre la otra, y apoya las manos en su regazo. Tarda unos segundos en romper el silencio. —¿Eres nueva? Creo que no te he visto por aquí—. Ajusta la forma en que está sentado para poder mirar hacia mí.

—Sí, me acabo de mudar aquí—. Arrastro los pies, mis calcetines caen más abajo en la parte posterior de mis pies.

—Qué bien. Soy Nathan—. Extiende una mano.

Me lo tomo con calma pero no tiemblo, y no sé muy bien por qué. Es como si mi cerebro se quedara atrás respecto al resto de mi cuerpo. —

Ben.

—¿De dónde eres, Ben?

—Aquí—. Respondo antes de darme cuenta de lo que realmente estoy diciendo. —O, no aquí, pero soy de Carolina del Norte—, balbuceo. Maldita sea, ni siquiera puedo hacerlo bien. —Goldsboro, soy de Goldsboro—, digo inalmente.

—Oh.— Para su crédito, no se ríe de lo desastroso que soy. —¿Así que no está muy lejos?

—Sí.

—Ben—. Thomas me salva de una mayor vergüenza. —El director Smith está listo para verte.

—¡Hola, Sr. W!— Nathan se levanta en su asiento. —¿Pensé que estabas fuera hoy?

—Oye, Nathan, sólo estoy ayudando a Ben con algo—. Thomas se mete las manos en los bolsillos. —¿Qué estás haciendo aquí?

—El director Smith me llamó.

—Oh—, dice Thomas, pareciendo un poco confuso antes de volver a mirar hacia mí. —Entra, Ben, ella está esperando.

—Buena suerte, Ben, espero verte por aquí—. Nathan me sonríe.

—Gracias—, digo, devolviéndole una tranquila sonrisa antes de seguir a Thomas por el pasillo.

CUATRO

El director Smith tiene una forma lenta de explicar las cosas que realmente aprecio, porque toda esta información parece que le entra por un oído y le sale por el otro.

Hay unas dos docenas de documentos que hay que leer y rellenar.

Formularios para volver a mis clases, autorización para una identi icación escolar, información de la cuenta de la cafetería, clases a las que apuntarme.

Es todo tan confuso.

—¿Seguirá Ben en camino de graduarse?— Me doy cuenta de que Thomas vigila el uso de los pronombres, lo que aprecio más de lo que probablemente se dé cuenta.

—No lo sabremos hasta que tengamos sus expedientes académicos y sus notas, pero supongo que sí. Nuestro sistema escolar funciona de forma similar al suyo.

El suyo.

No, no puedo estar enfadado, ni molesto. Esta fue mi elección, y eso no está permitido, no ahora.

—¿Cuándo podría empezar?— Pregunto.

—Mañana si quieres, siempre que los papeles se envíen por fax a tiempo. Afortunadamente es el comienzo de un nuevo semestre, así

que no tendrás muchos problemas para ponerte al día en tus clases.

—Ben es un chico inteligente—. Thomas me palmea el hombro.

Quiero aceptar el cumplido, pero nos conocemos desde hace dos horas en total.

—Entonces, ¿qué dices, Ben? ¿Te parece bien?— El director Smith me pregunta.

Asiento con la cabeza. —Sí.

—Bien—. Saca una carpeta manila y mete dentro todos los papeles que me ha tendido. —Si quieres revisar los documentos rápidamente, rellenarlos y irmar donde indique cada página.

—Vamos, iremos a la sala de profesores, debería estar vacía—.

Thomas coge la carpeta.

—Oh y, ¿Thomas? ¿Puedes hacer pasar a Nathan, por favor?— El director Smith pregunta.

—Claro que sí—. Thomas me sostiene la puerta de la o icina. —

Nathan, la Sra. Smith está lista para ti—. Nathan está escribiendo en su teléfono cuando Thomas le llama.

Hace un saludo simulado a Thomas y salta de su asiento, dedicándome una sonrisa y un guiño cuando nos cruzamos. Sí. Es de initivamente más alto que yo, al menos una cabeza, y quizás más.

Trato de devolverle la sonrisa, pero estoy segura de que me parece más espeluznante que otra cosa. Sigo a Thomas por el pasillo hasta una puerta que parece una cafetería vacía. Teclea un código en el teclado, y se oye un claro *clic* antes de abrirla.

Mucho más elegante que Wayne.

Rellenar el papeleo es aún más tedioso de lo que parece. Hay preguntas para las que no sé las respuestas, otras que me hacen sentir totalmente inútil, otras que me preocupa estar respondiendo de forma equivocada porque la redacción es confusa. Si Thomas no estuviera aquí para ayudarme, estaría en apuros. Pero cuarenta y cinco minutos más tarde, terminamos y volvemos al despacho del director Smith.

—Excelente—. La señora Smith coge los papeles. —Me he puesto en

contacto con tu antigua escuela, y van a enviar por fax el resto de tus papeles hoy. Te llamaré esta noche si hay algún problema, Thomas, pero parece que Ben es el nuevo alumno de North Wake—. La señora Smith parece demasiado emocionada por esto, pero supongo que debo agradecer que no me haya rechazado sin más.

Thomas pone una mano en mi hombro.

—Gracias—, digo.

—Oh, y he asignado a alguien para ayudar a mostrarte los alrededores. Nathan Allan. ¿Dijo que se conocieron en la sala de espera?

—Sí. Más o menos.

—Se reunirá con usted aquí en la o icina mañana por la mañana, así que venga un poco antes de lo normal.

—Lo tengo. Estaremos aquí temprano—. Thomas se mueve hacia la puerta. —Gracias, Diane.

—No hay problema. Y, Ben, bienvenido a North Wake.

No hablo durante el viaje a casa. Thomas quiere, aparentemente, pero capta el mensaje bastante rápido.

—Puedes coger el autobús, o puedes venir conmigo si quieres.

Nada.

Se ríe torpemente. —Aunque tendrás que despertarte una hora antes si quieres que te lleve.

No le contesto. En realidad, no me importa ninguna de las dos cosas, pero pre iero ir con Thomas. Los autobuses apestan.

Pero no tengo ganas de hablar. Ahora mismo no. Thomas probablemente piense que soy un imbécil. Me acoge, me mete en un nuevo colegio al día siguiente de que mis padres me echen, y aquí estoy, ignorándole.

Tal vez Hannah tiene razón. Tal vez necesito asesoramiento. Me siento tan... agotado.

Cuando volvemos a su casa, Hannah ya se ha ido y su lugar en el garaje está vacío. —Voy a trabajar en algunos planes de lecciones.

Puedes relajarte en el salón o hacer lo que quieras. Hay comida en la cocina si tienes hambre. Nada está prohibido, así que no lo dudes—.

Thomas deja las llaves en un cuenco junto a la puerta.

Vuelvo sobre mis pasos al salón y me siento en el mismo sofá que antes, sacando el portátil. Unos segundos después de arrancarlo, las

noti icaciones empiezan a dispararse. Es Mariam.

Mariam: *Benji???? ¿Qué pasa?*

Mariam: *No vayas a ignorarme chico, no me digas que te han quitado el teléfono otra vez...*

Mariam: *¿Hola?*

Mariam: *¿Está todo bien Benji?*

Mariam: *B E N J A M I N????*

Esa es Mariam para ti.

Yo: ***Hey***

Calculo mentalmente los husos horarios entre Carolina del Norte y California; con tres horas de retraso, probablemente ya se habrán levantado de la cama. Mariam es una auténtica búho nocturno, lo que signi ica que suelen levantarse como muy pronto a las diez.

Mariam: *¿Cómo vamos hoy?*

Yo: *No es bueno.*

Considero mentirle a Mariam, no hay razón para que se preocupen.

Pero se darían cuenta de una forma u otra. Si no es ahora, entonces la próxima vez que hagamos FaceTime y no reconozcan mi nueva habitación.

Mariam: *¿Estás bien? ¿Quieres hablar de ello?*

Yo: *Salí del armario con mi madre y mi padre.*

Mariam: ***Oh no…***

Yo: *Me echaron*

Yo: Estoy *con mi hermana ahora*

Mariam: ***Joder…***

Mariam: *¿La hermana que tus padres odian?*

Yo: *El mismo.*

Mariam: *Ben, lo siento mucho, no sé ni qué decir.*

Mariam: *¿Y cuál es el plan?*

Yo: *No tengo ni idea. Me inscribieron en esta otra escuela, pero aparte de eso…*

Yo: *Sólo trato de resolver las cosas, de ponerme en marcha de nuevo.*

Mariam: *Oh Ben… Me siento tan inútil. Ojalá supiera qué decirte ahora mismo.*

Yo: Está *bien, realmente no hay nada que puedas hacer.*

Mariam: *No, no está bien. Estoy tan… enfadada, triste.*

Incluso intentar hacer un chiste se siente vacío en este momento, pero antes de que pueda detenerme, mis dedos lo están escribiendo automáticamente.

Yo: *Creo que a eso lo llaman smad.*

Mariam: *No me hagas reír ahora, por favor.*

Mariam: *Oh Dios, bien*

Mariam: *Escucha, tengo que ir a prepararme para una reunión.*

Pero te enviaré un mensaje en cuanto salga. Te quiero Benji.

Mucho. <3

Yo: Yo *también te quiero.*

Cierro el portátil y lo guardo, ignorando el rugido de mi estómago.

Thomas dijo que me sirviera la comida, pero no creo que se dé cuenta de lo incómodo que será. Puedo esperar.

Si tengo que hacerlo.

Intento perder el tiempo hojeando los canales de la televisión, pero nada me llama la atención. Después de otra hora, vuelvo a comprobar mis mensajes, pero Mariam no ha respondido, así que busco su canal de YouTube y elijo un vídeo al azar, mirándolo con el volumen bajo porque no tengo mis auriculares. No importa, subtitulan todos sus vídeos.

Siento que me relajo. Ese extraño peso en mi pecho se siente un poco más ligero ahora. Es como si pudiera respirar por primera vez en horas. Encontré el canal de Mariam en un tablón de mensajes para adolescentes trans y no binarios cuando empecé a cuestionar mi propia identidad y me pasé toda una noche viendo sus vídeos y vlogs. Mariam hablaba de casi todo y de todo. Desde emigrar a los Estados Unidos

desde Bahrein, hasta salir del armario con su familia, pasando por las citas como persona no binaria.

Sus vídeos son la razón por la que sé cómo me identi ico, y cuando inalmente reuní el valor para salir del armario con alguien, fue con Mariam. Fue una noche súper incómoda. De hecho, me hice una cuenta de Twitter sólo para hablar con ellos. Pero me ayudaron a superarlo y seguimos hablando hasta que nos dimos cuenta de que compartíamos el amor por *Steven Universe*. Diablos, son una de las pocas personas a las que les permito llamarme Benji.

Oigo cómo se abre la puerta y Hannah sale disparada del garaje, con bolsas de plástico colgando de los dedos y las muñecas. —¿Ben?

¿Thomas? ¿Ya han vuelto?

—Aquí—, digo, pero creo que no me oye.

Por lo que parece, se está moviendo por el pasillo hasta la cocina. La oigo gruñir y luego algo cae sobre la encimera con un *ruido sordo*. ¿Qué demonios? Paso por delante de la puerta que aún se mueve, mirando todo lo que Hannah ha colocado.

—¿Qué es todo esto?— pregunto, mirando las bolsas con el gran logo rojo de Target.

—Salí y te traje algunas cosas—. Comienza a desempacar las bolsas.

Hay paquetes de ropa interior, calcetines, una maquinilla de afeitar, algo de desodorante. No puedo evitar notar que los dos últimos artículos carecen de la categoría “Para hombres”. No sé si Hannah lo ha hecho a propósito, pero Dios, la quiero por ello.

—Oh...— Miro ijamente todo lo que se ha dispuesto para mí.

—No sé realmente qué tipo de ropa te gusta—. Empieza a hacer una bola con las bolsas vacías. —Podemos ir de compras juntos este in de semana si quieres, pero pensé que podría conseguirte lo esencial por ahora.

—Gracias—. Realmente puedo sentir que sonrío.

—No hay problema, chico.

—¿Lo tienes todo?— pregunta Thomas, entrando desde su o icina.

—Casi—, dice Hannah. —¿Cómo fue la inscripción?

—Empezarán mañana—. Thomas sonríe, mirando todo lo que hay en el mostrador.

Sigo buscando entre las cosas que Hannah compró para mí. —

Gracias—, vuelvo a decir. No quiero soltar nada, asustada de que se me pueda escapar en cualquier momento.

—No es gran cosa—. Empieza a frotarme el hombro de nuevo. —

Vas a estar bien.

Empiezo a asentir, y realmente espero no estar llorando o algo así.

CINCO

—¿Listo para tu primer día?— me pregunta Thomas a la mañana siguiente, con una taza de café en la mano.

—Supongo—. Miro alrededor de la cocina. —¿Te importa si tomo una

taza?

—Oh, sí—. Se acerca al armario y saca esta taza que dice “Donut Tell Me What to Do”, junto con el dibujo de un donut a medio comer. —La crema está en la nevera.

—Gracias—. Me sirvo la taza lentamente, saboreando el olor del café durante unos segundos.

—¿Nervioso?

—Un poco.

—Estarás bien—. Se ríe. —Nathan es un buen chico, aunque no puedo hablar de sus habilidades como guía turístico—. Thomas toma un sorbo de su taza, dejando este incómodo silencio. —Tendrás que ir a la o icina a primera hora y conseguir tu horario.

—De acuerdo—. Me pregunto en qué clases me pondrán. Espero que sean las mismas que tomaba en Wayne.

Tampoco puedo evitar preguntarme si alguno de mis compañeros de clase en casa se dará cuenta de que me he ido. No era precisamente muy popular allí, y no tenía a nadie a quien pudiera llamar amigo. Pero alguien tiene que darse cuenta, ¿no? Al menos mis profesores. Uno de tus alumnos no puede desaparecer durante las vacaciones de Navidad sin que te des cuenta.

Thomas nos lleva a la escuela con algún programa de entrevistas local a todo volumen en la radio. Se ríe de un chiste cada pocos minutos, pero aparte de eso, parece tranquilo. Hasta que no lo es.

—Hola, Ben.— Thomas baja el volumen de la radio.

Supongo que sólo podemos ir por un tiempo.

—¿Sí?— Yo digo.

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a Hannah?

De todo lo que podría haber preguntado, realmente no esperaba eso. También siento que él ya debería saber la respuesta a eso. —Unos diez años, ¿por qué?

—No sabes mucho de ella, ¿verdad?

—Ya no.

—¿Sabías que estábamos casados?

—Más o menos—, digo, y él espera más explicaciones. —La encontré en Facebook. Las fotos de su boda estaban allí.

—Oh, tiene sentido.

—¿Dijiste que Hannah hablaba mucho de mí?

—Sí—. Se ríe como si hubiera contado un chiste consigo mismo. —

Me contaba historias sobre ustedes dos todo el tiempo, los problemas en los que se metian.

No recuerdo particularmente haberme metido en muchos problemas con Hannah. La mayoría de mis recuerdos de ella tienen que ver con música fuerte, portazos y gritos. A veces a mamá y a papá, a veces a mí, pero bueno, supongo.

Quiero preguntarle a Thomas si Hannah alguna vez mencionó volver por mí, o incluso si *quería* volver por mí, pero me parece una pregunta inapropiada para el cuñado que realmente acabas de conocer.

Mis clases son casi exactamente las mismas que en Wayne High: Inglés 4, Química Honores, Cálculo Honores. La única diferencia es Arte 4.

Aunque no sé realmente qué es eso. En Goldsboro sólo teníamos clases de arte normales.

North Wake también tiene horarios de comida diferentes. Están programados más cerca del almuerzo real en lugar de estar repartidos

entre las diez y las once y media de la mañana.

—Puedes esperar aquí a Nathan, seguro que no tarda en llegar—, me dice Kev, el secretario. Me pregunto si su nombre es realmente Kev, o si es sólo el diminutivo de Kevin, o tal vez algo más. Vuelvo a sentarme en el mismo sitio que ayer, deseando tener un teléfono con el que matar el tiempo. Hannah me prometió que iríamos a buscar un sustituto este in de semana.

Por ahora, tendré que conformarme con mirar el reloj y sonreír incómodamente a cualquiera que entre en la o icina con el que me

cruce, hasta que Nathan llegue por in.

—Ahí está.

Él.

Hago todo lo posible para que no se me note nada en la cara, porque es algo a lo que tengo que acostumbrarme. Yo quería esto. Es más sencillo. Y no puedo enfadarme con él por ello.

Nathan aplaude con entusiasmo. —¿Estás listo para el gran tour?

—Sí—, digo, cogiendo mi mochila. Otra compra de Hannah.

—¿Ya tienes tu agenda?

Le entrego el papel azul doblado y le escucho leer las clases. —Qué bien, tenemos el mismo aula y la misma clase de química, así que también estaremos en el mismo periodo de almuerzo.

—Oh, qué bien.

—Empecemos por el inglés—. Nathan me conduce por este pasillo blanco y estéril, con taquillas contra las paredes que alternan entre el azul oscuro y un dorado apagado. —Tienes a la señora Williams. La tuve el año pasado y es dura, pero si te esfuerzas y necesitas algún crédito extra a inal de curso, suele ser buena—. Señala el aula vacía, llena de pupitres; espero no tener problemas para recordar cuál es cada aula.

No hay mucho que la distinga de las demás, salvo el rótulo —

Habitación 303— sobre la puerta. Repito el número en mi cabeza. 303, 303, 303.

—¿Cálculo?— Pregunta Nathan. Está claro que no he entendido su pregunta.

—¿Eh?— Me sacudo de mi trance. —Lo siento.

Vuelve a sonreír. —¿Estás en Cálculo de Honor? Algo muy avanzado.

—Me gustan las matemáticas—, digo.

—¿De verdad? Tengo que decir que en todos mis diecisiete años, es la primera vez—. Sonríe.

—Bueno, en realidad no *me gusta*—, me corrijo. —Pero se me da bien.

—Tendrás que ser algo más que 'bueno' para las clases de honor aquí, incluso con el traslado—. Y añade: —No recibimos demasiados chicos nuevos, así que vas a ser una mercancía caliente por aquí.

—¿En serio?— Genial. Justo lo que necesito.

—No te preocupes. Mientras mantengas la cabeza baja en torno al rudo y duro equipo de fútbol, deberías estar bien.

No sé qué decir a continuación, así que me callo.

—Oh, y mantente alejado de los baños cerca de la sala de música, los chicos de la banda no tienen miedo de la PDA—. Se estremece un poco. —Hay cosas que nunca dejarás de ver.

—Hmm—, tarareo, esperando que lo tome como una respuesta.

Nos quedamos casi en silencio mientras me lleva a Química. —Lo malo de Química es que está en la parte de atrás de la escuela, así que tienes que ir corriendo a la cafetería si quieres las cosas comestibles.

Sin embargo, el Sr. W es muy bueno, a veces nos deja salir antes—.

Nathan vuelve a leer mi horario. —¿Lo conoces? Los vi ayer en la o icina.

—Es mi cuñado.

—Oh, vaya. Me sorprende que te hayan dejado entrar en su clase—.

No lo menciono, pero tengo la sensación de que Thomas ha orquestado eso. Nathan llama a la puerta abierta del aula de Thomas. —Buenos días, Sr. Waller.

Thomas está sentado en su escritorio, en la esquina más alejada de la habitación. —Buenos días, Nathan, ¿todavía estás enseñando a Ben?

—, pregunta, garabateando algo.

—Sí—. Nathan se inclina sobre el largo mostrador en la parte delantera de la sala, equilibrando una rodilla en un taburete.

—¿Es tan buen guía turístico como dice, Ben?— Thomas marca algo en uno de sus papeles antes de girar su silla para mirar hacia nosotros, con las manos apoyadas en los reposabrazos como una especie de

supervillano.

—Sí—. Contemplo el pequeño acuario situado en el mostrador de la parte delantera de la habitación, donde veo a los renacuajos más grandes que he visto nadar en el agua turbia.

—No es muy hablador—, añade Nathan.

—No, Ben no lo es—. Suspira. —Será mejor que se vayan, no tienen mucho tiempo.

—Bien. Supongo que nos veremos en un rato, Sr. W.— Nathan saluda con la mano y me lleva de vuelta al pasillo. Caminamos hacia la cafetería. Dudo seriamente que me moleste en venir aquí; nunca lo hice en Goldsboro. —Entonces, ¿tiene alguna pregunta? ¿Inquietudes?

¿Pensamientos u opiniones? ¿Quejas? Realmente no has dicho mucho.

No se me ocurre ninguna de la cabeza. Por supuesto, mi cerebro está muy agitado ahora mismo. Anoche me desmayé sobre la medianoche, pero me desperté unas dos horas después, sin poder volver a dormirme. Hasta ahora esto no parece muy diferente de mi antigua escuela. Pero con la forma en que Nathan me mira, siento que tengo que preguntar algo. —¿Tú también estás en el último año?

Su cara se tuerce, como si la pregunta le sorprendiera, pero se ríe con una sonrisa y un movimiento de cabeza. —Bueno, me refería a la escuela—. Se mete las manos en los bolsillos de la capucha. —Pero sí.

Lo soy.

—Oh.

—Entonces, ¿qué haces en tu tiempo libre? Estás en Arte 4, así que supongo que te gusta dibujar.

—A veces.

—Oh, qué bien, te gustará tu profesora. Todo el mundo quiere a la Sra. Liu. Te mostraré tu clase de Calc a continuación—. Atravesamos el pasillo exterior. Desde aquí puedo ver que el estacionamiento ya se está llenando. —¿No quieres hacerme otra pregunta?

—¿Es eso lo que estamos haciendo?— Pregunto.

—Si quieres. Es justo, Benjamin...— Vuelve a desplegar mi agenda.

—¿De Backer?— Lee mi apellido. *Y* acierta a la primera. —¿Qué te parece? ¿Una pregunta por una pregunta, una respuesta por una respuesta?

—De acuerdo—, digo.

—¿Ese apellido es alemán?

—Belga. Creo—. Mamá y yo pasamos mucho tiempo buscando nuestro apellido. A ella le gustaba mucho la genealogía, así que cuando Hannah y papá tenían una de sus grandes discusiones, me llevaba a la biblioteca y nos sentábamos a leer todos los libros que tenían sobre nuestra familia. Después de unas cuantas visitas, nos quedamos secos y empezamos a buscar nombres e inventar historias sobre ellos y lo que hacían ahora.

Entonces un día dejamos de ir. Supongo que ya no era divertido para ella.

Dejo de caminar, el corazón se me revuelve en el pecho.

Nathan me hace un gesto. —Y ahora es tu turno.

—¿Eh? Oh, ¿eres de aquí?

Su boca se dobla en una sonrisa. —¿Nada más interesante?

Me encojo de hombros.

—Mi familia se mudó aquí el verano antes de que empezara la escuela secundaria.

—¿De dónde?

—Nuh-uh—. Nathan mueve un dedo de un lado a otro. —Tengo una pregunta.

Me pregunto si hay algún límite para el tipo de preguntas que hará.

—Muy bien.

—¿Qué te gusta dibujar?

—Oh, um.— Y de repente todo lo que he dibujado se desvanece de mi cerebro.

¡Puf! Se ha ido.

—Um, cualquier cosa en realidad, supongo—. Tengo algunos personajes que me gusta dibujar; los paisajes también son siempre divertidos de pintar, pero apenas tengo oportunidad de hacerlo.

—¿Algo?— Nathan levanta una ceja como si eso signi icara algo. —

¿Tal vez podría echar un vistazo a tu cuaderno de bocetos un día?

—Sí...— Me froto el brazo. —Tal vez.

De initivamente no va a suceder. Ni en un millón de años.

—¡Excelente! Ahora vamos—. Siento la mano de Nathan en mi codo.

—Vamos a la sala de arte, ¡tengo la sensación de que vas a lipar!— Me lleva fuera y caminamos por el pasillo hasta la parte delantera del edi icio. —Técnicamente es su propio edi icio, lo añadieron hace unos años, y antes de eso, estaba donde está ahora la sala de teatro. La Sra.

Liu es muy buena también.

—¿Sí?

—De initivamente, es imposible que haya aprobado el año pasado.

Incluso mis iguras de palo son horribles. Pero me aprobó de todos modos. Supongo que la señora Liu se dio cuenta de que lo estaba intentando al menos—. Nathan se detiene ante la puerta exterior, abierta con una enorme lata de pintura. —Oh, señora Liu—, canta Nathan, golpeando la puerta.

Se oye un fuerte golpe en algún lugar cerca del fondo de la sala.

Intento correr a ayudar, pero Nathan se queda atrás, así que supongo que yo también debería hacerlo.

—Oh, ¡mierda en un cesto!—, sisea alguien, seguido de un largo gemido y del sonido de unos pasos que se acercan. La Sra. Liu es una mujer china americana de baja estatura, con el pelo recogido en un nudo desordenado y un bolígrafo metido detrás de la oreja. El delantal que lleva puesto está manchado de salpicaduras de pintura, al igual que la blusa blanca que lleva debajo. Al menos, parece seca.

—¡Nathan!— Se precipita hacia nosotros cuando se da cuenta de quién está aquí, envolviendo a Nathan en un abrazo. —¿Qué haces aquí tan temprano?

—Mostrando al chico nuevo—. Le devuelve el abrazo. —Ben, esta es la Sra. Liu.

—Encantado de conocerte—. Le tiendo la mano.

Lo agita tan rápido que estoy seguro de que mi brazo va a salirse de la órbita. —¡También me alegro de conocerte! ¿Qué te parece North Wake hasta ahora?

—Está bien—, digo.

—Bueno, estoy deseando tenerte. Desafortunadamente, no tuve su icientes niños para una clase de Arte 4 este año, así que estarás más o menos solo.

—¿Solo?— Pregunto.

—A tu nivel, tendrás vía libre, después de que te conozca un poco mejor, claro—. Ella sonríe. —Pero voy a dar una clase de primer año aquí. Y...— Nos hace un gesto a Nathan y a mí para que la sigamos por este pequeño pasillo. Al otro lado hay otra clase. No puedo decir si ésta es más grande, ya que no hay pupitres, pero lo parece. — Trabajarás aquí atrás.

—Oh.— Lo asimilo todo. Las paredes están cubiertas de cuadros, los armarios abiertos de par en par, mostrando los tubos de pintura y los estantes de lienzos y caballetes. Todo es maravilloso.

Probablemente teníamos la mitad de esto en Goldsboro. —Wow.

—¿Impresionado?— Oigo que Nathan me pregunta.

—Sí—. Asiento lentamente, asimilándolo todo. Tal vez esto no sea tan malo después de todo.

Los primeros días son raros, sobre todo cuando eres el chico nuevo.

Entrar en clase no es un momento súper incómodo en el que todo el mundo se queda en silencio y me mira ijamente. Pero sí que recibo algunas miradas extrañas, y las personas que se sientan a mi lado intentan hablar conmigo. Pero supongo que se rinden cuando se dan cuenta de que no soy tan interesante como parece.

Por suerte, ninguno de mis profesores me hace presentarme a la clase.

Simplemente ingen que siempre he estado aquí.

Cuando suena el timbre del almuerzo en Química, me quedo en el aula de Thomas, dirigiéndome en dirección contraria a la cafetería una vez que los pasillos están despejados. Hay una zona de patio muy bonita que parece un an iteatro en la parte trasera de la escuela. Ya hay una multitud de niños apiñados en un extremo, pero nadie me dice que me pierda cuando tomo asiento en el otro lado y, por primera vez en mucho tiempo, puedo dibujar en paz y tranquilidad.

Aquí fuera puedo respirar.

No es que no aprecie todo lo que ha hecho, pero Nathan puede ser un poco... sofocante. En un buen sentido. Si es que realmente hay una buena manera de sofocar. Parece tan ansioso por hacer todo. Y Thomas decidió sentarme a su lado en Química. Así que todos los días tendré al menos una dosis de hora y media de Nathan Allan.

Abro el lamante cuaderno de dibujo, un regalo de la señora Liu después de que dijera que había perdido el anterior.

Es raro pensar que éste está totalmente vacío. Mis anteriores dibujos, garabatos y notas han desaparecido. Probablemente para siempre. Miro ijamente la primera página vacía e intento pensar en lo que puedo dibujar.

SEIS

—Puedo devolvértelo, cuando consiga un trabajo, quiero decir—, le susurro a Hannah cuando el chico de la tienda entra en la parte de atrás para coger mi nuevo teléfono.

Hannah pone los ojos en blanco. —No te preocupes, br...— Se detiene en seco. —Ben. ¿Puedo llamarte hermano? Eso no está bien,

¿verdad? Debería encontrar otra cosa.

En los tablones de anuncios, descubrí que muchas personas enby pedían a sus hermanos y hermanas que les llamaran sib, abreviatura de

“hermano”. A mí también me gustaba la idea, pero nunca había jugado con la idea de que alguien pudiera usarlo por mí.

—Sib está bien—, digo. —En lugar de hermano o lo que sea.

—Sib—. Lo tengo. Bueno, hermano, no tienes que preocuparte por devolverme el dinero, está bien.

Se siente bien tener un teléfono de nuevo, aunque no puedo evitar sentirme ligeramente culpable. —Oye, sé lo que puedes hacer para devolverme el dinero—. Hannah me mira de forma extraña cuando subimos al coche.

Uh-oh.

—Sólo ve a una reunión con Bridgette.

—¿Bridgette?— Pregunto. No recuerdo ninguna Bridgette.

—Dr. Taylor. ¿El psiquiatra del que te hablé?

—Puedes tener tu teléfono de vuelta—. Saco la caja de la bolsa y se la devuelvo.

—Ben, por favor—. Ella saca el coche a la calle. —Sólo una reunión.

Me encorvo en el asiento. —Hannah...

—Sólo una. Realmente creo que podría ayudarte.

—¿Por qué?

—Porque este no ha sido precisamente el momento más fácil para ti, y creo que hablarlo con alguien podría ayudarte—. Casi suelta todo esto en un solo suspiro. Me impresionaría si no me estuviera molestando tanto. —Sólo una cita—, dice de nuevo. —Eso es todo lo que pido.

—¿Sólo uno?

—Una, lo prometo. Después de eso, puedes decidir si quieres seguir viéndola.

—Bien—, digo, resistiendo el impulso de desabrocharme el cinturón de seguridad y salir rodando del coche. Al menos eso me permitiría pasar unas semanas en el hospital sin tener que ver a un terapeuta. Aunque el caso de Hannah probablemente se haría más fuerte si hiciera eso.

—La llamaré cuando lleguemos a casa, ¿vale? Quizá tenga una vacante la próxima semana.

—Genial.

—Sólo creo que ayudaría, tal vez hablar de las cosas que pasaron en casa.

—Sí—. Miro por la ventana, observando cuidadosamente todo lo que pasamos. Quiero preguntarle si fue a algún tipo de terapia, pero en mi cabeza eso suena como un insulto.

—¿Alguna vez mejoraron?— Hannah pregunta. Y puedo sentir ese nudo en el estómago subiendo lentamente por mi garganta.

—En realidad no han cambiado—, le digo.

—Yo... lo siento mucho...— Hannah mira ijamente al volante. —Por dejarte así. Simplemente no podía soportarlo más, y cuando encontré mi oportunidad, la aproveché.

La miro, la culpa en su rostro es evidente. Se fue justo después de su graduación. Teníamos que ir a comer, pero Hannah no apareció. Y

cuando llegamos a casa, su habitación estaba completamente vacía.

Mamá y papá intentaron llamarla, pero no respondía al teléfono.

Tardé casi una semana en encontrar la nota escondida en nuestro baño, la que tenía el nombre de su universidad y su número de móvil.

Me decía que la llamara si necesitaba algo. Creo que se suponía que debía ser un consuelo, pero en realidad, sólo me hizo enojar. Porque ella se había ido.

Me había dejado con ellos, para que me valiera por mí mismo.

Después de eso, mamá y papá cambiaron. Me convertí en el saco de boxeo para todos los problemas de papá. En realidad no me pegaba, pero de la noche a la mañana, me convertí en hija única. El centro de atención de cualquier cosa y de todo. Si hacía algo malo, se exageraba.

Era casi como si hubieran visto lo que había pasado con Hannah y

estuvieran decididos a asegurarse de que yo no saliera igual. Pero no sé cómo iba a cambiar eso el hecho de que se frustraran más conmigo por la escuela y las tareas.

—Oye, ¿estás bien?— Me da un codazo.

—Sólo pensaba—, digo. —No fue tu culpa.

—Debería haber... Yo sólo...

Me encojo de hombros. —Lo que sea—. No quiero tener esta conversación. No ahora mismo.

Y si puedo elegir, nunca.

El domingo es un día de nada. Duermo hasta muy tarde y no reconozco mi habitación cuando abro los ojos.

—Respira—, me digo en voz alta, y por un segundo no reconozco mi propia voz. El corazón me late en el pecho. —Sólo respira. Esta es la casa de Hannah, ahora vives con ella—. Quiero que mis manos se desprendan de mis sábanas, pero puedo sentir el sudor en la parte baja de mi espalda. No recuerdo de qué trataba mi sueño, pero Hannah estaba allí, y mamá. —Respira.

Me paso la mayor parte del día en mi habitación, en una especie de nebulosa. Intento dibujar algo, *lo que sea*, pero cada vez que tomo el lápiz, mi mano se niega a cooperar. Después de eso, intento ver la televisión con Thomas y Hannah, simplemente haciendo garabatos en las esquinas del papel. Nada demasiado elaborado.

Pierdo el resto del día charlando un rato con Mariam, intentando ponerla al día de todo lo que ha pasado este in de semana, antes de acostarme. Es di ícil creer que haya pasado casi una semana desde aquella noche. Parece que fue hace tanto tiempo. El lunes por la mañana mi alarma suena demasiado temprano. Por primera vez en mucho tiempo, he conseguido dormir una noche completa y ni siquiera puedo disfrutarla tanto.

Entonces recuerdo mi cita con el Dr. Taylor. Hannah se encargó de concertarla por mí, pero solo había un hueco libre, hoy al mediodía, así que va a recogerme en el colegio antes de tiempo y me va a llevar. Me incorporo con un gemido y me dirijo al baño. Por mucho que lo intente, no puedo evitar mi re lejo mientras espero a que el agua se caliente.

Observo la débil barba incipiente que no corresponde. Todavía no he encontrado el tiempo ni la energía para afeitarme, aunque odio el aspecto que tiene. Y entonces me ijo en las bolsas bajo los ojos, en la forma en que mi pelo cae sobre la frente y en las cicatrices que me ha dejado el acné.

Qué contraste con las otras personas no binarias que he visto en Internet. Sus caras lisas, sin pelo, sin acné, su pelo recortado que siempre parece perfecto. Esas cosas que yo nunca podría ser. Porque, por mucho que me empeñe, mi cuerpo no es como quiero verme. No es que haya nada malo con ese tipo de gente enby, es que... es di ícil de describir. Los cuerpos son jodidamente raros, especialmente cuando sientes que no perteneces al tuyo. Pero es demasiado tarde para cosas como los bloqueadores de la pubertad, y la cirugía no es algo que quiera.

Diablos, incluso mi nombre no es muy —neutral—. Es un nombre de chico, aunque realmente no exista tal cosa. Pero cambiarlo es largo, y complicado, y ni siquiera sé por qué lo cambiaría. Soy Ben; eso es lo que soy.

No sé lo que realmente quiero, pero no es este cuerpo. Es casi como si lo supiera, por la forma en que se burla de mí. Me cuesta todo lo que tengo para no volver a meterme en la cama, aunque sé que Hannah no me dejará faltar a la cita. —¿Qué me pasa?— Susurro.

Sólo tengo que pasar medio día. Eso es todo. Hannah me recogerá antes del almuerzo y me llevará a la cita. Pero incluso medio día parece que será demasiado. Inhalo y exhalo. Puedo hacerlo.

—No creo que pueda hacer esto—, me susurro a mí misma.

—Entonces, ¿a dónde vas durante el almuerzo?— Nathan se inclina sobre el mostrador, con la cabeza inclinada hacia un lado como un cachorro.

Estamos sentados en Química. Thomas ha terminado hoy la clase antes de tiempo, así que he decidido ponerme con todos los deberes que me han puesto. Es mucho para manejar después de sólo unos pocos días, sobre todo porque aparentemente he perdido la fecha límite en algunas cosas. También tengo que ponerme al día en algunas clases. Soy bastante buena en Arte y Cálculo, y Thomas me prometió que me ayudaría a ponerme al día en Química. Pero ya me doy cuenta

de que voy a necesitar un tutor de inglés. De todos modos, nunca se me ha dado bien eso de escribir trabajos. Demasiadas reglas que son demasiado di íciles de recordar.

—¿Qué quieres decir?— Me froto los ojos. Todo esto empieza a mezclarse. Docenas de líneas de irmas y tratar de calcular cuánto me va a costar todo esto. O, supongo, que le costará a Hannah.

—Quiero decir, tenemos el mismo período de almuerzo, pero no te he visto allí ni una vez—. Nathan levanta la mano.

—Me voy a otro sitio—, digo, sin estar realmente interesado en esta conversación.

Pero claramente lo es. —¿Dónde?

—¿Importa?— Suspiro y vuelvo a meter todos los papeles en mi bolsa, cerrándola con demasiada satisfacción. No me ha costado mucho averiguar que el patio es la zona de fumadores —o icial-no o icial—. Lo que fuman varía entre todos aparentemente, pero ellos me dejan en paz y yo a ellos. Se está convirtiendo rápidamente en una de las mejores relaciones que tengo en esta escuela.

Hice lo mismo en Wayne, excepto que no había un patio ni nada parecido, así que usé la entrada trasera del gimnasio. En la que nadie pensaba realmente. Allí podía estar solo. Nunca tenía que preocuparme de que alguien me encontrara o me molestara o me preguntara en qué estaba trabajando.

—Sólo me lo pregunto. Además, soy tu compañero de cuentas—.

Nathan esboza una sonrisa.

Me quedo mirándole con la mirada perdida. —¿Mi qué?

—Se supone que debo cuidar de ti.

—Se suponía que me ibas a enseñar mis clases.

—¿Estás bien? Pareces un poco irritable.

—Estoy bien—, miento.

—Bien, Sr. Actitud—. Nathan se ríe.

—Por favor, no me llames así—. Vuelvo a frotarme los ojos, como si pudiera borrar la sensación de cansancio y ardor que hay en mi

interior.

Ni siquiera sé si hablo más de la parte del —señor— o de la —actitud.

—Está bien, hombre.

Creo que parezco más enfadado de lo que pretendo. Después de todo, sólo está haciendo una pregunta. Supongo que estoy estresado por esta cita.

Para el crédito de Nathan, no parece ofendido. —Deberías venir a comer conmigo alguna vez, mis amigos quieren conocerte.

—Lo pensaré—. Me inclino hacia delante, enterrando la cabeza en mi mochila, ya planeando activamente no pensar nunca en ello. Esta mañana ha sido un desastre, y estoy seguro de que no va a mejorar. —

Aunque hoy no importa—. El teléfono en el escritorio de Thomas comienza a sonar, probablemente la o icina principal.

—¿Por qué?

—Tengo una cita con el médico. Me voy después de este período.

—Oh, ¿urólogo?—, pregunta con la cara más seria que he visto nunca.

—¿Qué? No—, espeté. —¿Y por qué fue tu primera suposición? No importa.

—Relájate, hombre—. Nathan empieza a preparar su propia bolsa.

—Estoy jugando contigo.

—Sí.

—Ben—. Thomas cuelga el teléfono. —Están listos para ti en la o icina.

—Buena suerte—, susurra Nathan cuando empujo mi asiento bajo el mostrador. Algunos de mis nuevos compañeros me miran mientras me dirijo a la puerta con la mochila al hombro. Por suerte, Thomas ha evitado las presentaciones largas, lo que probablemente signi ica que todos los presentes aún se preguntan por este chico tan raro que ha sido puesto en su clase al azar.

—¿Preparados para irnos?— Hannah coge su bolso mientras yo atravieso las puertas de la o icina principal.

—Sí—. La verdad es que no, pero supongo que será mejor seguir adelante y acabar con esto.

—¿Has tenido un buen día hasta ahora?

Hannah tiene el coche aparcado delante del edi icio. Hoy hace un calor inusual, pero es el primer día que no necesito tres capas, así que no pienso quejarme. —Hasta ahora.

Hannah se ha pasado las dos últimas noches mostrándome reseñas de antiguos pacientes de la Dra. Taylor, asegurándome que es una de las mejores de la ciudad, lo que en realidad sólo me ha puesto más nerviosa para hablar con ella. Me pregunto cuánto le habrá contado Hannah exactamente, si es que le ha contado algo.

Me he estado preparando mentalmente para salir de nuevo, pero lo he estado haciendo desde hace tiempo. Esa fue una de las cosas de las que me di cuenta pronto. Si eres marica, tu vida tiene el potencial de convertirse en un largo momento de salida del armario. Si alguna vez quiero que me llamen con los pronombres correctos, tendré que corregir a la gente y exponerme primero y quién sabe lo que podría pasar.

—¿Estás nervioso?

—¿Para tener a alguien hurgando en mi cerebro durante una tarde?

— Me abrocho el cinturón de seguridad. —Estoy encantado.

Hannah me lanza una mirada, esa especie de mirada de —tienes que calmarte—. —Está bien, pantalones atrevidos. Creo que ayudará, y es una reunión corta. Sólo cuarenta y cinco minutos.

—Hmmm—. Cuarenta y cinco minutos de más, en mi opinión.

—No le he dicho nada—. El coche de Hannah se detiene. —Sobre que eres no binario. No sabía con qué estarías de acuerdo.

—¿Pero ella sabe que mamá y papá me echaron?

—No pude evitar ese detalle. Lo siento, hermano—. Mira a su alrededor para comprobar el trá ico antes de salir a la carretera.

—Es lo que sea—. Suspiro y apoyo la cabeza en la fría ventana, sin saber si sentirme aliviada o enfadada de que haya compartido eso con un desconocido.

El consultorio médico forma parte de esta larga hilera de complejos, de esos que parecen un edi icio de apartamentos pero que en realidad sólo están llenos de o icinas. Solo en este, hay un lugar donde puedes hacerte una limpieza dental y hacerte unas cuantas radiogra ías si

quieres, todo ello mientras comprueban si estás embarazada. Miro la forma en que todos parecen elevarse sobre el coche de Hannah.

Realmente quiero preguntarle a Hannah si podemos reprogramar o algo así. Incluso volveré a la escuela si es necesario. Cualquier cosa para no estar aquí. ¿Realmente necesito ver a esta mujer? ¿Puedo ventilar todos mis problemas a una completa y total desconocida? Mis ojos vuelan del suelo a los edi icios, mi estómago se aprieta. No hay nada que pueda dejar salir, pero puedo sentir la bilis subiendo.

—Su o icina está en el tercer piso—. Hannah cierra las puertas del coche y mete las llaves en el bolso.

Llego hasta la entrada y leo el tablero de nombres de los despachos.

Hay una manzana entera de consejeros, sus títulos, sus números de o icina. Intento concentrarme en el nombre del Dr. Taylor, pero es como si mi vista se volviera borrosa durante una fracción de segundo. Cierro los ojos y me pellizco la frente, intentando calmarme.

Mis manos tienen la misma sensación de humedad que tenían en el Walgreens aquella noche. Es una sensación repentina como si me hubieran dado un puñetazo en las tripas, como si no pudiera recuperar el aliento.

—¿Hannah?

—¿Qué pasa?

—No sé si puedo hacer esto.

—Oye, oye, oye. No pasa nada—. Hannah cierra el espacio entre nosotros, agarrando mi mano, y se necesita todo lo que hay en mí para no tirar de ella. —No pasa nada. Escucha. Todo va a ir bien. El Dr. Taylor te va a ayudar, ¿de acuerdo?

—¿Qué va a hacer?— Intento no respirar demasiado profundo.

Siento que debería estar llorando, pero no hay lágrimas, solo esta bolsa de aire en mis pulmones que no puedo sacar.

—Sólo va a hablar contigo de lo que sientes, de lo que estás pasando.

—¿Qué se supone que debo decirle?

—Dile lo que quieras, pero le ayudará saber al menos cómo te identi icas. Ese es el primer paso—. Intento asentir, pero sigo sintiendo que voy a vomitar. Así era exactamente como me sentía antes de decírselo a mis padres.

No puedo hacer esto de nuevo, ¿verdad? No puedo salir de nuevo, no aquí, no ahora.

—No sé si puedo hacerlo.

—Está bien—. Hannah suspira, quitándose el pelo de la cara. —

Prueba esto. Ya me lo dijiste una vez. Sigue diciéndome. Debería ser fácil, ¿verdad?

—¿Qué?

—Sigue repitiendo lo mismo. Es como eso de que las palabras pierden su signi icado después de un tiempo.

—¿Realmente crees que eso ayudará?— Pregunto. Quiero decir, supongo que tiene sentido. En teoría, al menos.

—Si te acostumbras a decirlo, será más fácil. Creo que así es como funciona esto...

Respiro profundamente y fuerzo las palabras a salir lentamente. —

Soy no binaria.

—Otra vez.

—Soy no binario.

—Vamos, sigue haciéndolo.

—Soy no binario. Soy no binario. Soy no binario—. Es una tontería estar en medio de un vestíbulo repitiendo las mismas palabras una y otra vez. Pero cada vez que lo digo me resulta más fácil, a pesar de la sensación de pesadez en el estómago. —Soy no binaria. Soy no binaria.

—Una más.

—Soy no binario.

—Bien, ya lo tienes—. Me pone una mano en la espalda y me lleva a los ascensores. —Sólo imagíname si tienes que hacerlo, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza. Sólo tienes que llegar allí. Entra ahí para que no haya vuelta atrás.

—Y estaré en la sala de espera si me necesitas. Si quieres salir antes, si necesitas que me siente allí contigo, lo que sea.

—De acuerdo—. Las puertas del ascensor se abren y entramos juntos.

No sé exactamente qué esperar. Tal vez paredes blancas y duras, suelos de baldosas feos y un olor médico ineludible. Pero la o icina del Dr.

Taylor se parece a lo que es. Una o icina. Las paredes son de color azul claro y están decoradas con cuadros de colores. Los muebles también son brillantes y el suelo es de una cálida madera dura.

—¡Hola! Ben, ¿verdad?— Sonríe y me abre la puerta de par en par.

—Sí.

—Soy el Dr. Taylor, pero puedes llamarme Bridgette si quieres.

Puede tomar asiento en el sofá—. El Dr. Taylor señala este horrible sofá amarillo mostaza que se encuentra contra la pared. Sin embargo, por algún milagro, encaja con el aspecto de la habitación.

—Entonces—. La Dra. Taylor coge un pequeño bloc de notas y un bolígrafo de su escritorio. —Tu hermana llamó para contarme algunas cosas.

Es mayor de lo que pensé que sería. ¿Tal vez de unos cuarenta años?

También es bastante bajita, de piel morena y rizos cortos y apretados.

—¿Qué te dijo?

—Que te habían echado de tu casa—. La Dra. Taylor toma asiento en la silla frente a mí, doblando las piernas. —Y que podrías necesitar a alguien con quien hablar.

—¿Eso es todo?— Pregunto, un poco sorprendida. Sé que Hannah dijo que no le había contado nada más a la Dra. Taylor, pero realmente no la creí. Y ahora me siento mal por pensar que mi hermana podría delatarme así.

—Eso es todo. Pensé que no era apropiado discutir nada más sin tu conocimiento.

—Oh...— No sé qué decir. —Gracias, supongo.

Ella asiente. —Entonces, ¿puedes decirme por qué tus padres te hicieron salir?

Cierro los ojos y me froto las rodillas. Aquí vamos.

—No es necesario, pero puede ser un buen punto de partida—, dice.

—No, es...— Sacudo la cabeza, imaginando a Hannah. Sólo di las palabras. Dos pequeñas palabras, eso es todo. —Soy... soy no binaria.

—Oh—. Oigo el sonido de un bolígrafo que hace clic, y luego algo que se escribe. Abriendo los ojos lentamente, la observo moverse. No parece sorprendida, ni horrorizada, ni como si me hubiera malinterpretado o no supiera de qué estaba hablando. —¿Te ha dicho Hannah que trabajo con muchos jóvenes LGBTQIAP + ?

Ese pozo en el estómago sigue ahí, pero siento que mis manos se relajan. —Puedes decir 'marica' a mi alrededor, está bien.

Se ríe de eso. —Lo siento, algunos de mis clientes no se sienten cómodos con esa palabra. Entonces, ¿eres no binaria?

Asiento con la cabeza.

—¿Puedo preguntar qué pronombres usas?

—Ellos y ellas—, digo. Por alguna razón, sigue siendo extraño que me pregunten eso.

—¿Y cuál es la conexión ahí, entre que seas no binaria y tus padres?

—Salí, o lo intenté. Los dos se asustaron—. Nunca me he sentido más pequeño que en ese momento. La forma en que papá se paró sobre mí, con su mano levantada. Pensé que podría golpearme o algo así, pero no. Sólo señaló la puerta.

—*¿Dónde quieres que vaya?*

—*No sé, sólo sal de esta casa.*

Nunca había visto esa mirada en sus ojos.

—¿Puedes decirme cómo se comportaron? Como padres.

—Como los padres, supongo—, digo. —No lo sé realmente—. Por lo que sé, eran en su mayoría normales. Pero no tengo exactamente otro par de padres para compararlos.

—¿Cómo era la relación de Hannah con ellos?

—Se llevaba bien con mamá, en su mayor parte. Pero se peleaba mucho con papá.

—¿Y tú? ¿Cómo era tu relación con ellos?

Mejor que la relación que tenían con Hannah, pero aún así era di ícil. Y sólo empeoró con el paso del tiempo, las peleas eran cada vez más frecuentes. —Bien, supongo. Las cosas empeoraron después de que Hannah se fue.

—¿Cuándo se fue Hannah?

Suspiré. —La noche que la llamé, fue la primera vez que hablé con ella en unos diez años—. Mis dedos encuentran las bolitas de pelusa en el sofá y no pueden resistirse a hurgar en ellas, retorciéndolas hasta que se hacen demasiado grandes. Las dejo ahí cuando termino.

—Ya veo. ¿Te sientes cómodo quedándote con tu hermana en este momento?

—¿Hay alguna alternativa?

—¿Quieres uno?

Sacudo la cabeza. —Sólo me preguntaba. Todo esto queda entre nosotros, ¿verdad?

La Dra. Taylor descruza las piernas y se inclina hacia delante en su silla, el cuero chirriando bajo ella. —Usted es mi paciente—. Señala la puerta con el extremo de su bolígrafo. —No hablaré de nada de lo que ocurra dentro de esta habitación con nadie más que contigo. No sólo estoy obligada legalmente, sino que la privacidad y la seguridad de mis pacientes es importante para mí, Ben. Podríamos repasar el consentimiento informado si quieres.

—¿Consentimiento informado?

La Dra. Taylor se acerca a un archivador situado en un rincón de la habitación y rebusca entre el arco iris de carpetas que hay allí. —Es un

procedimiento importante, en el que expongo todo lo que voy a repasar con usted, los límites de lo que vamos a discutir, así como los bene icios del tratamiento y, lo que es más importante —vuelve a cruzar la habitación y me entrega la pila de papeles. —la con idencialidad.

Respiro profundamente por la nariz, intentando leer todo lo que implican los documentos. Claro, está el juramento hipocrático y todo eso, pero ni siquiera sé si eso se supone que se aplica a los terapeutas, o si eso es sólo para el tipo de médico de cirugía. Esta mujer no me ha dado nada en lo que basar un nivel de con ianza.

Pero los papeles lo exponen todo, o al menos lo parecen. —

Podemos repasar cada parte paso a paso si quieres—. El Dr. Taylor se inclina más cerca. —Pero le juro que, a menos que crea que es una amenaza inmediata para su propia vida o la de otra persona, no voy a contar a nadie lo que ocurre aquí.

—Yo... lo siento—. Una extraña sensación de vergüenza sube por mi cara.

—No tienes que lamentarlo, Ben. Me doy cuenta de que da miedo, sólo puedo imaginar por lo que has pasado estos últimos días, incluso meses—. El Dr. Taylor habla en voz baja. —Pero para eso estoy aquí.

Quiero ayudarte, ayudar a entender por lo que estás pasando.

—Gracias.

—Para eso estoy aquí. ¿Quieres repasar los formularios?

—¿Si tenemos tiempo?

—Claro. Podemos revisarlos mientras hablamos.

Es mucho. Hay algunas cosas que son sencillas o que se explican por sí solas, pero hay aún más que no entiendo. Entonces, el Dr. Taylor dice:

—¿Así que has salido con tu hermana?

—Oh, um...— Hojeo la siguiente página y leo brevemente lo que dice, irmo con mis iniciales donde el Dr. Taylor me dice que es necesario.

—No tenemos que hablar de ello.

Intento respirar. —Quiero decir, estoy fuera. Por ella. Y por Thomas.

En cierto modo tenía que estarlo, ¿no?—. Intento reír, pero incluso para mis propios oídos suena forzado.

—¿Te sientes cómodo con eso?

—Tengo que serlo, ¿no?

—No. Por supuesto, las circunstancias estaban fuera de tus manos.

Sé que en este escenario, decirles por qué te habían obligado a salir de tu casa era la opción más fácil, y tal vez la única. Pero eso no signi ica que tenga que gustarte.

—Lo están intentando. Hannah y Thomas se corrigen cuando usan los pronombres equivocados.

—Eso es bueno. ¿Y qué tal en la escuela? ¿Te estás adaptando fácilmente?

—Quiero decir, es la escuela. No estoy fuera, si eso es lo que estás preguntando.

—Ajá—. La Dra. Taylor chasquea su bolígrafo y lo añade a sus notas.

—¿Quieres hablar de eso?

—No hay nada que hablar realmente.

—¿Tú crees?

—No se siente exactamente seguro.

—Es un punto justo—. Hay un brillo en sus ojos, y espero que se oponga a mí, pero no lo hace.

—¿Pero?— Yo digo.

—No hay —pero—. ¿Has conocido a alguien en tu nueva escuela?

¿Algún amigo nuevo?

—No.

—¿De verdad? Es una pena. ¿Nadie en absoluto?

—No—, repito. —Nadie—. Hemos llegado al último de los formularios. Lo leo rápidamente antes de irmar con mi nombre. La Dra.

Taylor los hojea una vez más antes de recogerlos todos.

—¿Había algo más que quisieras decirme?

—¿Cómo?

Se encoge de hombros. —Cualquier cosa que sientas que pueda ayudarme a conocerte mejor. ¿O algo especí ico con lo que hayas estado lidiando?

—No lo creo—. Está Mariam, pero eso parece algo privado, algo que no necesito compartir aquí. No ahora mismo, al menos.

—De acuerdo—. La Dra. Taylor se levanta, arrojando su cuaderno de notas sobre su escritorio.

—¿De acuerdo?— Mis ojos la siguen hasta su escritorio. —¿Eso es todo?

—Por hoy—. Abre un cajón y coge un pequeño folleto. —Me gustaría seguir viéndote, Ben, si quieres, claro. Pero también tengo algo aquí —. Me tiende el papel para que lo coja.

—¿Qué es?— Le doy la vuelta en mis manos, leyendo el encabezado, que está en letras multicolores brillantes.

—Es un grupo de apoyo para niños del espectro LGBTQIAP+.

Abro la boca para hablar, pero ella levanta un dedo para silenciarme. —Lo sé, pero no todos los miembros utilizan 'queer' para identi icarse. Me gustaría que pensaras en asistir. La mayoría son adultos jóvenes y adolescentes. Creo que podría ayudar.

—Suelen reunirse cada dos viernes sobre las seis y media. Piénsalo

—. Ojeo el pan leto y leo la información de contacto y la dirección de la reunión en el reverso. —¿Estarías dispuesta a volver a verme?

Lo considero por un segundo. Es decir, no me siento realmente mejor,

pero ¿se supone que debo hacerlo después de una sola reunión?

En realidad sólo quiero ir a casa, meterme en la cama y esperar a mañana. —Supongo.

—No es necesario—, añade.

—Puedo volver a reunirme—, digo. Eso es probablemente lo que Hannah quiere.

—Lo intentaremos para el próximo jueves, ¿vale? Estoy libre por las tardes, y así no tienes que seguir faltando a clase.

Me levanto y doblo el folleto para guardarlo en el bolsillo trasero, sabiendo que no voy a ir a ese grupo de apoyo. Si apenas podía afrontar el hecho de salir del armario aquí, ¿cómo se supone que voy a salir ante una sala llena de desconocidos?

—También me gustaría hablar brevemente con Hannah, si le parece bien—. El Dr. Taylor me mira.

—¿Por qué?

—No le voy a decir nada que no hayamos acordado. Sólo quiero asegurarme de que entiende todo, si tiene alguna pregunta.

—Oh, vale.

—¿Así que estás cómodo con eso?

La verdad es que no, pero tal vez sería más fácil que la Dra. Taylor se encargara de esto en lugar de que Hannah me interrogara en el coche de vuelta a casa. La Dra. Taylor asoma la cabeza por la puerta y dice algo, Hannah va detrás de ella.

—¿Todo bien?—, pregunta.

—Muy bien—, dice el Dr. Taylor. —Sólo quería hablar de algunas cosas relacionadas con las citas de Ben.

—De acuerdo.

—Ben y yo nos reuniremos los jueves; cada dos semanas debería ser su iciente, a menos que Ben me diga que quiere cambiar la frecuencia de las citas—. El Dr. Taylor dice esto de la manera más directa que puedo imaginar que alguien pueda. —Me comunicaré con ellos directamente y no compartiré ninguna información a menos que Ben irme un

formulario de autorización.

—Oh— es todo lo que dice Hannah, y ahora no puedo mirarla. Me pregunto qué se siente cuando la mujer a la que pagas para que trate al hermano que acabas de acoger te dice que no tienes derecho a saber nada de lo que pasa aquí.

—Sólo quería hacerles saber que no podré comentar ningún detalle sobre sus citas, además de cuándo se producirán.

—No—, dice Hannah. —Quiero decir, sí, por supuesto. No, lo entiendo perfectamente—. Parece un poco nerviosa. Tal vez por el cuchillo que acabo de apuñalar en la espalda. —¿Había algo más de lo que necesitabas hablarme?

El Dr. Taylor mira hacia mí. —¿Ben?

—He terminado.

—Muy bien, te veré el próximo jueves—. Lo último que hace la Dra.

Taylor es coger una pequeña tarjeta de su escritorio. —Aquí está la información de contacto de la o icina, sólo llame si necesita cambiar los horarios.

Metiendo la tarjeta junto al folleto.

—Gracias, Dr. Taylor—. Hannah y el Dr. Taylor se dan la mano. —

¿Están listos para irse?

Asiento con la cabeza y miro el reloj de la pared. Solo es la una de la tarde, pero parece que es más tarde.

—¿Quieres parar y comer algo?

Mi estómago se tambalea, totalmente vacío, pero sacudo la cabeza.

No creo que pueda retener la comida en este momento.

SIETE

—Interesante—. La señora Liu mira el cuadro y yo intento no sentirme cohibido. Una tarea en la que estoy fallando miserablemente. —Me gusta el espacio vacío aquí, y la elección de los colores, especialmente los azules oscuros. ¿Qué te hizo elegir eso?

Sólo elegí el azul porque me gusta el azul. ¿No se supone que el cielo es azulado de todos modos? —Se sentía bien—, digo en su lugar. No creo que mi otra respuesta me haga ganar muchos puntos. La señora Liu es una profesora interesante, como mínimo. Durante las dos últimas semanas, me ha estado vigilando como un halcón mientras trabajaba, aunque sólo fuera un boceto. Hasta ahora me ha tenido en el torno haciendo esta horrible vasija de arcilla. Y antes de eso, me dio una bolsa llena de perchas de alambre y me dijo que hiciera algo con ellas.

Ayer me dio un caballete y un lienzo y me dijo que pintara lo primero que se me ocurriera. Mariam me había estado enviando mensajes de texto sobre los cardenales durante el almuerzo, y sobre el hecho de que son el pájaro favorito de Mariam. Así que eso fue lo primero que se me ocurrió.

Y pinté un cardenal, como me habían dicho.

—Es un bonito contraste, especialmente con el rojo—, intenta bromear. Al menos creo que se supone que es una broma. —¿Te gusta pintar, Ben? Se te da muy bien.

—Sí—. De hecho, lo disfruto más que dibujar. Supongo que tal vez se siente más fresco, ya que no puedo hacerlo tanto como quisiera. No podía sacar juegos de pintura en casa, y en Wayne, las clases de arte no eran nada del otro mundo.

No es que fueran peores, y aprendí mucho. Sólo que las cosas eran de initivamente más estrictas allí.

Es entonces cuando el timbre decide sonar. Me apresuro a meter la pintura y los pinceles en el fregadero. —Tómate tu tiempo, chico—. La señora Liu me da una palmadita en el hombro.

—Lo siento, no estaba prestando atención—, digo, con las manos ya manchadas del naranja acuoso.

—Está bien. Quería preguntarte algo de todos modos.

—¿Sí?

—Me he dado cuenta de que sales al patio durante la comida.

Jesús, estoy listo para que todo el mundo deje de estar obsesionado con dónde voy a almorzar. —Oh, sí, no soy un fanático de la cafetería.

—Bueno, si alguna vez quieres venir aquí a trabajar...— La señora Liu saca una pequeña llave de los bolsillos de su bata.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto. Tengo un buen presentimiento sobre ti, Ben—. Ella golpea la llave sobre el mostrador. —Pero sólo una advertencia, no doy muchas oportunidades.

—Tendré cuidado. Lo juro.

—Más te vale—. Me guiña un ojo y vuelve a su despacho. ¿Acceso casi ilimitado a la sala de arte? De initivamente no es algo malo.

El viernes se me hace cuesta arriba, pero lo consigo. Entre los deberes y el intento de ponerme al día con todas mis clases, es agradable tener una noche para mí. Hannah y Thomas deciden que quieren salir a cenar; yo declino la invitación, pensando que probablemente quieran un tiempo para sí mismos después de todo lo que les he hecho pasar.

Además, así puedo dibujar sin interrupciones, y no tengo que preocuparme de entrar en su casa o invadir su espacio. Las noches a solas en casa eran escasas, y normalmente reservaba esos momentos para seguir dibujando o maratonear los vídeos de Mariam.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer esta noche?— La voz de Mariam resuena en los altavoces de mi portátil. Hace demasiado tiempo que no tenemos una noche así. Solos ellos y yo, hablando mientras ambos trabajamos. Es realmente relajante.

—Nada especial. ¿En qué estás trabajando?— Mis ojos pasan del televisor al ordenador y a mi cuaderno de bocetos. He estado esbozando muchas ideas para cuadros en los últimos días.

—Discursos—. Tengo que prepararme para esta conferencia. Y

estoy mirando las fechas para la próxima gira—. Me enseñan su cuaderno. Incluso una sola página está abarrotada hasta los márgenes con su escritura desordenada. No deja de sorprenderme que Mariam

pueda hablar delante de cientos, o en algunos casos, de mil personas, sin ningún reparo.

—Parece un momento divertido—, digo.

—Sí—. Se despiertan los labios. —¿Y tú?

—Dibujo—. Les enseño el bloc de dibujo.

—Bonito, ¿cuándo me vas a dar una nueva cabecera para el canal?

— Mariam se apoya en sus manos y mueve las pestañas.

—Eso requeriría las herramientas adecuadas, amigo mío—. Algún tipo de programa de dibujo en el portátil, probablemente también una tableta de dibujo. Demasiado para mí, especialmente porque esas cosas cuestan dinero.

Mariam se limita a poner los ojos en blanco, la maestra del eye roll.

—¿Quieres ver mi último botín?

Sonrío. —Siempre.

—¿Qué tal unas bufandas nuevas?— Se inclinan hacia atrás para mostrar más del pañuelo envuelto alrededor de su cabeza en el marco de la cámara web. Es di ícil de distinguir desde aquí, pero el material parece brillante, y el rojo brillante realmente va bien con su lápiz de labios.

—Me encanta.

Mariam y yo hemos tenido largas conversaciones sobre ser religiosa y no binaria. Para Mariam, sin embargo, su hijab representa comodidad, seguridad, una conexión con su fe. Podrían pasarse horas hablando de cómo les hace sentir. De hecho, el año pasado hicieron toda una serie en su canal sobre lo que signi icaba para ellas ser musulmanas chiítas y no binarias.

Por un segundo, recuerdo lo que mamá me dijo esa noche. Que Dios no quiere esto. Mariam es la única razón por la que no puedo creerlo.

—Compré algunos más, pero este es mi favorito. ¡Oh!— Buscan algo fuera de la cámara. —Y este jersey—. Mariam se levanta rápidamente, apartando la silla de su escritorio, y da vueltas delante de la cámara. Es uno de esos que parece una capa, pero está cortado para que no se te caiga ni nada. De esas que siempre me daban cierta envidia cuando

las veía en las tiendas, de compras con mamá.

—Oh, Dios mío.

—Lo sé, ¿verdad?— Mariam gira de nuevo. —Nunca me pondré otra cosa. Y además con un treinta por ciento de descuento—. Hacen un pequeño baile. —No es que vaya a tener mucha oportunidad de ponérmelo en casa. Lo más bajo que llega aquí es como sesenta grados, si tenemos suerte. Pero tal vez en la gira.

—Estoy celoso.

—Algún día lo conseguirás, Benji. Te lo prometo. Cuando estés diseñando logos y pintando obras maestras, nadie puede decirte qué ponerte.

—Sí, claro—. Técnicamente, nadie podría decirme lo que tengo que llevar ahora, pero sé exactamente lo que pasaría si me atreviera a salir en público vestida así, o con alguno de los vestidos de lunares tan chulos que he visto en Internet, o quizá con unas botas hasta la pantorrilla que sé que nunca se ajustarán a mis pies.

Me acomodo en el sofá y vuelvo a mi dibujo. Llevo un tiempo pensando en los retratos. Siempre ha habido algo en los rostros que me parece tan interesante. Me he pasado los últimos días guardando fotos

de varias modelos que he encontrado en Internet, sus rostros suaves y sus labios a ilados, sus cejas perfectamente depiladas y sus ojos como si te perforaran.

Oí que un coche entraba en la calzada. En lugar de que los faros se atenúen y el motor se apague, simplemente se queda al ralentí.

—Raro—, susurro para mí.

—¿Eh?— pregunta Mariam.

—Nada—. Reanudo el dibujo. —Hannah y Thomas acaban de llegar a casa.

—¿Qué te parece la nueva escuela?— Mariam está ahora delante de la cámara.

—Está bien.

—¿Algún nuevo amigo que amenace con ocupar mi lugar?

—Ninguno hasta ahora—. Nathan seguía intentando que fuera a almorzar con él, pero una vez que la señora Liu me dejaba entrar en la sala de arte, cualquier esperanza de ello se desvanecía. Sin embargo, no parecía demasiado molesto por mis rechazos. Era casi como si se convirtiera en un juego para él o algo así.

Vuelvo a mirar por la ventana. El coche sigue ahí, sentado en la entrada con el motor en marcha y los faros brillando a través de las cortinas.

—¿Todo bien? Pareces un poco distraído esta noche.

—Hannah y Thomas están sentados fuera en su coche.

Mariam empieza a reírse para sí misma. —Tal vez se estén besando.

—Qué asco—. Me arrastro hacia la ventana, apartando las cortinas lo más lentamente posible. El camino de entrada no es tan largo, pero está demasiado oscuro para distinguir el color o la marca de un coche.

No es que lo hubiera sabido de todos modos. Hay coches, camiones y todoterrenos. Ese es más o menos el alcance de mis conocimientos sobre coches.

Pero mi estómago se hunde cuando me doy cuenta de que este coche de initivamente no es el gran todoterreno negro de Hannah y

Thomas. Eso lo puedo decir, incluso en la oscuridad. No, este coche se parece mucho al de papá.

—No.

—¿Ben?— La voz de Mariam me asusta. Ya había olvidado que estaban aquí.

El pánico me inunda el pecho mientras retiro las cortinas y corro hacia la puerta principal para comprobar las cerraduras.

Probablemente mamá y papá pueden ver mi sombra corriendo de un extremo a otro de la casa, pero eso no importa en este momento. Tomo el teléfono y mantengo el pulgar sobre el número de Hannah.

La voz de Mariam sigue resonando en los pasillos. —¿Ben? ¿Qué pasa? Hola? ¿Ben?

Me quedo en lo alto de la escalera, asegurándome de que apenas puedo ver el resplandor de las luces a través de las densas cortinas,

preparada para correr a mi habitación si lo necesito. Pero al cabo de un minuto, los faros se apagan. Vuelvo a correr hacia la ventana, rozando las cortinas. Sigue ahí, el motor ya no está en marcha.

Entonces llaman a la puerta.

Ya vienen. Mierda. Vienen por mí.

—¿Ben? ¿Qué ha pasado?

—¡Tengo que llamarte!— Grito sin quererlo.

—*¡Ben!*

—Creo que mis padres están aquí—, digo con di icultad. Puedo oír el quiebre en mi voz. No espero su respuesta, cierro el portátil y lo tomo todo. Vuelvo corriendo a la habitación de invitados, dando los pasos tan rápido que casi me caigo arriba. Me aseguro de cerrar la puerta tras de mí.

No pueden estar aquí. ¿Verdad? ¿Saben siquiera dónde vive Hannah? ¿Por qué estarían aquí? No me querían en su casa, así que no hay razón para que estén aquí.

Mi teléfono empieza a sonar en mi mano. Lo he sujetado con tanta fuerza que he conseguido desactivar el modo silencioso. Es Mariam, que

me envía un mensaje de texto y trata de reanudar la llamada de FaceTime.

Por mucho que lo intente, no consigo calmar mi respiración, no puedo apartar la vista de la puerta blanca de la habitación. Tengo que escuchar atentamente si se acerca un coche a la entrada de la casa, o si se abre y se cierra la puerta principal, el sonido de los pies subiendo los escalones.

Entonces llegan esos sonidos inconfundibles. La puerta abriéndose, luego cerrándose, una charla silenciosa que no puedo distinguir. Son Hannah y Thomas. Tiene que ser; son sus voces. Me dieron la única llave de repuesto que tenían. Incluso me lo dijeron ellos mismos. Y las puertas están cerradas. Tienen que ser Hannah y Thomas. ¿Pero es realmente así como suenan? ¿Son sus voces apagadas? ¿Sus pasos?

¿Y si no lo es?

Un conjunto de pies, dos conjuntos, acercándose lentamente a la parte superior de las escaleras. —Probablemente esté en su habitación

—, dice alguien. ¿Hannah?

Al menos, suena como Hannah, pero no puedo estar seguro. — *Su—,* dice ella. —Probablemente *estén en su* habitación—. Tiene que ser Hannah; tiene que serlo. Pero mi mente se niega a aceptarlo, por mucho que lo desee.

—¿Ben?— Llaman a la puerta y el picaporte se sacude un poco. —

Ben, la puerta está cerrada.

Abro la boca para hablar, para decir algo, *cualquier cosa*. Pero no sale nada.

—Ben, ¿estás bien?

—No—, digo a la fuerza, como si me tragara las uñas.

—¿Puedes abrir la puerta?— El picaporte se mueve de un lado a otro.

—¿Ben?— Es Thomas, o al menos suena como Thomas. —Necesito que me abras la puerta, ¿vale?

No puedo, estoy atrapado. Porque, ¿y si son mamá y papá los que están al otro lado de la puerta? Casi todas las partes de mi cerebro gritan que no puede ser, pero todavía existe esa posibilidad, por muy pequeña que sea.

Ambos susurran algo que no puedo entender, y entonces oigo pasos que se alejan.

—¿Ben? Thomas va a abrir la puerta, ¿de acuerdo?

Intento decir algo, pero siento la boca imposiblemente seca y no puedo controlar mi respiración. Es casi como si tuviera un peso de 50

libras sobre el pecho, y no importa cuántas veces me limpie la cara, parece que no puedo dejar de llorar. Es peor que en la consulta del Dr.

Taylor. O aquella noche de Nochevieja. Parece que nunca sabré el inal.

—Tenemos uno para los dormitorios. Sólo en caso de emergencias.

Se oye el sonido de algo al otro lado de la puerta, y el *clic* de la cerradura deslizándose y la puerta abriéndose lentamente. Thomas se aleja y deja que Hannah entre lentamente delante de él.

—¿Ben?

—Lo siento—. Me aprieto las rodillas contra el pecho, haciendo lo posible por ocultar mi rostro. No puedo ni siquiera mirarlos.

—¿Ben? ¿Puedo sentarme?— Señala la cama.

Me encojo de hombros. —Es tu habitación.

—Es *tu* habitación—. La cama se hunde bajo su peso. Me doy cuenta de que quiere alcanzarme, levantando la mano antes de apartarla de nuevo. —Ben, ¿qué ha pasado?

—Mamá y papá—. Mi voz es apenas un murmullo.

Hannah se congela. —¿Qué pasa con ellos? No han venido aquí,

¿verdad?— Al escuchar sus nombres, es como si un interruptor se activara dentro de ella.

Sacudo la cabeza y trato de aclararme la garganta.

—No sé si fueron ellos—. Me limpio los ojos. —Había un coche. Se detuvo en la entrada y había alguien en la puerta—. Ahora siento que he respirado demasiado, como si el aire me fuera a envenenar.

Hannah se vuelve y le dice algo a Thomas, pero no puedo saber qué es. Él asiente y desaparece por el pasillo.

—¿Ben?— Hannah se vuelve hacia mí. —¿Quieres algo de beber?

Sacudo la cabeza.

—¿Quieres que llame a la Dra. Taylor? Tal vez ella pueda ayudarte a superar esto.

—No, no la molestes. Por favor.

—Bueno, tal vez no eran ellos—, ofrece. —¿Tal vez fue alguien que se perdió y se dio la vuelta? Eso parece bastante salvaje, que aparezcan de la nada, ¿no?— Creo que está tratando de disuadirme, pero no está ayudando.

—Lo siento.

Me toca la espalda con suavidad, casi como si temiera que me rompiera si alguien respirara demasiado fuerte sobre mí. —Sé que esto no es fácil.

Me alejo de su mano. No puedo soportar las caricias en este momento, ni siquiera de ella. —Lo siento, yo sólo...

—No, está bien. Lo siento—. Ella junta sus manos. —Tal vez deberías tratar de descansar un poco, ¿de acuerdo? Podemos hablar más por la mañana.

Asiento lentamente y siento que la cama se mueve cuando Hannah se levanta y se gira para mirarme una vez más antes de cerrar la puerta.

Quiero gritar, quiero chillar, pero mi voz no es más que un susurro. —

Por favor, no me dejes.

Pero es demasiado tarde. Ella se ha ido.

La oigo decir algo a Thomas. Parece que sigue hablando por teléfono. Pero todo parece tan amortiguado, y ni siquiera tengo energía para escuchar a escondidas. Acerco mis rodillas, queriendo hacer tantas cosas. Coger el teléfono y hablar con Mariam, o incluso hacer que Thomas venga a hablar conmigo. Una voz diferente. Cualquier cosa para llenar la habitación.

Hannah y Thomas no me molestan durante el resto de la noche, aunque les suplico en silencio que lo hagan. Oigo sus pasos arrastrándose de un lado a otro, moviéndose entre las habitaciones, supongo. Alrededor de la medianoche, después de que me duela la espalda de estar sentada contra la pared durante tanto tiempo, por in me quito la camiseta, la tiro al suelo y me meto debajo de las sábanas.

Por la mañana entro en el cuarto de baño arrastrando los pies, el agua caliente de la ducha me llama. No quiero salir; quiero quedarme aquí.

Tal vez acabe ahogándome; eso es bastante fácil de hacer en una bañera, ¿no?

Es morti icante ver cómo Hannah y Thomas levantan la vista de la mesa de la cocina y sus miradas se posan en mí. Ya puedo ver mucho

de lo que están pensando en sus caras. Es lástima, tristeza y miedo, y lo odio tanto.

—Hola, chico. ¿Cómo estás?— Pregunta Thomas.

—Bien—. Estoy bastante seguro de que todos sabemos que eso es una mentira.

—¿Por qué no te sientas? Creo que tenemos que hablar—. Hannah palmea el espacio vacío de la mesa.

—¿Tenemos que hacerlo?

—Sí—, dice Thomas, sin lugar a dudas en su voz.

Me obligo a seguir adelante, no tiene sentido volver a subir corriendo y esconderme en mi habitación todo el día. Especialmente si tienen una llave.

—Creo que el Dr. Taylor necesita saber lo que pasó anoche—.

Hannah hace una pausa.

—No has llamado ya, ¿verdad?— Pregunto.

Hannah sacude la cabeza. —No quería hacerlo sin ti. Me acordé del tema de la con idencialidad y no creí que te sintieras cómoda sin que yo

te lo pidiera primero.

Tal vez sólo dudaba de que yo mismo se lo dijera a la Dra. Taylor, o tal vez estaba tan asustado de lo que podría hacer la próxima vez que esto sucediera. —Puedes llamar—, dije.

—¿Quieres hablar con ella tú mismo?— pregunta Thomas.

—No—. No sé ni por dónde empezar.

—De acuerdo—. Hannah busca entre sus contactos el número del doctor Taylor. Oigo que suena durante unos segundos, y luego el sonido apagado de su voz. ¿Está realmente en su o icina un sábado? — Hola, Dr.

Taylor. Soy Hannah Waller. ¿La hermana de Ben? Yo sólo, um...

realmente no sé por dónde empezar con esto.

Hay un ruido, el sonido de alguien hablando.

—No, sí. Ben está bien. Bueno, más o menos. Están aquí. Pero anoche, hubo un incidente. Creo que pudo ser un ataque de pánico o algo así. Y sólo queríamos que lo supieras.

El Dr. Taylor dice algo más.

—Sí. Lo entiendo. De acuerdo—. Hannah pone la mano sobre el teléfono. —Quiere saber si quieres quedar antes del próximo jueves.

Me encojo de hombros, sin respuesta. Pero Hannah lo acepta.

—Si no te importa—, dice Hannah. —Mhmm. Sí, gracias. Los traeré el lunes después de la escuela. Gracias, que tengas un buen in de semana —. Hannah termina la llamada. —Lo siento—. Me mira de forma culpable.

—Es lo que sea—, le digo. Tal vez estoy un poco feliz de que ella haya tomado la iniciativa en este caso. No sé, creo que si les hubiera dicho realmente lo que quería hacer, podría haber dicho que no.

—Ben—, interviene Thomas. —¿Quieres hablar de algo?

—No, sólo que hoy no—. Intento que las palabras suenen como una a irmación irme, pero dudo que realmente salga así. —¿Por favor?

Hannah y Thomas se miran entre ellos. —De acuerdo—, dice Thomas. —¿Necesitas que hagamos algo?

Incluso si hay algo que puedan hacer, dudo que sea capaz de decírselo. Nunca he estado tan asustado como ahora. Fue como si me apagara. Ni siquiera podía hablar; era como si mi cerebro se negara a formar las palabras.

—No, no hay nada.

OCHO

Cada noche de ese in de semana, sueño con mis padres. Me despierto cubierto de sudor, con las sábanas enredadas en las piernas. Sólo

recuerdo la cara de mamá, la frigidez de esa noche. El sábado por la noche consigo volver a dormirme después de un rato. Sin embargo, el domingo es una historia diferente. Por mucho que lo intente, mi mente se niega a descansar. Así que después de una hora de lucha con mis sábanas, sé que es inútil. Mañana por la mañana seré un zombi en la escuela.

En una combinación de mi insomnio y mi curiosidad, bajo a la sala de estar y saco el portátil, buscando en Google las causas del insomnio, pero eso no ayuda. Uno, porque no estoy seguro de que sea eso, y a veces el autodiagnóstico puede ser peligroso. Y dos, los resultados arrojan cualquier cosa, desde asma hasta problemas de sinusitis o artritis. Ninguno de los cuales he tenido que tratar. Pero hay dos causas que me llaman la atención, justo en la mitad de la página.

La ansiedad y la depresión son dos de los factores clave que contribuyen al insomnio. Los pacientes suelen experimentar...

Me detengo, casi buscando la ansiedad, pero no quiero abrir *esa* lata de gusanos. Cierro la pestaña y tomo los auriculares, matando el tiempo escuchando una de mis listas de reproducción y haciendo pruebas de BuzzFeed. Al inal voy al canal de Mariam y veo su último vídeo.

Unas horas más tarde, el sol empieza a asomar por detrás de las cortinas, bañando la habitación con un cálido resplandor. Otra noche perdida. Vuelvo a subir y me doy una ducha rápida. Hannah y Thomas siguen durmiendo, o uno de ellos. Oigo que alguien se mueve en su habitación.

—Buenos días, Ben—. Thomas baja los escalones una hora después, abotonando las mangas de su camisa.

—Buenos días.

Abre la nevera y coge una botella de agua. —Te has levantado temprano.

—No podía dormir—. Me trago el último trozo de cereal y me bebo la leche sobrante, que es la mejor parte, sinceramente.

—Oh, eso apesta. He tenido esas noches—. Thomas se apoya en el mostrador. —Entonces...

Uh-oh. Ya me estoy preparando para lo peor. —Entonces...— Repito.

—Nathan ha estado preguntando por ti.

Miro a Thomas con descon ianza. —¿Preguntó qué pasa conmigo?

—Él, eh...— Thomas se ríe, menos como si lo encontrara divertido, y más como si no quisiera decir la siguiente parte de su frase. —Se preguntaba qué había hecho para ofenderte.

Se me cae el corazón. —Oh.— Es lo único que se me ocurre decir.

—Le dije que no creía que estuvieras enfadada con él o algo así.

Sólo que estabas pasando por algunas cosas.

Abro la boca para preguntar algo, pero Thomas ya está un paso por delante de mí. —No le dije nada—, me asegura. —Lo mantuve vago y misterioso, como a ti te gusta.

Dejo escapar un suspiro de alivio y me dirijo al fregadero para enjuagar el cuenco. —Gracias.

—Es un buen chico, sólo un poco entrometido.

Miro ijamente a Thomas. —¿Un poco?

Eso le hace reír de verdad. —Vale, es muy entrometido, pero tiene un gran corazón. Le gusta hacer que la gente se sienta bienvenida.

—Sí—. Abro el lavavajillas, apilando el cuenco para que encaje perfectamente. Todavía no sé qué pensar de Nathan, sinceramente.

Parece bastante tranquilo, y no ha sido más que amable conmigo desde que llegué a Raleigh, casi hasta la saciedad. Como si tuviera algo dentro

de él que le dijera que no puede dejarme sola más de cinco segundos.

—Debería ser más amable con él, ¿no?

—Tal vez—, empieza a decir Thomas. —Al menos deberías darle una oportunidad. No puede ser fácil, quiero decir, tu vida es... Bueno, han pasado muchas cosas en las últimas semanas, Ben. Necesitas a alguien con quien puedas hablar.

—Pensé que por eso estaba viendo al Dr. Taylor.

—Vale, bueno, ayuda hablar con alguien de tu edad a quien no estás pagando para que diseccione todo lo que dices.

—Supongo—. Suspiro. Sólo puedo con iar en Mariam hasta cierto punto. Entre la diferencia horaria y que viajan tanto para hablar con grupos no binarios y queer en todo el país, tener una amiga podría no ser tan malo.

Thomas me palmea el hombro y me dedica una de esas sonrisas incómodas. —¿Quieres seguir adelante y marcharte? Puedo empezar a cali icar.

—De acuerdo.

No hay ningún sitio al que pueda ir tan temprano. La Sra. Liu no llegará hasta dentro de una hora, y me resulta incómodo estar en la sala de arte antes que ella.

Me gusta Thomas y todo eso, pero no estoy dispuesta a pasar una hora más en su clase sin nada entre nosotros más que una conversación incómoda y un silencio aún más incómodo. Así que vuelvo al patio. Al menos ahora puedo estar sola, y el lugar aún no apesta a humo de cigarrillo ni a marihuana.

Encuentro un lugar para sentarme y saco mi cuaderno de bocetos, pero en realidad preferiría estar pintando ahora mismo. Tal vez podría hacer el cielo, la mezcla de azules claros y morados casi transparentes.

Con apenas los toques de naranja y verde del sol. Es como si ahora que puedo coger un pincel, fuera lo único que quiero hacer.

Hay una pintura de goteo realmente genial que hice la semana pasada, de la que estoy muy orgulloso. La Sra. Liu estaba enseñando a la clase de Arte 1 sobre Jackson Pollock, así que me hizo estudiar y mostrar la forma en que él hacía sus pinturas de estilo de goteo. A la Sra. Liu le gustó tanto que lo puso en la pared de los otros cuadros de los estudiantes, frente al del cardenal.

Saco mi teléfono del bolsillo y busco entre mis fotos de referencia.

El único bene icio real de tener un nuevo teléfono es que ahora puedo llenar todo mi espacio de almacenamiento extra con fotos de referencia inútiles que nunca voy a usar.

Sin embargo, hay uno de una rosa que *he* estado usando, y me está gustando mucho cómo está saliendo el boceto. Creo que tengo los pinceles perfectos para intentar pintarla también. El tipo de pinceles que captará la delicada suavidad de los pétalos.

—Ahora, Benjamin, sabes que los teléfonos no están permitidos en la escuela—. Doy un salto y Nathan se sienta a mi lado. —Lo siento, no quería asustarte.

—No me has asustado—, miento. —Y las clases aún no han empezado —, argumento sin mirarle.

—Touché. ¿Qué es eso?— Señala el dibujo a medio terminar.

Supongo que es di ícil saber lo que se supone que es cuando sólo son vagas líneas esbozadas.

—Una rosa.

—Oh, qué bien—. Se revuelca dramáticamente en el césped junto a los escalones de hormigón, tumbándose. —Dibújame como una de tus chicas francesas.

Le miro ijamente.

—*¿Titanic?*

—Eso es un poco anticuado, ¿no crees?— Le digo.

A mamá le encanta esa película. Recuerdo haberle rogado que se quedara despierta para verla con ella muchas veces cuando la ponían en la tele. No sabía que duraba casi tres horas, así que siempre me quedaba dormida antes de llegar a la escena del iceberg.

—Lo que sea—. Se encoge de hombros. —Oye, ¿puedo ver algo más?

Tardo unos segundos en darme cuenta de que se re iere al cuaderno de dibujo. —Oh, um.

—¿Sólo uno? Vamos.

Suspiro y empiezo a hojear las páginas rápidamente para encontrar algo que esté realmente terminado. Hay una idea para un cuadro con la que he estado jugando. Es sólo un boceto, pero ya he terminado con esa parte de la plani icación. —Sólo uno—, digo, entregándoselo.

La sonrisa de Nathan se amplía, si es que eso es posible, cuando coge

la almohadilla. Lo maneja con el mismo cuidado que esperaría que le diera a un bebé.

—No se va a romper, sabes.

—Lo sé—, dice, todavía poniéndolo en su regazo con cuidado. —

Esto es realmente genial, Ben.

—Gracias—. Siento que mi cara se calienta, así que me alejo de él.

Oh Dios, no me estoy sonrojando, ¿verdad? —Es una idea para un cuadro que tengo.

—¿Tú también pintas?

—Un poco—. Tomo mi teléfono. —Aunque sólo tengo algunas fotos.

—¿Puedo ver uno, por favor?— Me devuelve el cuaderno de bocetos y se inclina para ver mi teléfono. Espero que no cuestione el fondo. Hay un anime de patinaje sobre hielo que nos encanta a Mariam y a mí, y no creo que sea el momento de explicarle lo gay que puede llegar a ser.

—Espera—. Hojeo el rollo de la cámara, tratando de encontrar algo que le pueda gustar. —¿Me das un segundo?

—Claro, incluso me daré la vuelta—. Nathan se acerca las rodillas al pecho y gira sobre su trasero, lo que no puede ser cómodo en estos

escalones de hormigón.

—No tenías que hacer todo eso.

—¡Ahora me lo dices tú!— Aunque no parece demasiado ofendido.

—Me hice un calzón chino haciendo eso.

Podría mostrarle la pintura de goteo, pero eso no parece demasiado impresionante. Hay una pequeña pintura de un cráneo que hice, en parte un estudio de anatomía. No es perfecto. Me equivoqué en algunos colores y en el sombreado, pero en general no es terrible. Le doy un golpecito a Nathan en el hombro y él se echa hacia atrás sin volverse, cogiendo el teléfono.

Por favor, no empieces a revisar mi teléfono. Por favor, no empieces a revisar mi teléfono.

—Ominoso. No eres, como, secretamente un señor oscuro o algo así,

¿verdad?— Se ríe.

—Si fuera un señor malvado, me gustaría pensar que tendría mejores cosas que hacer que ir a la escuela—. Alcanzo el teléfono, pero Nathan lo aparta en el último segundo.

—No está hecho—. Lo mira de cerca, extendiendo sus dedos para ampliarlo.

—Me equivoqué en el sombreado de la parte trasera, y los ojos son demasiado oscuros para el lugar de donde se supone que viene la luz.

—Ben, esto es bastante impresionante.

—Sí, claro.

—No, lo digo en serio. Tienes que darte más crédito, amigo—. Me devuelve el teléfono, y siento ese escozor.

—Gracias—. Vuelvo a deslizar el teléfono en mi bolsillo. —¿Qué haces aquí tan temprano?

—Podría preguntarte lo mismo—. Se inclina hacia atrás, tratando de darse la vuelta sin conseguir otro calzón chino.

—Yo te pregunté primero.

—Práctica del coro—. Sonríe.

—De ninguna manera—. Hago lo posible por no reírme. —¿De verdad?

—¡Ja!— Nathan echa la cabeza hacia atrás. —¿Qué tan crédulo eres?

—Cállate—. Le empujo.

—Pero en serio, estoy aquí por el consejo estudiantil.

—¿Esta vez va en serio?

—Ciento diez por ciento. Nuestra encantadora presidenta, Stephanie, tiene que trabajar después de la escuela y quería adelantarse y empezar a planear las cosas de la Fiesta de Primavera. No es hasta dentro de unas semanas, pero hay mucho que hacer—. Nathan intenta contener un bostezo, pero fracasa estrepitosamente y se limpia los

ojos.

—¿Fiesta de primavera?— Pregunto.

—¿Sabes que la mayoría de las escuelas están obsesionadas con el fútbol y el regreso a casa?

Asiento con la cabeza. Estoy demasiado familiarizado con la Semana del Espíritu, y las concentraciones de ánimo, y el partido de fútbol, y los bailes.

—Bueno, aquí en el viejo North Wake High somos más bien a icionados al béisbol, pero la temporada no empieza hasta la primavera, así que tenemos el Spring Fling. Es todo lo que se hace normalmente durante el regreso a casa, pero en marzo en lugar de noviembre. Incluso hay un baile.

—¿Cuál es el tema?

—¡Una noche bajo las estrellas!— Acentúa cada palabra levantando la mano. —Va a ser tan divertido como te imaginas.

—Me parece bien—. No he ido a ningún baile desde la escuela secundaria, y esas eran excusas bastante tristes para acorralar a los estudiantes en el gimnasio durante una hora y escuchar versiones —

limpias— de canciones populares.

—Mi voto era para Godzilla Attack, pero se archivó muy rápido.

—¿Lo han rechazado?— Hago una pausa. —No puedo creerlo.

—Vaya, vaya, alguien se ha tomado sus pastillas de listillo esta mañana—. Nathan choca conmigo con su hombro. —Así que derrame.

¿Qué estás haciendo aquí?

—Thomas quería venir temprano para cali icar algunos trabajos.

Pensé que tendría algo de paz y tranquilidad mientras estaba aquí.

—Oh.— Nathan mira a su alrededor. —Puedo irme si quieres, entonces—. Hace como si fuera a levantarse.

—No—, digo, antes de saber que he abierto la boca. —Quiero decir, no tienes que hacerlo.

—¿Seguro?

—Sí.

—Sabes—, empieza a decir, relajándose de nuevo en su sitio, —

pensé que podrías estar enfadada conmigo por algo. Si he hecho algo que te incomode, lo siento mucho.

—No, no eres tú—. Suspiro, deseando que sea tan simple como decirle la verdad. —He... estado pasando por algunas cosas personales.

—Oh.— Extiende sus largas piernas. Realmente, ¿cómo es posible que alguien tenga las piernas tan largas? —¿Quieres hablar de ello?

—En realidad no.

—Bien. Entonces, ¿de qué quieres hablar?

—No sé, ¿tienes algo en mente?— Pregunto.

—¿No es así? Tal vez me derrumbe ante la idea de tener que lidiar con todos estos eventos escolares, y los deberes, *y las* cartas de la universidad que llegan, pero eso no es precisamente una gran conversación.

—Correcto—, estoy de acuerdo de todo corazón.

—¿Entonces nos sentamos aquí en silencio?— Nathan se empuja un poco hacia delante, inclinando la cabeza hacia atrás. —Me parece bien.

El mundo es demasiado ruidoso a veces.

—Eres la última persona que esperaría que dijera eso—. Le miro furtivamente, agradeciendo que tenga los ojos cerrados. Ganaría mucho

dinero como modelo, de verdad. Tiene esos pómulos a ilados y esa mancha de pecas en la nariz y las mejillas.

Llamativo. Esa es la palabra.

—Bajo este exterior suave y apuesto se esconde el alma de un poeta aislado, Ben—. Nathan esboza una sonrisa. Incluso tiene hoyuelos,

¿cómo es eso justo? —¿No te das cuenta?

—Nunca lo hubiera imaginado.

—Maldita sea. ¿De verdad?— Se ríe. —Debería trabajar en esa imagen. ¿Qué te parece? ¿Más melancolía? ¿O debería empezar a llevar jerseys de cuello alto negros?

—De initivamente, más jerseys de cuello alto—. Vuelvo a coger mi cuaderno de bocetos para trabajar en la rosa, sin molestarme en la foto de referencia esta vez. —Pero no olvides el café negro y las gafas de hipster con cristales falsos.

—Blegh, ¿café negro? ¿Por qué te castigas así?

—Oye, tú eres el escritor bohemio. Es por la estética—, añado.

—Tomo nota—. Deja escapar un largo y lento suspiro. —Si me duermo, ¿prometes despertarme?

—Claro.

—¿Promesa del meñique?— Saca la mano, con el dedo meñique extendido, y por un segundo me quedo mirándolo antes de darme cuenta de que habla en serio.

Enrollo mi propio dedo alrededor del suyo.

—Promesa de meñique—, digo.

—Aquí es donde vas durante el almuerzo, ¿no?— pregunta Nathan, con los ojos todavía cerrados.

—A veces—, susurro tras un silencio probablemente demasiado largo. —O voy a la sala de arte—. No sé muy bien por qué le digo la verdad. ¿Quizás le debo eso al menos?

—Parece que está solo.

—A veces el mundo es demasiado ruidoso—, le repito.

Eso le hace reír de nuevo. —Touché—. Respira profundamente otra vez. —Supongo que no tiene sentido pedirte que me acompañes a comer hoy, ¿no?

Hay un golpe en mi pecho. Haz un amigo, Ben. Haz un amigo. —Voy a ir.

Abre un ojo. —¿Qué?

—Iré—, digo de nuevo. —Al menos por hoy.

—¿Hablas en serio?— Casi salta de su sitio.

—Promesa de meñique—, digo.

Sonríe, y no puede dejar de reírse mientras toma mi dedo.

—¿Tanto quieres que vaya a la cafetería?

—Es el tipo de experiencia que sólo se consigue en el instituto, amigo mío—. Guiña un ojo. —Además, Meleika y Sophie han querido conocerte desde hace tiempo.

—¿Meleika y Sophie?

—Mis amigos.

—Oh.— No estoy seguro de por qué me imaginé que seríamos sólo nosotros dos, pero tal vez con más gente allí las posibilidades de que se vuelva incómodo disminuyan? Al menos un poco.

Nos sentamos en silencio durante un rato. Nathan empieza a tararear una canción que no reconozco, pero que se apaga rápidamente.

En un momento dado, estoy segura de que se ha quedado dormido, porque su respiración cambia y hay un leve respingo. Cuando el aparcamiento empieza a llenarse de coches, le doy un empujón para que se despierte, pero no parece aturdido ni cansado ni nada.

—¿Casi esa vez?—, pregunta.

—Casi—, digo, cerrando mi cuaderno de bocetos y metiéndolo en la mochila.

—¿Terminaste la rosa?

Me levanto y me quito la gravilla de los vaqueros. —Todavía no.

Nathan coge su propia bolsa, revisando algo en su teléfono. —

¿Puedo verlo cuando hayas terminado?

—Sí—, digo sin dudar.

—Oye, ¿tienes algún papel?— Luego hace una pausa. —¿Alguno que no uses para dibujar? No me gustaría robar los recursos del artista.

Cojo mi bolso y rebusco en el bolsillo delantero, buscando el paquete de notas adhesivas que guardo allí por si acaso. ¿Por si acaso?

La verdad es que no lo sé.

—¿Y un utensilio de escritura?

—Tan necesitado—, me burlo, cogiendo un bolígrafo.

Escribe algo y dobla la nota adhesiva alrededor del bolígrafo, devolviéndomela antes de cruzar el aparcamiento y gritar: —Nos vemos en Chem.

Despliego la nota y miro ijamente el número de diez dígitos que ha escrito dentro, junto con el mensaje garabateado debajo.

Envíame un mensaje de texto ;)

—¿Puedo ayudar?— Nathan se inclina sobre el mostrador de Química

para ver cómo lavo los vasos de precipitados. Hoy hemos estado jugando con algunas reacciones químicas. Según Thomas, nuestro próximo gran examen va a ser un laboratorio.

Hacia la mitad del periodo, me hice cargo de la situación. Nathan estuvo a punto de verter demasiada solución en uno de los vasos de precipitados, lo que no habría sido bueno teniendo en cuenta que no creo que ninguno de los dos tuviera un aspecto muy atractivo sin las cejas.

Ni siquiera me importa, en realidad. Me gusta la química. Incluso con los números y las fórmulas, es más interesante que las matemáticas. Excepto que mis guantes son demasiado grandes para mis manos, así que tengo que seguir tirando de ellos hacia arriba, y luego el agua se mete en las puntas de los dedos y todo el asunto hace que se

sientan totalmente inútiles, pero Thomas dijo que no es seguro lavarse sin ellos, así que supongo que tendré que sufrir.

—Creo que lo tengo—, digo.

—¿Seguro?

—Sí, pero gracias.

—¿Todavía te apetece comer?

Miro por la ventana del aula. Aunque no fuera así, no hay ningún sitio al que ir. Al parecer, la señora Liu está enferma hoy, y no quiero pasar más tiempo del necesario con su sustituta. Y la luz del sol que había esta mañana se esconde ahora tras gruesas capas de nubes negras y lluvia. Así que el quad también está fuera.

—No tengo elección, ¿verdad?— Me burlo, enjuagando el último vaso.

—No, a menos que planees hacer un barco de papel con tus bocetos, lo cual no es algo que te recomiende hacer, ya que sería un enorme desperdicio de talento. Así que sí, no tienes opción.

—Podría ir a la sala de arte.

—Ahí tienes, haciendo agujeros en mi plan. Además, he oído que la señora Liu está fuera hoy o algo así.

—¿Así que orquestaste esta tormenta y enfermaste a la Sra. Liu, sólo para que tuviera que almorzar contigo?

—Nooo—. Arrastra el sonido de *la O*. —Pero si por casualidad ves una máquina meteorológica de aspecto maligno en el patio trasero de alguien, de initivamente no vivo allí.

—No te preocupes, no llamaré al FBI ni nada. Y ya te he dicho que sí.

—Sólo me aseguraba de que no tuvieras dudas.

—Es curioso, creo que lo único que tengo estos días son segundas intenciones.

Nathan me mira como si fuera una especie de mirada, pero luego se ríe de mí.

—Espero que se animen a limpiar nuestro puesto—, dice Thomas desde su mesa.

—¡Lo siento, Sr. W!— Nathan coge un trapo húmedo y empieza a limpiar nuestro escritorio, sonriendo como un bobo todo el tiempo.

En el momento en que atravieso las puertas de la cafetería con Nathan, quiero darme la vuelta y salir corriendo. Tal vez un barco de papel no sea una idea tan terrible. Probablemente pueda hacer algo bastante seguro con unas cuantas capas. Pero salir es imposible, gracias a la multitud de mis compañeros que nos empujan cada vez más adentro.

—Lo siento, esto es un poco una jungla. No luches contra la multitud, así es como te pisotean—. Nathan me coge por el hombro y me lleva a este conjunto de mesas que está en una parte elevada de la cafetería. Nos dirigimos hacia la que está en el extremo más alejado, instalada en la esquina donde hay dos chicas sentadas juntas.

—Señoras—. Nathan me agarra por los hombros. —Este es el misterioso Benjamin De Backer del que tanto han oído hablar.

Las dos chicas parecen de mi edad. Una de ellas tiene la piel morena, más oscura que la de Nathan, y lleva el pelo con esta mezcla de trenzas negras y azules. Ahora mismo está sacando su almuerzo de esta iambrera de lunares de la que tengo que admitir que estoy enamorada.

La otra chica es coreana-estadounidense, con gafas de montura gruesa en el borde de la nariz, y lleva una chaqueta vaquera decorada con al menos una docena de botones y pins de esmalte diferentes. Las dos levantan la vista cuando Nathan empieza a hablar.

—Ben, esta es Meleika Lewis—. Señala a la chica de las trenzas y Meleika me saluda.

—Puedes llamarme Mel—. Meleika sonríe.

Luego señala a la otra chica con todos los botones. —Y esta es Sophie Yeun—. Nathan da una palmada. —Voy a ponerme en la cola.

¿Quieres algo, Ben?

Es entonces cuando me doy cuenta de que no llevo dinero encima, y dudo que se haya añadido mágicamente a la cuenta de estudiante que aún no he tocado. —No, gracias, estoy bien—. De todos modos, estoy acostumbrado a no comer hasta llegar a casa de Hannah.

—Vale, chicas, no lo destrocéis—. Nathan me da una palmada en la espalda y me deja con dos chicas que conozco desde hace veinte segundos. Tomo el asiento vacío frente a mí, justo enfrente de Meleika, más que nada para no estar de pie como un completo asqueroso.

—Es un placer conocerte, Ben—. Meleika abre una bolsa de patatas fritas y me las ofrece. —¿Quieres una?

—Estoy bien, pero gracias.

—Nathan nos ha hablado mucho de ti—, dice.

—¿Lo ha hecho?

Sophie responde primero. —Dijo que almorzaste en el patio, con los quemados.

—Lo hago—. Entonces pienso en lo que eso implica. —Sin embargo, no fumo. Es más tranquilo ahí fuera.

—Estoy seguro de que al menos has conseguido un contacto alto, amigo. El quad es grande, pero no tanto—. Sophie se ríe, sobre todo para sí misma, mientras yo me muevo incómodo en mi asiento.

—Entonces, Benjamín, ¿por qué no has aprovechado las opciones de comida ina de nuestra cafetería?— Meleika mira hacia la mesa vecina, donde hay otros estudiantes sentados con bandejas llenas de algo que se parece relativamente a la pizza. Es decir, es cuadrado, y probablemente sea una porción de pepperoni.

Me encojo de hombros. —Nunca sentí la necesidad.

—Bueno, al menos ahora puedes salir con las dos mejores personas de esta escuela—, dice Sophie, sonriendo.

—No los veo por aquí—. Me río para que sepan que es una broma, y los dos empiezan a reírse, así que lo tomo como una buena señal. En realidad estoy un poco orgulloso de eso.

—Tiene chistes—, añade Meleika.

Sophie golpea sus uñas sobre la mesa. Están pintadas de un color turquesa muy bonito. —Me gustas, Ben.

—Gracias—. Siento que estoy sonriendo demasiado. —Es la primera vez—. Intento reírme.

—¿Ha terminado el interrogatorio?— Nathan sienta su bandeja en la mesa con la misma pizza de aspecto sospechoso que en la otra mesa.

—Ni de lejos, pero ha pasado la primera prueba—. Meleika muerde su sándwich.

—¿Va a haber un concurso al inal de esto?— Pregunto.

—Es divertido, a diferencia de cierta persona—. Sophie mira a Nathan.

—Mis bromas son siempre fantásticas, muchas gracias—. No puedo decir si Nathan está ingiendo estar ofendido o si realmente lo está.

—¿Ah sí?— Pregunta Meleika. —Vamos, cuéntale a Ben la del espantapájaros.

—Bien—. Nathan se vuelve hacia mí. —¿Por qué el espantapájaros recibió un premio?

—Um—. Intento pensar en alguna respuesta posible, pero no tengo nada. —¿Por qué?

—¡Porque era excepcional en su campo!— Extiende las manos, con una gran sonrisa bobalicona en la cara.

Los tres nos quedamos mirando, sin comprender.

—¿Lo entiendes?—, pregunta. —¿Porque los pones en los campos?

—Oh, lo entiendo. Es aún más divertido cuando tienes que explicarlo —, digo, antes de dirigirme a Sophie. —Tienes razón.

—¿Ves?

—Lo que sea—. Nathan pone los ojos en blanco y muerde la pizza.

—Es que no aprecian el buen humor cuando lo escuchan.

—Claro...— Sophie dice en voz baja. —Entonces, Ben, ¿te gusta esto?

—Está bien—, digo.

Meleika resopla. —Has elegido un buen momento para trasladarte

—, añade con sarcasmo.

—¿Se están vistiendo para la Semana del Espíritu?— Sophie pregunta.

Meleika saca su teléfono. —Sí. Necesito el crédito extra en Biología.

—¿Crédito extra?— Pregunto. Vi la lista de días temáticos, pero nada sobre créditos extra.

—Los profesores te dan créditos si te disfrazas para los días temáticos —, dice Nathan. —A veces son sólo diez puntos en algo, pero algunos profesores te quitan el examen más bajo o te dan cien gratis si te disfrazas los cinco días.

Meleika se ríe. —Probablemente sea la única manera de que pase a Bio.

—Te dije que buscaras un tutor—. Sophie suspira, como si fuera la milésima vez que dice estas mismas palabras.

—Y te dije que no tengo tiempo. Entre la plani icación de este baile, los estudios y el trabajo, no tengo nada más que los ines de semana, y nadie hace los ines de semana—. Entonces Meleika se apoya en Sophie, usando su hombro como almohada. —Si me quisieras, me darías clases particulares.

Sophie se burla. —Sí, no sé casi nada de biología. Tus notas podrían bajar si te doy clases particulares.

—¡Van a caer de todos modos!— Meleika gime.

Nathan aparta su bandeja, su comida se queda a medias. —

Necesitaré uno para Álgebra, pero nadie ha puesto ningún listado todavía.

—La gente está ocupada, amigo—, dice Sophie.

—¿Necesitas un tutor?— Pregunto, y no estoy seguro de por qué.

Oh Dios, no estoy haciendo esto realmente, ¿verdad?

—Sí, me está pateando el culo—. Nathan se frota la frente como si el mero hecho de hablar de matemáticas le diera dolor de cabeza.

Sí, aparentemente lo estoy haciendo, porque por mucho que lo intente, no puedo evitar que mi boca se mueva. —Oh, quiero decir, podría...

—¿De verdad?— Levanta una ceja.

En cierto modo le debo el haberme enseñado la escuela y haber intentado hacerme sentir bienvenido. —No sé lo bueno que soy dando clases particulares, pero puedo intentarlo—. Además, si es bueno en inglés, podría estar dispuesto a ayudarme también.

—No sé si quieres hacer eso—, dice Sophie. —Es un poco una causa perdida.

Nathan se vuelve hacia ella. —Muérdeme.

—Sólo digo—, canta.

—Nos encontraremos este in de semana. ¿De acuerdo?—, dice.

—Oh, sí. Claro—. Probablemente asiento con demasiado entusiasmo, mientras intento no pensar demasiado en lo que acabo de ofrecerme a hacer.

Estoy tan nerviosa por esta segunda sesión como por la primera. Esta vez el Dr. Taylor tiene realmente *algo* que discutir. Vamos a tener que pasar toda la hora hablando de mi ataque de pánico, se acabaron las presentaciones bonitas y el papeleo. Esta vez se trata de mí.

Tal vez eso sea algo bueno.

Quiero saber qué me pasa.

Pero al mismo tiempo, no.

—¿Cómo te sientes, Ben?— El Dr. Taylor me pregunta cuando tomo asiento en el sofá.

Intento ponerme cómodo, probablemente moviéndome demasiado en el proceso. —Bien, creo.

—Me alegré cuando accediste a verme antes de lo previsto.

Quiero preguntarle por qué, pero me parece grosero.

—¿Por qué no me cuentas lo que pasó el in de semana?

Abro la boca, pero las palabras siguen siendo di ículiles de encontrar.

—Está bien, Ben, tómate tu tiempo.

—Fue un ataque de pánico... creo.

—¿Por qué no empiezas desde el principio por mí?— Prepara su bolígrafo y su bloc de notas.

Hago lo que me pide. Hannah y Thomas se fueron a una cita nocturna, así que yo estaba solo en casa, hablando con Mariam. Vi un coche en la entrada, y después de eso los detalles se vuelven un poco borrosos. Recuerdo haber cogido el portátil y haber ido a la habitación de invitados.

—¿No recuerdas nada más?

—Lo hago... más o menos. Es como si estuviera ahí, pero no.

La Dra. Taylor asiente con la cabeza. Me pregunto qué puede signi icar eso. —¿Has experimentado algo así antes, Ben?

Nunca en mi vida. —No.

—¿Saben tus padres dónde vive Hannah?

—No lo sé—. Parece imposible, pero les había oído hablar de ella una o dos veces. Nada más que susurros para asegurarse de que no pudiera oírlos. Supongo que no sería tan di ícil, sobre todo si mamá acosaba a Hannah por Facebook como yo.

—¿Realmente crees que fueron ellos, en el coche?

Me encojo de hombros. —Se parecía al que conduce papá—. Pero supongo que no puedo demostrar que eran ellos. —No me crees,

¿verdad?

El Dr. Taylor parece realmente sorprendido. —¿Por qué no habría de creerte, Ben?

—Parece que no.

—Sólo trato de obtener toda la información—. El Dr. Taylor anota algo rápidamente, y ese sentimiento de culpa se instala en mi estómago.

—¿Pasó algo más?

—Han llamado a la puerta.

—No has contestado, ¿verdad? ¿O ver quién podría estar al otro lado?

Sacudo la cabeza. —No pude. Sentí que estaba atascado.

—¿Puedes hablarme un poco de tu relación con tus padres, Ben?

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué clase de personas son?

Oh, Dios.

—Um... bueno...— Me froto la nuca.

—Con tus propias palabras, no como las ven los demás.

—Papá es... di ícil—. Especialmente con Hannah. —Mamá tampoco es muy buena. Nunca dice mucho, no es que tenga la oportunidad—. Se siente raro hablar de ellos así. Como si estuviera siendo irrespetuoso.

No es que no se lo merezcan, pero sigue sin gustarme el mal sabor de boca que me deja.

—¿Puedes explicar un poco más?

—¿Cómo?

—Como quieras.

Eso parece vago. —Sólo son... son mis padres. Realmente no sé qué más decir de ellos.

—Está bien—. El Dr. Taylor suspira. —Quiero preguntarte sobre tu

salida del armario. Podemos saltarnos eso por ahora si no te sientes cómodo, pero es algo que me interesa mucho hablar contigo.

—Yo... ¿está bien?

—¿Te parece bien?

—Supongo.

—¿Qué te hizo querer salir del armario con tus padres?

—Quería que lo supieran, no quería ocultarles una parte tan importante de mí.

—Esto puede sonar un poco duro, pero ¿pensaste que lo que pasó sería una posibilidad?

De hecho, lo hice.

Antes de salir del armario, cuando estaba planeando todo, no me imaginaba que fuera todo feliz y despreocupado como en algunos de los vídeos de salida del armario que había visto. Me imaginaba que mamá y papá estarían un poco reacios o confundidos. Y pensé que les llevaría un tiempo acostumbrarse a los pronombres.

Por un segundo consideré que tal vez no les gustara lo que soy. No tenían necesariamente la mejor opinión de los gays.

—Tus padres, ¿han mostrado algún comportamiento homofóbico o transfóbico en el pasado?

Asiento con la cabeza.

No mucho, pero había comentarios aquí y allá. Papá solía lanzar la palabra con —F—, pero eso había disminuido en los últimos años. Tal vez una parte de mí pensó que habían cambiado.

—Entonces, ¿por qué salir? ¿Por qué no esperar unos años, quizás hasta que estés en la universidad o fuera de casa?— Su pregunta no es acusadora. La Dra. Taylor no me está diciendo que hubiera sido más inteligente esperar.

Tal vez lo hubiera sido.

En realidad, habría sido más inteligente esperar.

—Quería que lo supieran. Estaba cansado de vivir constantemente esta

mentira delante de ellos. Y pensé...— Me detengo, sin saber a dónde van mis palabras.

—Pensé que tal vez les ayudaría a cambiar o algo así—. Realmente no lo sé.

—Ya veo.

—Debería haber esperado—. Me vuelvo a hundir en el sofá, sin darme cuenta de lo acalorada que me sentía. —Entonces no estaría aquí.

—Tal vez—, comienza a decir el Dr. Taylor. —¿Pero no crees que mereces vivir abiertamente como tú mismo?

No digo nada. —¿Crees que lo que pasó fue un ataque de pánico?

El Dr. Taylor asiente. —Sí. Eso es lo que me parece.

—De acuerdo...— Dejo escapar un largo suspiro. —¿Me crees? ¿Que fueron ellos?

—Lo hago, Ben.

—¿Pero por qué iban a aparecer? ¿Después de todo eso?

—Bueno, no quiero darles crédito, pero tal vez se han dado cuenta de su error.

—Parece un poco tarde para eso—, le digo.

El Dr. Taylor asiente lentamente. —Así es.

NUEVE

Nathan no me ruega que vuelva a comer con él durante el resto de la semana, pero lo hago de todos modos. Sophie y Meleika son amables y actúan como si me conocieran desde hace años y no desde hace unos días. Pero cuanto más se acerca el in de semana, más me preocupa la tutoría de Nathan.

Lo que me preocupa no es la tutoría en sí. Creo que es más bien que

volveremos a estar los dos solos. No debería asustarme. Ya hemos estado solos antes. O quizás es porque no sé dónde quiere hacer esto.

No puede venir a casa de Hannah, y la idea de ir a la suya, donde probablemente estarán sus padres, me da miedo.

No tengo ni idea de lo que voy a hacer, así que envío un mensaje de texto a la única persona que podría darme una respuesta directa.

Yo: *Así que necesito un consejo.*

Salvo que Mariam debe estar ocupada, porque llevo unas horas esperando su respuesta. Incluso bajo a la cocina para coger una bolsa de Doritos, menos porque tenga realmente hambre y más porque simplemente quiero hacer algo.

Estoy a punto de rendirme antes de que el portátil haga *"ding"*.

Mariam: *¿Qué pasa, botón de oro?*

Yo: *es un niño.*

Mariam: *ohhhhhhhhhhhhhh*

Yo: *¡no, así no!*

Mariam: *Vale, empieza por el principio.*

Yo: *Él es el que me enseñó la escuela.*

Mariam: *¿Nathan? ¿El tipo del que me hablaste?*

Yo: *Sí*

Me siento mal por desahogarme sobre Nathan a sus espaldas, sobre todo porque no ha sido más que amable conmigo. Pero Mariam siempre está dispuesta a escuchar mis desplantes, sin importar el tema. Una vez nos pasamos todo el día discutiendo sobre la necesidad de los robots de género en *Star Wars*.

Mariam: *Suena muy bien tbh*

Yo: *A veces hasta la saciedad*

Mariam: *¿Y cuál es el problema?*

Yo: Me *ofrecí a darle clases particulares.*

Mariam: ***Y????***

Yo: No *sé realmente...*

Yo: No *puede venir aquí, ni siquiera sabe que vivo con Hannah.*

Mariam: *¿Y no quieres ir a su casa?*

Yo: *Me pone nervioso.*

Mariam: *Comprensible.*

Mariam: *Bueno, ¿y si sales? ¿A comer o a tomar un café o algo así? Ve a un lugar público.*

Yo: No *sé, es la primera vez que hago algo así...*

Mariam: *¿Tus padres no te dejaban salir con amigos?*

Yo: *Lo harían... pero nunca nadie quiso estar cerca de mí.*

Siempre me vieron como ese niño —raro—. El que era demasiado callado y nunca quería juntarse con los niños del patio. Esa reputación me persiguió durante toda la escuela secundaria y hasta que dejé el instituto Wayne.

Mariam: *eso es una mierda, conozco muy bien esa sensación*

Yo: *¿Por qué me estoy asustando tanto?*

Mariam: Has *pasado por muchas cosas, Benji, el último mes ha sido duro para ti, está bien estar asustado o preocupado.*

Yo: *Pero es sólo un niño. Y no sé...*

Yo: *Parece demasiado bueno para odiar lo que soy*

Mariam: *Créeme, los chicos dan miedo. Viví con dos de ellos y salí con tres. Y has visto Twitter, ¿verdad? Un pozo negro.*

Bien, eso me hace reír. Por eso siempre voy a Mariam. Por lo general, pueden hacerme sentir mejor, no importa lo estresado que esté por algo.

Mariam: *Pero este Nathan parece un buen tipo. Y no uno de esos autoproclamados buenos chicos o lo que sea que se quita el sombrero con una m'lady.*

Yo: *Tal vez...*

Mariam: *¿Realmente quieres salir con él?*

Yo: *Sí. Es agradable.*

Mariam: *Creo que te lo debes a ti misma. Hacer amigos es difícil, pero tener a alguien de tu edad puede ayudar. Aunque no sepa por lo que estás pasando exactamente, ambos conocéis esa sensación. No he conocido a ningún adolescente que lo tenga todo controlado.*

Mariam: *Y por mucho que ame mi título como tu bestie no hay mucho que pueda hacer cuando estamos a un país de distancia el uno del otro.*

Yo: *¿Cómo te has vuelto tan inteligente, Mariam?*

Mariam: *No me gradué en Berkeley con un 4,0 por nada.*

Yo: *Gracias.*

Me doy la vuelta y tomo el teléfono de la mesilla. Nathan me lo robó ayer en la comida, así que ahora hay un sel ie de los dos en primer plano como fondo. De hecho, estoy bastante segura de que mi rollo de la cámara es ahora un 60% de fotos de referencia y un 40% de sel ies de Nathan.

Todavía no hemos con irmado nada sobre la tutoría, y ni siquiera estoy segura de que recuerde lo que acordamos. Oh Dios, ¿y si no se acuerda y le mando un mensaje de repente y no tiene ni idea de lo que estoy hablando?

¿O qué pasa si ya no quiere que sea su tutor? No estoy seguro de qué puede ser peor.

Yo: *¿Todavía te apuntas a lo de mañana?*

Le doy a enviar antes de que pueda borrar el mensaje, y vuelvo a ver este tutorial de YouTube sobre pinceladas y cómo controlarlas mejor. El portátil y mi teléfono suenan con unos segundos de diferencia, el pequeño *ding que me* avisa de que Nathan ha respondido al mensaje.

Nathan: ***¿Ben?***

Soy un idiota. Esta es la primera vez que nos enviamos mensajes de texto, por lo que no tendría mi número, lo que signi ica que acaba de recibir un texto completamente al azar de algún número desconocido.

Nathan: *Bennnnnnnnnn, ¿eres tú?*

Yo: *Lo siento, olvidé que no tenías mi número.*

Nathan: *Es genial. Este es Ben De Backer, ¿verdad? ¿No es una extraña coincidencia en la que he llamado la atención de dos Bens?*

Yo: *Eso parece estadísticamente improbable. Pero sí, esto es De Backer, Ben.*

Nathan: *Entonces, ¿qué vamos a hacer mañana?*

Yo: *Tutoría, ¿si todavía estás interesado?*

Nathan: *¡Oh, sí! Sí, lo necesito. La Sra. Sever nos dio este examen de práctica para hacer. ¿Quieres venir a mi casa?*

Vuelvo a leer los mensajes de Mariam en mi portátil antes de responder. Realmente no sé cómo explicarle. *Oye, ¿podemos quedar en algún sitio que no sea la casa de ninguno de los dos?* Como si no fuera ya lo su icientemente raro.

Yo: *Eso suena bien.*

Le doy a enviar antes de poder borrarlo.

Nathan: ***KK.***

Vuelvo a enviar mensajes a Mariam en mi portátil, comprobando dos veces el nombre y el número para no empezar a hablar de Nathan *a* Nathan.

Yo: *Lo siento. Le envié un mensaje a Nathan, quiere que nos encontremos en su casa...*

Mariam: *¿Vas a hacerlo?*

Yo: *Ya he dicho que sí.*

Mariam: *¡¡¡Sí!!! Estoy muy orgullosa de ti Benji!!!!*

Mariam: *¿Ves lo que pasa cuando escuchas a tus mayores?*

Yo: *Lo siento, olvidé que eres un abuelo total.*

Mariam: *¡Y no lo olvides!*

Sin embargo, no creo que deba celebrarlo ahora mismo. Mi teléfono vuelve a zumbar y hay una noti icación en la parte superior de la pantalla. Otro mensaje de Nathan.

Mariam: *Bueno, tengo que salir. Fin de semana ocupado.*

Yo: *Kay, gracias por la ayuda.*

Mariam: *Para lo que estoy aquí ;)*

Cierro el portátil y lo dejo al inal de la cama.

Nathan: *Entonces, ¿qué estás haciendo?*

Mi corazón se aprieta un poco. Pensé que habíamos terminado, pero supongo que no. Tal vez los mensajes de texto sean más fáciles.

Yo: *Nada, acostado en la cama.*

No añado que en estos momentos estoy digiriendo más polvo de rama fría de lo que probablemente alguien debería.

Nathan: *Entonces, ¿qué llevas puesto?)* Trago todo mal, y es casi como si hubiera tragado cuchillos en lugar de un puñado de Doritos.

Nathan: *jk jk, kiddingggggg!!!*

Envía este último unos segundos después. Me pregunto si se da cuenta de que casi me da un ataque al corazón.

Yo: *no hagas eso. Por favor.*

Nathan: *Vale, lo prometo. Incluso lo prometo.*

Yo: *Lo siento... Promesa de meñique.*

Nathan: *Es mi culpa, mis dedos son tan malos como mi boca lol*

Nathan: *Me acabo de dar cuenta de cómo ha sonado eso. De nuevo, mi error.*

Escribo un rápido “lol”, aunque no tengo ganas de reír.

Ni siquiera es que lo que dice sea asqueroso o algo así. No odio la idea de besar a alguien, ni siquiera de tener sexo con él. Pero hay cosas de mi cuerpo... cosas que todavía no he superado. Es di ícil de describir.

Nathan: *¿Todavía allí?*

Yo: *Sí, lo siento, me distraje.*

Nathan: *Está bien, lol, conozco el sentimiento.*

Yo: *Sí. Entonces, ¿qué estás haciendo?*

Nathan: *Tratando de estudiar, al menos un poco antes de la próxima semana.*

Yo: *Probablemente debería hacer eso también...*

Tengo un examen de Cálculo y otro de Inglés, además de un ensayo sobre Chaucer y un laboratorio para preparar en Química. Todo en una semana. Es como si Thomas, la Sra. Williams y la Sra. Kurtz se hubieran reunido para ver qué me llevaría a un colapso emocional más rápido. Es una broma para ellos, porque ya sé que no les costará mucho.

Nathan: *Al menos sólo tienes 3 clases, mataría por el Arte de nuevo.*

Yo: *Es cierto, supongo.*

El arte no es un paseo, pero es de initivamente más fácil comparado con otras clases.

Yo: *Oye, ¿vendrán tus padres mañana?*

Probablemente sea la forma más incómoda de hacer esa pregunta, pero quiero estar preparado. Para qué, no estoy seguro.

Nathan: *No, van a ver a mi primo en una feria de ciencias, aparentemente es una cosa de todo el día.*

Yo: ***Oh***

Nathan: *¿Por qué? ¿Quieres conocerlos?*

Yo: *Oh no.*

Mierda. También podría poner el pie en mi boca. Sería más fácil que esto.

Yo: *Lo siento, quería decir...*

Yo: *Quería decir que no tenía que conocerlos.*

Yo: *No es que no quiera conocerlos.*

Yo: *Ahora me callo*

Nathan: *lmao me estoy muriendo*

Añade unos cuantos emojis. Los que se ríen tanto que lloran.

Yo: *ugh, lo siento. Voy a ir a enterrarme ahora*

Nathan: *Oh, vamos, no hagas eso.*

Nathan: *No me prives de esa cara tuya. Es mi única alegría en ese miserable lugar.*

Agarro mi teléfono, tratando de no pensar en lo que se supone que signi ica. Pero una parte de mí no puede resistirse a preguntarse qué se supone *que signi ica*.

Oye, ¿cuál es tu dirección? Te recogeré mañana.

Y ahora estaré en un coche, a solas con él. Genial. Escribo la dirección y le doy a enviar.

Nathan: *Bien, no vas a creer esta mierda*

Nathan: *Pero somos vecinos*

Yo: *¿De verdad?*

Nathan: *¿Estás en el 337 de Sycamore? Estoy en el 341.*

Me acerco a mi ventana y empujo las cortinas hacia atrás. No puedo ver realmente su casa, pero creo que es la de ladrillo por la que Thomas y yo pasamos en coche cuando vamos a la escuela.

Nathan: *Qué pequeño es el mundo.*

Sí. El mundo es pequeño.

Yo: *Genial. Voy a ir a desmayarme. ¿Deberíamos ir para el mediodía de mañana?*

Nathan: *Sí, ¿quieres que te vaya a buscar?*

Yo: Está *bien, no tardará ni tres minutos*

Nathan: *No me importa...*

Yo: *¿Hablas en serio? Está como a dos casas de distancia.*

Nathan: *Está bien, pero que nunca se diga que soy algo menos que un caballero.*

Yo: *Tomo nota. ¿Dirigirás el grupo de búsqueda si me pierdo?*

Nathan: *¿Estás bromeando? ¡Colgaré folletos de ese guapo rostro por toda la ciudad!*

Casi puedo imaginar su sonrisa.

Yo: *Es bueno saberlo, ahora me voy a la cama.*

Nathan: *¡Duerme bien!*

Antes de enchufar el teléfono, repaso nuestra conversación. ¿Cree que soy guapo? No, no necesito pensar en eso. Probablemente estaba bromeando o algo así. Suspiro y busco el cargador en el suelo, me meto debajo de las sábanas e intento no ponerme nerviosa porque mañana tengo que dar clases particulares a Nathan Allan.

DIEZ

He pasado por la casa de Nathan casi todos los días desde que llegué a la de Hannah. Y ni siquiera lo sabía.

—Bonito lugar—, me digo, subiendo lentamente los escalones de la puerta principal, preguntándome si *realmente* es demasiado tarde para intentar correr a casa y evitar todo esto.

No. Puedo hacerlo.

Llamo a la puerta de color burdeos varias veces, y se oye un fuerte ladrido procedente de algún lugar de la casa, y luego el sonido de unos pasos. Nathan abre la puerta lentamente, dejándola abierta lo su iciente para que pueda ver uno de sus ojos y parte de su boca. — ¡Hola!

—¿Debo siquiera preguntar?

—Bien, sólo para advertirte, mi perro, Ryder, está dentro. No muerde, pero *le encanta* la compañía y tratará de abrazarte.

—Está bien. Me gustan los perros. ¿De qué tipo es?

—¡Ryder, vuelve!— Puedo escuchar a Nathan luchando con Ryder detrás de la puerta. —Golden retriever—. Nathan mantiene la puerta abierta para mí. —Vamos, debería estar bien.

Lo sigo hasta la casa y no pasa ni un segundo antes de que Ryder vaya directo a por mí, olfateando mis vaqueros y saltando sobre sus patas traseras para derribarme con sus patas delanteras. Lo siguiente que sé es que estoy de culo, golpeando el suelo de madera, y Ryder me está lamiendo la cara.

—¡Ryder, no!

—Está bien—. Le froto detrás de las orejas. Ryder tiene unos enormes ojos marrones que hacen imposible enfadarse con él. —Me gustan los besos—. Inmediatamente me doy cuenta de lo que acabo de

decir, y la sangre sube a mis mejillas. —De los perros, quiero decir—.

¿Podría ser más torpe?

—Es totalmente descarado. Ya deberías saberlo, ¿no es así, chico?—

Le pregunta Nathan.

Ryder vuelve a mirar a Nathan antes de darme un bocado de aliento asqueroso y caliente en la cara.

—Oye, ¿quieres salir?— La voz de Nathan cambia de seria a ese tipo de emoción falsa que se usa para los perros y los bebés.

Ryder levanta las piernas, dando saltos hasta la puerta trasera, esperando impacientemente a que Nathan abra por in el cristal. En el momento en que la puerta se abre lo su iciente, Ryder echa el cerrojo.

—Te lo juro, quiero a ese perro, pero es un completo zoquete la mayor parte del tiempo—. Nathan se apresura a ayudarme a levantarme del suelo.

—Ese ha sido el caso de todos los golden retriever que conozco—.

Volvemos a caminar hacia la puerta.

—No lo cambiaría por nada—. Nathan silba, interrumpiendo la importantísima tarea de Ryder de revolcarse en la hierba. —¡Ryder, pelota!— Nathan vuelve a usar su voz emocionada.

Ryder levanta las orejas. Espera una fracción de segundo antes de empezar a correr alrededor del patio en un gran círculo, agarrando algo sin parar y llevándoselo a Nathan.

Nathan coge la pelota cubierta de babas y la lanza a la esquina más alejada del patio. Ryder desaparece en el momento en que Nathan levanta el brazo, listo para atrapar la pelota antes de que toque el suelo.

Me siento y veo cómo lo repiten unas cuantas veces, sin que Ryder deje de saltar y atrapar la pelota con la boca. —Es bueno en eso—, digo.

—Hemos practicado mucho—. Lanza la pelota perezosamente una vez más, limpiando la baba de sus vaqueros. —¿Estás listo para aprender algo de los libros?— Lo dice con lo que sólo puedo describir como el peor acento sureño que he oído nunca.

—Claro—. Sigo a Nathan hacia el interior y subo las escaleras, intentando no ponerme nerviosa por el hecho de que probablemente me estén llevando a su dormitorio. Intento distraerme con las fotos que cubren las paredes. El joven Nathan es guapo. Es decir, el Nathan adolescente también es guapo, pero ya no tiene las mejillas que se pueden pellizcar.

¿Y por qué estoy pensando en eso?

Pensamientos diferentes. Pensamientos diferentes.

Sus padres también parecen muy felices. Es increíblemente obvio que ha heredado su sonrisa de su madre. De hecho, parece compartir la mayoría de sus rasgos con su madre, al menos a simple vista. Tienen los mismos ojos, la misma nariz, la misma sonrisa.

—Te pareces a ella, a tu madre—, digo, deteniéndome en una foto de los dos en lo que supongo que es la Pascua. La gran cesta de mimbre púrpura y el brillante polo que lleva Nathan son una especie de indicio.

—Me lo dicen mucho—. Sonríe.

—¿Este es tu padre?— Señalo otra foto de un hombre mucho mayor y

de Nathan al volante de un barco.

—Padrastro. Mamá se casó con él cuando yo tenía unos doce años.

—Oh.— Eso explica por qué no parece estar en ninguna foto con el bebé Nathan.

—Sí—. Rebota sobre sus talones. —Vamos, mi habitación está aquí arriba—. Me guía por el resto del camino y por el pasillo hasta su habitación.

Está desordenado. No es desastroso, pero hay ropa por encima de todo, pósters de varios grupos y raperos de los que nunca he oído hablar colgados en las paredes. Y hay una estantería en la esquina llena hasta los topes de libros. Lo que no ha conseguido colocar en esa estantería o en las de encima de su escritorio, lo ha apilado en su mesita de noche o en su cómoda. Curiosamente, su cama está completamente hecha. —Lo siento, debería haber pensado en limpiar —. Se quita los zapatos.

—Está bien—, digo, preguntándome dónde puedo sentarme. La silla de su escritorio está llena de ropa desechada, y Nathan se deja caer en su cama, cogiendo su mochila.

—Bien. Entonces, ¿qué quieres hacer primero?— Los resortes chirrían debajo de él.

—El álgebra es probablemente lo más fácil.

—Sí, 'más fácil'—, dice, haciendo las comillas con los dedos. —

Vamos, no seas tímido—. Nathan da unas palmaditas en el espacio vacío que hay a su lado en la cama. —Aquí es donde ocurre la magia.

—¿Eres más bien un tipo de conejo fuera del sombrero, o haces trucos de cartas?— Pregunto.

—Oh, chico gracioso—. Nathan coge su libro de álgebra.

—Sí, divertido—. Intento forzar una risa, pero ni siquiera yo puedo creerlo. Cada “chico” o “él” ha sido como una puñalada en las tripas. Y

por alguna razón, duele más cuando viene de él. Incluso peor que cuando mamá o papá me llaman “hijo” o “chico”.

—Bien, la Sra. Sever dijo que el examen cubriría estos dos capítulos

—. Nathan me muestra la parte de su libro de texto.

—Entonces, ¿cuánto necesitas revisar?

—Todo.

—Oh, vale. Vaya. Bueno, vamos a seguir adelante y empezar.

Nathan no está totalmente desesperado, y no sé por qué cree que lo está. Hay algunas veces en las que se equivoca en una ecuación o recuerda mal el orden de algo, pero no es una causa perdida. Intento recordar todas las formas en que he recordado las docenas de fórmulas a lo largo de los años, rimas o canciones o acrónimos.

—¿Cómo recuerdas todo esto?—, me pregunta.

—No lo sé—. Siempre se me han dado bien las matemáticas. —Es algo fácil—. Vuelvo a hojear su paquete de repaso. —Dice que hay un examen de práctica en línea que puedes hacer, y obtendrás diez puntos extra en la prueba.

Nathan coge su portátil y teclea la página web. —Las matemáticas deberían ser ilegales.

—No es tan malo.

—Lo dices tú—. Cuando se le pregunta por su escuela, elige —

North Wake High School—, teclea su identi icación de estudiante y pulsa el gran botón azul de inicio que hay debajo. —Mierda—, susurra en voz baja tras leer la primera pregunta.

—Mira—. Agarro su cuaderno y paso a una hoja vacía. —Toma, resuélvelo—. Le observo copiar el problema con cuidado. —Acuérdate de mover eso—, añado.

—¿Ya está?— Me muestra su trabajo.

—Escríbelo, a ver si está bien—, digo, aunque sé que lo tiene.

El sitio web le da un pequeño —¡Buen trabajo!— antes de pasar a la siguiente pregunta. —Jesús, ¿cuánto dura este cuestionario?

Busco mi bolso a los pies de su cama. —Has hecho una pregunta, deja de quejarte—. Abro mi cuaderno de bocetos por la página más reciente. Sólo han pasado unas semanas, pero ya estoy a punto de necesitar uno nuevo. Las páginas sobresalen, las notas y los bocetos

brotan de las costuras, y sólo me quedan un puñado de páginas vacías.

—Sigue adelante.

—Bien, mamá—. Gime, acercando el portátil. —¿Qué estás dibujando?

—No estoy seguro todavía. Te dejaré ver cuando hayas terminado

—. Me doy la vuelta para ocultar el cuaderno de bocetos de la vista.
—

Ahora ponte a trabajar. Esos diez puntos te serán útiles.

—Bien, bien—. Comienza a trabajar de nuevo. —Oye, ¿qué pasa con esto?— Nathan me entrega su cuaderno y yo reviso su trabajo. —Las respuestas no tienen sentido.

Leí rápidamente sus ecuaciones. —Casi, tienes la raíz mal aquí—.

No está tan lejos en el problema, así que no tendrá que rehacer demasiado trabajo. —Inténtalo de nuevo y debería funcionar—. Le devuelvo el cuaderno.

Deja escapar un largo suspiro y borra su trabajo. —Esto es una tortura.

—Lo sé, pero lo estás consiguiendo—, digo, intentando volver a centrarme en mi dibujo. Pero no se me ocurre nada que dibujar. Mi mente se ha quedado totalmente en blanco, no puedo imaginar nada; diablos, ni siquiera puedo pensar por dónde debo empezar. Sólo una línea, y luego otra línea. Resoplo y echo la cabeza hacia atrás.

—¿Atascado?— pregunta Nathan sin mirarme.

—Más o menos.

—Yo también me pongo así a veces. Cuando estoy escribiendo.

—¿Ah sí? ¿Algún consejo para salir de ella?

—Yo no soy el artista aquí—. Sonríe. —¿Tal vez dibujar algo a tu alrededor?

—¿Cómo?

—Eso, mi padawan, depende de ti—. Me señala con el extremo de la goma de su lápiz.

—¿Te he dicho alguna vez lo útil que eres?— Pregunto.

—No.

—Bien, porque tú no lo eres—. No se me ocurre lo mezquino que puede sonar eso hasta que ya lo he dicho, pero Nathan se echa a reír.

—Tú preguntaste—, medio canta. Tal vez tenga razón, excepto que realmente no hay nada en esta habitación que yo sepa. Bueno, hay una cosa. ¿Pero dibujar a Nathan sería demasiado espeluznante? Está sentado lo su icientemente quieto, y hay su iciente luz.

¿Sabes qué? Que le den.

Es raro que un Nathan no se mueva ni hable con las manos. Está metido de lleno en el asunto, con los engranajes de su cabeza girando.

Incluso saca la lengua un poco, y odio admitir que es totalmente adorable.

De hecho, no creo que haya una sola imperfección. Ni las protuberancias en la barbilla, ni el pequeño corte en la mejilla que supongo que es por el afeitado, ni las leves ojeras. Todo parece hecho a

propósito. No creo que Nathan Allan sea capaz de tener accidentes. No parece del tipo.

Empiezo con su pose, un esqueleto. Bastante fácil, su espalda contra la pared, ambas rodillas apoyadas para poder equilibrar su cuaderno, porque está donde debe estar, en su propio entorno. Me pregunto qué se siente.

El gancho de su nariz a su boca podría ser mi parte favorita, las líneas rectas que de repente se curvan hasta su boca. Pero entonces empieza a masticar el extremo de su bolígrafo, y yo sólo tengo que resoplar y poner los ojos en blanco. Volveré a ello más tarde. Los detalles más pequeños son los más di ículiles de capturar. Las pecas de su nariz, la forma de su frente, la forma en que las esquinas de sus ojos se inclinan un poco.

—Hola—. Su voz me hace saltar. Supongo que estaba en lo más profundo. —No entiendo esto—. Me entrega su cuaderno. Dios, ¿cuánto tiempo estuve así?

—Sólo tienes que encontrar a B—. Repaso la pregunta. Es complicada.

De hecho, no estoy seguro de que tenga que estar en un examen de álgebra, parece tan avanzado.

—Lo entiendo, Einstein, pero eso no ayuda.

—A Einstein le gustaba más la ísica, aunque tú no estás muy lejos

—. Me acerco a él. —Toma, reescribe la ecuación con los términos logarítmicos en un lado.

—Entonces reescribes la sustitución, ¿verdad?

—Sí. Y ahora puedes resolverla como lo harías normalmente—, digo, señalando la ecuación recién formada.

—Bien, creo que lo tengo—. Sonríe, mostrando de nuevo esos hoyuelos. Lo veo avanzar rápidamente por el resto del problema hasta que inalmente llega a la respuesta, mostrándomela para que la apruebe.

—Sí. Eso es.

—Oh Dios, hombre, podría besarte.

Mi corazón se hunde en el pecho. —Sí.

Él teclea la respuesta y yo vuelvo a mi sitio, cogiendo mi cuaderno de dibujo antes de sentarme en él.

—Bien, veámoslo—. Nathan extiende la mano.

—¿Eh?

Gira su portátil para que pueda ver la pantalla. Hay un gran —

Felicidades— y un —Haga clic en Enviar para obtener crédito extra—

debajo. —Terminé el examen y dijiste que me mostrarías el dibujo cuando terminara.

—Oh, realmente no es nada—. No puedo mostrarle esto. Jesús, ¿y si piensa que soy un acosador raro?

—Ajá. Te llamé dos veces para que me ayudaras, y estabas tan concentrado en esa cosa que ni siquiera me oíste. Así que realmente dudo que no sea nada.

Ni siquiera me di cuenta. —Oh, mierda, lo siento.

—Es genial. Al menos sé que puedo resolver ecuaciones logarítmicas por mí mismo—. Cierra su portátil y se sienta a mi lado. —

Ahora, enséñame.

—Vas a pensar que soy raro—. Abro el dibujo.

—Bueno, ya lo eres, pero...— Se detiene al ver lo que he hecho. Esto es exactamente lo que me temía. Lo odia, o le da escalofríos. Me pregunto si me gritará o hará algo peor. No creo que pueda soportar que Nathan me odie.

—Lo siento mucho...— Empiezo, pero me detiene.

—Ben.

—¿Qué?

Me quita el cuaderno de dibujo de las manos y mira atentamente el dibujo. —Me has dibujado—, dice, acercándose al dibujo como si quisiera tocarlo, pero en el último momento se detiene. Supongo que piensa que lo va a estropear o algo así.

—No es tan bueno—. Mi voz no es mucho más que un murmullo.

Ahora mismo, mi mente está bastante ocupada tratando de no sonreír

como un idiota. —Ni siquiera está cerca de estar hecho—. No hay detalles en su ropa ni en sus manos. Incluso el fondo está casi en blanco, simples líneas para rellenar los carteles y fotos de su pared.

—Tienes que darte más crédito que eso—. Comienza a trazar una mano a lo largo de su nariz. —Incluso tienes mis pecas.

—Está bien—. Me encojo de hombros.

—¿Has pensado alguna vez en mostrar tu arte?

—¿Dónde podría hacer eso?

—No lo sé. Pero la gente tiene que ver tus cosas. Es increíble—.

Vuelve a mirar el cuaderno de dibujo, en silencio. Y siento que el corazón me late en el pecho.

ONCE

Camino por los pasillos vacíos de la escuela. Es un poco inquietante estar aquí cuando todo está tranquilo. Pero Thomas tiene que quedarse hoy después de clase, en alguna reunión sobre los exámenes y la graduación y las vacaciones de primavera. No puedo creer que ya estemos en marzo.

Iría a la sala de arte, pero se me hace raro estar allí a deshoras.

Además, la última vez que lo hice, el conserje me sorprendió, y no hay nada más incómodo que quedarse sentado mientras otra persona está limpiando, todo ello mientras tú haces lo posible por no estorbarle.

Me gustaría que Nathan estuviera aquí para ayudar a pasar el tiempo. Le envié un mensaje de texto, pero aún no ha respondido. Debe estar estudiando o algo así. Su examen de álgebra era hoy, y quiero saber cómo le fue.

Hizo todo lo posible por enseñarme algunos trucos sobre la redacción que debo entregar al inal de la semana, pero no tengo remedio. Algo sobre cómo pasar las palabras de mi cerebro al ordenador. Simplemente no funciona. Eso y que Chaucer es *muy* aburrido.

Mi mente está a un millón de kilómetros de distancia en este momento, y no estoy prestando atención a dónde estoy caminando, así que cuando la puerta de un aula se abre de golpe, corro justo contra alguien, lo que hace que ambos caigamos sobre nuestros traseros. No puedo culpar a nadie más que a mí mismo.

—Oh Dios, lo siento mucho—. Los papeles que llevaban vuelan por todas partes, y no es hasta que están todos acomodados que me doy cuenta de que me encontré con Meleika.

—¿Ben?— Ya está de rodillas, luchando por recoger todo.

—Lo siento, es mi culpa—. Empiezo a coger los folletos, ignorando el nuevo escozor que me viene de la rabadilla. Unos cuantos me llaman la atención. Todos tienen diseños diferentes, pero está claro para qué son.

—¡Baile de Primavera!

—Es mi culpa—, dice Meleika. —Tenía demasiada prisa—. Baraja los folletos para tratar de igualarlos. —Se suponía que tenía que haberlos subido la semana pasada, pero todavía estamos tratando de reunir todo para el baile.

—¿No es el baile de graduación en dos meses?— Pregunto. —¿Por qué molestarse en planear otro?

—Es la tradición—. Meleika dice esto con el entusiasmo que yo esperaba. —¿Qué diablos estás haciendo aquí tan tarde?

—Esperando a Thomas.

Ella levanta una ceja. —¿Thomas?

—Sr. Waller—. Es mi cuñado. Y mi transporte a casa—. Me aseguro de elegir mis palabras con cuidado. —¿Qué estás haciendo?

—Tengo que colgar estos carteles por el campus—. Los dos nos levantamos lentamente, pero ella sigue con la mirada de pánico. —

Escucha, odio pedírtelo, pero ¿puedes ayudarme? Stephanie me va a morder el culo si no están colgados mañana por la mañana.

—Sí, claro. ¿Qué tengo que hacer?— Supongo que cualquier cosa es mejor que pasear por el campus.

—Toma—. Meleika me entrega un enorme rollo de cinta adhesiva.

—Yo sostengo, tú pegas—. Pone uno de los folletos contra la pared frente a nosotros. Rápidamente arranco los cuatro trozos y pego cada esquina con cinta adhesiva. —Eres rápido, bien.

—Entrenado durante siete años para ser un experto rasgador de cinta. Me alegro de que las clases hayan valido la pena.

Eso la hace reír, y seguimos avanzando por el pasillo, asegurándonos de no colgar el mismo estilo de póster que el anterior.

—Entonces, ¿vas a ir al baile?— pregunta Meleika, colgando otro cartel.

—No lo tenía previsto.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Los bailes no son realmente lo mío—. Empiezo a arrancar más trozos de cinta, dejando que cuelguen listos en los extremos de mis dedos.

—También hay un juego.

—Los deportes *y los* bailes no son lo mío.

Meleika se ríe y se aparta el pelo de la cara. Durante el in de semana, se deshizo de las trenzas y volvió a la escuela con enormes y largos rizos. —No te culpo, sinceramente. Yo no iría a menos que tuviera que hacerlo.

—¿Tienes que hacerlo?

—Todos los miembros del consejo estudiantil tienen que asistir a todos nuestros eventos, o de lo contrario no obtenemos las horas de crédito.

—Eso apesta.

—¡Me lo dices a mí! ¿Que me pierdo mis programas para ver a unos pastelitos golpear pelotas con un gran palo?— Luego se detiene. —

Supongo que los culos de béisbol no son tan malos.

Mantengo la boca cerrada, pero de initivamente no discutiría con ella.

—¿Meleika?— Una voz demasiado familiar resuena en el pasillo.

Nathan, por supuesto. —¡Y Ben!— Sonríe al verme. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Está ocupado—. Meleika prepara otro cartel.

—Thomas tuvo que quedarse después, para una reunión—, digo.

—Oh.— La sonrisa de Nathan cae. —Entonces, ¿por qué estás ayudando a Mel?—, pregunta.

—Porque es un ser humano decente que ayuda cuando se le pide, a diferencia de ti—. Meleika me quita un trozo de cinta adhesiva de los

dedos y pega un volante en la frente de Nathan.

—¡Tuve que ayudar a pintar las piezas del decorado!— protesta Nathan, arrancando el papel de su cara. Al parecer, subestimó la fuerza de la cinta adhesiva porque lo siguiente que sabemos es que

está doblado siseando y frotándose esa mancha en la frente. —¡Intenta decirle a Stephanie que no!—, dice con los dientes apretados.

—Lo que sea—. Meleika se cruza de brazos. —¿Qué estás haciendo aquí de todos modos? Estás pintando, ¿recuerdas?

—El Sr. Madison dijo que usted tenía la llave de repuesto de la sala de arte. La Sra. Liu debía conseguirnos más pintura, pero creo que está cerrada en su habitación.

Meleika le mira ijamente. —No tengo llave.

—Estás bromeando.

Ella sacude la cabeza. —No.

—Pero necesitamos la pintura, y nadie más tiene una llave—.

Nathan se frota la nuca. —Stephanie va a ser nuclear.

—Esta Stephanie parece una pieza de trabajo—, añado.

—Sinceramente, me sorprende que aún no haya exigido que la llamemos Alteza—, dice Nathan.

—Ve a buscar la llave de la señora Liu—. Meleika sostiene otro cartel y yo pego las esquinas.

—Están en el auditorio y la puerta está cerrada—. Nathan se pasa las manos por la cara.

Los gemidos de Meleika resuenan en el pasillo. —¿Qué se supone que vamos a hacer, entonces? No vamos a tener más tiempo esta semana para hacerlo.

—Tengo una llave—, digo.

Ambos me miran como si me hubiera crecido una cabeza extra. —

¿Por qué tienes una llave?— Nathan pregunta.

—La Sra. Liu me lo dio para que pudiera usar la sala de arte durante el almuerzo.

—Genial—. Meleika mira a Nathan. —Coge la llave de Ben y coge la pintura.

—Quiero decir, claro—. Busco el llavero en mi mochila. —Pero voy a ir contigo.

—Impresionante.

—¡Oh, no me estás abandonando!— Meleika me mira ijamente, con la boca abierta. —¡Ben!

—Volveré, lo prometo.

—¿No con ías en mí?— Nathan ya tiene mi brazo, llevándome por el pasillo.

—No estoy arriesgando nada—. Dudo que la Sra. Liu se enfade conmigo, es sólo Nathan. Pero nunca se sabe, y no quiero arriesgarme a perder este privilegio.

Corremos hacia el edi icio de arte, comprobando dos veces cada una de las puertas. Efectivamente, las tres están cerradas. Miro a través de las pequeñas ventanas de cristal y veo cuatro enormes botes de pintura sobre el mostrador.

Desbloqueo la puerta y entro delante de Nathan, cogiendo los dos botes de pintura y entregándole los otros dos a Nathan. —Vamos, tengo que terminar de ayudar a Mel.

—¿Cuál es el tuyo?— pregunta Nathan. Tardo un minuto en darme cuenta de que se re iere a los cuadros que la señora Liu ha colgado en la pared.

Quiero decirle que no tenemos tiempo, lo que me hace sentir mal, porque no ha hecho más que apoyar mi arte, pero sólo ha visto mis dibujos antes. Nunca mis pinturas, al menos no en la vida real.

—Ese—. Señalo el cuadro de goteo. —Y ese otro—. El del cardenal está colgado en el otro lado de la habitación.

—Oh.— Nathan jadea, caminando hacia la pintura de goteo. —

Hmm...

—¿Qué?— Pregunto. Por un breve instante, desearía poder leer la mente. Quiero decir, eso me abriría a toda una serie de problemas. Pero

ahora mismo, *realmente* quiero saber lo que Nathan está pensando.

—Simplemente... inesperado.

¿Inesperado?

Nathan sigue con cara de asombro. —¿Y ésta?— Cruza la habitación en pocos pasos, mirando ijamente la del cardenal. Una parte de mí quiere esconderlo, porque realmente no creo que se pueda comparar con el de la gota.

—Sí. ¿Qué te parece?— Casi me da miedo preguntar. Le ha gustado todo lo que he hecho antes, pero nunca le he visto reaccionar así.

—¡Son geniales!—, dice, pero hay algo en la forma en que lo dice que no parece de Nathan.

—Están bien. Realmente no es un gran problema—, digo. —

Probablemente debería haber trabajado más en ello.

—Sí—. Se burla. —Bien, pero no te olvides de mí cuando tus cuadros estén colgados en el Louvre o algo así.

Me río un poco más fuerte de lo que quería. —Porque eso va a pasar totalmente.

—Nunca digas nunca, De Backer—. Nathan vuelve a acercarse a mí, sus ojos rebotan entre mis dos cuadros.

—Vamos. Mel nos va a matar a los dos.

—¿Vas a ir al partido?— Pregunta Nathan.

—Es curioso, Mel me preguntó lo mismo.

—¿Y?

Me encojo de hombros. —¿Béisbol y bailes? No es lo mío.

—Sabes, el baile de graduación es en unos meses—. Lo añade de improviso.

—¿Ah sí?— Es algo di ícil de ignorar. El consejo estudiantil ya está emboscando a la gente dentro de la cafetería para votar el tema. —

¿Alguna vez descansan?— Pregunto.

No digo que dos bailes en tres meses me parezca excesivo, pero...

—La tradición es la tradición—, dice Nathan.

—¿Para eso sirve el consejo estudiantil?— Me burlo de él. —

¿Plani icar bailes?

—¡Oye!— Parece enfadado pero su sonrisa le delata. —Planeamos otras cosas. Hicimos una venta de pasteles el pasado octubre.

—¿Hubo un baile?

—No—, dice Nathan, sonando totalmente poco convincente. —

Técnicamente.

—¿Cómo se baila en una venta de pasteles?

—Stephanie se las arregló para encontrar un camino. Entonces,

¿vas a ir?

—¿A?— Pregunto, sabiendo muy bien a qué se re iere.

—¿Al baile de graduación?

—No lo creo.

—¿De verdad?— Su sonrisa se desvanece. ¿Está realmente decepcionado?

—Baila—, vuelvo a decir.

—¿Incluso el baile de graduación?

—Incluso el baile de graduación—, repito. —Yo tampoco fui el año pasado.

Atravesamos el campus hasta llegar al gimnasio, donde hay un montón de mis compañeros corriendo de un lado a otro, haciendo todo lo posible por seguir las órdenes de la chica que está de pie en el centro con el megáfono. —¿Supongo que esa es Stephanie?— Digo en voz baja.

—¡Nathan! Ahí estás—. Corre hacia nosotros antes de que Nathan pueda responder, mirando las latas. —¿Es esa la pintura?

—Bueno, Steph, no es pudín de chocolate.

—Divertido—, dice, mientras agresivamente no se ríe. —Bien, ustedes dos vayan a pintar las piezas del escenario, las necesitamos primero.

—Oh, no estoy...—, empiezo a decir, pero ella me hace callar con una mano.

—No lo pedí. Te nombro miembro honorario del consejo estudiantil, te conseguiremos horas de crédito si las necesitas. Ahora ponte a trabajar—. Stephanie señala los grandes paneles de madera apoyados en el escenario. —¡Ahora!—, grita en su megáfono cuando no corremos inmediatamente hacia el escenario. Stephanie casi se gana una lata de pintura vaciada en su precioso suelo del gimnasio por eso.

—Lo siento, puede ser un poco...— Nathan considera sus palabras cuidadosamente. —Abrasivo— es la palabra más bonita que me viene a la mente.

—Meleika me va a matar—. Subo la corta escalera hasta el escenario.

—Cuando se entere de que Stephanie te metió en esto, te perdonará, no te preocupes.

—¿Por qué estan esperando hasta la semana de?— Tomo el destornillador de la caja de herramientas que hay en el escenario y abro el bote de pintura, cogiendo la varilla de madera para remover.

—Estábamos más atrasados de lo que creíamos, y ahora estamos luchando—. Nathan mira las tablas que tenemos delante. —Al menos no necesitaremos estas piezas hasta el viernes.

—¿Te vas a disfrazar el resto de la semana?— Paso el exceso de pintura por el borde de la lata y la vierto lentamente en una bandeja.

El tema de hoy era sencillo: el orgullo escolar. Mirara donde mirara, había gente vestida de azul real y dorado. El jersey de Nathan es menos real que azul, pero con el ribete dorado de la parte inferior no creo que nadie vaya a rebatirle el tono concreto.

—Sí, ¿y dónde está tu azul y oro, amigo mío?—, pregunta.

—No tengo nada—, digo. Probablemente debería haberme arreglado. Tengo la sensación de que voy a necesitar los puntos en inglés.

—¿No quieres disfrazarte? El jueves de la chabacanería va a ser divertido.

—¿Jueves de mal gusto?— Le miro.

—¡Te vistes con tu ropa más hortera!

—¡Por supuesto!— Intento imitar su entusiasmo.

—¿Dónde está tu espíritu escolar?— Nathan saca la tapa de su propia lata.

—Realmente no tengo ninguna—. Hago rodar mi pincel por el azul profundo. —¿Vamos a pintar todo esto?— Pregunto.

—Sí, de arriba a abajo, y luego pintamos las estrellas de oro.

—Divertido—. Dejo que el cepillo ruede sobre la madera. —

Entonces, ¿cómo fue el concurso?

Se burla. —¿Cuál?

—¿Has tenido dos hoy?

—Sí.

—Oh, bendito sea tu corazón—, digo. —¿Cómo fue el álgebra?

Stephanie vuelve a gritar algo por su megáfono. Por suerte, no va dirigido a nosotros, pero es su iciente para que los dos nos sobresaltemos. Nathan pone los ojos en blanco y sacude la cabeza.

Su sonrisa le delata. —He aprobado. Al menos, creo que lo hice.

—Bonito—, digo.

—La prueba fue más fácil de lo que pensaba. Yo también lo comprobé todo tres veces, ¡y salió igual casi toda la prueba!

—Te dije que podías hacerlo.

—¡Chicos! No estáis pintando!— La voz de Stephanie vuelve a resonar en el megáfono.

—Sí, sí—. Nathan le hace un gesto para que se vaya.

—¡Así que deja de coquetear y pinta!—, grita.

Siento que mi cara se calienta y me vuelvo hacia delante, concentrándome en dónde va exactamente mi cepillo. De todos

modos, ya me he saltado algunos puntos. —Qué bien, sobre tu prueba —, digo.

—Estoy en deuda con usted, De Backer.

—Oh, tú no... realmente...— Tartamudeo.

—Vamos, déjame invitarte. Lo que quieras hacer, saldremos este in de semana.

—Ya tengo planes, lo siento—. Hannah había mencionado salir a hacer unas compras. No pensaba ir con ella, pero podría ser divertido.

—Ponte a pensar, porque te lo debo. A lo grande.

—Vale—, digo, e intento volver al cuadro, pero cada pocos segundos mis ojos se desvían hacia abajo, y él está ahí, justo en la esquina de mi visión. No quiero sonreír, pero no puedo evitarlo. Y cuando me pilla, Nathan levanta la vista y también sonríe.

—¿Qué tal la semana?— es lo primero que me pregunta la Dra. Taylor cuando me siento en su despacho. He estado hurgando en mis manos durante todo el trayecto hasta aquí. Todavía puedo contar las ocho marcas en forma de media luna en mis dos palmas. Estas sesiones se han ido haciendo más fáciles, cita a cita, pero sigo sintiéndome mal cuando recuerdo que tengo una visita próximamente.

—¿Ben?

Por in levanto la vista, perdida en el dibujo en zigzag de la blusa blanca y negra de la Dra. Taylor. —¿Sí? Lo siento, estaba bien.

—¿Pasó algo en particular?

—La verdad es que no—. Estaban los días temáticos, y el pep rally, al que todos están obligados a ir. —Era la semana del espíritu en la escuela.

—Oh, esos son divertidos. ¿Hace North Wake los días de disfraces?

—Sí, pero realmente no hice ninguna. No es mi tipo de cosas.

—Es comprensible. Mi clase solía ir a por ese tipo de cosas—. El Dr.

Taylor se ríe. —Yo nunca entendí realmente el atractivo, pero todos parecían divertirse.

—Hmmm—. Realmente no sé qué decir a continuación.

—¿Cómo van las cosas con Hannah y Thomas?

Me encojo de hombros. —Bien. No puedo quejarme.

—¿Están mejorando con los pronombres?

Asiento con la cabeza. No recuerdo la última vez que tuve que corregir a alguno de ellos.

—Quería preguntarte —cruza las piernas —cómo te sentiste cuando Hannah se fue.

Realmente no quiero responderle. Quiero pasar a otra pregunta, tal vez ignorar lo que me acaba de preguntar. Conozco la respuesta. La sé desde hace diez años, pero ahora sólo me hace sentir culpable. ¿Tengo realmente derecho a estar enfadado con ella, a *seguir* enfadado por lo que hizo, después de todo?

—Yo…

—¿Ben?— El Dr. Taylor me mira.

—Estaba muy enfadado con ella—, digo.

—¿Por dejarte?

No puedo evitar sentir que todo esto va a llegar de alguna manera a Hannah. Como si hubiera un micrófono en mi ropa o algo así y Hannah pudiera escuchar cada palabra que digo desde su lugar en la sala de espera. A sólo unos metros de distancia. —Eso es más o menos lo que hizo, ¿verdad?

—Bueno...— La cabeza del Dr. Taylor se mueve como si fuera un rebote. —¿Es eso lo que usted sintió que sucedió?

—Tal vez deberías preguntarle a Hannah sobre todo esto—. No quiero que suene grosero, pero realmente no quiero hablar de esto.

—Ben, puedo prometerte que no discuto nada de lo que pasa en esta habitación con ella.

—Lo siento—. Vuelvo a clavarme las uñas en las palmas de las manos,

tratando de encajarlas en los mismos lugares exactos. —Yo...

entiendo por qué lo hizo—, digo, la culpa me invade. —Y entiendo que realmente no podía llevarme con ella. Pero sigue doliendo, ¿sabes?

—Por supuesto—. El Dr. Taylor anota algo. —Quizá no sea razonable que un universitario asuma la responsabilidad de adoptar a su hermano menor, pero eso no invalida el daño causado. ¿Qué sientes ahora por ella?

—Lo está intentando—. Me miro las manos. —¿Y no es eso lo que importa?

—¿Eso te importa?

Asiento con la cabeza.

—¿Puedes contarme un buen momento que hayas compartido con tus padres?— El Dr. Taylor dice, básicamente de la nada.

—¿Por qué?— Pregunto.

—Bueno, muchas de nuestras discusiones sobre ellos se han centrado en lo negativo, con razón, por supuesto. Pero seguro que has tenido buenos momentos con ellos, a lo largo de los años.

—Quiero decir... sí, algo así—. Me froto las palmas de las manos en las rodillas. Por supuesto que tuvimos buenos momentos. Hubo muchos, de hecho. Momentos en los que podía olvidar lo malos que podían ser. En los que podíamos reírnos de algo en la televisión, o bromear el uno con el otro, o pasar el día fuera, simplemente disfrutando de la compañía del otro.

Tiempos en los que realmente pensé que podrían amarme por mí.

—Cuéntame un buen momento que hayas tenido—, dice. —No tiene que ser nada grande ni nada. Sólo algo agradable que recuerdes—. El Dr. Taylor sonríe.

—Bueno, en realidad no es un recuerdo concreto—, digo. —Pero mi madre trabaja en un hospital, y durante muchos de mis veranos tenía que ir con ella a trabajar. Supongo que no se iaba de que estuviera sola con Hannah.

—Miedo a la in luencia de Hannah, me imagino.

Logro reírme. —Probablemente. Pero mamá me dejaba ayudar. Se encargaba sobre todo del papeleo, así que me enseñó dónde van las cosas y cómo asegurarse de que están en el orden correcto—. Siento que se me escapa una sonrisa. —Incluso me dejaba triturar cosas. Esa era mi parte favorita.

Y entonces todo se detiene, y por una fracción de segundo, me siento entumecido.

—¿Ben?— El Dr. Taylor me mira.

—No es nada.

Excepto el tirón que siento en mi corazón.

Los viernes por la noche salíamos a cenar, papá veía sus terribles películas del oeste demasiado alto o se olvidaba de lo que estaba hablando a mitad de frase y mamá y yo nos reíamos de ello. Los días que mamá y yo trabajábamos en su jardín y volvíamos a casa quemados por el sol. Días enteros que pasábamos solos, mamá comprando algo y yo siguiéndola, contando chistes. —Lo siento—, digo, limpiándome los ojos.

—Está bien—. El Dr. Taylor me acerca la caja de pañuelos, pero no tomo ninguno. No puedo llorar, no por esto. —¿Quieres hablar de ello?

—, me pregunta.

—No.

—Es natural que los eches de menos, Ben. Son tus padres, después de todo.

—Sólo... después de lo que hicieron—. Cuando pensé que podía con iar en ellos. —Pensé... pensé que ser su hijo sería su iciente para ellos.

—Lo sé, lo sé. Pero viviste con ellos durante dieciocho años, te criaron y parecía que te querían—. Entonces el Dr. Taylor se inclina hacia delante. —¿Los querías, Ben?

Quiero decirle al Dr. Taylor que no, y quiero poder decirlo con con ianza. No los quiero, no lo hice. No después de lo que hicieron. Pero son mis padres. Se supone que debo amarlos, sin importar lo que pase,

¿no?

—¿Crees que te echan de menos?

No tengo ni idea. —¿Pueden? Quiero decir, me echaron.

—No signi ica que no te echen de menos. Si realmente eran ellos fuera de la casa de Hannah esa noche...— La Dra. Taylor no termina su declaración, pero es la primera vez que saca el tema de esa noche desde que se lo conté. —¿Te sientes bien, Ben? ¿Físicamente?

—Realmente no he dormido—. Esta mañana me he despertado sobre las dos y media, y la noche anterior fue sobre las tres. Cada vez es más di ícil mantener los ojos abiertos durante el día. Incluso he pensado en ingir que estoy enferma un día sólo para intentar ponerme al día.

—Se acerca el inal del curso escolar. Las cosas pueden estar bastante ocupadas.

—Sí.

—¿Has probado alguna medicación de venta libre?

—He tomado un poco de NyQuil, pero sólo funciona durante unas horas—. Era lo único que Hannah y Thomas tenían en su botiquín.

Además, esa cosa sabe a culo, y no quiero que eso sea algo cotidiano.

—¿No es un gusto adquirido?— Se ríe. —¿Es la primera vez que experimentas algo así?

—Más o menos. El año pasado, cuando tuve los PSAT y los exámenes inales justo después—. Me froto la nuca. Mi pelo se ha vuelto más largo, más largo de lo que papá me hubiera dejado crecer. —Suelo ver la televisión o dibujar hasta que llega la hora de levantarse.

—¿Quieres probar la medicación?—, pregunta.

—¿Puedes hacer eso?

El Dr. Taylor asiente.

—No lo sé—. No había pensado mucho en ello. Personalmente no me gusta la idea; no me parece bien.

—Bueno, si es tan malo, entonces tal vez deberíamos considerarlo.

—¿Sabes qué lo causa?— Pregunto.

—Tengo una idea, sí.

—¿Y?— Dios, ¿por qué pregunto?

Exhala lentamente y casi parece reacia a decírmelo. —Creo que estás lidiando con la depresión, pero para mí, la ansiedad parece ser el mayor problema.

—Oh.

—Y eso está perfectamente bien. Todo el mundo lidia con la ansiedad, Ben, es sólo que...

Termino por ella. —¿Hay gente que no sabe cómo enfrentarse a ello?

—A veces es demasiado para manejar. Todavía estás creciendo, todavía estás descubriendo cosas, y esto es una capa extra de problemas. Es común que alguien de tu edad se enfrente a este tipo de cosas. Y tu situación ciertamente no ha ayudado a eso.

No sé qué decir a continuación, así que suelto lo primero que se me ocurre. —Da miedo, Dr. Taylor.

—Lo sé, Ben. Lo sé—. Ella suspira. —Pero la medicación podría ser una salida que vale la pena explorar, ¿no crees?

—¿Crees que ayudará?— Pregunto.

—De verdad que sí. Con los pacientes que se enfrentan a la depresión y la ansiedad, la medicación puede ser un regalo del cielo.

Podríamos hacer una prueba, para ver cómo te funciona.

Asiento a sus palabras. —Vale, podemos probarlo.

DOCE

Arrugo el papel, lo arranco de mi cuaderno de bocetos y lo tiro a la papelera de la mitad de la habitación. No lo consigo.

Por supuesto.

—Tienes que trabajar en tus tiros libres—. La señora Liu mira las bolas de papel que están alrededor del cubo de la basura.

—Los traeré en un segundo—, digo.

—¿Atascado?— Se acerca a la pequeña estación de trabajo que he construido yo mismo en un rincón de la trastienda.

—No tengo nada—, digo. Las ideas están ahí, lotando, pero no puedo llevarlas al papel, y mucho menos a un puto lienzo. Y la medicación que el Dr. Taylor me ha hecho probar me produce somnolencia, lo que no sería tan malo por la noche, pero los últimos días me está afectando justo por la tarde.

—¿Qué estás tratando de hacer?— pregunta la señora Liu.

—A estas alturas, cualquier cosa.

—Sinceramente, creo que podrías abandonar ahora, sin hacer nada.

Probablemente seguiría pasando de ti—. Se ríe. —¿Has probado a pintar algo de verdad?

—Eso es lo que estoy haciendo.

—De acuerdo, pero como algo que tú sabes. Toma de tu vida, Ben.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando estoy atascado, saco una foto de mi teléfono, una que haya tomado yo mismo, y empiezo a dibujarla. Suele poner en marcha mi lujo creativo. A veces el arte necesita un libro de instrucciones.

—Ojalá viniera con uno a veces—, murmuro.

—¡Oye!— La Sra. Liu grita a uno de los estudiantes de primer año en la otra aula. —Vuelve a bajar eso. Heathens—. Susurra la última

parte en voz baja. —Inténtalo. No una foto que hayas conseguido en internet, sino algo que conozcas de *verdad.*

Aunque quizá no sea tan mala idea. Saco mi teléfono y hojeo los cientos de fotos de referencia que he guardado. Probablemente tenga que borrar algunas de ellas pronto. Es imposible que las necesite. Pero,

¿y si las necesito?

Luego llego a esta cadena de sel ies de Nathan, luego más fotos, luego sel ies de Nathan, luego fotos. Es este extraño vaivén porque cada pocas semanas, el chico tiene el impulso de robar mi teléfono y tomar una docena de sel ies. La mayoría son de él y yo, intentando coger mi teléfono. Hay algunas de él y Meleika, o de él y Sophie también, o unas de mí tomadas a escondidas, con su cabeza apenas en el marco mientras me toma una foto.

Pero la mayoría son sólo de él. Acerco la foto y la miro ijamente.

Sería un buen modelo.

No tiene por qué saberlo, ¿verdad? Ya lo he dibujado una vez antes.

Hago un boceto de la forma de su cara, los ángulos de sus mejillas y su barbilla, la forma de sus ojos, la forma en que su boca se curva hacia arriba. Tengo que combinar las fotos para conseguir el ángulo correcto, pero puedo hacer que funcione. Sin embargo, no sé ni por dónde empezar con la pintura. Quiero hacer algo diferente.

Mi ojo capta la pintura de goteo en la pared, el desorden controlado de la misma, todos los colores mezclados. Todavía quiero que Nathan forme parte de esto, pero no quiero que sea una recreación hiperrealista. Podría probar esta técnica monocromática que vi en Internet.

Cuando pienso en Nathan, pienso en la calidez. En rojos y naranjas.

Pero sobre todo, pienso en el amarillo. Me parece un color tan propio de Nathan. La felicidad, la alegría, su optimismo, esa sonrisa.

Hago mi boceto intencionadamente áspero, añadiendo la nitidez de la cara de Nathan. No me lleva más de unos minutos. Este es el contorno, el esqueleto. Los detalles vienen después. Tardo varios

intentos en encontrar el amarillo que quiero utilizar para la mayor parte de su cara, pero inalmente lo consigo.

Y encuentro un ritmo, pintando a grandes rasgos, cambiando de tamaño de pincel para llegar a los detalles más inos. En los cuarenta y cinco minutos que me quedan no puedo hacer mucho, pero cuando suena la campana, parece que la lista se ha hecho más larga.

—Joder—. Miro a mi alrededor buscando a la Sra. Liu. No puedo parar ahora.

—¿Encontraste tu musa?— Se dirige a la habitación del fondo, sosteniendo una pila de palés decorados con pinturas de acuarela.

—Mmh— es todo lo que puedo decir. Estoy demasiado distraído.

—Oh, wow, Ben.— No sé si se re iere al desorden o a la pintura.

—Lo siento, me he metido en esto. Voy a limpiar.

—No, no, no—. Me pone una mano en el hombro. —Sigue adelante.

Me encanta.

—¿En serio?

—Es fantástico. Llamaré a Thomas, para que sepa que estás trabajando.

—¿No te importa que me quede?

—Pssh, tengo tareas que cali icar de todos modos, así que estaré aquí un rato.

—No crees que es... como...— Tartamudeo. —Espeluznante pintarlo,

¿verdad?

Se ríe. —No creo que el ego de Nathan sea tan frágil. Pero de initivamente se lo haría saber—. Luego hace una pausa. —Quiero preguntar, ¿por qué él?

Me encojo de hombros. —Me robó el teléfono y se hizo un montón de sel ies—. Le enseño la pantalla.

—Una extraña forma de retribución si alguna vez he visto una, pero bueno. Hazlo tú, chico—. La señora Liu me da una palmadita en el hombro. —Quería hablarte de algo.

—¿Oh?

—Sí, todos los años hago una exposición de arte estudiantil aquí en la escuela. Me preguntaba si querrías participar.

Hago una pausa y dejo el cepillo. —¿Por qué yo?

La señora Liu se burla. —Estás bromeando, ¿verdad?— Entonces se pone a mirar las paredes. —Eres uno de mis mejores alumnos.

Miro mis cuadros, pero lo único que veo es que no están a la altura de los que los rodean. No conozco a ningún otro alumno de la Sra. Liu, aparte de algunos de los de primer año de la otra sala.

Pero sí sé con certeza que son mejores artistas que yo. Los retratos y los paisajes, los conceptos abstractos, las esculturas. Dudo que yo pueda llegar a hacer esas cosas como ellos.

—No será hasta mayo, pero me gusta plani icar con tiempo. Sólo piénsalo, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza.

—Gracias, te dejaré volver al trabajo.

Y lo hago; me pierdo en ello, en cada pincelada. Tengo que asegurarme de que los amarillos no se mezclen en un lío de colores, así que me muevo de un extremo a otro del lienzo, dejando que las cosas se sequen un poco antes de ponerme a trabajar en los detalles más pequeños.

—¿Ben?— Veo a Thomas por el rabillo del ojo, caminando por el corto pasillo entre las habitaciones.

—Aquí—. Le saludo sin mirarle.

—¿Ya casi terminas?

—Casi—. Miro mi teléfono. Mierda. Son más de las cinco. —Lo siento, no me di cuenta de que era tan tarde.

—No, está bien. Sólo estaba preparando el examen de la semana que viene—. Thomas se acerca a un lugar detrás de mí, viendo el cuadro en toda su gloria amarillenta. —Oh.

Thomas se detiene en seco y yo observo su rostro.

—Ese es Nathan—. Señala la tela.

—Sí—. Miro ijamente la cosa casi terminada, observando los puntos que me he saltado, o donde creo que he usado el tono equivocado. —Todavía no he terminado, pero puedo dejarlo por hoy.

—Hannah nos quiere en casa. Aparentemente ella está cocinando la

cena esta noche.

Cojo mis pinturas y pinceles y empiezo a enjuagarlos en el fregadero. Con suerte, mañana podré encontrar algo parecido al tono adecuado. Cuando miro por encima del hombro, Thomas sigue mirando el cuadro.

—¿Pasa algo?— Pregunto.

—No, sólo estoy mirando—, dice Thomas con una sonrisa. —Me gustan los amarillos. Por alguna razón—, empieza a decir, pero luego hace una pausa. —No lo sé, simplemente grita Nathan.

—Esa era la idea—. Pongo mis pinceles en la rejilla de secado y me enjuago las manos.

—¿Listo para ir?— Thomas me coge la bolsa.

—Sí—, digo, echando una última mirada al cuadro antes de apagar las luces.

—¿Se han enterado de la iesta que dará Steph el viernes?— pregunta Sophie. Estamos de vuelta en la cafetería, que ya era bastante salvaje antes del partido del Spring Fling, pero a falta de unos días para las vacaciones de primavera, los niveles de —dar una mierda— de todo el mundo están en su punto más bajo. Ni siquiera a los profesores les importa, lo que ha hecho que la señora Liu me llame a su habitación durante otras clases para —ayudar con un proyecto.

Lo que en realidad termina siendo un código para dejarme terminar mi pintura de Nathan. Todavía no sé exactamente cómo o cuándo se lo voy a contar. He pensado en una docena de formas diferentes y ninguna de ellas me parece correcta.

—¿Por qué demonios querríamos ir a una iesta en casa de Steph?

— Meleika apoya su cabeza en las manos.

Nathan da un sorbo a una bebida deportiva de color rojo intenso. —

La chica ha estado muy nerviosa las últimas semanas, se merece un descanso.

—Técnicamente es para las vacaciones de primavera—, añade Sophie. —Pero no es que necesite una razón.

—Todo lo que consigue es PBR y vodka. Ni siquiera el vodka bueno

—, dice Meleika.

Nathan se ríe. —Este es BYOB aparentemente. Tal vez escuchó las quejas.

—Genial, ¿así que la única manera de conseguir algo bueno es si lo traemos nosotros mismos?— Meleika pone los ojos en blanco. —No, gracias.

—He oído que Todd se va—, dice Sophie.

—Oh, no importa, cuenta conmigo—. Meleika se ríe para sí misma.

—Siempre trae algo bueno. Como, un buen material de tres sorbos.

—Todd es un idiota—, dice Nathan.

—Sí, pero un idiota con un padre que no vigila su gabinete de licores —, canta Sophie.

Nathan me da un codazo. —¿Quieres ir?

—¿Dónde?

Sigue sonriendo. —A la iesta.

—¿No fui invitado?

—Eres tan guapo, Ben—. Sophie teclea algo en su teléfono, y mi cara se calienta.

—Vamos, no te has disfrazado para la Semana del Espíritu—.

Meleika cuenta. —No fuiste al partido, ni al baile de después. Al menos deberías venir a una iesta. Relájate un poco, déjate llevar.

—En realidad, no hace falta que te inviten, simplemente te presentas —, añade Nathan.

Me meto las manos debajo de la mesa. —Ni siquiera conozco a ninguna de estas personas.

—Bueno, Todd es un imbécil, así que considérate afortunado. Y ya has tenido el placer de conocer a Stephanie—. Meleika se ríe un poco más de la cuenta. —Vamos, será divertido.

—Es una noche—, sigue diciendo Sophie.

—Sólo ven con nosotros. Pasaremos media hora y luego, si quieres, nos iremos—. Nathan intenta tranquilizarme.

—Nunca he estado en una iesta—, digo.

—Es básicamente una forma barata y fácil de emborracharnos y burlarnos de los blancos que creen tener ritmo—. Meleika se ríe.

Nathan pone los ojos en blanco antes de añadir: —Pero tiene razón.

Es el tipo de vergüenza de segunda mano que sólo se obtiene al ver a la gente borracha molerse unos a otros.

—¿Recuerdas cuando Megan y Adam empezaron a bailar y él vomitó sobre ella?— Sophie empieza a reírse tan fuerte que apenas capto el inal de lo que intenta decir.

—Oh Dios, sí—. Meleika se tapa la boca. —Ben, *tienes* que venir, al menos para ver qué clase de mierda vergonzosa pasa.

—Vamos—. Nathan me da un empujón. —Media hora, eso es.

—Bien—, digo inalmente, sabiendo que realmente no hay manera de salir de esta. Tendré que mentir a Hannah, supongo. Dudo que quiera que vaya a una iesta en la que hay un montón de menores bebiendo.

—Excelente—. Meleika se frota las manos. —Te corromperemos todavía.

TRECE

Una parte de mí espera que Nathan, Sophie y Meleika se hayan olvidado de que acepté ir a la iesta el viernes, ya que se han pasado la última semana discutiendo sus planes de vacaciones de primavera.

La verdad es que Sophie parece que se va a divertir mucho. Ella y sus padres van a visitar a sus abuelos en Busan, Corea del Sur. Meleika va a ir a la montaña con su familia, y Nathan no va a hacer nada aparentemente.

Pero de initivamente no se olvidan de la iesta. Está claro que yo no

tengo tanta suerte. Afortunadamente es medio día en la escuela, así que tengo mucho tiempo para trabajar en una bola de ansiedad. Y estoy totalmente perdida a la hora de elegir qué ponerme.

Quiero decir, la camisa es fácil, pero todos mis jeans se sienten demasiado holgados, mis zapatos se sienten demasiado sucios, *y* ni siquiera sé lo que es apropiado para este tipo de iesta de todos modos.

¿Qué se pondría Nathan? Probablemente pantalones ajustados y una camisa abotonada o algo así.

Por supuesto, no hay muchas cosas que no le queden bien. Es uno de esos tipos de personas. Que puede llevar la cosa más fea del mundo y convertirla en una declaración de moda.

Tengo que hablar con Hannah sobre ropa nueva. Por ahora, tendré que conformarme con lo de siempre; al menos aún tengo algunas camisas que no tienen pintura seca.

—¿Necesitas mi tarjeta de débito?— Hannah pregunta. Casi me descubro antes de recordar que le dije que iba a salir con Nathan esta noche. Así que no es una mentira total.

—No, sólo vamos a su casa—. Me rasco la nariz y me inclino para recoger mis zapatos.

—De acuerdo—. Hannah se apoya en el marco de la puerta. —¿A dónde vas realmente?

—¿Qué?— No hay manera de que pueda decir que estoy mintiendo.

—Por favor, soy tu hermana. Ahora, ¿a dónde vas realmente?

—Te dije...

—Sí, sí, sí. Créeme, he mentido lo su iciente a mamá y papá para saberlo—. Ella toma asiento a mi lado en la cama. —Así que derrame.

—Hay una iesta.

—¿Alcohol? No me mientas.

—Sí—. Miro ijamente al suelo.

—Oh, Ben.

—Lo siento. No te enfades.

Hannah deja escapar una risa baja, que parece extraña para ella. —

Por favor, no estoy enfadada. Soy tu hermana. Hice cosas mucho peores cuando tenía tu edad.

Me impido decir *que lo sé*.

—¿De verdad vas a beber algo?—, pregunta.

—No lo sé. Realmente no lo había planeado.

—¿Es Nathan?

—No lo creo, se supone que nos lleva.

Hannah me mira de pies a cabeza. —Oh, cariño. No voy a dejar que vayas a una iesta vestida así, vamos—. Me coge de la mano y me lleva por el pasillo hasta su habitación. —Sé que eres más alta que yo, pero mis pantalones deberían quedarte mejor que lo que sean esos—. Señala mis vaqueros.

—Tú los compraste—, argumento.

—Bueno, si hubiera sabido que ibas a ir a iestas habríamos ido de compras antes. Tienes que estar bien esta noche—. Hannah me deja de pie a los pies de su cama y abre las puertas correderas de su armario.

—Recuerdo mi primera iesta.

—¿Cómo sabes que es mi primera vez?— Pregunto.

Entonces Hannah me mira. El tipo de ceja levantada, sonrisa de lado. Y no puedo evitar sentirme insultado. No me malinterpretes, *es* mi primera iesta. Pero su falta de con ianza se siente como una bofetada en la cara.

—La camisa está bien, pero sí, los pantalones tienen que irse—.

Gira sobre sus talones y rebusca en su armario durante unos segundos.

—Hace años que no me los pongo—. Arroja un par de jeans negros oscuros sobre la cama. —O estos—. Otro par sobre la cama.

Cuando termina, hay cinco pares para que me los pruebe. —No estoy segura de esto, Hannah—. Me pone la pila en las manos y me empuja hacia el baño.

—Vamos, no puede ser peor que lo que tienes puesto.

Me gustaría discutir, pero tengo la sospecha de que tiene razón.

Primero voy a por el par negro, ya que parecen los más bonitos y —

apropiados para la iesta—. Intento no pensar en el hecho de que tengo casi la misma talla que mi hermana, o en que sus viejos vaqueros aparentemente me sientan muy bien, aunque sienta que se deslizan un poco por mis caderas. Me miro en el espejo y me ijo en cómo me abrazan las piernas. Me giro, tratando de ver cómo me queda la espalda.

—¿Hannah?— La llamo.

Abre la puerta lentamente, con los ojos cubiertos. —No estás desnudo, ¿verdad?

—Bien.

Se queda con la boca abierta. —Mierda, Ben, tienes un culo.

¿Cuándo ocurrió eso?

Me doy la vuelta para intentar mirarme en el espejo, pero no consigo el ángulo adecuado. Nunca pensé que mi hermana me diría que tengo un buen trasero.

—En serio, tío...— Su cara se enfría. —Lo siento. Lo siento.

La miro ijamente. Al menos sabe que está equivocada, ¿no? —No pasa nada.

—No, no lo es. Lo siento.

Me encojo de hombros. Ahora no es el momento de enfadarme con ella. —¿Crees que se ven bien?

—Sí, con la camisa también, es agradable. Sólo asegúrate de que tu teléfono entre. No recuerdo si ese es el par con los bolsillos falsos o no

—. Se agacha y recoge la pila doblada de sus otros pares. —¿Ves las maravillas que puede hacer un par de pantalones decentes?

—Gracias.

—No hay problema. Y, Ben, te ruego que no bebas esta noche, ¿vale?

La medicación es nueva y no quiero que corras ningún riesgo.

—Lo prometo—. De todos modos, no pensaba beber. Había leído la pequeña botella naranja probablemente cien veces, buscando en Google lo que signi icaban las diferentes cosas. Según la mayoría de las fuentes, no es el in del mundo tomar una cerveza con la dosis que estoy tomando, pero aun así, prefería no arriesgarme.

Especialmente si puede hacerme sentir peor de lo que ya me siento.

—Bien, sólo quiero que estés a salvo.

Asentí con la cabeza. —Lo haremos.

—De acuerdo—. Me abraza, lo que parece un movimiento extraño, y es incómodo con la pila de ropa entre nosotros, pero le devuelvo el abrazo lo mejor que puedo. —Ahora ve a divertirte. Y usa un condón —, bromea.

—Eso es realmente asqueroso.

Me pasa una mano por el pelo. —Lo que sea, chico.

Vuelvo a mi habitación para asegurarme de que tengo mi cartera y mi teléfono. Cuando salgo por la puerta principal, Nathan ya me está esperando en la entrada, allí mismo, en su reluciente coche.

—Maldita sea, chico—. Baja la ventanilla del conductor.

Quiero encogerme. —¿Me veo bien?

—¡Sí! Un poco caliente si no miento. Las chicas estarán encima de ti esta noche—. Me guiña un ojo, y me resisto a la parte de mi cerebro que me dice que vuelva a entrar y me encierre en mi habitación el resto de la noche. —¿Estás listo para irte?

—Sí—. Me subo al asiento del copiloto y trato de no imaginar lo peor.

Nathan conduce el coche por un camino de tierra realmente largo, golpeando casi todos los baches del camino. —Sabes que debes evitarlos, ¿verdad?— Pregunto después de que se estrelle contra otro.

Llevamos tanto tiempo conduciendo que creo que los dos estamos convencidos de que Sophie le envió a Nathan un mensaje de texto con

la dirección equivocada.

—No has visto ningún giro ni nada, ¿verdad?— pregunta Nathan, ignorando mi comentario.

—No recuerdo ninguno—, digo.

Nathan saca su teléfono justo antes de que vea unas luces en la distancia. —Voy a llamar a Mel.

—Espera. ¿Tal vez allí?

—Vale la pena intentarlo—. Nathan sigue conduciendo. El camino se curva antes de abrirse inalmente. El patio ya está lleno de coches, las luces brillan a través de las ventanas del primer piso de la casa.

—Esto parece el lugar donde asesinan a un grupo de adolescentes

—, digo, mirando a través del parabrisas. Nathan resopla mientras se detiene al inal de una larga ila de coches. —¿Media hora?— Le miro.

Incluso desde aquí puedo ver la multitud que se reúne en el porche.

La gente parece estar ya borracha, y apenas son las ocho y media.

—Media hora—. Nathan mira el reloj del salpicadero. —A las nueve, y si lo estás pasando mal, podemos irnos.

—De acuerdo—. Asiento con la cabeza.

Y sonríe de oreja a oreja.

—¡Nathan!— Meleika grita desde el otro lado del patio. Corre hacia nosotros con algo con forma de botella bajo los brazos. —Lo han conseguido.

—Sí, querida—. Nathan se ríe. —Nosotros también estábamos preocupados. Pensamos que tal vez nos habíamos perdido un giro o algo así.

—Sí, este lugar grita casa de los asesinatos—, responde ella.

—Eso es lo que dijo Ben—. Nathan me mira por encima del hombro, todavía sonriendo.

Los sigo de cerca, subiendo los escalones de la casa con todo el entusiasmo que puedo reunir, lo cual no es decir mucho. Ya siento

cómo se me revuelve el estómago con el ritmo del bajo, el suelo vibra con tanta fuerza que me sorprende que no se caigan los cuadros de las paredes.

Si el porche exterior está lleno, entonces el interior de la casa está de initivamente lleno. En serio, no creo que ningún jefe de bomberos deje pasar esto, aunque le pagues. —¿Sabes si Sophie está aquí?—

Nathan pregunta, su voz apenas se registra sobre la música.

Meleika tiene que gritar. —¡Debería ser!

—¡Nathan! ¡Mel!— Un tipo blanco enorme saluda, empujando a través de la multitud mientras se dirige hacia nosotros.

—Dios. Todd ya está perdido—. Meleika se vuelve hacia mí. Y

entonces me doy cuenta de que conozco a Todd. Bueno, vagamente, al menos. Está en mi clase de inglés, pero prácticamente sólo le veo la nuca. —Voy a buscar a Sophie, buena suerte.

—Espera, no te vayas—. Intento alcanzarla, pero Meleika ya se ha ido.

—Hola, Todd—. Nathan se pone delante de mí, probablemente para ocultar la huida de Meleika.

—Oye, Nate—. Todd me mira ijamente. —¿Y quién es éste?— O no presta atención durante el pase de lista, o realmente está borracho como una cuba.

—Ben—, responde Nathan por mí.

—¡Oye, espera! ¡Conozco a este chico! Estamos juntos en la clase de la Sra. Williams—. Me da su puño. Supongo que para chocarlo, pero me

quedo ahí, torpemente, porque mis manos se niegan a moverse. Y todo lo que digo es —Sí.

—¿Bebes esta noche?—, le pregunta a Nathan, sin inmutarse por mi rechazo.

—No, conduciendo.

—¿Y tú?— Todd me mira. Dios mío. Nunca me di cuenta de lo gigante que es este tipo.

—Oh, yo no...—, empiezo a decir, pero es inútil. Todd no puede oírme

por encima de la música.

—¡Hola, Megs!— Se dirige a la mesa del comedor y me señala. Una chica, aparentemente Megs, me entrega un vaso rojo lleno de algo que parece orina. —Tenemos lo más fuerte en la cocina—. Todd me da una palmada en la espalda, que casi hace que se me caiga todo.

—Así que, ¿estás bebiendo?— Nathan pregunta.

—¿Supongo?— Miro ijamente mi taza, llena de un líquido *muy* parecido a la orina. No debería beberlo, sé que no debería. Para empezar, no quiero hacerlo, y todas las advertencias sobre mi medicación. Pero Todd me mira ijamente, y hay un deseo burbujeante dentro de mí, casi como si *necesitara* impresionarlo. Y entonces veo a Nathan, y no quiero que piense que no puedo manejar estas cosas.

Sorbo lo que hay en mi taza, y me cuesta todo lo que hay en mí para no escupirlo. —Blegh, ¿qué es eso?

—¿No es bueno?— Nathan intenta, y no consigue, ocultar su risa.

—¡No!— Grito.

Nathan sigue haciendo lo posible por no reírse. —Es cerveza.

Pruébala de nuevo, el primer sorbo siempre es terrible.

Tomo otro, pero sigue siendo igual de malo.

—¡Tal vez no seas un hombre de cerveza!— brama Todd y toma mi vaso, dejándolo sobre una mesa. —¿Quieres emborracharte?

—En realidad no.

—Vamos—. Supongo que todavía no puede oírme, o simplemente está eligiendo no hacerlo. En cualquier caso, su agarre en mi hombro es

demasiado fuerte. Todd me lleva alrededor de la casa, tejiendo a través de la apretada multitud hasta que inalmente encontramos lo que está buscando.

La cocina está menos concurrida que el resto de la iesta, quizá porque la música no está tan alta. Hay una pareja besándose en un rincón, aunque por la forma en que están uno encima del otro, parece que les gusta más el voyeurismo que otra cosa. Todos los demás están apiñados alrededor del mostrador de la isla, charlando de un lado a otro. Reconozco a Stephanie, y a algunas personas de la cafetería y de

Cálculo, pero eso es todo.

—¡Todos, este es Ben!— Todd nos anuncia, y todos me aclaman, levantando sus copas. O en algunos casos, botellas. Pero en el momento en que terminan de vitorear, vuelven a sus conversaciones, como si yo no hubiera estado aquí para empezar.

—Sé amable—, dice Nathan. Hay algo raro en su expresión, como si estuviera preocupado.

—Ah, virgen de la iesta, ¿eh?— Todd pregunta.

—Supongo—. Dice "virgen" como si fuera algo malo.

Todd me lleva a la zona del mostrador cubierta por al menos tres docenas de botellas diferentes, todas ellas abiertas. ¿Qué clase de animales son mis compañeros?

—Bueno, no podemos tener eso, tenemos que introducirte. ¿Cuál es tu veneno?—, pregunta.

¿Interrumpirme? —Estoy bien, lo prometo. Yo no...

Sin embargo, Todd no me deja terminar. —Vamos, puedo decir que eres un hombre de gusto más re inado. Toma, prueba esto—. Todd me entrega un pequeño vaso de chupito con un líquido rosa que está a unos cuantos tonos de Pepto.

—¿Qué es?— Pregunto, dándole vueltas en el pequeño vaso.

—Tequila de fresa—, dice Todd.

Alguien del público del mostrador grita: —¡Todd, creo que eso es demasiado fuerte!

—Sólo inténtalo—. Todd vuelve a golpear mi espalda. Realmente necesita encontrar otras formas de mostrar afecto. —Toma, haré uno contigo—. Todd se sirve su propio trago.

Toda mi investigación me decía que mezclar una cerveza con una dosis baja de mis medicamentos no sería un gran problema, pero sé que el tequila es más fuerte que la cerveza. *Mucho* más fuerte. Pero todos me miran ahora, esperando que me tome el trago. No necesito hacerlo,

¿por qué debería importarme lo que esta gente piense de mí? Pero ahí está de nuevo esa vergüenza, ese deseo de impresionar a esta gente.

Me tomo el chupito y, joder, quema, y el sabor dulce que implica la —fresa

— de initivamente no está ahí. Pero hace que Todd y el resto del público aplaudan, así que supongo que he hecho algo bien.

—¿Quieres otra?— pregunta Todd, que ya tiene dos más en la mano.

—No lo creo—. Pero ya tengo otro en la mano.

—Vamos, una más—. Todd desliza su brazo alrededor de mi hombro, y creo que nunca me he sentido más incómoda con alguien de mi edad tan rápidamente.

—En serio, estoy bien—. Supongo que eso es su iciente para que Todd deje el tema. O tal vez sólo se olvida.

—Me gusta este, Nathan. Es buena gente—. Todd se acerca, y juro que podría emborracharme sólo con su aliento. Jesús, el tipo necesita un caramelo de menta, como, ayer.

—¿Gracias?— Medio digo, medio pregunto.

Nathan salta sobre un lugar despejado del mostrador. —¿Estás bien?

—¿Supongo?

Mi cabeza ya se siente borrosa, y hay un extraño calor en mi estómago. ¿Sólo después de un trago? ¿De verdad la gente paga para sentirse así?

—Entonces, Benny, ¿te lo estás pasando bien?— El agarre de Todd alrededor de mi cuello se intensi ica, sus palabras se arrastran. No

espera mi respuesta antes de gritar a todos los demás. —¡Esta es la primera iesta de Benny, todos!

Hay algunos vítores falsos, en realidad parecen más bien vítores de lástima.

—Parece que te lo estás pasando bien—. Todd me devuelve la mirada. —Pero no creo que nunca te hayas visto tan bien—, vuelve a decir Todd, y me llena la cara de aliento a licor. —Hay que presumir de los bienes para las damas, ¿verdad? Conozco la sensación—. Entonces me da una palmada en el culo. Necesito salir de aquí. ¿Ya ha pasado media hora?

—Lo siento, está borracho—, se disculpa Stephanie por él. Suena mejor cuando no me grita a través de un megáfono.

—¡Lo sabes!— Todd grita a nadie en particular.

—Siento que no te he visto por la escuela, Ben—, dice un tipo. Debe ser uno de los amigos de Todd. Tienen el mismo aspecto, tipos altos con pelo corto y castaño y mandíbulas extrañamente fuertes. También puede ser el menos borracho del grupo. Sin contar conmigo y con Nathan.

—Me mudé aquí en enero—, digo.

—Sí... estás en mi clase de Cálculo—, dice una chica, y me resulta vagamente familiar, pero no tengo ni idea de si realmente estamos en la misma clase o no. —Es muy inteligente.

—Oh, gracias—. Mi cara se está calentando.

—En serio, creo que tiene la nota más alta de la clase—, añade.

—Oh, cielos, Em—. Todd empieza a reírse. —Ve y chúpala ya, les daremos un poco de intimidad a los dos.

—Ya que estamos, les daremos a ti y a tu mano izquierda un tiempo a solas también—. Em pone los ojos en blanco y la sala se llena de

“oooos”. Sin embargo, Todd parece no inmutarse. Se limita a coger otra bebida de la barra y a rodear mi hombro con su brazo.

—Vamos, el chico Benny es muy atractivo—. Todd me guiña un ojo y luego mira a Em. —Y tú estás recién soltero.

—Hey, um...— Golpeo el bíceps de Todd, esperando que lo suelte.

Pero estoy bastante segura de que su agarre sólo se intensi ica. — Todd, no puedo...

Respira. No puedo respirar.

—Déjalo en paz, Todd—, dice alguien.

—Oh, por favor. Ben, ¿no te gustaría llevar a la encantadora Emily Rodgers a una cita el próximo in de semana?

—Yo… — Tartamudeo. —No puedo...— De hecho, me resulta imposible respirar. Y no sé si es por el agarre de Todd, por sus

palabras, por los pares de ojos que me miran ahora, por el alcohol o por una combinación de todos ellos.

—Por favor, no me digas que te gustan los chicos, Ben. Me gustas y todo, y estoy bien con los homosexuales, pero no creo...

Tengo que irme, ahora mismo.

—Oye, Ben, ¿quieres ir a bailar?— Nathan salta del mostrador, y antes de que pueda responder, su brazo está alrededor del mío. No me importa, porque por in Todd se quita de encima. Nathan me acerca y me lleva fuera de la cocina y de vuelta al pasillo.

—Nathan, espera—. Pero sigue arrastrándome. —Nathan—. Le doy un tirón pero sigue sin soltarme. —¡Detente!— Dios, tiene un fuerte agarre. Al menos hemos dejado de movernos. —No quiero bailar—, digo inalmente, preocupada de que no me oiga.

—Oh.— Sonríe. —No hablaba en serio. Sólo parecía que querías salir de allí.

Me encorvo contra la pared. —Oh. Bueno, gracias.

—Lo siento. Si hubiera sabido que Todd estaba tan borracho, no habría dejado que te arrastrara. Cuando está borracho sus límites desaparecen por completo.

—Sí, me doy cuenta—, digo, frotándome el cuello. Estoy seguro de que la piel allí está roja a estas alturas.

—¿Quieres ir?

—¿Ha pasado media hora?

Nathan saca su teléfono. —Sabes que no tienes que quedarte,

¿verdad? Todavía tenemos diez minutos más, pero podemos irnos si quieres. No quiero que te sientas incómoda.

—¿Podemos encontrar a Sophie o a Mel?— Me froto los codos. La mayoría de la gente ha emigrado al salón, donde la música está más alta, pero el pasillo y el comedor siguen estando bastante llenos también.

—Sí, claro—. Nathan mira a su alrededor. —Probablemente estén bailando—. Me coge la mano. Si la suelto, es muy probable que me pierda en este lugar.

Nos abrimos paso entre la multitud en la sala de estar.

Aparentemente, esta es la zona designada para bailar. Pero ni Meleika ni Sophie parecen estar aquí. Sin embargo, Nathan tiene razón, hay algo en ver a otras personas blancas que creen que lo que están haciendo puede llamarse legalmente baile.

Después de eso, nos dirigimos hacia el comedor, y todavía nada, pero entonces las veo merodeando por las escaleras. Meleika está justo encima de Sophie, las dos colgadas de la barandilla, ambas con cara de aburrimiento.

—Parece que han tenido una noche dura—. Sophie se inclina hacia delante, apoyando la cabeza en sus brazos.

—Y ni siquiera son las nueve—. Meleika se ríe, tomando un sorbo de su bebida. —Pesos ligeros.

—Tuvimos un encuentro con Todd—, dice Nathan, antes de lanzar una mirada a Meleika. —Habría sido más corto si *alguien* no nos hubiera dejado allí.

Meleika vuelve a reírse y luego me pregunta: —¿Ducha del año o ducha del año?.

Intento reírme, pero el sabor agrio de mi boca se ha trasladado a mi estómago. Hay algo en la multitud que me pone de los nervios, la forma en que todos están apretados. ¿Y está haciendo más calor aquí?

Miro a Nathan y veo que observa el baile, moviendo la cabeza al ritmo de la música. Le dice algo a Sophie, pero la música lo ahoga. Todo el mundo se está divirtiendo mucho y él parece que se lo está perdiendo, como si pre iriera estar bailando con alguien, pasándoselo bien de verdad.

Y lo he arruinado todo.

—Yo sólo... voy a esperar junto al coche. Ve a divertirte—, le digo.

—Ben. ¿Estás bien?— Pregunta Meleika. Ella y Sophie me observan con atención.

—Está bien. Yo sólo... no debería haber venido, lo siento. Estaré afuera, Nathan, cuando estés listo—. Finalmente capto la atención de Nathan.

—¡Ben!— Puedo ver la molestia en su cara, ese ligero empuje de sus labios. No debería haber venido aquí. Sólo quería pasar un buen rato con sus amigos y voy a hacer que se vaya antes.

—Lo siento, lo siento—. Me abro paso entre el baile y las apretadas multitudes, murmurando disculpas mientras avanzo. Espero poder encontrar el camino de vuelta al exterior.

—Ben, espera—. Nathan me agarra la mano de nuevo, pero la retiro.

—Escucha, ve a pasarlo bien, ¿vale? Yo esperaré junto al coche.

—¡Ben!—, dice de nuevo, más desesperado de lo que nunca le he oído. Vuelvo a la carga por el pasillo, empujando entre la multitud.

—¡Oye!—, grita alguien.

—Lo siento, lo siento—, digo, tratando de llegar a la puerta. Dios, esto está ardiendo. Siento que los pasillos se cierran sobre mí. Necesito salir. Salir y todo estará bien.

—¡Ben!— Nathan grita, sonando a kilómetros de distancia esta vez.

Mis manos encuentran por in el pomo de una puerta y la atravieso, casi cayendo en el aire fresco de la noche. Me agarro a la barandilla; más personas me miran mientras paso a su lado. Todavía no sé si estoy en la parte delantera de la casa o en la trasera, pero no me importa.

Ya no estoy dentro; eso es lo importante.

—¿Te vas a poner enfermo, tío?—, me pregunta alguien. —Si tienes que vomitar, al menos hazlo en los arbustos.

—No soy un hombre—, susurro en voz baja, doblando la esquina.

Este lado del porche está desierto, por suerte. Me dan arcadas y me cuelgo de la barandilla. No tengo nada en el estómago más que ese asqueroso tequila, pero amenaza con subir de todos modos. Ni siquiera era tanto, ¿verdad? Pero no es eso.

No, esto se siente como algo más, como aquella noche que vi su coche. Joder.

Ahora no.

El Dr. Taylor con irmó que se trataba de un ataque de pánico e intentó

enseñarme formas de afrontarlo. Ir a un lugar tranquilo si puedo, cerrar los ojos, intentar respirar. Hago todo lo posible por recordar los consejos del Dr. Taylor, pero todo está tan lleno de gente y nublado.

Sólo respira.

—Sólo respira—, digo en voz alta. —Respira—. Tomo el aire nocturno por la nariz y lo retengo durante diez segundos antes de exhalar por la boca. —Vamos, Ben, no te asustes, por favor. Ahora no—, me digo.

—Ben, ¿estás bien?— Es Nathan.

—Sólo, por favor—. Ni siquiera sé lo que intento pedirle. Me paso una mano por el pelo, con las palmas sudadas. Cristo, probablemente parezco la muerte.

—¿Ben?— Me pone la mano en la espalda, y te juro que casi me pongo enfermo allí mismo.

—Por favor, no me toques ahora, ¿vale?— Sale como un gruñido más de lo que quiero.

Nathan retira la mano y se dirige al lugar vacío de la barandilla junto a mí. —Lo siento—, digo. —Yo sólo...— No puedo llevar un pensamiento completo de mi cerebro a mi boca.

—¿Fue lo que bebiste? ¿Necesitas un poco de agua?

Sacudo la cabeza demasiado rápido. —No eran las bebidas—. Mi pecho se agita por un segundo. Estoy luchando una batalla perdida.

—¿Estás seguro? ¿Puedes moverte?

—¿Me das un minuto, por favor?

—Claro, sí—. Se aleja.

Maldita sea, respira, sólo respira. Cierro los ojos y me llevo las manos a la frente. No llores, no llores. Siento ese calor familiar detrás de mis ojos, y ese dolor en la mandíbula.

Finalmente logro escupir algo. —Lo siento.

—Está bien, tómate tu tiempo.

—¿Podemos irnos?

—Sí, por supuesto—. Se acerca a mí de nuevo, pero se detiene en seco. —¿Puedo tocarte?

Asiento con la cabeza. —Lo siento, es que...

—No, está bien. Vamos.

La mano en mi espalda ya no me da ganas de vomitar. De hecho, estoy segura de que Nathan está haciendo la mayor parte del trabajo mientras me acompaña hasta su coche, llegando incluso a abrirme la puerta.

—Gracias—, digo, esperando que no intente abrocharme el cinturón de seguridad. No puedo soportar tanta humillación en una noche.

Se sube al asiento del conductor, totalmente silencioso, el coche ruge al girar el contacto y poner la marcha atrás.

—¿Mel y Sophie?— Pregunto.

—Se quedan un poco más. Les dije que te llevaría a casa—. Apoya su mano en el respaldo de mi reposacabezas para poder ver detrás de nosotros.

—Oh.— Maldita sea. La he jodido. A lo grande. Nathan acelera por el camino de tierra sin decir nada, ni siquiera la radio para llenar el vacío entre nosotros. Uno de nosotros tiene que hablar, alguien tiene que decir *algo*, y sé que no seré yo.

Ahora mismo no soy tan valiente.

Le miro a hurtadillas con el rabillo del ojo. No parece enfadado, pero, por otra parte, es el Sr. Positivo, así que ni siquiera estoy segura de que pueda estar más que ligeramente frustrado.

—Si haces una foto, durará más—. Sigue sonriendo, sin apartar los ojos de la carretera.

—Lo siento—. Cierro los ojos, sólo los abro de nuevo para observar los oscuros árboles por los que pasamos.

—Quiero decir, sé que soy guapo y todo eso, pero en serio, si pre ieres una foto, también está bien.

Me picoteo los vaqueros que me cubren las rodillas, la tela ajustada que ahora se siente más sofocante que cualquier otra cosa. —Lo siento.

—Te disculpas mucho—, dice con naturalidad.

—Yo...— Niego mi reacción automática.

—Ben, tío, ¿estás bien? Quiero decir, sé que no puedes estarlo después de todo eso, pero estoy preocupado, amigo.

—No lo hagas—, digo. Me siento tan cerca de ese borde, y me duele que Nathan sea el que me empuje más cerca.

—¿Por qué? Soy tu amigo. Tengo derecho a preocuparme, ¿no crees?

—Nadie dijo que tuvieras que serlo.

Nathan se burla, y no parece muy contento. —Eso es algo que suelen hacer los amigos.

Él era el que quería ser mi amigo. Sigo hurgando en la mancha, pensando que tal vez pueda rascarme la piel y seguir adelante. No.

Obligo a los pensamientos a salir de mi cabeza y en su lugar me siento sobre mis manos.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Sí, por favor— es mi primera respuesta, pero luego pienso en Hannah, y en su reacción. Supongo que una sola mirada le dirá todo lo que necesita saber, y en cuanto me vea así me llevará corriendo a un hospital o llamará al Dr. Taylor. —En realidad, no.

—¿No?— Nathan mira por una fracción de segundo, antes de volver a centrarse en la carretera.

—No. Mi hermana está allí.

—¿Por qué le iba a importar?

—No puedo ir allí ahora mismo—. Puede que haya demasiadas preguntas. Como por ejemplo, por qué vivo con mi hermana y su marido, o por qué no hay fotos de mis padres en las paredes. Y entonces ese familiar sentimiento de culpa se instala en mi estómago.

Debería decírselo.

—Bien, ¿a dónde quieres ir?

—Yo... no sé.

—Mis padres no están en casa, no lo estarán hasta más tarde.

Podemos ir a mi casa.

Cualquier otro día, este pensamiento me habría aterrorizado. Pero en lugar de eso, asiento con la cabeza, sabiendo que ahora mismo, la casa de Nathan Allan es el único lugar para mí.

CATORCE

—¿Puedo mostrarte algo?— Nathan pregunta.

Estamos en su patio trasero, lanzando la pelota para Ryder de nuevo. Sigue alternando entre los dos, llevándole la pelota a Nathan y luego trayéndola a mí.

Es sencillo. Fácil. Justo lo que necesito ahora.

—Claro—. Vuelvo a lanzar la pelota.

Nathan no espera a que Ryder lo alcance. Vuelve a entrar por las puertas de cristal, dejándolas abiertas de par en par para que le siga.

Volvemos a subir a su habitación. Esta vez está más limpia. Ha recogido la mayor parte de la ropa, pero todavía hay montones de libros por todas partes, como si no supiera qué hacer con todos ellos.

Espero que se arrastre a su cama, pero no lo hace. No, en lugar de eso, se acerca a la ventana y la abre lo su iciente como para agacharse.

—¿Por la ventana?— Pregunto.

—Sí—. Me sonríe antes de desaparecer en la noche. —Te dije que tenía algo que mostrarte.

—¿Y está en el techo?

—Técnicamente—. Su voz resuena en el dormitorio. —El techo tiene la mejor vista.

Asomo la cabeza fuera, insegura de cómo se supone que debo hacer

esto. Hago lo posible por copiar cómo se ha movido él, sacando primero un pie y luego braceando para coger el otro. Pero estos pantalones me aprietan tanto que tengo miedo de haber rasgado la entrepierna por un segundo. Y cuando por in estoy fuera, tuerzo algo mal y mi pie acaba colgando del cristal de la ventana. Joder, así es como termina, ¿no? De cara, diez metros en el patio trasero de Nathan. Qué manera de irse.

—Alto ahí, vaquero—. Nathan me coge de la mano y me acerca. —

Por favor, no te caigas de mi tejado. Eso sería muy complicado de explicar a mis padres.

—No como lo había planeado—. Mi corazón tiene que ponerse al día con todo lo que me rodea, y entonces me doy cuenta *de* lo cerca que estamos el uno del otro. —Vale, creo que ya he visto su iciente—. Cierro los ojos. —¿Podemos volver a entrar ya?

—Ni siquiera cerca—. Él me tranquiliza. —¿Estás bien?

Intento acostumbrarme a estar de pie en un ángulo mientras ignoro una muerte segura debajo de mí. —¿Tal vez sea el alcohol?

—Vamos, te tomaste un trago hace como una hora. No estás borracho —. Siento que sus manos se desvanecen antes de que una de ellas se asiente sobre las mías, sus largos dedos envolviéndolas como si fueran suyas. Miro hacia abajo y luego vuelvo a mirarlo.

—¿Qué estás...?

—Por aquí—. Me lleva a este lugar entre dos de las ventanas que asoman por el techo. Por suerte, esta parte es bastante plana, así que no es nada di ícil de recorrer, incluso en la oscuridad. Nathan se sienta como si hubiera hecho esto cientos de veces antes, y no dudo de que lo haya hecho. Extiende las piernas y apoya la cabeza en la parte donde se encuentra el ángulo más pronunciado del techo.

—Vamos—. Le da una palmadita al espacio vacío a su lado.

Hago lo que me dice, con cuidado de mirar por dónde piso. Dudo que Nathan pueda llegar a tiempo para salvarme de nuevo. —¿Esto es lo que querías mostrarme?

—Me mostraste tu lugar tranquilo.

—¿Mi lugar tranquilo?— Descanso de la misma manera que él, mi

espalda contra el techo, pero en lugar de eso meto las piernas.

—El quad.

—Oh, eso no es realmente...— Quiero decir, supongo que lo es, incluso si no estoy siempre solo mientras estoy allí.

—Esto es mío—, continúa. —Cuando todo se vuelve demasiado ruidoso o llega a ser demasiado, aquí es donde voy—. Levanta la cabeza y mira ijamente hacia el cielo. La contaminación lumínica de los rascacielos cercanos oculta la mayoría de las estrellas, pero las que consiguen asomarse son tan brillantes que no le importa.

—Es bonito—, digo, ajustando para que una teja deje de apuñalarme por la espalda.

—A mamá casi le da un infarto cuando me vio aquí arriba la primera vez.

—Tienes que admitir que el quad es mucho más seguro.

—No puedo discutir—. Cruza los brazos y los coloca detrás de la cabeza. —Siento lo de esta noche.

—Es lo que sea, no es tu culpa.

—Pensé que sería divertido.

Me encojo de hombros.

—¿Quieres hablar de ello?

En realidad no, pero ¿qué más hay que discutir? —Mi médico dice que son ataques de pánico. I …— Aquí viene, la verdad. Intento pensar en una mentira. Algún trauma infantil que los cause, pero realmente no quiero mentirle a Nathan, no sobre esto, al menos. —Mis padres me echaron de mi casa...

Se siente como la noche en que salí del armario con mamá y papá.

Cuando la verdad estuvo en mi lengua durante días, incluso semanas, esperando a salir hasta que me preocupé por ello. Y sabía que tenía que decirlo. Porque se suponía que todo estaba bien.

Nos sentamos allí. Sé que no debería habérselo dicho, pero supongo que una parte de mí está cansada de mentirle. Al menos sobre esto. Es como si el tiempo se detuviera, como si ahora estuviera congelada en

este lugar para siempre, sin poder escapar. Le ruego en silencio a Nathan que diga algo, lo que sea. Que rompa este silencio, por favor.

—Oh—, dice inalmente después de lo que parece un siglo. —Eso realmente apesta.

—Sí—. De todo lo que esperaba, eso no estaba realmente en la lista.

—Eso es terrible—. Observo el balanceo de su garganta, la subida y bajada de su pecho.

Respiro profundamente. —Ahora vivo con mi hermana. Está casada con Thomas, el Sr. Waller. Él me ayudó a entrar en Wake.

—¿Qué ha pasado?

—Hice algo que no debía, cometí un gran error—. Y pagué el precio por ello.

—¿Lo su icientemente grande como para que te obliguen a salir de tu casa?

—Aparentemente.

—¿Todavía los quieres?— Pregunta Nathan. —¿A tus padres?

La pregunta me coge desprevenida. —No lo sé—, le digo.

No lo sé. Realmente no lo sé. Ojalá la respuesta fuera fácil, pero no lo es. ¿Cómo puedes no querer a tus padres? Incluso después de todo lo que hicieron, me cuesta decirlo en voz alta. Quizás no los quiero; quizás ya no se merecen ese amor.

Creo que sí.

Y creo que yo también podría odiarlos.

Una cosa que sí sé es que los echo de menos. No sé por qué, pero lo hago.

Odio tener que hacerlo.

Nathan asiente con la cabeza y respira lentamente.

Oigo cómo se mueve, veo cómo su mano se desliza desde detrás de su cabeza y baja rápidamente hasta que se posa sobre la mía y nuestros dedos se mezclan de nuevo. Ni siquiera me resisto, porque por una

vez, que otra persona me toque así no me revuelve el estómago. —Nadie debería pasar por eso—, añade, como si fuera una idea de última hora, pero en realidad, la sola idea de que esté aquí es su iciente en este momento.

—¿Podemos hablar de otra cosa?— Pregunto. —Por favor.

—¿Algo más?

Sólo asiento con la cabeza.

—Tengo que empezar un trabajo de inglés.

—¿No se supone que estamos de descanso?

Eso le hace reír. —Alégrate de no haber tenido a Cooper. Aunque también podría empezar a hacerlo.

—¿De qué se trata?

—*El Crisol.*

—Brujas, lapidaciones y ahogos. Tiempos de diversión.

—El Sr. Cooper nos deja elegir nuestros propios temas, y no tengo nada. Al menos no hay que hacerlo hasta después del descanso.

—Qué procrastinador—, me burlo.

—Sería más fácil si hubiera más subtexto gay.

Dejé escapar algo entre una burla y un bu ido. —Casi me da miedo preguntar.

—En décimo curso leímos un libro sobre una pandilla de chicos, y dos de ellos estaban obviamente enamorados, pero mi profesor rechazó mi idea de hacer una redacción sobre su relación.

—Siempre sofocando la creatividad—. Dos chicos, ¿eh? Bueno, al menos se siente cómodo con los chicos maricas.

—No se puede deletrear 'subtexto' sin 'sexo en el culo'—. Se ríe tanto que apenas le salen las palabras, y eso me hace reír. Y al cabo de unos segundos, los dos luchamos por recuperar el aliento, mientras nuestras manos no se separan de las del otro.

—¿Sabes algo de astronomía?—, pregunta cuando ambos nos hemos

quedado totalmente callados.

—No mucho. ¿Por qué? Oh, dime que eres un completo nerd de la astronomía, por favor.

—Vamos a ver—. Nathan señala hacia el cielo y comienza a dibujar un contorno invisible. —¿Ves eso de ahí? Eso es Orión. Y si sigues el cinturón de ahí, te lleva directamente a Leo—. Hago lo posible por seguir su dibujo, pero con toda la contaminación lumínica, es casi imposible.

—Y ese es Sirius—. Esboza algo más que no puedo distinguir.

—¿Cómo puedes saberlo?— Pregunto.

—Tengo un método secreto.

—¿Y eso es?

Se inclina más y susurra: —Me lo estoy inventando todo.

—Eres un idiota—. Quiero empujarlo, pero eso requeriría la mano que la suya está ocupando en este momento, y no hay ninguna posibilidad de que renuncie a esto. No ahora mismo.

—Ni siquiera creo que pueda encontrar eso de la Estrella del Norte de lo que todo el mundo habla—, añade Nathan mientras nos acomodamos de nuevo. —Papá intentó enseñarme, pero a estas alturas estoy totalmente convencido de que es una conspiración.

—Sí, me lo dijeron en segundo grado. Mantener la Estrella del Norte en total secreto para un tal Nathan Allan. Cosas secretas, ¿sabes?— No puedo evitar reírme.

—Bien, misterio resuelto. Eso signi ica que por in puedo dejarlo atrás —. Deja escapar un largo suspiro, y luego me mira.

El silencio nos rodea de nuevo, pero de initivamente no es de los malos. No sé cómo describirlo, pero se siente cómodo. Como si no tuviéramos que decir nada en este momento.

Somos su icientes el uno para el otro. Al menos en este momento.

—Gracias—. Paso el pulgar por la piel de su mano. Casi puedo sentir

los latidos de su corazón, que laten en su pecho. ¿Está realmente nervioso? Eso no es propio de Nathan. —Gracias por esto—, digo. —Por compartir esto conmigo.

Su boca se extiende en esa sonrisa. —No hay problema.

Me despierto temprano a la mañana siguiente, porque por supuesto que lo hago. Ni siquiera puedo dormir en las vacaciones de primavera.

Permanecer dormido se ha vuelto más fácil, pero el Dr. Taylor me dijo

que podría tomar algunas semanas para ver si la medicación está funcionando, así que tal vez me he engañado a mí mismo pensando que el problema está desapareciendo.

Pero anoche, no parecía que la ansiedad fuera lo que me quitaba el sueño. Nathan y yo estuvimos sentados en su tejado durante lo que parecieron décadas, hasta que su teléfono empezó a sonar, su madre le avisaba de que estaban de camino a casa.

Se ofreció a presentarme, pero lo rechacé. No sé, algo sobre conocer a sus padres, la forma en que probablemente me mirarían como una total desconocida que ha estado sola en casa con su hijo durante quién sabe cuánto tiempo. También he estado en su casa dos veces sin que lo supieran, así que sé que tendrá que ocurrir pronto. Tal vez un día me arme de valor.

Todavía hace bastante frío fuera, aunque sea casi abril, así que me pongo una sudadera con capucha y un pantalón de chándal y me siento en el área cerrada del porche de Hannah y Thomas, las ventanas de malla dejan entrar el aire fresco su iciente.

Mis dedos trazan la palma de mi mano, el lugar exacto en el que Nathan la sostuvo. Ese momento en el tejado, es como si lo supiera. Lo que sabía exactamente, no tengo ni idea. Ni siquiera sé lo que signi ica, si es que se supone que signi ica algo. ¿Sólo estaba ahí para mí? ¿Soy más que una amiga? ¿Piensa en mí de esa manera ahora, o simplemente es muy bueno siendo él mismo? ¿O estoy buscando demasiado en esto?

Tengo la sensación de que esta última es probablemente la respuesta correcta.

Pero también sé que me ha gustado mucho, y que quizá no sea tan malo que se repita.

No, sería demasiado complicado con Nathan. Si ni siquiera puedo salir con él, ¿cómo puedo esperar que sea mi novio? Hay demasiadas cosas en este momento, demasiado para trabajar. Además, nos graduamos en dos meses, y él probablemente se vaya a la universidad, y yo me quedaré aquí a vivir con Hannah hasta que encuentre un trabajo

a tiempo completo e intente ahorrar su iciente dinero para mi propio apartamento. Nunca dejaré este estado, o diablos, ni siquiera dejaré Raleigh.

Pero puedo soñar, ¿no?

Retiro la mano cuando oigo que la puerta se abre.

—Te has levantado temprano—, dice Hannah, tomando asiento frente a mí.

—No podía dormir—. Vuelvo a pasar los dedos por mi palma vacía.

Hay un perro ladrando en la distancia. Me pregunto si será Ryder.

—¿Qué tal la noche?—, pregunta, con una taza de café en la mano.

—Bien—. Me rasco la nuca. No puedo decirle la verdad, pero es una mentira bastante fácil.

—Llegaste tarde. No te fuiste de iesta, ¿verdad?

—Tomé un trago, y algo que sabía realmente asqueroso.

—Sí, te acostumbras.

He debatido toda la noche si debía contarle lo del ataque de pánico, pero al inal, sé que sólo causará más preocupación. Eso es algo que hay que decirle al Dr. Taylor, no a Hannah. —No creo que la vida de iesta sea para mí—, intento bromear.

Hannah suelta una risita cansada, mirando al frente, a la línea de árboles que separa su patio del ruido de la ciudad.

Me gustaría poder decir que no ha cambiado en los diez años que llevamos separados. Sigue siendo un poco insistente sin quererlo, sigue siendo testaruda. Ella es esas cosas, pero aparte de eso, no hay mucho que sepa de ella. La diferencia de edad signi icaba que no éramos parte de la vida del otro. Quiero decir, ¿qué adolescente quiere estar cerca de su hermano menor? Ella tenía su propia vida, sus propios amigos, sus propias a iciones. Pasaba los ines de semana fuera

de casa y las noches encerrada en su habitación.

Me doy cuenta de que, por mucho que me haya salvado la vida, no conozco realmente a mi propia hermana.

—¿Qué planes tienes para hoy?—, acaba preguntando.

—Nada—. Me encojo de hombros. Supongo que tengo toda una semana por delante. Una semana sin la sala de arte, sin mi retrato de Nathan. Una semana sin Sophie ni Meleika. —¿Y tú?

—Thomas por in está recuperando el sueño. Pero tengo que ir a la tienda de comestibles. ¿Quieres acompañarme? Está al lado de un centro comercial. Quizá podamos encontrarte ropa nueva mientras salimos.

—Podríamos hacerlo—, digo. Tal vez esta es la oportunidad que ambos hemos estado esperando. Somos mayores, y sin mamá y papá cerca, podría ser más fácil. Además, pre iero no tener que asaltar su armario la próxima vez que quiera salir. No es que tenga demasiadas ganas de otra iesta, pero nunca se sabe cuándo se puede necesitar ropa semidecente.

—¿Quieres desayunar? Me muero de hambre—, dice tras un minuto en el que ninguno de los dos ha contribuido a la conversación.

—No tengo hambre.

—De acuerdo—. Se levanta y vuelve a entrar. Espero a oír el clic de la puerta antes de sacar mi teléfono. Llevo casi una semana sin hablar con Mariam. No la he ignorado del todo, pero han sido sobre todo conversaciones unilaterales. No me apetece mucho hablar en este momento.

Yo: *¡Buenos días!*

Les envío un mensaje de texto por si están despiertos. Sólo tardan unos segundos en responder. Deben estar trabajando en algo para estar despiertos tan temprano.

Mariam: *¡Hey! ¿Cómo vamos?*

Yo: *Bien, te has levantado temprano...*

Mariam: *reuniones, planificación, edición, artículos por escribir.*

Mariam: Estoy *corriendo en los humos, Benji*

Yo: *Yikes...*

Mariam: *¿Qué hay de ti? ¿Alguna novedad?*

Yo: *En realidad no, la escuela me está pateando el trasero, lidiando con algunas cosas más.*

No es una gran excusa, pero espero que entiendan mi silencio de radio.

Mariam: *¡Impresionante! Siempre estoy dispuesta a sufrir una crisis existencial.*

Yo: *Siempre es un momento divertido.*

Mariam: *¿Qué tenemos hoy en la agenda?*

Yo: *Hannah quiere salir, comprar algo de comida, mirar algo de ropa.*

Mariam: *¡Bien, bien!*

Me froto la cara mientras considero los pros y los contras de contarle a Mariam lo de anoche, con la mano rascando el vello ralo que me asoma por la mandíbula. Retiro la mano e intento olvidarme de ello, pero sé que no me sentiré mejor hasta que me lo afeite, cosa que probablemente no podré hacer hasta esta noche.

En algunos de los tablones de anuncios que he leído se dice que el crecimiento del vello facial contribuye a la dismor ia corporal o de género. Así que eso fue algo divertido de aprender. No recuerdo exactamente cuándo descubrí que todo esto me incomodaba. Fue una de esas cosas graduales, como mi pelo o mi nariz.

Mariam: *¡juego! ¡Casi lo olvido! No has conocido a la nueva chica!*

Yo: *¿Chica nueva?*

Mariam me envía un sel ie de ellas con una chica en una cafetería o restaurante o en algún lugar. Las dos son muy guapas, Mariam como siempre, con su lápiz de labios morado oscuro a juego con su hijab. Esta chica besa la mejilla de Mariam, con el pelo teñido de un morado similar y la sombra de ojos oscura. Tiene un aspecto vagamente brujo, y me encanta.

Yo: *¡¡¡**Es** tan linda!!!*

Mariam: *omg ella es tan increíble. Se llama Shauna. Hemos salido todos los días de esta semana. Anoche fuimos al cine y me tomó de la mano todo el tiempo y fue perfecto. Creo que me he muerto y estoy en el cielo ahora mismo, de verdad.*

Yo: *Suena bien*

Miro ijamente sus mensajes mientras intento imaginar a Mariam caminando por la calle, llegando a coger de la mano a su nueva novia.

No sé mucho sobre los padres de Mariam, pero nunca han tenido ningún problema con que sean no binarios o pansexuales, así que Mariam nunca ha tenido que preocuparse de ocultar su sexualidad o su identidad a sus padres.

Espero que sepan lo afortunados que son. Por supuesto, también han tenido más que su cuota de problemas. Cuando su familia vivía en Bahréin, las cosas no eran perfectas. La familia de Mariam es chiíta, no suní, lo que les di icultaba las cosas.

Pero cuando se mudaron a Estados Unidos, las cosas no hicieron más que empeorar. Demasiadas veces Mariam me ha contado que la gente tiraba de su hijab o del de su madre en público o que pasaba por delante de ellas mientras rezaban. Y California no es un des ile de orgullo gay 24/7. Mariam me dijo una vez que nunca van a ningún sitio sin dos botes de spray de pimienta, así que supongo que no tengo derecho a llamarlos afortunados.

Además, está todo el aspecto de YouTube. Esas secciones de comentarios pueden ser francamente horribles.

¿Estás bien?

Miro ijamente su mensaje, pensando en cómo podría decírselo.

Yo: *Creo que me gusta mucho este chico...*

Pero antes de que pulse enviar, Hannah abre las puertas de cristal y asoma la cabeza fuera. —Oye, voy a ducharme y a salir. ¿Quieres venir conmigo o quedarte aquí?

Miro mi teléfono, manteniendo pulsado el botón de retroceso, y veo cómo se desvanece el mensaje antes de volver a mirarla. El perro que

podría ser Ryder sigue ladrando. —Sí, voy a prepararme.

QUINCE

—Esta tiene buena pinta—. Hannah coge una camisa del perchero y la pone delante de mí. —Y va con tus ojos—, añade.

—Sí, tal vez—. Lo cojo, añadiéndolo a la pila que intento equilibrar en mis brazos. Hasta ahora, me ha dado unas cuantas camisas abotonadas, tres pares de vaqueros y una chaqueta de punto. Pronto hará demasiado calor para los jerséis, pero sigue siendo bastante bonito. Además, es barato.

—¿Quieres seguir adelante y probártelos?

—Claro—. Busco con la mirada los vestuarios, uno claramente marcado como —masculino— y el otro como —femenino.

—Lo siento, hermano—, dice Hannah, dándose cuenta por primera vez.

—Es lo que sea—. Marcho hacia el lado “masculino” y elijo una de las habitaciones vacías. Odio probarme la ropa. Además de que rara vez hay vestuarios de género neutro, me acaloro y sudo, y cambiarme de ropa seis o siete veces tiende a ser realmente viejo muy rápido.

Miro ijamente las que ha elegido Hannah. Hay una que hemos cogido que me entusiasma, esta camisa de cuello de manga corta, con un brillante estampado loral sobre fondo negro. Siempre me han gustado este tipo de camisas.

El resto son colores bastante básicos. Borgoña, verde oliva y morado. No es que no aprecie lo que Hannah está haciendo por mí, pero en cuanto entramos, ella tomó las riendas, dirigiéndose directamente a la sección de “hombres” sin pensarlo dos veces.

Ya debería esperar este tipo de cosas. Todos los comercios hacen más o menos lo mismo. Secciones de hombres, mujeres y niños; incluso

los que tienen vestuarios neutros no pueden escapar a la forma en que las cosas son de género.

Y esto es lo que mejor me queda, supongo, con mi tipo de cuerpo y

todo, pero aun así. A veces, cuando salía con mamá, la seguía a la parte

"femenina" de la tienda, mirando todas las opciones. Los jerséis holgados, las camisetas de tirantes y los vestidos inos y vaporosos. Era di ícil no estar celosa, pero sabía que, fuera donde fuera, nunca podría salir realmente vestida como quisiera.

Los chicos no deben llevar vestidos. Aunque no sea un chico, aunque la ropa no deba tener género. Siempre que alguien me mire, eso es lo único que verá. Suspiro, terminando de abotonar la camisa y remangando las mangas porque ya empieza a hacer calor aquí, con las luces demasiado brillantes que cuelgan sobre los techos desnudos. Me doy la vuelta en el espejo, observando cómo la etiqueta de mi brazo vuela de un lado a otro. Se ve bastante bien. Tal vez podría guardar esto para ocasiones más especiales. No es que tenga muchas.

Pero cuanto más miro mi cuerpo, más lo odio. Son los mismos sentimientos que tenía antes de darme cuenta de que soy no binaria.

Las cosas no están donde deberían estar, y siento que soy más grande y más pequeña que yo misma al mismo tiempo. Como si nada cuadrara.

—¿Estás bien ahí dentro?— Hannah pregunta.

—Sí—. Desbloqueo la puerta y salgo.

Está esperando en un banco justo fuera y tiene la mayor sonrisa en su cara cuando me ve. —Maldita sea, chico. Tienes buen aspecto.

No puedo resistir una sonrisa. —¿Tú crees?

—Sí.

No quiero probarme los otros, pero Hannah me obliga. —¿De qué sirve comprarlos si no te quedan bien?.

No le doy importancia, pero cuando terminamos y se dirige a la otra sección de la tienda, siento una punzada en las tripas. Hay unos jerséis muy chulos, del tipo —dos tallas más grandes— que te llegan hasta los

muslos y te tragan las manos. Y son inos pero gruesos, para que no den mucho calor.

—Deberías coger ese—, digo.

—Bonito—. Hannah coge uno, mirándolo antes de ponerlo de nuevo en el estante. —Aunque no creo que sea yo.

Me gustaría que viera lo que estoy diciendo, pero nunca ha sido la mejor en eso. Tal vez podría esconderlo bajo mi ropa, para que Hannah no lo note. Pero realmente no hay manera de esconderlo, especialmente si ella está pagando la cuenta de todo esto.

—¿Qué te parece?— Saca un vestido blanco brillante con lunares rojos. Nunca sería capaz de llevar algo así, pero me gusta la idea de poder ponérmelo. Tal vez cómo se sentiría rozando mis piernas.

—Se ve bien—, digo.

—Parece que estás pensando—, dice.

—¿Eh?

—Como si tu cerebro estuviera ocupado—. Se ríe. —Thomas dice que yo también tengo una mirada así. Quizá sea cosa de familia.

—Tal vez.

Me da un pequeño codazo. —Entonces, ¿qué estás pensando?

—La Sra. Liu está haciendo una exposición de arte en la escuela—, digo, la excusa me resulta fácil. No es un desvío total; he estado pensando mucho en la exposición. Pero no creo que Hannah entienda cómo me siento con todo lo demás.

—Oh, ¿te pidió que presentaras uno de tus cuadros?

—Sí.

—¿Vas a hacerlo?

Me encojo de hombros. —No estoy seguro todavía.

Hannah se burla. —Vamos, tus cosas son increíbles. ¿Por qué no lo harías?

—No lo sé. Supongo que estoy nervioso—. No sé por qué. Es sólo un espectáculo para estudiantes. Pero todavía hay un manojo de nervios que siento cuando pienso en mostrar mis cosas a tanta gente.

Lo estoy pensando demasiado; sé que lo estoy haciendo. Diablos, es sólo una exposición de *estudiantes*; dudo que haya mucha gente allí.

Pero aún así.

—Estoy seguro de que estará bien, Benji. Deberías presentar algo—.

Hannah vuelve a mirar el vestido antes de ponerlo de nuevo en el perchero, y todo lo que quiero hacer es estirar la mano y cogerlo. Se acerca a los montones de vaqueros apilados. —Entonces, ¿estás emocionada por haber salido de la escuela? Debe ser agradable poder relajarse durante unos días.

—Sí.

Coge un par de vaqueros negros del fondo de la pila, comprueba la talla y me los enseña para que los apruebe. Asiento con la cabeza y me los echa en los brazos.

—Sí, tal vez.

—Te gusta el Dr. Taylor, ¿verdad?— La pregunta me toma por sorpresa.

—Está bien—. Parece una pregunta extraña ya que he estado yendo al Dr. Taylor durante casi tres meses. —¿Por qué?

—Sólo me preguntaba. Estuve hablando con una amiga, la que me remitió. Me dijo que a veces puede ser di ícil encontrar un psiquiatra con el que puedas quedarte, especialmente en el primer intento. El Dr.

Taylor era su cuarta opción.

—No sabía que se podía cambiar así.

Hannah me mira. —¿Quieres?

—No, no. Ella es genial—. Además, no creo que pueda manejar un nuevo médico. Empezar de nuevo, salir de nuevo, hablar de mamá y papá, y de Hannah, y de cosas que ya he dejado salir al mundo. Incluso si ese mundo sólo consiste en dos personas.

—¿Y la medicación?—, pregunta.

Me encojo de hombros. —Creo que está funcionando; aunque no estoy muy seguro.

—¿Has pensado más en ese grupo de apoyo?

Me quedo helado. —¿Cómo sabes eso?

—Estaba el pan leto en tu vestidor. Te prometo que no estaba isgoneando, sólo guardando algo de ropa y... bueno...

—Oh. No realmente.— Por favor, dime que no estaba revisando mis cosas. Que sólo estaba guardando calcetines o camisas que había lavado, y sólo abrió el cajón por error.

—¿Puedo hacer una pregunta?— Arroja el otro par de jeans que estaba mirando.

—¿Pensé que eso era lo que hacías?— Intento reírme, pero noto que se me calienta la cara.

—Oh, ja-ja—. Se ríe sarcásticamente. —Pero en serio, como, ¿por qué no quieres ir? ¿No crees que ayudaría?

—No lo sé.

—¿Has buscado su página web o algo así?

—No—. Miro a mi alrededor, estamos bastante solos en esta sección de la tienda. —Es que no quiero salir ante un grupo de desconocidos —.

Eso es en parte, pero también es un grupo local, y no creo que pueda soportar entrar allí y ver a alguien del colegio.

—¿Y si lo probamos sólo una vez? El folleto decía que no tienes que salir ni nada. No tienes que hablar de por qué estás allí.

—Realmente no quiero ir—. Incluso si no vuelvo a hacer lo de salir del armario, tendré una sala llena de gente mirándome, preguntándose por qué estoy allí. ¿Y realmente tengo derecho a estar en sus reuniones privadas si no voy a compartir nada?

—Sólo creo que podría ayudar.

—Bueno, no creo que lo haga. ¿Podemos dejarlo por favor?

—Vale—, dice a la defensiva, y mi corazón se hunde. Suena tan parecida a papá en este momento. —¿Crees que alguna vez saldrás del armario con alguien más?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que sólo estás fuera para quién? Yo, Thomas, el Dr.

Taylor. Mamá y papá. ¿Crees que alguna vez saldrás del armario con

alguien más?

—¿Por qué importa eso?— No quiero enfadarme, pero tampoco me gusta que pregunte todo esto. ¿Por qué es tan importante para ella?

—Era sólo una pregunta—, argumenta.

—Bueno, eso lo decido yo, ¿vale?

—Ben—. Ella gime. —Escucha, lo siento, no era mi intención... No estuvo bien de mi parte.

Suspiro. Genial. —Está bien—. Agacho la cabeza y injo mirar unos jerséis.

—No, no lo es—. Ella agarra la ropa en mis brazos. —¿Quieres salir de aquí?

Como si no hubiera un mañana. —Sólo si estás preparado.

—Sí, claro. ¿Te importa si todavía pasamos por la tienda de comestibles?

—Está bien—. Sigo a Hannah a la cola de la caja.

—Entonces, ¿cuándo voy a conocer a este chico Nathan?

—¿Qué?— Dios mío, que estas conversaciones terminen, por favor.

—Te recogió anoche, ¿verdad?

—Sólo somos amigos.

—Bueno, yo no he sugerido lo contrario—. Hannah me dedica una sonrisa socarrona. Maldita sea. —Pero si tú lo dices.

—Eso digo—, protesto, aunque una parte de mí quiere preguntarle qué puedo hacer con Nathan. ¿Cómo puedo deshacerme de esos sentimientos o cómo puedo conseguir que, tal vez, le guste? Porque la idea de esto es aterradora.

No.

Necesito distraerme, porque ahora *no puedo* hacerlo. Miro ijamente la basura que decora los estantes a lo largo de la línea de cajas. Botellas

de agua, ChapStick, cosas “Como lo viste en TV” y otras cosas que nadie necesita o quiere realmente hasta que se da cuenta de que no las tiene.

Mis ojos se posan en el estante de esmaltes de uñas, todos en estos colores pastel de aspecto dulce. No puedo evitar pensar en las uñas de

Sophie y Meleika, siempre impecables. Y en los cientos de diseños que he visto en Internet, en los innumerables tutoriales que he visto.

Es algo que siempre he querido hacer. Otra cosa que añadir a la lista de “Nunca podré salir así en público”. Me pregunto qué diría Hannah si cogiera una botella y la comprara. Probablemente estaría más interesada en saber de dónde saqué el dinero para comprarla.

¿Intentaría pelear conmigo por ello? ¿O me diría que me lo quitara antes de que empiecen las clases? Como si no lo supiera ya. Pero al menos si lo hiciera esta noche me daría unos días, ¿no? No puedo ponerme la ropa que quiero, o que creo que queda bien, pero ¿no debería al menos poder pintarme las malditas uñas?

—Oh, esos son bonitos—, dice Hannah. Debe haberme sorprendido mirando.

—¿Eh?— Me sacudo de mi trance. —Oh sí, son geniales.

—¿Quieres probarlo?— Hannah pregunta.

—¿Eh?

—Estuviste mirándolos como cinco minutos. ¿Quieres elegir un color?

—Yo, um...

Entonces se ríe. —Adelante, son sólo como cinco dólares.

¿Fui tan obvio? —No, yo...— Pierdo el hilo de mis pensamientos mirando de nuevo a todos ellos.

—Escucha, si no eliges uno, lo haré yo, y te ataré mientras te pinto las uñas—. La mujer que está delante de nosotros mira por encima del hombro. Le dedico la que probablemente sea mi sonrisa más incómoda hasta que se da la vuelta. —Vamos, elige un color.

Agarro el rosa claro y giro el frasco en mi mano. Parece barato, de initivamente no es la marca de gama alta por la que se decantaría la mayoría de la gente, pero este es el que más me gusta.

—¿De verdad? ¿Rosa? El azul combinaría mejor con tus ojos.

Sonrío a pesar de mí mismo. —Me gusta el rosa.

—Hazlo tú, hermanito. Tendré que enseñarte un par de cosas sobre cómo elegir los colores.

Hannah no se corta cuando llegamos a casa. Me entrega las bolsas, sacando el esmalte de uñas, y va directamente al pequeño baño del pasillo para coger una toalla, dejando a Thomas para que saque todo lo demás del coche.

—¿Qué estamos haciendo?— Camina como perdido y medio dormido.

—Estoy pintando las uñas de Ben—, dice, y luego me señala. —

Salón, cinco minutos.

—Um, vale—. Subo las escaleras y dejo las maletas sobre la cama.

En el salón, Hannah ya me está esperando, por supuesto, sentada en el suelo frente a la mesa de centro. Ha cogido algunas cosas más, como una tabla de esmerilar larga, un frasco alto de algo transparente y dos frascos más pequeños que supongo que son la capa base y la capa inal.

—Siéntate—. Señala el otro lado de la mesa de café. —Y dame tus manos.

Me arrodillo en la alfombra y saco las manos. —¿Qué vas a hacer?

—Querido hermano, voy a limar estas garras tuyas—. Señala mis dedos, lo que parece una exageración, pero no discuto. Aunque no son *tan* largas. —Y luego te ayudaré a pintarlas.

—No puede ser tan di ícil.

Hannah se burla. —Vale, me sentaré a mirar. Estoy segura de que irá bien—. Ella toma mi mano derecha primero. —Separa los dedos.

—De acuerdo.

Hannah pone los ojos en blanco y se pone a trabajar. —Entonces,

¿de qué quieres hablar? ¿Chicos guapos? ¿Te gustan los chicos?

Bueno. Eso fue divertido mientras duró. —Lo juro por Dios, Hannah.

—Sólo estoy bromeando—. Luego espera un momento, tal vez decidiendo si la uña de mi dedo índice está o no pareja. —Pero también un poco en serio. ¿Qué es lo que te gusta? ¿Te gusta alguien?

—Sí, me gusta la gente.

—¿Gente? ¿Cómo qué tipo de gente?

—Gente, gente.

—¿Como niños, niñas, otras personas no binarias?

—Eso se complica un poco.

—¿De verdad?— Ella sopla un poco de polvo, que no parece muy higiénico... Quiero decir, esa es mi uña esencialmente siendo limada en polvo. Asqueroso.

—Quiero decir, no soy como el jefe del comité no binario o algo así.

Hannah resopla. —Bueno, ya lo sé.

—De todos modos, no somos un comité. Más bien una secta—. Me río de mi propia broma.

—¿Es ahí donde vas todas las noches?

—Me has pillado.

Los dos nos reímos, y siento que sonrío, pero entonces Hannah vuelve a abrir la boca. —Pero, como, de verdad, no puede ser tan complicado. ¿Verdad?— Vuelve a soplar, mirando su obra antes de decidirse a empezar con mi otra mano.

—Es... Sí, es algo así.

—¿Por qué?

No puedo decirle cuántas veces he tenido esta conversación conmigo mismo, tratando de resolverlo todo en mi cabeza para no llegar nunca a una conclusión.

—Porque, vale, entonces—. Respiro profundamente. —Durante un tiempo pensé que era gay—. Veía a otros chicos, y la mayoría de ellos me atraían mucho. Pero seguía sintiendo que me faltaba algo. Algo

sobre mí mismo.

Como que quien te atrae y quien eres como persona son dos cosas totalmente diferentes. Es di ícil explicar la falta de con ianza en tu

propio cuerpo. Simplemente *se siente* mal, pero sólo tú pareces saber realmente cómo y por qué se siente así.

—Pero eso todavía no parecía la respuesta—, continúo. Porque no lo era. Y no fue hasta que encontré los vídeos de Mariam que sentí realmente que había encontrado a alguien que entendía lo que estaba pasando.

—¿Y qué pasa con el tema de la sexualidad?— pregunta Hannah.

—Sinceramente, todavía estoy trabajando en ello—. Porque me siguen atrayendo las personas con una presentación más masculina, pero la no binarización no es algo que se pueda decir abiertamente, así que el chico de la cafetería que me parece guapo podría ser en realidad no binario.

Pero sigo sintiéndome atraído por él. Y además, no tengo exactamente un género, y ser gay implica estar interesado en el mismo género.

Como ya he dicho. Es complicado.

—Entonces, ¿ya no eres gay?

—Esa es la pregunta del millón—. Me considero bisexual. Me interesan los chicos y las personas más masculinas. Pero hay gente que argumenta que la bisexualidad es sólo dos géneros, y que esos dos géneros tienen que ser hombres y mujeres. Ya he escuchado ese argumento demasiadas veces, así que he aprendido a guardarlo para mí. —Para simpli icar, sólo digo que soy marica, que tengo un tipo—. Y

de initivamente es mucho más fácil que explicar que me identi ico como bisexual. Y también es menos complicado.

—¿Y de qué tipo sería?

—¿Gente caliente?— Ofrezco, sabiendo lo que está tratando de conseguir.

—No puedo creer que seas tan super icial—, se burla.

—Cállate.

—¿Alguna vez has pensado que 'heterosexual' y 'gay' van a quedar obsoletos algún día?

Intento reprimir una risa. —El objetivo de toda persona queer es el exterminio de las personas cis, heterosexuales y aliadas.

—¿Así que *esa es* la agenda gay?— Hannah se ríe. —Pero no, en serio, con todo esto que está evolucionando "las sexualidades y las identidades, lo binario que se cuestiona cada vez más", ¿no sientes que las etiquetas son un poco inútiles?.

—La verdad es que no. Las etiquetas pueden ayudar a la gente a encontrar un terreno común, pueden ayudarles a conectar, con ellos mismos y con otras personas.

—Sabes mucho de estas cosas.

—Internet—. Y Mariam.

—No creas todo lo que lees. Pero de verdad, eres un chico listo, Benji —. Me da una sonrisa tranquila. —Bien, hecho. Ahora, ya que te crees un verdadero maestro del arte —desliza la botella de cristal por la mesa de madera —puedes probar primero. Tú solo.

—¿Con ías en mí?— Le quito el tapón y el exceso de esmalte antes de ponerme a trabajar.

—Pon tu dinero donde está tu boca—. Hannah sonríe.

—¿Puedo preguntarte algo? Algo personal.

—Dispara. Ya he curioseado bastante por un día.

—¿Qué pasó después de que te fueras de casa?— Pregunto. La mano izquierda es fácil, y sorprendentemente relajante. No sé exactamente cuánto debería poner en cada dedo, pero Hannah aún no me ha detenido, así que supongo que es su iciente.

—Solicité unas cuantas becas de las que nunca hablé con mamá y papá. Una de ellas era para el Estado, no una beca completa, pero sí lo su iciente para ponerme en pie. Me mudé a los dormitorios y me maté a trabajar para ahorrar lo su iciente para el resto de la matrícula. Hice lo básico y obtuve un título de negocios, pero me viene bien.

—¿Es ahí donde conociste a Thomas?— Me muevo de dedo en dedo lentamente.

—No empezamos a salir hasta unos dos años después de graduarnos, pero en realidad nos conocimos en el segundo año, lo cual es un poco incómodo porque ambos estábamos saliendo con personas diferentes.

—¿De verdad?

—¿He oído mi nombre?— Thomas mira desde la esquina, todavía en pijama. No se puede culpar al pobre chico.

—Sólo le cuento a Benji cómo nos conocimos.

—Oh, ¿les has contado lo de la langosta...

Hannah se acerca al sofá, coge una de las almohadas y se la lanza a Thomas con toda la fuerza que puede. —¡Thomas David Waller!— grita Hannah. Thomas se agacha detrás de la pared justo a tiempo, y sus risas resuenan por los pasillos.

Me río tanto que tengo que dejar el cepillo. —¿Qué demonios fue eso?

Ella resopla, enderezando su camisa. —No hablamos de langosta en esta casa.

—Vale—, digo, todavía riendo. —Entonces, ¿empezaron a salir después de la universidad?— Casi no puedo formular mi pregunta.

—Sí. Acabó volviendo a casa. Seguimos en contacto, y luego un día me dice que se vuelve a mudar aquí para dar clases, así que salimos más y más y, bueno—. Se encoge de hombros. —Simplemente sucedió.

—Ajá—. Miro mi mano.

—Bien, ahora *tengo* que ver cómo pruebas la correcta—. Ella se inclina hacia delante con impaciencia, sobre sus codos, y yo me doy cuenta de mi error en el momento en que tomo el cepillo. Esto es tan incómodo, ¿y es así como lo sostuve la última vez? Es tan poco natural.

Intento primero con la uña del pulgar, ya que es la más grande, pero de alguna manera me las apaño para fastidiarla casi al instante.

—Bien, toma—. Limpio el abrigo antes de que se seque y le paso el cepillo a Hannah.

—Te lo dije—, medio canta. Debería habérselo dado desde el principio. Es tan metódica en cómo lo hace, sus manos son mucho más irmes de lo que yo podría haber soñado. Sólo tarda unos segundos en cubrir las uñas. —Bien. Hora de pintar. Tu otra mano debería estar su

icientemente seca—. Destapa el esmalte y se pone a trabajar.

—¿Crees que la universidad valió la pena?— Pregunto.

—Eh—. Se encoge de hombros. —Muchas deudas, pero me gusta mi trabajo.

Me doy cuenta de que ni siquiera sé a qué se dedica mi propia hermana. Llevo cuatro meses viviendo aquí y no tengo ni idea de a qué dedica su día. —¿A qué te dedicas?

Eso la hace reír. —Soy agente inmobiliario. Mucho papeleo, pero es más divertido de lo que imaginas—. Empieza con otro dedo. —¿Por qué preguntas por la universidad?

—Sólo he estado pensando en ello—, digo. —No sé si es realmente para mí.

—Conozco esa sensación. En el primer año me pregunté si había valido la pena. Pero sabía que no podía volver a esa casa.

Ni siquiera para mí, aparentemente.

No quiero pensar eso, pero el pensamiento asoma como un feo grano. Tengo que contenerme para no decir algo de lo que me arrepiento, y noto que me pongo tenso. Al principio, creo que Hannah no se da cuenta, pero entonces aparta el cepillo. —¿Estás bien, hermano?

—Sí—. Asiento con la cabeza. —Sólo estoy pensando.

Creo que me cree, porque vuelve a mojar el pincel en el esmalte y vuelve a trabajar.

—Voy a tomarme un año libre. Después de la graduación—, digo, tratando de alejarme de todo lo que tenga que ver con el hogar. Llevaba un tiempo pensando en ello, preguntándome qué pensaría Hannah.

Puede que sea como mamá y papá, que me exija algún tipo de

educación superior. Pero cuanto más pensaba en la idea de cuatro años más de escuela, más la odiaba. —¿Tal vez pueda pensarlo entonces?

—Probablemente sea una buena idea. Los años sabáticos pueden ser buenos. ¿Has solicitado ya algo?

—Unos cuantos—. Pero todo lo que me envíen, aceptaciones o rechazos, será enviado a la dirección de mamá y papá.

—Cuando estés listo. Thomas y yo podemos ayudarte con los préstamos y el pago de las cosas—. Mantiene su mirada en mi mano, su lengua asomando ligeramente por su boca.

—No tienes que hacer eso. Me re iero a lo de pagar.

—Está bien.

—Yo... te pagaré cuando pueda. De alguna manera. Por todo esto.

—No tienes que hacer eso—. Finalmente levanta la vista. —Sólo considéralo una venganza por todos los cumpleaños y navidades que me perdí.

Ya estamos otra vez. Siento que la culpa sube como la bilis. —

Hannah.

—Nuh-uh—. Me pone el cepillo delante de la cara. —No discutas, preocúpate de graduarte ahora mismo, ¿vale?

—yo…

—Benjamin De Backer—. Ella me mira. —No me hagas enviarte a tu habitación.

—Vale, vale—, digo. —Lo siento.

—No tienes que preocuparte ahora mismo, ¿vale? Las cosas están bien. Thomas y yo ganamos bastante, y también tenemos nuestros ahorros. No eres una carga ni nada por el estilo. Quiero que lo sepas.

¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza y me limpio las manos en las rodillas, pero luego me detengo. No sé si eso estropeará de alguna manera la pintura o algo así. *Es* que no quiero seguir hablando de ello.

Hannah se pone a trabajar en el último clavo, sin prestarme atención. —¡Y ya hemos terminado!— Da una última pasada con el

pincel y admira su trabajo. —No está tan mal, si lo digo yo.

Miro ijamente el color, mis dedos tiemblan un poco. —Gracias.

—No hay problema—. Entonces se detiene. —¿Te lo vas a dejar puesto para la escuela?

Una parte de mí quiere decir —a la mierda—, pero los institutos no suelen ser los lugares más progresistas del mundo, y el ridículo probablemente sería interminable. —No.

—Bien, cuando estés lista para quitártelo usa esto—. Me da un quitaesmalte. —Sólo tienes que coger unas bolas de algodón y debería salir sin problemas.

—Gracias.

—No te preocupes, niña—. Me revuelve el pelo y coge la toalla. Me quedo sentado un rato, mirándome las manos. —Ahora vamos a hacer la capa superior. No quiero que todo mi trabajo se eche a perder.

—Entonces, ¿crees que sabes lo que lo provocó?— pregunta la Dra.

Taylor en su postura habitual: piernas cruzadas, cabeza apoyada con la mano, bloc de notas en el regazo.

—No lo sé realmente, había mucho ruido y gente. Y este tipo, Todd, estaba borracho y me hablaba y me tuvo agarrado de la cabeza durante un rato.

—¿Normalmente tienes problemas con que te toquen, Ben?

—No todo el tiempo, pero hay algunos días en los que no puedo soportarlo—. Recuerdo algunas veces en las que miembros de mi familia a los que no había visto en diez años tiraban de mí para abrazarme, o cuando completos desconocidos intentaban darme la mano. Incluso con mamá y papá, había días en que me abrazaban, o se sentaban cerca de mí en el sofá, y me sentía mal. —Incluso con la gente con la que estoy cerca.

—Hmmm—. La Dra. Taylor tararea y se endereza las gafas.

—Se siente peor durante los ataques de pánico.

—La aversión al tacto puede ser común en las personas que sufren ataques de pánico, o en las que se enfrentan a la ansiedad. De hecho, hay algunas personas que simplemente nacen o se desarrollan así,

como las personas asexuales o aromáticas.

—Oh—, digo. Nunca había pensado en mí como as o aro. Es decir, el sexo no es algo que me apetezca mucho, pero es algo a lo que podría estar abierta. Y ya he tenido sentimientos más o menos románticos por personas. Supongo que *actualmente* también tengo esos sentimientos románticos.

—¿Recuerdas algún otro caso en el que alguien te haya tocado así y te haya provocado un ataque de pánico?

—En realidad no. Sin embargo, he estado pensando en algo. Como que tal vez no fue el toque. Sólo tenía sus brazos alrededor de mí y no me dejaba ir. Y había tanta gente.

—Esto fue en una iesta, ¿verdad?— Ella escribe algo.

Asiento con la cabeza.

—¿Tomaste algo para beber?

—No—, miento, porque no estoy muy segura de lo que va a denunciar a la policía y lo que no, ni siquiera de si va a hacer algo así.

—No voy a chivarme, Ben—, dice como si hubiera leído mi mente, lo que probablemente sería mucho más fácil que todo este vaivén. —El Señor sabe que yo también tuve dieciocho años una vez.

—Me dieron un chupito y un trago de cerveza. En realidad no los quería, pero todo el mundo me miraba y sentí que tenía que hacerlo.

—¿Supongo que has leído las advertencias sobre la mezcla de alcohol con la medicación?

Asiento con la cabeza, sin encontrar la mirada de la Dra. Taylor, como si eso me ayudara a evitar la vergüenza que siento ahora mismo.

—Lo siento.

—Eres joven, Ben, y entiendo el deseo de encajar con los que te rodean. Pero el alcohol tiende a inhibir tu pensamiento. Cometiste un

error, sólo trata de ser más cuidadoso en el futuro.

—Lo haré—. Ya me había dado cuenta de que la bebida no era para mí de todos modos.

—¿Crees que tu dosis actual es su iciente?

—Si soy totalmente honesto, no. No parece que haya cambiado mucho aquí arriba—. Me señalo la cabeza.

—Bueno, la medicación no es una solución permanente, Ben, por mucho que nos gustaría que lo fuera. Está ahí para ayudar a equilibrarte, pero no elimina la ansiedad.

—Lo sé, sólo me preocupa que lo tome por nada.

El Dr. Taylor anota algo. —Probaremos un aumento temporal de la dosis, a ver cómo funciona. ¿Suena bien?

Asiento con la cabeza. —Sí.

—El ataque de pánico, ¿crees que puede haber sido un tipo de sobrecarga sensorial?

—No estoy muy seguro—, digo. ¿No se supone que ella es la que tiene todas las respuestas? —Tal vez.

—¿Y recuerdas lo que te hizo salir de esta situación?

—Mi amigo estaba allí, Nathan.

—¿Te hicieron pasar por eso?

—No exactamente, pero salí y me siguió. Supongo que el hecho de tenerlo allí ayudó.

—¿Así que esfuerzo conjunto?— Ella sonríe. —Eso es algo.

—Supongo.

—¿Te sientes cómodo con Nathan?

—Sí, la mayor parte del tiempo, al menos.

—¿La mayor parte del tiempo?

—A veces me pongo muy nerviosa con él.

—¿Alguna razón en particular por la que?

—Ninguna que se me ocurra—. ¿Excepto que tal vez sea porque me gusta? Y tal vez me gusta la idea de tomar su mano, de estar cerca de

él.

Y tal vez quiero ir más allá de eso. Y tal vez me aterra lo que pasará si lo hacemos.

—Me alegra saber que tienes a alguien en quien con iar—, dice, y luego sus ojos bajan a mis manos. Dudo que sea la primera vez que se ija en mis uñas, pero no ha dicho nada hasta ahora. —Es un color precioso—. Asiente con la cabeza. —¿Te las has hecho tú misma?

—Oh—. Los miro ijamente, resistiendo el impulso de esconderlos.

Lucho un poco conmigo misma antes de decidirme a salir en público con la pintura aún puesta. No es que una visita a la o icina del Dr. Taylor sea realmente —pública—, pero es fuera de casa. —Hannah los hizo para mí.

—¿Cómo están ustedes dos?— Pregunta el Dr. Taylor.

—Bien, supongo—. Me froto las manos, intentando sentirme menos cohibida por la pintura.

—¿Te va bien? ¿Mejor? ¿Discutiendo?— Continúa después de que no respondo.

—Estamos *bien*—. Recalco lo de "bien". —¿Por qué lo preguntas?

—Tenía curiosidad—, a irma.

—¿Sobre qué?

—Tenía sobre todo curiosidad por saber si estabas resentido con Hannah—

Odio que mi respuesta salga tan fácilmente. —Un poco, creo.

—¿Crees que ella lo sabe?

—Bueno, no es que esté ansioso por contarle a mi propia hermana lo amargado que estoy—. Me froto los ojos, la sensación de escozor vuelve lentamente. —Es que... Ella tiene tanto, ¿sabes?

El Dr. Taylor asiente.

—Tiene que salir, ir a la escuela, conseguir un trabajo que le guste, encontrar a alguien que la quiera.

—¿Y tú te quedaste con tus padres?

—Sí—. Me encorvo en el sofá, sin encontrar los ojos de la Dra.

Taylor. —Es sólo que... Sentí que cuando se fue, se olvidó de mí. ¿Sabes?

—Lo hago.

—Entiendo que no podía llamar, y que era imposible que volviera a casa.

—Bueno, eso no hace que tus sentimientos sean menos válidos, Ben. Fuiste herido por lo que ella hizo, no puedes controlar eso. Y en esa situación, ella tampoco podía—. La Dra. Taylor deja su bloc de notas sobre la mesa de café y se inclina hacia delante. —¿Has hablado con ella sobre esto?

—No—. Sacudo la cabeza. —¿Cómo podría hacer eso? ¿Después de todo lo que ha hecho por mí?

—¿Parece que está tratando de compensarte?

—Tal vez. Realmente no lo sé.

—¿Tal vez hablar con ella sería algo bueno? Te ayudaría a sacar todo a la luz.

—¿Tú crees?— Pregunto.

—Sí, y nunca se sabe hasta que se intenta, ¿verdad?

Creo que la Dra. Taylor cree que sus palabras me harán sentir mejor, pero no es así. Todavía hay una sensación extraña en mis entrañas. No creo que Hannah se enfade conmigo por sentirme así. Pero no sé; siento que si le cuento todo esto...

Entonces las cosas ya no serían lo mismo.

DIECISÉIS

—¿Listo para volver a la escuela?— es lo primero que dice Mariam cuando acepto su llamada por FaceTime.

—No en tu vida—, digo.

—Vamos, sólo dos meses más.

—Dos y medio—, corrijo.

Se ríen . —Así que, Shauna y yo salimos de nuevo.

—¿Shauna?— Me devano los sesos, tratando de recordar quién es.

—La chica, a la que me gusta besar y coger de la mano ahora... Pelo morado, parece que te va a convertir en una rana si te equivocas con ella.

Jesús, ¿cómo pude olvidarlo? —Bien, lo siento.

—¿Estás bien?— Se inclinan hacia la cámara. —Pareces estar distraído esta noche.

—Sólo pienso en un montón de cosas.

—¡Habla con tu mamá enby!— Se ríen. —El Dr. Haidari está en el edi icio.

—Es un tipo.

—¿Otra vez? Mírate—. Se animan. —¿Un tipo diferente o el mismo tipo?

—El mismo—. Abro la boca antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo. —Mariam, ¿cómo se consigue gustar a alguien?

Sueltan un pequeño chillido y tengo que ponerlos en silencio antes de que Hannah o Thomas piensen que algo va mal. —Lo siento, he estado esperando este día desde siempre—. Fingen limpiarse una lágrima.

—Me encanta el voto de con ianza—, añado.

—¿Cómo se comporta con usted?

—De la misma manera que actúa con todos los demás, más o menos.

—¿Es ese tipo de amistad confusa en la que no sabes si realmente está siendo amable, o si está coqueteando contigo?

—Básicamente—. Suspiro. —Ni siquiera sé si es marica. O cómo funcionaría toda la cosa no binaria.

—¿Cruzar el corazón y esperar que sea bi?— Mariam incluso hace la pequeña "x" sobre su pecho.

No puedo evitar reírme.

—¿Qué te gusta de él?

—Esa es la cuestión. No sé si me gusta, o si *me gusta*.

—¿Alguna vez has tenido un enamoramiento, Ben?

—¿No es así? Quiero decir que hay gente en la televisión que me parece atractiva, pero nadie *por el que me haya* sentido realmente atraído, si eso tiene algún sentido—, digo.

—¿Ni siquiera Chris Evans?—, preguntan.

—Es demasiado hermoso, eso no cuenta.

—Cierto. ¿Cómo te sientes con Nathan?

Es una sensación tan extraña, sinceramente, y nunca me había sentido así con nadie. —Me pone nerviosa, pero no de mala manera—.

Suena extraño cuando lo digo en voz alta, pero es exactamente lo que siento.

—¿Como si tu estómago se pusiera raro y sintieras que vas a enfermar, pero nunca sucede?

—Asqueroso, pero exacto—, digo, porque lo es. Es la verdad.

—Sí, estás machacando, amigo mío. Y muy duro también.

—Oh.— ¿Es raro que mi mejor amigo tenga que con irmármelo? Se siente raro. Pero al menos ahora lo sé con certeza. Estoy enamorada de Nathan Allan.

—¿Ha dicho algo sobre su sexualidad o algo así?

—No.

—Él no sabe que eres no binario, ¿verdad?

—No estoy fuera de él. No creo que pueda estarlo.

—Oh, Benji.— Suenan con el corazón roto.

—Está bien, me estoy acostumbrando.

—No debería hacerlo. ¿Te ha dicho algo que te haga pensar que sería malo salir del armario?—, te preguntan.

—No que se me ocurra.

—¿Simplemente no quieres?

—Estoy preocupada. No parece el tipo de persona que me sacaría o me odiaría. Pero, ¿y si lo es?

Nunca podría imaginar que Nathan fuera ese tipo de persona. Pero una vez que digo esas palabras, no hay vuelta atrás. Ahora no hay ninguna otra escuela a la que me pueda transferir, ningún lugar al que pueda huir. Pasaré los próximos meses como una paria.

—Oh, Ben... ¿Tal vez si lo haces hablar? Como, ¿sacar a relucir algo sobre la sexualidad o la identidad?

—Porque eso es totalmente natural y no sería sospechoso en lo más mínimo.

—Ojalá supiera qué decirte. Lo siento.

—Tal vez lo supere—, digo. ¿Qué sentido tiene suspirar tanto? No me ayudará. No le ayudará a él. Él se merece algo menos complicado, más aterrizado. —Probablemente se vaya a la escuela de todos modos

—. Y yo estaré aquí.

—Las relaciones en el instituto apenas duran después de la graduación de todas formas, si eso ayuda.

—Es lo que sea—, digo mientras mi teléfono empieza a zumbar en mi mesita de noche. Habla del diablo y te enviará un mensaje. Quizá he hablado demasiado de él y su sentido de Nathan se ha disparado o algo así.

¿Estás ocupado este fin de semana?

—Es él—, le digo a Mariam.

No hemos hablado mucho desde aquella noche en el tejado. Al parecer, sus padres organizaron un viaje para visitar a su abuela en

Maggie Valley en el último momento. Aparte de eso, ha habido un puñado de mensajes aquí y allá, pero nunca una conversación que durara más de unos minutos.

***Yo: En** realidad no, al menos no lo creo. ¿Por qué?*

***Yo:** ¿Has vuelto?*

—¿Qué está diciendo?— pregunta Mariam.

—Está hablando de este in de semana.

—Ohhh, los dejaré solos. Estoy a punto de desmayarme de todos modos.

Le doy un beso a la cámara. —Buenas noches.

Mariam también sopla un beso. —A ti también, amante—. Cierro el portátil, dejándolo donde está.

***Nathan:** Sí, volví esta mañana, quería ver si querías salir o algo así.*

***Yo:** Oh um claro.*

***Nathan:** Hay una cosa genial en la ciudad el sábado, ¿quieres comprobarlo?*

***Yo:** ¿Qué es?*

***Nathan:** Es una sorpresa ;)*

***Nathan:** Si dices que sí, por supuesto.*

***Yo:** De acuerdo...*

Nathan: *Impresionante*

***Nathan:** ¿Puedo recogerte sobre las 5? No empieza hasta las 6:30, pero querremos llegar temprano.*

***Yo: Está** bien.*

***Nathan:** Tratando de asegurarnos de llegar con suficiente tiempo. Estas cosas pueden volverse un poco salvajes.*

Yo: *vale... ¿y qué tal la de tu abuela?*

Me recuesto en la cama y tomo mi bloc de dibujo, necesito algo para despejarme. Paso las páginas de los bocetos. Justo al inal, está el de Nathan. El de él en su cama, todavía casi sin terminar. Y eso me hace pensar en su retrato en la escuela.

Si acepto esta exposición de arte, ¿la Sra. Liu querrá esa? Parece que le gusta mucho. No sé cómo me siento acerca de que mis compañeros de clase lo vean. Se siente demasiado personal.

Nathan: *Fue genial, aunque un poco aburrido. No tiene wi-fi y el servicio allí es una mierda. Básicamente, el único momento en que pude enviarte un mensaje de texto fue cuando fuimos al Walmart.*

Oh. Así que no me estaba ignorando.

Yo: *Eso apesta, estoy bastante perdido sin wi-fi*

Nathan: *Same!!!!!!!!*

Nathan: *Entonces, ¿nos vemos mañana?*

Yo: *Claro que sí*

Nathan: *Impresionante, buenas noches Benjamin*

Yo: *Buenas noches, Nathaniel*

Cuanto más pienso en lo que voy a llevar esta noche, más me preocupa.

Nathan sigue sin decirme exactamente qué vamos a hacer, sólo que es algo en el Parque Pullen. También me ha prohibido buscar en la página web del parque la lista de eventos. No tengo muy claro cómo espera hacer cumplir esto último, pero mantengo mi promesa.

¿Por qué estoy tan nerviosa? No debería estarlo.

No es una cita. Sólo somos amigos. Amigos que salen juntos y no hacen nada más. Me miro las manos, las uñas desnudas ahora.

—Oye, ¿necesitas dinero esta noche?— Hannah llama a mi puerta mientras me miro en el espejo. Me he cambiado de camisa tres veces y

inalmente me he decidido por una de las camisas abotonadas que me compró. No la de lores. Me sigue pareciendo que está pensada para una ocasión más especial. Tal vez la exposición de arte, si me decido a hacerla.

—Realmente no lo sé.

—Vale, aquí tienes cuarenta por si acaso—. Me entrega dos billetes de veinte dólares doblados. —A no ser que sea *otra* iesta en la que me estés mintiendo.

Considero rechazarla por medio segundo, pero si lo que sea que Nathan me lleve esta noche requiere algún tipo de cuota de entrada, me cagaré de miedo sin ella. —Gracias—. Tomo el dinero y lo meto en la cartera. —Y no es una iesta, lo prometo.

—No hay problema. ¿A qué hora viene?

Compruebo mi teléfono. —Hace unos cinco minutos—. Mierda, ya llego tarde. Corro al baño de Hannah y Thomas para robar un poco de la colonia de Thomas, porque al parecer, esta noche voy a por todas.

Incluso me detengo frente al espejo para intentar poner *algo de* empeño en mi pelo, pero realmente no hay forma de arreglar este desastre. Quizá debería pedirle a Hannah que me lo corte, pero me gusta así. Antes de salir del baño, me tomo mi segunda dosis de Xanax del día y me aseguro de anotar la fecha y la hora en la pequeña libreta que me dio el doctor Taylor.

Después de comprobar tres veces que tengo todo "teléfono, llaves y cartera" me despido de Hannah y Thomas. Están viendo un reality show y comiendo comida para llevar en el salón. —Cuídate, chico—. Thomas me saluda con la mano.

—No prometo nada—, grito desde la puerta. —Estaré en casa más tarde.

—¡Medianoche a más tardar, por favor!— Hannah llama de nuevo.

Nathan está entrando en la calzada cuando cierro la puerta detrás de mí. —Siento llegar tarde, mamá no me dejaba salir sin pasear al perro —, dice después de abrocharme el cinturón de seguridad.

—Está bien. ¿Así que todavía no hay pistas sobre dónde vamos?

—Ah-ah—. Mueve el dedo. —Es una sorpresa, pero te diré que tiene

que ver con una de las mejores películas de todos los tiempos.

—Eso sigue sonando vagamente malicioso—. Le veo poner la marcha atrás y salir de la calzada. —Aparcar y ver una película, ¿eh?

Nathan me mira, sonriendo como siempre.

Pullen Park es enorme. Como *enorme*, enorme. Nunca tuve la costumbre de ir a los parques, ni siquiera cuando era niño. Una vez vi una aguja en un gimnasio de la jungla, fui y se lo dije a mamá, y nunca más fuimos a ese parque, ni a ningún parque. No puedo culparla después de que me explicara lo que podría haber pasado si la hubiera cogido.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí?

Ahora hemos estado dando vueltas. Al parecer, no hay plazas de aparcamiento cerca de lo que sea este evento, así que tuvimos que aparcar en el lado opuesto. Lo que signi ica que un montón de caminar.

—¿Has oído hablar de una pequeña película llamada *Star Wars*?

—No. ¡Dime más!— Le miro de reojo y se limita a negar con la cabeza. —Eso no explica por qué estamos en un parque. O por qué llevas una cesta.

—Es una proyección. La ciudad lo hace unas dos veces al mes, montan este escenario y proyectan una película en la pantalla para que todo el mundo la vea.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí tan temprano?

—Para conseguir los buenos asientos—. Da unas palmaditas a la cesta que lleva en los brazos, y juro que es la cosa de mimbre más estereotipada que he visto nunca. —Estas cosas siempre son salvajes. Si no llegas temprano, te quedarás en la sección delantera. No es divertido.

—¿Así que tenemos que sentarnos aquí durante una hora y esperar?

—Tocan música—, protesta Nathan. —Además—. Balancea la cesta hacia mí. —Tengo un picnic.

—¿Un pic-a-nic?— Intento arrebatárselo, pero se echa atrás en el último segundo.

—Pero mi chiste *sobre el Titanic* era anticuado, ¿eh?— Por in llegamos a una enorme puerta que lleva directamente al recinto de conciertos, que no es mucho más que una colina con un escenario. Hay secciones de hormigón cerca de la parte delantera para las sillas, pero la mayor parte de la arena es de hierba.

—Vaya—, digo.

—Es como un teatro. Hay que ir a la sección central—. Nathan señala hacia donde la multitud empieza a agolparse. Ya debe haber unas treinta personas. —Verás, la mayoría de la gente quiere ir a la parte delantera o a la parte trasera, pero entonces no consigues ese sonido nítido.

—¿Sonido crujiente?— Intento no reírme. —¿Cuánto puedo pagarte para que no vuelvas a decir 'crisp'?

— *Muy* gracioso—. Su boca se extiende en esa gran sonrisa. —Este es un buen lugar—. Nathan mete la mano en la cesta y saca una manta absolutamente enorme, dejando que la ligera brisa la despliegue para él antes de acomodarla.

—Aquí. Toma asiento, mi príncipe.

—¿Príncipe?— Siento que me achico. No lo sabe, no puede saberlo.

Deja de darle importancia.

Coge la cesta y se pone de rodillas. —¿Qué hay de malo en ser un príncipe?

—Nada—. Intento sacudirme esa extraña sensación. —Nada.

Entonces, ¿qué tenemos?

—Compré algunos sándwiches. Pero no estaba seguro de lo que te gusta—. Nathan abre la cesta y empieza a colocar todo. —Hay de jamón y queso, de pavo con lechuga y bacon. Y en caso de que seas vegetariano, hay una vegetariana. Tampoco hay queso, así que también es vegano.

Miro las opciones, cogiendo el jamón y el queso.

—Clásico, bonito—. Nathan elige el pavo.

—¿Qué hacemos mientras esperamos?

—Comemos, hablamos, hacemos un poco de unión uno a uno—. La música empieza a resonar en los altavoces del fondo del estadio.

—Suena divertido—. Desenvuelvo el sándwich y le doy un mordisco. —Así que...— Trago.

—Así que...—, dice, balanceándose un poco hacia adelante y hacia atrás.

—¿De qué quieres hablar?— Pregunto.

Vuelve a morder su sándwich. —Bueno, aunque me encantaría sentarme aquí y tener un incómodo ida y vuelta contigo, creo que tenemos que tener una discusión seria.

—¿Qué?— Mi mente corre con al menos mil posibilidades. ¿Se ha dado cuenta de alguna manera? O tal vez la noche en casa de Stephanie lo asustó de verdad, y quiere saber exactamente qué me pasa. ¿Quizás ya no quiere que seamos amigos? No, eso es una tontería. ¿Por qué me invitaría a salir así, a hacernos una cena, si quisiera dejar de ser mi amigo?

Nathan sonríe de oreja a oreja. —Creo que deberíamos conocernos un poco mejor.

—Oh. Um... ¿Ok?

—Vamos, te conozco desde hace casi tres meses y apenas sé nada de ti —. Empieza a contar. —Te gusta dibujar, te apellidas De Backer, vives con tu hermana, eres un poco raro, pero eso me gusta de ti.

—No lo soy—, argumento.

—Amigo, vamos—. Coge el sándwich vegetariano. —Ni siquiera sabía si eras vegetariano o no.

—Como sea—, resoplé. —Entonces, ¿qué quieres saber?

Se apoya en la manta, cruzando los brazos bajo la cabeza. —Espera, tengo que pensar en una buena—. Piensa por un momento. —Bien,

¿cuál es tu color favorito?

—Me gusta el verde, y el púrpura...

—Ah-ah. He dicho *favoritos*. No los que sólo te gustan.

—Te vas a reír de mí—. Puse mi sándwich en la manta, mi apetito olvidado de repente.

—Prometo que no me reiré. Promesa del meñique—. Saca el meñique.

Tomo su dedo. —Rosa. Me gusta el rosa.

—El rosa es un color perfectamente aceptable. ¿Por qué iba a reírme?

Me encojo de hombros. Porque el rosa es "femenino", porque por alguna razón hasta los colores tienen un género asignado. Porque se supone que soy un chico, y se supone que a los chicos no les gusta el rosa.

—¿Hay algún tono de rosa en particular que te guste?

—¿Pensé que era mi turno?

Eso le hace reír. Y me doy cuenta por primera vez de su respiración, de cómo se mueve su pecho y de cómo su boca se agranda de alguna manera, aunque parezca imposible. —Touché, De Backer. ¿Cuál es tu pregunta para mí?

—Dijiste que te mudaste cuando eras joven—. Hay *algo* que quiero preguntarle, pero me parece demasiado.

—Cierto, pero no es exactamente una pregunta.

—¿Te gusta esto?

—Es bonito. He hecho muchos amigos nuevos, pero a veces echo de menos a los antiguos. Realmente no tenía otra opción—. Intenta reírse de ello. —Mamá recibió una oferta de trabajo mejor y no pudimos dejarla pasar.

—Oh, eso apesta—. Parece tan apagado en un instante.

—¿Y tú? ¿Te gusta esto?

Recojo la hierba distraídamente. —Es bonito—, digo, sin saber qué más se puede decir. —Me está costando acostumbrarme a la ciudad.

Goldsboro es una ciudad pequeña. De esas en las que todo el mundo se conoce más o menos, y en las que estás emparentado de alguna manera si miras lo su icientemente lejos en el árbol genealógico.

—Ugh—, se burla Nathan. —Odio el campo.

—Está tranquilo—, añado.

—A veces un poco de ruido no es tan malo—. Nathan se sienta para doblar su sándwich y lo deja al lado del mío. —Tu turno.

—Muy bien—. Me balanceo hacia adelante y hacia atrás, tratando de pensar en lo que puedo preguntar. —¿Y no puedo pasar?

—¡No!

—Bien. Te gusta leer, ¿cuál es tu libro favorito?

Nathan se echa hacia atrás y deja escapar un largo gemido. —

¿Cómo pudiste hacerme elegir?

—Deja de evitar, Allan—. Sonrío. —He respondido a tus di ículiles.

—¡Pero esto es sobre libros!— Nathan se acerca más. —De todos los que he leído, ¿esperas que elija sólo un favorito?

Pongo los ojos en blanco. —De acuerdo, bebé llorón, lo enmendaré.

¿Cuál es tu tipo de libro favorito?

—Mucho más manejable—, dice. —Sigue siendo di ícil, pero creo que podría responder.

—¿Piensas hacerlo pronto?— Pregunto.

—Listillo—. Nathan deja escapar una risa baja. —Me gustan los que puedo perderme, los que me permiten evadirme durante cien páginas seguidas.

—Huh—. Le miro ijamente durante unos segundos.

—¿Aceptable para ti?— Sigue sonriendo.

Asiento con la cabeza. —Por ahora. Tu turno.

Nathan respira profundamente, observo el lento subir y bajar de su pecho. —Bien, ¿gofres o tortitas?

—¿En serio?— Le miro.

—Responde a la pregunta, De Backer.

—Waf les.

—La respuesta correcta. Claramente, la mejor opción para el desayuno.

—¿Es eso algo que rompe el trato?— Pregunto.

—¿Te re ieres a elegir entre un desastre empapado y pastoso, y un delicioso manjar? No, en absoluto.

—¿Y las tostadas francesas o los crepes?

—Bueno, son sustitutos perfectos, pero el gofre lo tiene todo. Es crujiente...

Lo detengo. —Ahí está esa palabra otra vez.

Nathan pone los ojos en blanco y continúa. —Tiene la forma perfecta, con pequeños soportes de jarabe, y además puedes tener muchos sabores.

—Vaya, un verdadero Maestro del Gofre—. Intento no reírme.

—Es un asunto serio, Sr. De Backer—. Todavía se está riendo. —

Bien, ahora usted.

No creo que me toque, pero si insiste. —¿Quieres escribir un día?

¿—Tal vez—? No me interesa la icción, escribirla de todos modos.

Me gusta escribir trabajos y cosas así, la investigación. Es divertido.

—¿De verdad?

—Simplemente me gusta. Siempre aprendo algo nuevo cuando tengo que escribir un trabajo— es todo lo que dice al respecto. —¿Qué te gusta hacer? Quiero decir, además de dibujar.

Me pongo de lado para poder tumbarme a su lado. —Eso es todo.

—¿No tienes otras a iciones?

—En realidad no—. Me detengo. —Papá y yo no hicimos mucho juntos—. Creo que esta puede ser la primera vez que hablo bien de mis padres con Nathan. —A mamá le gusta cocinar, y yo la ayudaba a veces.

Espero que pregunte por mamá y papá, pero no lo hace. Nathan sigue mirando al frente. —Tu turno—, dice en voz baja.

—¿Tienes algún secreto?

No responde de inmediato, lo que me asusta. Está claro que no es la pregunta más fácil, pero sale antes de que me dé cuenta. —Eso suena siniestro—, dice inalmente. —Puedo prometerte que no soy un asesino con hacha ni nada parecido—. Nathan se pone de lado, usando su brazo como almohada.

—No quise decir eso. Como nada malo.

—¿Qué quieres decir?

—Como... ¿Hay algún secreto que tengas, que no debería ser un gran problema? ¿Que deberías poder contarle a la gente, pero no puedes? Como si no fuera algo malo, pero parece que la gente piensa que lo es.

Espero que se ría en mi cara, que me llame —bicho raro—. O que me pique y me pinche hasta que le diga la verdad. —Sí, sé exactamente lo que quieres decir—. Sus palabras me sorprenden. Habla despacio, con sus ojos marrones clavados en los míos. —Y es aterrador.

—Lo siento—. Intento reírme. —No quería llegar tan profundo.

—No, está bien. Sólo un poco inesperado—. Respira con fuerza, su pecho sube y baja. —Primero pongo la leche en mis cereales.

Es tan aleatorio que no puedo evitar reírme de él. —¿Qué?

—Cuando hago cereales, pongo la leche primero. Siempre ha sabido mejor así.

—¿Cómo puede saber diferente?

Se encoge de hombros. —Sólo lo hace.

—¿Es tu gran y oscuro secreto?

—Ni por asomo, pero no puedo desvelar todo mi misterio. Tengo que guardar *algunas* cosas—. Me guiña un ojo, y la temperatura a mi alrededor sube de initivamente.

Intento pensar en algo que pueda compartir, pero no se me ocurre nada tan aleatorio como poner la leche en un bol antes de los cereales.

—Me pongo los calcetines y los zapatos de uno en uno.

—¿Qué signi ica eso?

—Hago eso de ponerme un calcetín, luego el zapato. Luego el otro calcetín, y el otro zapato. Uno a la vez.

—¿Por qué?

—¿Por qué pones primero la leche?— Vuelvo a preguntar.

—Me has pillado, De Backer—. Deja escapar un largo suspiro y sonríe.

Ver una película en un parque es una experiencia totalmente diferente.

Por un lado, la gente se cuela en las bebidas. Nadie se emborracha, pero eso hace que el público esté más animado. Y hay aplausos en las líneas famosas, y cuando la Estrella de la Muerte explota. Hay algunos mocos en el mensaje del holograma de Leia, y la gente llora a pleno pulmón en la ceremonia de entrega de premios, lo que probablemente tiene más que ver con el alcohol que con otra cosa.

Pero admito con gusto que es mucho más divertido con otras personas. De initivamente, es mucho más divertido con Nathan. A mitad de camino, le sorprendo diciendo las líneas con la mirada ija en la pantalla.

—Leia siempre fue mi favorita—, dice cuando me pilla mirando. —

Lloré durante dos semanas cuando murió Carrie Fisher.

—Siempre tuve más predilección por Luke—. Él no fue mi —

despertar gay—, como dijo Mariam con tanta gracia, pero estuvo cerca.

De hecho, *La Guerra de las Galaxias* es totalmente injusta en lo que respecta a los protagonistas atractivos. ¿Mark Hamill, Carrie Fisher *y* Harrison Ford? Total y completamente improcedente.

Nos quedamos durante los créditos, esperando y observando a los demás para que recojan sus cosas y se vayan. Nathan hace una bola con la manta y la tira en la cesta vacía, y tira nuestros sándwiches a

medio comer en la papelera de la entrada.

—¿Quieres cenar o algo?—, pregunta. —Sé que los sándwiches no eran gran cosa.

Hace tiempo que se me ha quitado el apetito, el pan me pesa en el estómago aunque sólo me he comido la mitad. —Si quieres. No tengo tanta hambre.

—No, iremos en otro momento.

Compruebo mi teléfono. —Sólo son las ocho y media. Parece temprano para volver a casa.

—¿Te apetece dar un pequeño paseo?

—Claro.

—Vamos—. Volvemos al coche y Nathan deja la cesta en el asiento trasero.

—Entonces, ¿a dónde?

—¿Quieres ver el lago?

—¿Hay un lago?

—Bueno, es más bien un estanque glori icado, pero han puesto estas cuerdas de luces sobre el puente y es realmente bonito por la noche.

—Suena bien.

—El estanque es.

No estoy seguro de lo lejos que está este estanque, pero de initivamente no veo ningún puente o estanque a mi alrededor. Al menos hace buen tiempo, y tal vez esto es justo lo que necesito.

—Entonces, ¿te gustó la película?—, pregunta mientras empezamos a recorrer el camino.

—No sé, las otras veinte veces que lo he visto fueron geniales, pero esta última vez... La magia se ha ido, ¿sabes?

—Bien, Sr. Sarcasmo, es su iciente—. Me choca con el hombro.

Me trago el nudo en la garganta. —Ha sido genial, gracias.

—El mes que viene es *el Imperio*. Podemos ir si quieres.

—Eso estaría bien—, digo.

Sigo a Nathan de cerca. Al menos ya no hay demasiada gente.

Supongo que la mayoría de la gente estaba lista para irse a casa después de la película.

—Hola—. Nathan se detiene en seco, por lo que casi choco con él. —

¿Estás bien?

—¿Qué? Sí—, digo rápidamente, tratando de recordar dónde estoy.

—Claro.

—Parecías un poco distraído allí. Dije tu nombre como cinco veces.

—Oh, lo siento. Me perdí en mi propia cabeza, supongo.

—Conozco la sensación. ¿En qué estabas pensando?—, me pregunta.

—Oh, um. Nada—, le digo.

—¿De verdad?

Asiento con la cabeza.

—¿Quieres saber en qué estaba pensando?

Siento un pequeño brote de pánico, como si fuera a elegir ahora para soltarme alguna bomba. Tengo que decirme a mí misma que lo deje. Él no va a hacer eso, especialmente ahora. No va a ocurrir.

Pero no me creo del todo.

—Claro.

—Estaba pensando en Ryder—, dice Nathan. —Concretamente en esa vez que fuimos a esa tienda especializada en mascotas del centro y le compramos esas cosas de chocolate que se suponía que eran seguras para él.

—¿Qué ha pasado?

—El pequeño gamberro no se los comería. Me he gastado veinte dólares en golosinas sólo para él, y me hace la vista gorda.

Resoplo. —Qué idiota.

—También se lo dije. Me miró con esos ojos grandes y no pude seguir enfadado con él.

—¿Qué edad tiene?— Pregunto.

—Nueve. Mamá me lo regaló cuando nos mudamos aquí, pensó que podría ayudar a la transición a un nuevo lugar.

—Eso es genial. Siempre he querido un gato—. Mamá y papá eran estrictos en cuanto a no tener mascotas mamíferas o reptiles. Sin embargo, me dejaron tener un pez cuando tenía diez años. Un pequeño pez dorado al que llamé Goldie. Porque de initivamente era creativa con mis elecciones de nombre.

—Es justo aquí arriba—. Señala, y apenas puedo distinguir las luces a lo largo de la barandilla. —¡Vamos!— Me coge de la mano y corremos

por el sendero hacia el puente. No disminuimos la velocidad hasta que estamos a uno o dos metros de distancia.

Espero que me devuelva la mano, pero no lo hace. Es agradable. Tan agradable como aquella noche en el tejado. Incluso mejor ahora, porque está haciendo más frío y él está tan imposiblemente caliente. Intento no pensar en que esto es lo que sería. Si pudiéramos estar juntos, si pudiéramos cogernos de la mano y pasear por la ciudad sin tener que escondernos.

No. Alejo los pensamientos. No puedo. Eso sólo hará que todo esto sea peor.

—Deberías ver este lugar el 4 de julio. Tienen fuegos arti iciales sobre el agua y todo.— Está oscuro, las luces de la calle a lo largo de la pasarela y las cuerdas de luces en la barandilla sólo hacen un poco.

Dejo que Nathan nos lleve hasta el borde y inalmente me suelta la mano.

No tengo el valor de decirle que lo retire.

No se equivocaba, es bonito. Es pequeño, pero su iciente, con esta pequeña zona de playa al otro lado del agua, y un muelle lleno de esos botes de plástico para remar que a la gente le encanta alquilar por alguna razón.

—El agua me da escalofríos—, digo, mirando por encima de la barandilla de madera, observando cómo se mueve el agua mientras nadan los peces.

—¿Te asusta un estanque?

Me encojo de hombros. —Es que nunca me ha gustado el agua. Una vez mis padres me llevaron a la playa y me corté con una concha. No fue divertido—. Todavía tengo la cicatriz blanca y pálida en la planta del pie. Esa fue también mi primera vez en una sala de urgencias. Al parecer, el corte era tan profundo que no coagulaba, y mamá se asustó.

—Vaya.

—En otra ocasión, iba a nadar y un grupo de peces pasó por delante de mí y me asustó. Así que me puse a llorar—. Papá me dijo que —me

hiciera el hombre—, pero me pasé el resto del día bajo la sombrilla, con la arena pegada a las piernas como una segunda piel muy tensa.

Nathan empieza a reírse incontroladamente, tratando de ocultar su cara entre las manos. —Te has traumatizado con el océano, oh Dios mío.

—Tenía cinco años, déjame en paz—. Le empujo. —Además, has visto la mitad de las cosas que encuentran esos biólogos marinos ahí abajo. El océano es espeluznante como el in ierno.

Nathan hace esa cosa entre una burla y una risa. —No puedo discutir contigo.

Me apoyo en la barandilla junto a él. —Yo también odio la playa.

—¿Por qué?

—Odio la arena. Es gruesa y se mete en todas partes—. Me pregunto si lo entenderá.

Nathan gime tan fuerte que la gente que hace footing en el otro extremo del parque se gira para mirarnos. —Por favor, dime que no acabas de citar la peor película de la saga.

—Pensé que te gustaría eso.

—Te odio—, dice con una sonrisa.

Los dos nos reímos hasta que no podemos más, hasta que el aire de la noche se llena con nada más que los sonidos del agua. Es di ícil saber que más allá de esos muros por los que pasamos hay toda una ciudad de gente. Este lugar es demasiado tranquilo para eso.

—Esta noche fue divertida—, digo.

—¿Sí?

—Sí. Gracias por invitarme. Sé... sé que no he sido la persona más fácil de llevar.

—Está bien—. Espera un momento. —La gente fácil es aburrida.

Tal vez ahora sea mi momento. El momento en que le diga la verdad, o el momento en que me acerque y lo bese. Algo. Siento que le debo eso al menos. Lo sopeso todo en mi cabeza, pero la respuesta es obvia.

—Hola, Ben.

—¿Sí?— Le miro. Y eso me hace tomar la decisión. No puedo decírselo; no puedo arruinar esto. Y no quiero ni pensar en lo que pensará de mí después. No quiero un mundo en el que Nathan Allan me odie, aunque las posibilidades de que eso ocurra sean muy, muy escasas. Simplemente no puedo.

—Esta noche ha sido la primera vez que has hablado de tus padres

—. Espera. —Como si *realmente hubieras* hablado de ellos.

—Huh—. Supongo que tiene razón. —Lo siento.

—No, está bien, sólo me di cuenta—. Toma aire y lo suelta lentamente. —No puedo imaginar lo que se siente, ser abandonado así.

Especialmente por la gente que se supone que te quiere.

—Creo que sí me querían—, digo. —Y tal vez todavía lo hacen. Sé que una parte de mí todavía lo hace. Yo sólo... realmente pensé que estaría bien.

—Este es el secreto, ¿no? ¿El grande?

Asiento con la cabeza. Porque se lo debo.

—¿Realmente crees que volverás a hablar con ellos? Después de lo

que hicieron.

—¿Ahora quién hace las preguntas pesadas?

—Oh—. Los ojos de Nathan se abren de par en par. —Lo siento... ni siquiera...—, balbucea. —No respondas a eso.

—No, está... bien—, digo. A decir verdad, esa es otra pregunta para la que no sé la respuesta. Me gustaría poder darle a Nathan un no rotundo. Me dejaron, me castigaron por intentar ser yo misma. No merecen volver a verme. He imaginado una docena de escenarios.

Volver a su casa y regañarlos. A veces estoy con Hannah, o Thomas.

Otras veces estoy sola.

Pero son mis padres, y no puedo imaginarme no volver a verlos. No quiero pensar en que nuestra última conversación real fue la de ellos gritando y pidiéndome que me fuera de su casa. Nuestra casa.

—No lo sé—, digo inalmente.

—Hola—. Me coge la mano. —Ellos no te merecen. Eres diez veces más que ellos, incluso combinados.

—Gracias—, digo.

—Pase lo que pase —su agarre se tensa un poco. —te deseo lo mejor, Benjamin De Backer—. Lo dice con una sonrisa. —Te lo mereces.

Llego a casa más tarde de lo previsto. Todas las luces de abajo están apagadas y el garaje está cerrado, así que tengo que entrar por la puerta trasera. Nathan está esperando a que salga por la puerta principal y le haga saber que estoy a salvo dentro. Subo las escaleras, hago saber a Hannah y a Thomas que estoy en casa y me meto bajo las sábanas de mi cama.

Excepto que no puedo dormir.

Durante al menos una hora y media, doy vueltas en la cama, cerrando los ojos e intentando que mi cuerpo descanse. La cuestión es que no creo que sea mi ansiedad. Esto se siente diferente, como si mi mente estuviera demasiado ocupada para apagarse como se supone que debe hacerlo. Lo que tal vez signi ique que *es ansiedad*, pero no se siente

como lo hace normalmente. Está trabajando horas extras, y está pensando demasiado en lo que dijo Nathan.

Sobre mamá y papá.

Me quito las sábanas y vuelvo a bajar, con cuidado de no hacer demasiado ruido. No es que haya nada malo en lo que estoy haciendo.

Si Thomas o Hannah se despiertan, les diré que iba a por un vaso de agua, o que intentaba ponerme en contacto con Mariam, o algo así.

Tomo el portátil de su sitio en la mesita y me conecto a Facebook, algo que no he hecho en meses. Ni siquiera quería el maldito aparato, pero mamá quería poder etiquetarme en cosas, y todos mis compañeros de clase que aún no habían descubierto Twitter o Tumblr hablaban de

Facebook como si fuera la "novedad". En serio, en Goldsboro siempre estábamos muy atrasados, incluso en las redes sociales.

Lo primero que veo es mi propio per il. Un sel ie con un ángulo extraño que probablemente pensé que se veía bien hace un año cuando lo tomé. Luego veo los pequeños iconos rojos en la esquina. Unas cuantas noti icaciones, fotos en las que me han etiquetado por alguna razón. Pero mis ojos se dirigen directamente al icono de los mensajes, el pequeño botón rojo que cuelga sobre él.

Sólo hay una.

Y es de mamá.

Me quedo congelado, mirando la pequeña vista previa que me ofrece Facebook.

Brenda De Backer te ha enviado un mensaje: Ben... no sé ni qué decirte...

Y se corta, esperando que lo abra para leer el resto. Pero no puedo.

Se me revuelve el estómago y me quedo aquí, mirando su nombre, la versión miniaturizada de su foto de per il. Una de ella y yo en la playa. Casi creería que es una especie de insulto, pero ya es así desde siempre. Me veo tan diferente. Mi pelo es más corto; estoy sonriendo.

Esa foto debe tener al menos dos años. De cuando empezaba a cuestionarme todo, cuando pensaba que tal vez era gay, y que eso era todo lo que tenía que ocultar.

Es casi como si otra persona controlara mi mano, y me siento impotente mientras el cursor se mueve hacia su nombre. Aparece el per il de mamá, los últimos estados que ha publicado. Nada demasiado importante. A mamá nunca le gustó mucho Facebook, pero hay algunas fotos nuevas. Algunas de ella y de papá en la casa, en el jardín, en cenas.

Y después de desplazarme un poco, llego a las fotos conmigo.

—¡Día con mi niño!—, dice uno.

De hecho, los echo de menos.

El cursor vuelve a situarse sobre el mensaje de mamá y, esta vez, lo abro. Está fechado hace más de tres meses. Y no hay nada antes de él, excepto uno en el que le decía que mi teléfono había muerto en la escuela y que quería quedarme hasta tarde para una tutoría extra.

Ben... no sé ni siquiera qué decirte. Tu padre y yo... nos hemos dado cuenta de lo que hemos hecho, y esperamos poder arreglarlo contigo. No estoy seguro de qué más puedo decir además de que lo sentimos, y que estábamos confundidos sobre lo que estaba pasando. Sabemos que te quedas con Hannah, y esperamos que no le cuentes este mensaje. ¿Tal vez podríamos encontrarnos un día, en la ciudad o algo así, y sólo hablar? ¿Por favor, Ben? Eres nuestro hijo, y aunque no entendamos esta parte de ti, a tu padre y a mí nos gustaría intentar enmendar las cosas.

Odio cómo quedaron las cosas, y no creo que pueda perdonarme nunca que las últimas veces que hablé con mis dos hijos fueran peleas. Por favor, Ben, sólo considéralo...

Vuelvo a leer el mensaje, y luego una tercera vez, con esa sensación de entumecimiento que me invade al intentar asimilar las palabras de nuevo. Pero al inal pierden su signi icado, y hago clic en el pequeño recuadro para escribir mi respuesta.

Sin embargo, las palabras nunca llegan, y después de otra media hora, salgo de mi cuenta y cierro el portátil.

DIECISIETE

No puedo quitarme el mensaje de mamá de la cabeza durante el resto

del descanso. Incluso me descargo la aplicación de Facebook en mi teléfono para poder seguir leyéndolo, lo que probablemente no sea saludable, pero no puedo evitarlo. No hago más que releerlo y releerlo, una y otra vez, preguntándome qué ha cambiado.

Como tardé tanto en encontrar el mensaje, también decidí comprobar mis cuentas de correo electrónico. Está mi correo electrónico real y personal que no recibe nada más que cupones de Michaels. Dudo que mamá conozca esa dirección. Luego está mi antiguo correo electrónico para Wayne, que supongo que mamá conoce porque el mismo mensaje también está allí.

El mensaje que habría sido enviado casi un mes después de mi partida.

Después de que me *hicieran* salir.

Intento llenar la mayoría de las noches con algún tipo de ruido.

Cuando Mariam no puede hacer FaceTime o enviar mensajes de texto, bajo a la sala de estar con Hannah y Thomas. De hecho, pienso en decírselo a Hannah, pero eso probablemente acabaría en desastre. Una parte de mí quiere hablar con Nathan también, pero realmente, siento que la única persona con la respuesta correcta sería el Dr. Taylor.

Tal vez ella pueda hablarme de esto.

Excepto que no tenemos cita hasta el próximo jueves. Supongo que podría pedir una hora más temprana, pero siento que eso podría hacer sospechar a Hannah. Ella de initivamente sabría que algo anda mal entonces. Además, hay mucho que hacer en la escuela ahora.

De initivamente se está acercando a... bueno, a todo. Hasta ahora, he recibido formularios para dar clases particulares para los exámenes

inales, e incluso algunas personas quieren que les dé clases particulares de Cálculo; un folleto para la noche del último año; información sobre las entradas para el baile y la graduación. Es casi di ícil de digerir. Sólo unas pocas semanas, y todo esto habrá terminado.

—Oye, tengo algo para ti—. Nathan rebusca en su mochila durante la clase.

—¿Qué es?— Miro la monstruosidad en las manos de Nathan. Está envuelto en su mayor parte en cinta adhesiva, pero puedo ver las

caras de dibujos animados de BB-8 y Oscar Isaac asomando en algunos lugares.

—Es un regalo—, dice lentamente. —Ábrelo tú.

Tomo el paquete y lo miro ijamente.

—Sabes, eres bastante malo en esto de abrir—. Acerca su silla. —

Adelante, quiero ver tu cara.

Intento desenvolverlo con cuidado, pero con la cinta adhesiva el papel de regalo se rompe a trozos. Y debajo de todo esto hay un cuaderno de bocetos nuevo. De tapa dura, encuadernado en espiral, sin garabatos en la parte delantera, ni notas o trozos de papel adicionales que asoman por los bordes.

—Yo…

—Pensé que podrías necesitar uno nuevo, el otro se veía un poco desordenado.

—Gracias—. Le miro y sonríe como un bobo.

—El placer es mío. Quería dártelo la noche que vimos la película, pero se me olvidó por completo.

—Es perfecto—. Suena el timbre y todos nuestros compañeros salen corriendo.

Nos miramos el uno al otro durante un tiempo demasiado largo. —

Bueno, supongo que te veré en Química.

Es una distracción decente de mamá y papá, al menos por un tiempo. Pero todavía hay un roce en mí. Tal vez debería reunirme con ellos, sólo para escuchar lo que tienen que decir. Siendo realistas, no creo que pueda volver a su casa, pero que lo hayan estropeado una vez no signi ica que no podamos arreglar lo que queda entre nosotros.

¿Verdad?

A Hannah no le hará mucha gracia, pero quizá lo entienda, y quizá esta sea también su oportunidad. No será perfecto, pero tal vez

lleguemos a ser una familia feliz algún día.

—¿Qué tal el resto de tu descanso, Ben?— Me pregunta la Dra. Taylor cuando ambos estamos sentados en su despacho. La puerta cerrada, ese muro entre Hannah y yo levantado.

—Bien—. Siento que me relajo en el feo sofá amarillo. Las cosas se están volviendo de initivamente más fáciles con el Dr. Taylor. No me molestan las citas hoy en día, y creo que realmente me están ayudando.

—No hice mucho, salí un poco con mi amigo Nathan—, digo. — ¿Cómo fue la tuya?

—Oh, bueno—. El Dr. Taylor se ríe. —Por desgracia, no tengo mucho descanso, pero mi hija estaba emocionada. Me tomé unos días libres y fuimos a Carolina del Sur a ver a mis padres.

—Eso suena bien—, digo. Creo que es la primera vez que oigo a la Dra. Taylor hablar de su familia. Hay algo que me gusta, imaginar toda esa vida que tiene y que yo ni siquiera conozco.

—¿Hay algo especí ico con lo que querías empezar la sesión, Ben?

—, pregunta.

—En realidad, sí. Realmente quería hablar de algo que pasó.

—De acuerdo—. Ella chasquea su bolígrafo, siempre a punto. —

Adelante.

—Encontré un mensaje de mi madre, en Facebook. Es de hace unos meses a estas alturas, pero la otra noche estaba hablando con mi amigo.

Sabe que me echaron, y me hizo pensar en lo que habían hecho desde que me fui.

La Dra. Taylor se aferra a cada una de mis palabras. Es decir, siempre lo hace, pero ahora hay algo diferente en su expresión.

—Mi madre se disculpó, quería ver si me reunía con ella y con papá para que pudiéramos hablar—. Saco mi teléfono y saco el mensaje, dejando que el Dr. Taylor lo lea rápidamente.

—Ya veo, ¿y cómo se sintió al ver eso?

—Fue... raro. Me sentí como entumecido.

—¿Crees que lo dice en serio?— El Dr. Taylor me devuelve el teléfono.
—¿La disculpa?

—La verdad es que no lo sé, supongo que es di ícil saberlo por el mensaje. Además, es tan viejo, quién sabe si ahora sienten lo mismo.

—¿Has pensado en decírselo a Hannah?

—Oh Dios, no, eso no sería bonito—, digo un poco más alto de lo que probablemente debería.

El Dr. Taylor se ríe un poco, lo que me hace sentir mejor. —

Entonces, ¿quieres reunirte con ellos?

—Eso era lo que quería preguntarte. Si pensabas que era una buena idea.

—Bueno—. Deja escapar una lenta respiración. —Esa puede ser una pregunta complicada. Por un lado, quieres escucharlos, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Y por otro—, continúa, —¿era su comportamiento algo que realmente se podía ver perdonando?.

—No estoy seguro—. No quiero pensar en esa noche, pero no puedo evitarlo. Con tanto frío, tan sola, asustada como una cabra. Y todo por culpa de ellos. —Quiero pensar que han cambiado, pero no quiero volver a abrirme así.

—Es un pensamiento aterrador—. El Dr. Taylor suspira. —

Honestamente, no me siento cómodo sugiriendo que vayas. Has hecho muchos progresos, Ben, y verlos de nuevo podría potencialmente deshacer meses de trabajo por tu parte.

Suspiro. Me imaginaba que diría eso. Y tiene sentido. Diablos, la noche en que aparecieron en casa de Hannah debería ser su iciente para convencerme de ignorar el mensaje. Borrar mi Facebook para que no puedan volver a contactar conmigo.

Pero saben dónde vive Hannah. *Saben dónde* estoy. Así que si simplemente borro mi Facebook, todavía existe la posibilidad de que aparezcan en su puerta un día. Y que aparezcan sin avisar no será

bonito.

—Al inal del día, es tu decisión, Ben. No puedo detenerte.

—Hannah se volvería loca si se enterara—, digo.

—Y esa es su batalla para luchar, no la tuya. Tal vez me equivoque.

¿Tal vez esto podría ser algo curativo? Quizás los una a los cuatro.

—¿Tú crees?

—No lo sé con certeza. No puedo prometerte que te reunirás con ellos y que todo habrá cambiado mágicamente, y que serán tan aceptantes y cariñosos como soñaste que serían.

—Bien—. Siento que mi estómago se revuelve. —Creo que quiero intentarlo.

La Dra. Taylor asiente ligeramente con la cabeza. —¿Puedo ofrecerle un consejo?

—¿No es por eso que estás aquí?— Intento reírme.

—Cierto—. La Dra. Taylor muestra su brillante sonrisa. —Si esto es algo que decides hacer, tal vez deberías tener un amigo contigo. ¿Este chico de la escuela tal vez?

—No sé si puedo hacerlo. Todavía no he salido con él.

—Es comprensible, pero tal vez el hecho de tenerlo cerca inspiraría algo de con ianza.

—Tal vez—. No puedo imaginarme pidiéndole a Nathan que forme parte de esto. Pero la idea de que esté allí, aunque sólo se quede fuera mientras hablamos o algo así, me hace sentir mejor. Sin embargo, tendría que dar muchas explicaciones, y no sé si podré hacérselas a él.

—¿Ben?— La Dra. Taylor mira por encima de la montura de sus gafas.

—Lo siento—, digo, frotándome las manos en las rodillas. —Creo que voy a hacerlo. Quiero hablar con ellos, escuchar su versión de las cosas.

La boca del Dr. Taylor es casi una línea recta. —Sólo sé cauteloso,

¿de acuerdo?

—Lo haré.

En cuanto llego a casa, me dirijo a mi habitación, asegurándome de que la puerta está cerrada. Probablemente parezca demasiado sospechoso, pero que Hannah y Thomas piensen lo que quieran. Abro Facebook en mi teléfono y voy directamente a mis mensajes, releyendo de nuevo el de mamá. He perdido la cuenta de las veces que lo he leído en la última semana. Algunas partes están grabadas a fuego en mi memoria, otras se me olvidan hasta que mis ojos se vuelven a posar sobre ellas. Hago clic en la casilla para escribir mi respuesta, pero las palabras siguen sin salir. He tratado de pensar en cómo responder, pero aún no sé qué decir.

Un mensaje de Mariam me saca de la aplicación, su mensaje parpadea en la parte superior de la pantalla.

Mariam: *Oye, una pregunta al azar...*

Mariam: *Vives en Carolina del Norte, ¿verdad?*

Yo: *Sí...*

Mariam: *¡Impresionante!*

Estuve a punto de preguntarles qué pasaba, pero me respondieron unos segundos después.

Mariam: *¿Qué ciudad?*

Yo: *Raleigh*

Mariam: *¡Excelente!*

Yo: *¿Por qué?*

Mariam: *Las razones...*

Yo: *¿Piensas revelarlas pronto?*

Mariam: *Estoy ultimando mi calendario de giras* Juro que puedo conocer a Mariam por el resto de mi vida, y no creo que me acostumbre a que digan “agenda de la gira”. O al hecho de que básicamente les paguen por dar discursos y hablar de ser marica, y de lo que signi ica para ellos. Entonces me doy cuenta de lo que están tratando de conseguir.

Yo: *Espera... ¿significa eso lo que creo que significa?*

Mariam: *¿Que voy a ir al Mundo de Harry Potter después de hablar en la Universidad de Florida? Claro que sí.*

Yo: *Mariam...*

Mariam: *¡Qué! Me emociono mucho con Harry Potter*

Yo: *¿Vienes a Raleigh?*

Mariam: *Tal vezeeeee ;)*

Mariam: *Hay un grupo de apoyo allí, querían que fuera a hablar.*

El grupo de apoyo. El folleto sigue guardado en mi cómoda, bajo montones de papeles inútiles que me han dado en la escuela.

Mariam: *Se asociaron con una de las universidades allí, NC*

State?

Yo: *Sí*

Mariam: *Un bocado.*

Mariam: *Quieren que haga un pequeño seminario para el grupo ya que la charla de la universidad es sólo para estudiantes.*

Yo: *Oh, genial*

Mariam: *Mi amigo, no estás tan emocionado como deberías.*

Mariam: *¡Por fin vamos a conocernos! Como en persona, como que voy a estar ahí y tú vas a estar ahí y va a ser mágico!!!!*

Yo: *No, está bien. Estoy emocionado*

Mariam: *Realmente no viene a través del chat, amigo*

Yo: Es... *es raro.*

Mariam: *¿Qué pasa?*

Por una fracción de segundo, pienso en decírselo a Mariam, pero siento que intentarán disuadirme.

Yo: *Nada. ¿Cómo se llama el grupo para el que hablas?*

Mariam: *Proyecto Espacio Seguro*

Yo: *Ese es el grupo de apoyo al que mi terapeuta quería que fuera.*

Mariam: *Oh, ¿has ido alguna vez?*

Yo: ***No***

La Dra. Taylor y Hannah han dejado de sacar el tema, por suerte, pero me encuentro pensando en ello cada pocos días. Quizás no sería tan malo empezar a ir en verano, cuando no tendría que lidiar con nadie en la escuela si me vieran en la reunión, así que quizás eso facilitaría las cosas. Tal vez para entonces pueda reunir el valor necesario para salir del armario.

Mariam: *Lo entiendo, puede ser aterrador*

Mariam: *De cualquier manera estamos pasando el rato, seminario o no*

Yo: *Lo sabes*

Mariam: *Oh, así que adivina lo que me pasó hoy con Shauna...*

Todo se siente como si se agolpara a mi alrededor a la vez. Como si tuviera que hacer una puta lista de todo lo que está pasando. La señora Liu sigue preguntando por la exposición de arte. De initivamente está sucediendo, ella tiene el apoyo de sus otros estudiantes, que quieren empezar a reunirse después de la escuela para plani icar todo.

Pero sigo sin poder darle una respuesta, y no sé qué es lo que realmente me detiene. Odio esta presión, y sus constantes

recordatorios no ayudan.

También están mamá y papá.

Siento que cada vez que Hannah me mira, lo sabe. No lo sabe, pero me siento tan culpable. Y todavía no tengo una respuesta adecuada al mensaje de mamá. Sigo escribiendo cosas, pero nada parece correcto.

¿Qué les dices a las personas que te criaron cuando ya no te quieren?

Luego está el encuentro en sí. La idea de estar a solas con ellos, es aterradora. No puedo pedirle a Hannah que venga conmigo por

razones obvias. Y no quiero obligar a Thomas a mentirle e ir conmigo. Parece algo demasiado grande como para pedírselo a la Dra. Taylor.

Así que sólo queda Nathan.

Y de alguna manera, preguntarle parece más aterrador que cualquier otra cosa.

—¿Ben?— Meleika me da un codazo con el hombro.

—¿Eh? Oh, lo siento.

—Te pregunté si ibas a formar parte de esa exposición de arte que la señora Liu está planeando.

—Oh, no lo sé—. Entonces lo pienso. —¿Cómo lo sabes siquiera?

—Ya se está anunciando—. Meleika busca en su mochila. —Ella quería que el consejo estudiantil colgara volantes.

—¿Por qué no lo has introducido?— pregunta Nathan. —Es como si Ina Garten no se presentara a un concurso de cocina.

—¿Ina Garten?— Le miro. De hecho, los tres le miramos con extrañeza.

—A mi padre le gusta el Food Network, pero ese no era el objetivo aquí—, argumenta Nathan. —Deberías hacerlo.

—Tal vez.

—Bueno, si decides hacerlo—, empieza a decir Sophie, —asegúrate de que conseguimos entradas. Tengo el traje perfecto.

Meleika la mira. —¿Tienes el atuendo perfecto para una exposición de arte estudiantil?

—¡Totalmente!— Dice Sophie. —Ahora siéntate, tengo que terminar estas uñas.

—Y con eso, voy a buscar agua—. Nathan golpea los nudillos contra la mesa. —¿Alguien quiere algo?

—Estoy bien—, digo. Sophie y Meleika están demasiado ocupadas concentrándose en las uñas de Meleika. Sophie tiene un nuevo esmalte negro que casi parece azul cuando lo miras de la forma adecuada. Es tan impresionante que estoy considerando legítimamente pedirle que

me haga las mías. Entonces me doy cuenta. —En realidad, sí. Iré contigo.

Nathan parece un poco sorprendido, pero dura una fracción de segundo. —Muy bien, entonces.

Le sigo hasta la máquina expendedora que hay en el pasillo frente a la cafetería. Supongo que la cola es demasiado larga como para esperar sólo para comprar una botella de agua.

—Así que...— Digo, mirando el enorme logotipo.

—Así que...— Nathan mira la gran máquina expendedora azul.

—Entonces—. Me meto las manos en los bolsillos y arrastro los pies. —Quería pedirte un favor. Un gran favor.

—De acuerdo—. Las comisuras de su boca se levantan un poco. —

¿No hay posibilidad de que te pida que lo hagas en forma de acertijo?

—Sí, no—. Suspiro. —Es una petición un poco rara.

—No es tan di ícil hacer preguntas enigmáticas—, dice Nathan.

—No es lo que quería decir—. Sacudo la cabeza. —Sólo necesito tu ayuda.

—Esconder un cuerpo—, no, espera. ¿Necesitas vengarte de alguien? Tengo la manera perfecta de arruinar el tanque de gasolina de alguien.

—No, no es eso. Sólo déjame hablar, por favor—. Aunque el truco del tanque de gasolina podría ser útil más tarde. —Mi mamá me envió un mensaje por internet, ella y mi papá realmente quieren hablar conmigo.

La sonrisa de Nathan se desvanece en un instante. —¿Sobre cómo te echaron?— Saca un dólar de su cartera y lo mete en la máquina expendedora.

—Eso podría surgir, sí—. Me acerco más. —Y me sentiría mejor teniendo a alguien allí.

—¿Y tu hermana no es una opción?

Sacudo la cabeza. —No necesito que te sientas en ella ni nada, pero como, saber que estás ahí podría ayudarme.

—¿Tengo ese efecto?— Nathan sigue sin sonreír, y yo empiezo a preocuparme.

Realmente necesito que haya un límite en el número de veces que las mejillas pueden sonrojarse por día. —Más o menos. Realmente ayudaría tener un amigo allí.

—¿Y realmente crees que es una buena idea?—, pregunta.

—No—, digo. —Pero siento que tengo que oírlos, escuchar lo que tienen que decir.

—Ben...

—Sólo... por favor, sólo esta cosa. ¿Por favor?

Nathan deja escapar un largo suspiro. —¿Cuándo nos reunimos?

—Viernes por la noche—. Saco mi teléfono y miro ijamente el mensaje que envié. Al inal había encontrado las palabras adecuadas, es decir, después de toda mi preocupación, simplemente les dije una hora y un lugar en el que podíamos quedar. Había pensado durante días en añadir algo más, en pedir algún tipo de explicación, o quizá en ir a por mamá.

Pero nada de eso me parecía bien. Quería escucharlos primero, cara a cara.

—De Robin—. Le digo. —Ese lugar italiano del centro.

—Oh, he estado allí—. Nathan saca su botella de agua del pequeño dispensador del fondo. —No pidas la berenjena a la parmesana. Es terrible.

—Tomo nota—, digo. —Gracias.

—No hay problema.

—Estarán allí sobre las siete, ¿está bien?

Nathan sonríe. —¡Es una cita!

DIECIOCHO

Sí, estoy jodido.

De initivamente no debería haber accedido a hacer esto, pero ya es demasiado tarde. Menos que agarrar a Nathan y correr de vuelta al estacionamiento.

Pero mamá y papá saben dónde vive Hannah, probablemente.

Capto la mirada de Nathan desde el otro lado del restaurante.

Parece bastante cómodo para un tipo que está básicamente aquí solo.

Me pilla mirando y saca su teléfono, y entonces mi teléfono suena.

Nathan: *Sigo pensando que debería haber llevado el sombrero y las gafas de sol.*

Pongo los ojos en blanco.

Yo: No *saben cómo eres.*

Nathan: ***¡Todavía!***

Yo: *Esto no es una operación de picadura ni nada por el estilo.*

—Bueno, hola.

Salto en mi asiento y casi dejo que mi teléfono caiga al suelo antes de cogerlo en el último segundo. Son mis padres, de pie, con una sonrisa en la cara mientras me miran.

—Hola—, digo, sin saber si debo levantarme o no.

Permanezco sentada y los dos me siguen tras unos instantes de incómodo silencio. Mi teléfono vuelve a vibrar, pero lo ignoro.

Probablemente sea Nathan.

—Te has dejado el pelo demasiado largo— es lo primero que dice papá.

—Me gusta así—, digo, tocando los extremos. Todavía no me llega a los hombros, pero Sophie dice que soy como un tallo de brócoli andante.

Meleika dijo coli lor, por lo pálido que estoy.

—Pero se me enreda y se me enreda—. Mamá se acerca a la mesa, pero yo me inclino hacia atrás, evitando sus uñas perfectamente cuidadas.

—Vayamos al grano—, digo. —Ustedes dos querían hablar,

¿verdad? ¿No es por eso que estamos aquí?

—Bueno, no si vas a tener una actitud—, murmura papá de esa manera que sabe que voy a escuchar.

—No tengo una actitud—. Me cruzo de brazos. —¿De qué quieres hablar?

—¿Cómo estás?— Pregunta mamá.

—Bien.

—¿Cómo está tu hermana?

—Ella está bien—. No es que ninguno de ellos se preocupe realmente. —Ella y Thomas han sido muy buenos conmigo.

Veo un poco de dolor en la cara de ambos, ese pequeño sentimiento de culpa, como si se hubieran olvidado de que me habían echado. Odio sentirme un poco orgullosa del momento, de que me toque hacerles daño.

—¿Y la escuela?— Pregunta papá. —Estás manteniendo tus notas,

¿verdad? Tus exámenes deben estar a punto de llegar.

—Sí, pero estoy aprobando todas mis clases—. Me vuelvo a hundir en mi silla, la culpabilidad subiendo por mi columna vertebral.

—¡Eso es genial!— Mamá sonríe un poco más de la cuenta, y luego mete la mano en su bolso. —Sabes que hemos recibido algunas respuestas, de colegios—. Me acerca el grueso fajo de sobres. Algunos están abiertos, otros no. —Te han admitido en la estatal, pero la UNC ha dicho que no.

—Huh—. Los hojeo, mirando los nombres de los colegios y los sobres decorados con sus colores. —Está bien. De todas formas no voy a ir a la universidad.

—¿Qué quieres decir?— Pregunta papá. —Por supuesto que vas a ir a la escuela.

—No quiero—. Le devuelvo las cartas a mamá.

—¿Es por Hannah? Podemos permitirnos enviarte a la escuela, ya no tienes que depender de tu hermana—, dice papá, casi como si estuviera orgulloso de sí mismo.

—En realidad, Hannah y yo ya hemos tenido esa charla, y me ha dicho que no habrá ningún problema. Sólo que no quiero ir.

—Ben...— empieza a decir mamá, pero papá le pone una mano en el brazo y eso la detiene.

—Lo discutiremos más tarde—, dice.

—¿De qué querías hablar?— Vuelvo a preguntar. —Deja de evitar la pregunta.

—Bueno—. Mamá aprieta las manos. —Queríamos hablar contigo más sobre todo esto de ser no binario.

Es muy extraño escuchar a mi madre decir la palabra “no binario”

en voz alta. Realmente no pertenece, como si fuera el tipo de palabra que nunca esperarías que alguien como ella conociera. —Vale—. Me inclino un poco hacia delante. Quizás esto no sea tan malo como pensaba.

—Nosotros, um... Sólo estamos confundidos—. Mamá trata de relajarse. —Así que, tratamos de encontrar cosas en línea, y eso no nos ayudó realmente.

—¿Y?— Miro a los dos.

—Cariño—. Mamá suspira. —Lo intentamos, de verdad. Todavía estamos tratando de entenderlo.

—No es exactamente ísica teórica—, digo. —No me identi ico como hombre o mujer, me salgo del binario de género. Uso los pronombres ellos/ellas—. Mantengo la voz baja para que Nathan no me oiga. Dudo que pueda hacerlo, desde el otro lado del restaurante, pero nunca se sabe.

—Bueno, hijo, tienes que admitir que todo es muy extraño—, dice papá. No puedo decir si el —hijo— es deliberado o no.

—No soy tu 'hijo'—, digo. —¿Y qué tiene de extraño? Esto es simplemente lo que soy. ¿Por qué no podéis entenderlo?

—¿Estás seguro de que no estás confundido?— Pregunta papá. —

¿Tal vez sólo eres gay o algo así y éste ha sido un momento di ícil para ti?

Papá hace que "gay" suene como un insulto.

—¡Ser gay y ser no binario son dos cosas diferentes!— Debería saberlo; ya pasé bastante tiempo teniendo que decírmelo a mí mismo.

Mamá parece sorprendida por un segundo.

Y papá parece furioso. Siempre el dramático. —Benjamín De Backer, no adoptes ese tono con nosotros, somos tus padres.

—Bueno, ¿cómo se supone que debo sonar? Ustedes dos están sentados aquí insultándome.

Papá se pellizca el puente de la nariz y agita la mano. —Bien, empecemos de nuevo.

—Dime una cosa, ¿cuál era el objetivo aquí? ¿Por qué quieren hablar después de lo que ha pasado?

—Queríamos disculparnos—, dice mamá.

—Bueno, estás haciendo un gran trabajo—, digo.

Papá pone los ojos en blanco. —Queremos que vuelvas a casa.

Me quedo helado. —¿Qué?

—Queremos que vuelvas a casa—, repite mamá, y es obvio que parece más contenta que papá. —Obviamente sería di ícil con el in de la escuela, y estamos dispuestos a esperar hasta que te gradúes. Tal vez hacer la transición un poco más fácil.

Eso me hace reír, pero los dos me miran ijamente.

—No creo que sea muy divertido—, añade papá.

Inhalo y exhalo lentamente. Nunca me imaginé a mis padres como unos gilipollas queerfóbicos. Pero quizá sea culpa mía por suponer lo mejor de ellos.

—Te echamos de menos. Queremos volver a ser una familia—.

Mamá me mira, con esos ojos.

Pienso en sus palabras, repitiéndolas una y otra vez en mi cabeza.

¿Quieren que vuelva? ¿Quieren volver a ser una familia?

—Ben, tienes que entender lo duro que ha sido esto para los dos—.

Mamá parece que realmente va a llorar.

—¿Qué?— Un paso adelante, cien pasos atrás. —¿Me echas de casa y ha sido duro *para* los dos?— Me aseguro de hablar lo su icientemente alto como para que la gente de la mesa de al lado se quede mirando. —

¿Sabes cómo suenan los dos ahora mismo?

—Benjamín—. Papá mira a su alrededor; debe darse cuenta de lo que estoy tratando de hacer. —Baja la voz.

—Escucha—. Mamá levanta una mano. —Todavía estamos aprendiendo. Hemos cometido errores y queremos trabajar para corregirlos. Hemos cambiado, hemos empezado a ver a un consejero y estamos trabajando en algunas cosas. *Fue* un momento di ícil. Para *todos* nosotros.

— Ustedes dos me hacen daño—, escupo. —¿se dan cuenta de la mierda que me han hecho pasar? No sólo por echarme, sino por los meses de terapia que he tenido que pasar para superarlo todo—. Poco a poco me doy cuenta de que la Dra. Taylor tenía razón y que debería haberla escuchado.

—Cariño—. Mamá pone su mano sobre la mía y no pienso en apartarla antes de que sea demasiado tarde. Su piel sobre la mía, su calor, es demasiado familiar y demasiado extraño al mismo tiempo.

Intento reprimir la subida del estómago. —Lamentamos mucho todo, y sólo queremos compensarte.

—Vendrás a casa después de graduarte—, dice papá, y noto que es más una orden que una petición. —Te llevaremos al terapeuta que hemos estado viendo, tal vez él pueda ayudarte a resolver algunas de las cosas con las que has estado lidiando. Y ayudarte con este asunto del no binario.

Me voy a enfermar. —He estado viendo a la Dra. Taylor, me gusta.

—Bien, bueno...— Mamá mira hacia papá. —¿Tal vez podríamos verla? Juntos.

Miro ijamente su mano, aún sobre la mía. —Tengo que pensar en algunas cosas—, digo.

—Por supuesto, pero hazlo rápido—. Papá mira los menús al inal de la mesa, apilados ordenadamente uno encima del otro. —¿Quieres pedir algo?

—No—. Me levanto rápidamente y empujo mi silla hacia abajo. —Te enviaré un mensaje cuando esté lista para hablar.

—Ben, cariño—. Mamá hace como que se va a levantar.

La detengo. —Sólo déjame pensar, durante unos días. ¿De acuerdo?

Vuelve a mirar a papá y me doy cuenta de que no está contento. No es así como él quería que fuera esta reunión.

Apuesto a que ambos querían el reencuentro perfecto en el que yo corriera a sus brazos y los abrazara y aceptara volver a casa con ellos, dejando atrás la corta vida que he construido aquí. Hannah, Thomas, Meleika, Sophie, el Dr. Taylor.

Nathan.

Le miro y asiento con la cabeza. Ya se ha levantado y me espera en la puerta. Supongo que mamá se da cuenta y se gira en su asiento. —¿Es un amigo tuyo?

—No—, miento.

—¿Tan asustado estabas, hijo?— pregunta papá, casi como una broma. Excepto que no me estoy riendo.

—Los veré más tarde—. Me contengo de correr hacia Nathan y salir a su coche.

—Bueno, espera—. Mamá coge su bolso y empieza a seguirme. —

Me gustaría conocer a este chico.

Joder, joder, joder, joder.

Pero ya es demasiado tarde. Mamá consigue adelantarse a mí, deteniendo a Nathan justo en la puerta. —¡Hola!— Extiende la mano.

—

Soy Brenda De Backer, la madre de Ben.

Nathan sonríe, con los ojos brillantes mientras le estrecha la mano.

—Soy Nathan.

—¿Eres amigo de Ben?

Nathan me mira en busca de aprobación, pero ¿qué otra cosa podemos hacer realmente? ¿Fingir que mi madre le da la mano a una persona que no conozco? No voy a mentir, sería bastante divertido, pero realmente no sirve de nada. Le hago un pequeño gesto a Nathan con la cabeza.

—Sí, vamos juntos a North Wake. Me pidió que le llevara.

Mamá me mira. —Bueno, ¿no es agradable? Sólo habíamos quedado para hablar de algunas cosas.

—¿Estás listo para ir, Nathan?— Pregunto. Necesito salir de aquí.

—Sí—. Nathan rebusca en su bolsillo. —Lo siento, señora De Backer, pero hemos quedado con unos amigos en el centro y ya vamos bastante tarde—, miente.

Bendito sea Nathan Allan.

—Oh, bueno—. Mamá sigue sonriendo. —Hablaremos pronto, Ben

—. Asiento con la cabeza y mamá vuelve a mirar a Nathan. —Ha sido un placer conocerte. Me alegro de que Ben haya encontrado amigos.

—Encantado de conocerla también, señora—. Nathan me abre la puerta y corremos hacia su coche, sin mirar atrás.

—¿Techo?— Pregunta Nathan. Llevamos un rato sentados en su entrada, sin música, sin hablar. Al principio apagó el coche, pero después de unos segundos de estar allí sentados, bajó las ventanillas para que entrara el aire fresco de la noche.

Al inal le miro. —Claro.

Ryder me da un abrazo y le froto detrás de las orejas, pero ahora no tengo mucho en mí. Es como si estuviera corriendo en vacío. Me siento

agotada, aunque lo único que hemos hecho ha sido hablar.

Nathan abre la ventana y me ayuda a salir esta vez, cogiendo mi mano y tirando de mí a través del hueco. Al menos esta vez, con unos pantalones más ajustados, no me caigo casi hasta la muerte.

La verdad es que hace brisa para ser abril, pero el sol brilla, así que es más que su iciente para entrar en calor.

—Así que—, dice Nathan, dirigiéndose a nuestro lugar habitual. —

Parecía agradable, tu madre.

—Hmm—. Me siento a su lado. Me escandalizo, pero es la reacción normal cuando se trata de mamá y papá. Se ponen esa máscara ante extraños o amigos de la familia. Deslizando un comentario indirecto sobre mí aquí o allá.

—¿Qué te han dicho?—, pregunta.

—Querían que volviera a casa—. Incluso para mí, mi voz suena vacía.

—Vaya—. Nathan pasa una mano por la parte superior de su cabello. —Eso es...

—Sí.

—Jodido—. Nathan acerca sus rodillas.

Miro su mano, colocada tan cerca de la mía, y no puedo resistirme.

Mi propia mano se acomoda alrededor de la suya. Ese calor, es tan diferente al de mamá. Quiero este tipo. Siento que lo necesito. Para que me conecte con la tierra, aunque sea. Siento la piel seca de su palma y, sin dejar de mirar hacia delante, Nathan rodea la mía con sus dedos. El resto de la piel que trazo con el pulgar es suave y, durante medio segundo, me pregunto si es así como se siente en todo el cuerpo.

—Gracias, por acompañarme. Sé que no fue realmente justo...

—No me importaba—, dice.

—No quiero que tengas que ser mi protector. No es justo para ti.

Hace esa cosa, esa risa que suena como una burla. —Te preocupas mucho.

—Y tú eres un mentiroso rápido—, digo.

—Cuando vi esa mirada en tu cara... Cuando tu madre se dio cuenta de que estabas conmigo—. Se detiene, como si tratara de pensar en las palabras adecuadas. —Conocí ese sentimiento.

—¿De verdad?

Asiente con la cabeza. —Esa impotencia, ¿verdad?

—Gracias. I …— Empiezo a decir. Se siente como un momento perfecto. Mi segunda oportunidad. Me equivoqué la noche de la película, pero tal vez ahora es el momento. Pero soy demasiado cobarde. —Hay algo que necesito mostrarte.

—¿Ah sí?

—Es un cuadro—, digo, metiendo la mano en el bolsillo para coger mi teléfono. —Es, um... Bueno, es un poco raro.

—¿Sabes que eres realmente terrible dando malas noticias a la gente? —, dice.

—Sí. Quiero decir, no está mal ni nada—. Saco la foto del cuadro. —

Al menos, no creo que lo sea. Pero es tu decisión. Es un cuadro tuyo.

Nathan hace una pausa, mirando entre el teléfono que aún tengo en la mano y yo. —¿Me has pintado?—, pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Por favor, dime que no encontraste la manera de pintarme desnudo.

—¿Qué?— Espeté. —¡No!

—De acuerdo, porque eres genial, Ben, pero eso puede o no ser un problema.

—¿Cómo *no va a* ser eso una ruptura del trato?

—Depende de cómo captures mis curvas y mi delicadeza—. Me guiña

un ojo.

Apago el teléfono y lo vuelvo a meter en el bolsillo. —Vale, no importa. Deja que el suspenso te mate.

—No, espera—. Vuelve a coger mi mano. —Vamos, sólo estaba bromeando.

Le señalo con el dedo. —Sin bromas, ¿vale?

—Lo prometo—. Vuelve a sacar la mano. —Lo prometo.

Vuelvo a coger mi teléfono y la foto del cuadro es lo primero que aparece. Me preparo y se la entrego. Al principio no reacciona, pero poco a poco su boca se abre en esa sonrisa tan familiar de la que creo que me he enamorado.

No quiero que deje de sonreír.

—Ben...— comienza, pero su voz se apaga de nuevo.

—Más o menos pasó, y sé que parece espeluznante o lo que sea, así que si quieres odiarme puedes hacerlo, pero sí. Sólo usé algunos de los sel ies que tomaste en mi teléfono—. Hablo tan rápido que se entremezcla, y no creo que me entienda realmente. —Tuve que cambiar algunas cosas, tirar de otras fotos.

—Ben—. Me agarra del brazo y eso me hace callar. —Me encanta.

—¿De verdad?

—Soy tan amarillo—. Se ríe. —Puede que sea mi favorito.

—Lo dices porque es tu retrato.

—Tienes que admitir que soy un buen modelo—. No deja de mirar la foto. —No puedo esperar a ver la de verdad. ¿Va a estar en el programa?

—Todavía no sé si lo estoy haciendo.

—Oh, vamos, Ben. *Tienes* que hacerlo.

—Es que... no sé.

—¿Tienes miedo de que a la gente no le guste tu trabajo?—, pregunta.

—Un poco, supongo—. Es como si me abriera de nuevo. Nunca he sentido esa necesidad de compartir mi arte con la gente, al menos con gente que no sea cercana. Siempre ha sido un asunto privado, algo conmigo mismo y con unos pocos elegidos.

—Ben—. Siento su mano de nuevo, justo encima de la mía. —

Realmente creo que deberías hacerlo.

—Es fácil para ti decirlo—. El calor de su piel se extiende a lo largo de la mía. Juro que este tipo es como una manta eléctrica o algo así. —

Quiero hacerlo—, digo.

—Así que deberías.

—Sólo tengo miedo.

Nathan se ríe. —Probablemente sea una respuesta normal. Para ser honesto, si esperaras totalmente que a todo el mundo le gustara todo lo que haces, probablemente serías un imbécil del arte súper pretencioso.

—Tendré que tomar prestados tus jerseys de cuello alto y tus gafas de hipster.

—Pssh. Como si fuera a renunciar a ellos. Pero puedes tomar mi café —. Comienza a reírse de nuevo. —No puedo creer que vaya a estar en una exposición de arte—. Finalmente me devuelve el teléfono.

— *Puede* ser—, corrijo. —Perdón por no pedir permiso ni nada.

—Bueno, esto es mi bendición para que lo pongas en el programa

—. Se pasa una mano por la parte superior del cabello. —Es fantástico.

Gracias, Ben.

—De nada—. Intento no sonrojarme, pero siento que mi cara se calienta a pesar del frío del aire.

Al principio, ni siquiera oigo el coche entrando en la entrada, pero Nathan se levanta y se oye el sonido de las puertas del coche cerrándose. —Mis padres están en casa.

—Oh.— Miro a mi alrededor, como si hubieran aparecido

mágicamente en el techo.

—¿Quieres conocerlos?

Me encojo de hombros. —Supongo que no tengo otra opción,

¿verdad?

Nathan se levanta y mira por encima del borde del techo hacia el patio trasero. —Es una caída fuerte, así que... creo que no—. Nathan me ofrece su mano de nuevo y me ayuda a levantarme. —Son geniales, lo juro.

—De acuerdo.

En realidad, no era así como planeaba conocer a los padres de Nathan. Había imaginado una docena de encuentros incómodos en los

que los llamaría por el nombre equivocado, o no diría el mío correctamente, o los llamaría mamá y papá por accidente.

Volvemos a cruzar el tejado hasta su habitación. Casi me caigo de nuevo cuando intento pasar. Al menos esta vez las posibilidades de caer trágicamente hacia mi muerte son mínimas. Pero Nathan me coge en brazos.

Es muy cálido, y por una fracción de segundo puedo oler su terrible colonia y su desodorante. Creo que es lima. Probablemente no debería ser una buena combinación, pero ahora mismo, huele tan bien.

Oh, mierda.

—Gracias—. Trato de sonreír de todo y me alejo todo lo que puedo.

—No hay problema—. Me suelta lentamente, sus manos se demoran demasiado. No, espera. Para, estoy siendo espeluznante otra vez. —Oye, ¿y si te quedas a cenar?

—Um, claro. No creo que a Hannah le importe.

—¿Nathan?—, grita una voz desde abajo. —¿Estás en casa?

—¡Sí, bajo en un segundo!— Nathan grita de nuevo, luego me mira, extendiendo su mano. —¿Listo para ir?

Lo tomo, lentamente, y dejo que me guíe fuera del dormitorio y por las escaleras.

DIECINUEVE

—Así que tú eres Ben—. La madre de Nathan toma mi mano, estrechándola rápidamente. —Soy Joyce, y este es mi marido, Robert.

Es un placer conocerte por in. Nathan me habla muy bien—. Me guiña un ojo, y no sé qué se supone que eso implica, pero no lo cuestiono.

—¿Lo hace?— Pregunto.

—Oh, aquí y allá—, dice ella.

Mientras mete la comida en la nevera, el padre de Nathan dice: —Y

todas las noches en la cena, y antes de acostarse, y en el desayuno.

Me vuelvo hacia Nathan, que está sentado en el mostrador con la cara enterrada entre las manos, y Dios, está tan guapo ahora mismo.

—¡No hablo de él las 24 horas del día!—, argumenta.

—Tiene razón—. El señor Allan dobla las bolsas de plástico sobrantes y las mete en un pequeño recipiente bajo el fregadero. —

Tiene que dormir alguna vez.

—Oh, hardy har har—. Nathan pone los ojos en blanco. Luego dice

—*Lo siento*—. Pero estoy demasiado ocupado riendo.

—Entonces, Ben, ¿quieres unirte a nosotros para cenar?— La Sra.

Allan pregunta.

—Um, claro—, digo. —Si no les importa, claro.

—¡Claro que no!— La Sra. Allan se apoya en el mostrador. —Sólo íbamos a hacer pizza, si te parece bien. Estoy demasiado agotada para cocinar esta noche, el trabajo fue una pesadilla.

Me encojo de hombros. —Me parece bien lo que sea.

—¿Alguna cosa dietética que deba saber? ¿Sin carne, sin queso?

—No, de verdad, estoy bien.

—Entonces, ¿qué han estado haciendo?— El Sr. Allan pregunta. No suena realmente acusador, pero sigue existiendo esa preocupación.

Como si pensaran que estábamos haciendo el tonto arriba o algo así.

—Sólo pasaba el rato. Lo llevé a la azotea.

En realidad me sorprende que Nathan no cubra, como si estuviéramos estudiando o algo así. No. Estábamos en la azotea, lo que signi ica que teníamos que estar en su habitación antes de estar allí.

Totalmente solos, sin ninguna supervisión de los padres.

—Oh, señor—. La señora Allan se ríe. —¿Quieres decir que no estabas completamente aterrorizada?—, me pregunta.

—No—. Casi digo que no era *mi primera vez*, pero siento que eso sería contraproducente. —Lo era al principio, pero no es tan malo.

—Ojalá dejara de hacer eso—, murmura la señora Allan. —Me asusta saber que está ahí arriba.

—No es tan peligroso—, dice Nathan. —Y tengo cuidado.

—Lo sé, lo sé—. La Sra. Allan le alborota la cabeza y besa la sien de Nathan. —Pero todavía me tienes preocupado.

—¿Quieres que pida?— le pregunta el Sr. Allan a su mujer, con el teléfono ya en la mano.

—Sí, cariño. Sólo pide un queso grande y un pepperoni grande.

—Lo tengo. ¿Eh? Ah, sí. Me gustaría hacer un pedido...— El Sr. Allan dice en el teléfono antes de empezar a caminar por el pasillo, su voz se desvanece con él.

—Entonces, ¿cuánto tiempo has estado en Wake, Ben?— La Sra.

Allan pregunta. Supongo que eso signi ica que Nathan no les ha dicho nada. No es que pensara que lo haría; es sólo que... es bueno saber que guardó ese secreto.

—Desde hace unos meses. Me mudé aquí en enero.

—¿Lo estás disfrutando?

Me encojo de hombros. —Es bonito. Diferente.

—Estaba muy nerviosa de que Nathan fuera a una nueva escuela cuando llegamos aquí. Tiene que ser extraño tener que empezar de nuevo. Nuevos amigos, nuevas clases, nuevos profesores.

—Sí—. Me apoyo en el mostrador, mirando a Nathan.

—¿A tus padres les gusta esto?

—Vivo con mi hermana—. Por alguna razón se siente imposible mentirle a la Sra. Allan.

No pregunta detalles, como si no fuera algo súper extraño para ella.

Pero quizás no lo sea, mucha gente vive con sus hermanos, supongo.
—

¿Le gusta a tu hermana?

—Sí, pero ella ha vivido aquí por un tiempo—. La veo intentando atar cabos en su cabeza. Si llega o no a la conclusión correcta, no estoy seguro. Parece dudoso.

—Me alegro de que Nathan y tú sean amigos. Es duro pasar por el instituto solo.

—Vale, vale—. Nathan se levanta. —Basta de interrogatorios.

—Sólo estaba haciendo preguntas—, protesta la señora Allan.

—Y Ben ha tenido un día muy ocupado, así que vamos a ver la televisión.

—Ha sido un placer conocerla, señora Allan—, digo, antes de que Nathan me coja la mano.

—Tú también, Ben—. Entonces tiene que gritar porque ya estamos a mitad de camino en el pasillo. —¡Te llamaremos cuando llegue la cena!

—¡Gracias, mamá!— grita Nathan, y me lleva de vuelta a su habitación. —Voy a usar el baño muy rápido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo—. Lo veo desaparecer por el pasillo y me doy cuenta de que estoy sola en la habitación de Nathan Allan.

Mis ojos captan todos los títulos que cubren sus estanterías inundadas. Me gustaría pasar la mayor parte del día organizando todo esto para él. Hay al menos cinco ejemplares de *Orgullo y Prejuicio*, con las tapas maltrechas y desgastadas. Hojeo uno, pero veo que ha escrito cosas en los márgenes, con un rotulador borroso que decora pasajes enteros.

Lo vuelvo a dejar rápidamente. Se siente demasiado personal, casi como si estuviera espiando en su diario. El resto de los libros van desde

la fantasía hasta las historias contemporáneas. Incluso puedo reconocer algunos de ellos.

Sin embargo, no parece haber ningún tipo de organización. Ni por series, ni por apellidos de autores, ni por títulos. Incluso las alturas de todos los libros están desordenadas. Su escritorio está ordenado, al menos, con el salvapantallas de su portátil sonando de fondo.

Hay un calendario con casi todos los días tachados a medida que nos acercamos al inal de abril, y un puñado de fotos han sido clavadas en la pizarra de corcho que cuelga de la pared. Una de Nathan y su madre, otra de los tres en el centro. Me recuerdan mucho a las fotos que hacía mamá. Fotos de una familia feliz jugando.

Excepto cuando miro a Nathan y a sus padres, siento que veo una familia de verdad.

—Hola.

Salto al oír la voz de Nathan. Dios, ¿y si piensa que estaba mirando sus cosas? Quiero decir, supongo que técnicamente sí, pero sólo las fotos. No estaba revisando sus cajones ni nada por el estilo.

—La tomamos el año pasado—. Señala la pared de fotos, y es di ícil saber de cuál está hablando realmente antes de que se acerque, rozándola con los dedos. Es una con él, Sophie y Meleika en el agua. —

No podían creer que nunca hubiera estado en una playa. No son precisamente comunes en Colorado.

—¿Es ahí donde vivías antes?— Pregunto.

—Sí—. Se ríe. —Fue extraño. Nunca había estado en uno, pero la arena estaba muy caliente y se sentía bien bajo mis pies.

—Eso es antes de entrar en el agua—, digo. —Después de eso se te empieza a pegar y nunca te lo quitarás todo.

—Es justo. No puedo decir que haya sentido la necesidad de volver.

Siento el roce de sus dedos, y estoy muy feliz de tomar su mano de nuevo. No nos reconocemos. Ninguno de los dos baja la mirada, ni aprieta los puños, ni dice nada.

Porque no tenemos que hacerlo.

Llega el lunes y la señora Liu necesita una respuesta.

—Sé que te sigo molestando con esto, pero el espectáculo es el viernes por la noche y realmente necesitamos una respuesta si...

La detengo. —Yo lo haré.

Para ser sincera, no había entrado en la escuela con una respuesta de initiva. No dejaba de pensar en lo que dijo Nathan, en que tenía miedo. No sé si eso ayudó. En realidad creo que sólo dije lo que se me ocurrió primero.

Que aparentemente fue un sí.

La cara de la señora Liu se ilumina y empieza a dar saltos de alegría.

—¡Oh, Ben! Estoy tan emocionada! Bien, tenemos mucho que hacer. Me aseguré de plani icar tu espacio, así que sólo tienes que elegir el trabajo que quieres mostrar. Estamos limitando a cada estudiante a cinco piezas, ¿de acuerdo?

—Sólo mostraré los cuadros que ya he hecho—, digo.

—¿Como la de Nathan?— Su voz se interrumpe.

Asiento con la cabeza. —Ese también.

—Ben, es fantástico. Les pido a todos que se queden el viernes después de clase para ayudar con el montaje. De initivamente debería dejar su iciente tiempo para que vayas a casa y te cambies.

—De acuerdo. Estaré aquí.

Pero cuando llega el viernes, no estoy preparado.

Todo el día en la escuela soy un manojo de nervios, apenas hablo y no puedo dejar de temblar. En el almuerzo, Sophie me da este juguete en forma de cubo que dice que la ayuda cuando su TDAH se pone muy mal. Y ayuda un poco, pero sólo un poco.

—¿Alguna idea de lo que debemos llevar?— Nathan pregunta.

Sacudo la cabeza. —Nada en absoluto—. He estado pensando en la camisa de lores, la que me compró Hannah. Pero, ¿y si es demasiado formal? ¿O demasiado informal?

—Excelente, voy a sacar mi traje de cumpleaños—. Intenta hacerme reír, pero no lo consigue.

—Sí, no necesitaba esa imagen mental—, dice Meleika.

—Creo que estoy emocionalmente marcada de por vida—, murmura Sophie.

Después de las clases, me dirijo a la sala de arte. No hay mucho que preparar, ya que todos los tabiques para colgar el arte ya están colocados. Sólo tenemos que elegir nuestros puestos y trasladar nuestro trabajo. En cuanto entro en la sala de arte, me veo rodeada de un montón de gente. A algunos no los he visto nunca, a otros los he visto de pasada.

Durante unos segundos todo el mundo se queda mirando, pero luego vuelven a las conversaciones que estaban teniendo antes. La señora Liu dice a todos los que están listos que vayan a la parte delantera de la escuela y escojan sus lugares. Los que tienen que colgar el trabajo en la parte de atrás tienen que turnarse con la escalera para bajarlo.

—Es increíble—. Esta chica mira por encima de mi hombro el cuadro de Nathan. —Nathan es tan malditamente lindo, oh Dios mío.

—Oh, um, gracias—, digo, como si pudiera atribuirme el mérito de su ternura. Pero no puedo discutir con ella.

Elijo un lugar cerca de la parte de atrás, de esa manera no atraigo una tonelada de atención. Y una vez que he terminado, la señora Liu me despide.

—Sólo estate aquí a las ocho, ¿de acuerdo?—, dice.

Thomas no tiene que cambiarse, y Hannah ya casi ha terminado cuando llegamos a casa, pero yo pierdo casi una hora tratando de decidir qué ponerme, y ahora me miro en el espejo, y *realmente* considero no ir a esta exposición de arte en absoluto.

Elijo la camisa de lores que me compró Hannah, la negra con lores rosas, y supongo que me veo bien, pero hay algo raro en mi cuerpo esta noche, y tengo un asqueroso bulto rojo en la barbilla que le pedí a

Hannah que me tapara, pero en realidad no tenemos tonos de piel que coincidan, y pre iero tener un bulto que esta raya aleatoria de piel ligeramente más oscura.

—¿Estás listo, hermano?— Hannah de initivamente se ve mejor que yo. Diablos, incluso Thomas se ve más cómodo. Sólo soy un cuerpo raro y torpe. Siempre lo he sido, probablemente siempre lo seré.

—Realmente no lo sé—. Me doy otra mirada, pero sigo odiando lo que veo. En casa, me ponía lo que me compraba mamá. Tenía buen gusto, y la ropa me quedaba bien, y era parecida a la que llevaban los demás, así que me sentía menos cohibida.

—¿Quieres hablar?—, pregunta.

—No hay nada que hablar realmente.

—¿Seguro?— Hannah se acerca a mi cama y toma asiento en el borde, dando una palmadita en el lugar a su lado. —Vamos.

Suspiro, pero hago lo que me dicen, apoyando los codos en las rodillas.

—¿Qué pasa?— Hannah pregunta.

—Sólo nervios—, digo, sabiendo que no es sólo eso.

Ya sé mi respuesta a la pregunta de mamá y papá. No hay manera de que pueda volver a esa casa, no después de todo lo que hicieron. Quiero creer que han cambiado, pero realmente no creo que lo hayan hecho.

Creo que este tipo de cambio está más allá de ellos. No son lo su icientemente maduros para haber crecido por sí mismos.

Luego está la idea de que le he ocultado todo esto a Hannah. No creo

que pueda contarle lo de la reunión con ellos. Parece una traición total de mi parte, y no quiero ver su cara si se entera.

Intenté hablar con Mariam sobre todo esto, pero todavía se siente como algo extrañamente privado; realmente no puedo explicarlo.

Además, no puedo echarle siempre encima todos mis problemas y esperar que lo resuelva. Eso no es justo.

—Oye, los nervios pueden ser algo bueno—, dice Hannah.

—¿Cómo es eso?

—Bueno...— Ella abre la boca. —Maldición, no tengo ningún consejo.

—¿Ves?

Hannah me da unas palmaditas en la rodilla. —Sólo inge que esta noche va a ser la mejor noche de tu vida.

—Realmente ponemos el listón bajo, ¿no?

—¿La mejor noche de tu vida, hasta ahora?—, corrige ella.

—Mejor—, digo, balanceándome un poco hacia adelante y hacia atrás. —Puedo hacerlo—. Inhalo y exhalo lentamente. —Puedo hacerlo

—. Durante unos breves segundos pienso en decírselo. Lo del mensaje y la reunión. Pero eso no ayudará a nadie.

Ya tengo mi respuesta, mi hogar.

—Lo tienes—, dice.

Oigo a Thomas viniendo por el pasillo, todavía remangándose la camisa. —¿Todos listos para ir?

Hannah me mira de reojo. —¿Y bien?

—Sí, vamos.

North Wake por la noche es algo extraño. Todas las luces están apagadas, excepto las del edi icio principal donde se celebra el espectáculo. Y el aparcamiento está repleto de coches, así que supongo que cualquier posibilidad de que sea un espectáculo pequeño se

esfumó.

—¿Van a llegar tus amigos esta noche?— Hannah cierra el coche detrás de nosotros.

—Creo que sí—. Compruebo mi teléfono, pero no hay mensajes nuevos. Sin embargo, hoy hemos hablado de ello en la comida y todos parecían entusiasmados.

—¡Ben!—, grita alguien desde el otro lado del terreno, y de repente dos personas corren hacia mí. Bueno, Meleika está corriendo, Sophie

está tropezando. No puede hacer mucho con sus tacones.

—Lo han conseguido—. Dejo que Meleika me envuelva en un abrazo.

—¿Por qué no lo haríamos?— pregunta Meleika.

—No estabas respondiendo a tus mensajes—. No quiero que suene como una acusación.

—Oh, estaba conduciendo—, dice.

—Y no tengo absolutamente ningún servicio—. Sophie golpea su teléfono con rabia.

—Está bien—, digo. —¿Sabes dónde está Nathan?

—Creo que iba a intentar llegar antes—, dice Sophie.

El teléfono de Meleika da un pequeño *pitido*. —Sí, ya está dentro.

—Bueno, ya que Ben no va a presentarnos, lo haré yo—. Hannah ofrece su mano a Sophie. —Soy Hannah, la hermana de Ben.

—Lo siento—, digo. —Esta es Sophie, y Meleika.

—Hola, chicas—. Thomas las saluda a ambas.

—Hola, Sr. Waller—. Meleika rebusca en su bolso un segundo. —

¿Preparada para patear el culo de esta exposición de arte?—, pregunta.

—Totalmente—, digo, siguiéndolos al interior de la escuela.

No se puede hacer mucho con el vestíbulo de una escuela, pero con los

tabiques y los trabajos de todos colgados, parece una auténtica galería. Y ya hay gente paseando. Supongo que la mayoría son padres, pero reconozco algunas caras. Incluso veo a Stephanie. Por suerte, Todd parece ausente.

—¿Dónde están tus cosas?— Sophie pregunta.

—Por aquí—. Pasamos por delante de ilas y ilas de cuadros de diferentes estudiantes. Todos parecen estar de pie a un lado, listos para hablar con la gente en cualquier momento. Cuando doblamos la esquina para llegar a mi sitio, justo al inal de la ila, por in veo a Nathan.

Y está mirando mi trabajo. Más especí icamente, está mirando el retrato de él.

—¡Y tú debes ser Nathan!— Dice Hannah, extendiendo su mano. —

Ben y mi marido han hablado bastante de ti.

—Todo es bueno, espero—. Nathan toma su mano. Un perfecto caballero, como siempre. —Sólo espero poder estar a la altura de su brillante recomendación.

—Oh, vaya, Ben—. Meleika se queda mirando, con la boca abierta.

—¿Tú has pintado esto?

Ahora los cinco están mirando. Bueno, Thomas no tanto, ya que él ya ha visto estos.

—Sí—, digo, intentando no sonrojarme.

—Alguien ya me ha preguntado si lo he pintado yo—, murmura Nathan. —Les dije que era imposible que tuviera tanto talento.

—Esto es genial—. Sophie mira de un cuadro a otro. —¡Dios mío, ese es Nathan!— Se inclina muy cerca.

—Hola—. Nathan la tira hacia atrás. —No respires sobre mi precioso retrato, bajarás el valor.

Sophie pone los ojos en blanco. —Oh Dios, Ben, esto fue un error. Su ego ya es demasiado grande.

—Hablaremos de ello cuando tu retrato cuelgue en una galería de arte.

Ella lo rechaza, pero ambos sonríen.

Las exposiciones de arte son un poco surrealistas, incluso si se trata de una exposición de estudiantes. Al menos esta lo es. No puedo hablar de las otras.

La gente sigue entrando y saliendo, algunos se detienen a hablar conmigo o a mirar los cuadros. Según Nathan, Hannah y Thomas están dando una vuelta por la galería. La señora Liu nos encuentra unos minutos después.

—Oh, Ben, ¿no es esto increíble?— Me abraza de nuevo. —¡La participación es mejor de lo que esperaba!

—Sí—. El lugar que elegí no está muy concurrido, pero la gente pasa, algunos se detienen y me preguntan cómo hice los cuadros. Pero

la mayoría se limita a sonreír, asentir y seguir adelante. Después de otros diez minutos, Meleika y Sophie se van a buscar la mesa de la comida, y la señora Liu se entretiene hablando con otra persona.

Así que ahora sólo somos Nathan y yo.

—Todavía no puedo creer que hayas hecho eso—, dice, dándose la vuelta para mirar de nuevo su retrato. —Me gusta cómo se pueden ver los detalles de la pintura, como si la pintura no fuera plana... Si eso tiene sentido.

—Son sólo las pinceladas, nada del otro mundo.

—Me sigue gustando. Me da calor.

—Eso sería el amarillo—, digo.

—¿Por qué *has* elegido el amarillo?—, pregunta.

Respondo antes de poder detenerme. —Porque es brillante y esperanzador—. Espero un momento. —Como tú.

Nathan me mira con el rabillo del ojo y me dedica esa sonrisa socarrona.

Siento que mi cara se calienta. —Lo siento, quiero decir... No es nada especial—, argumento, esperando que olvide lo que he dicho. —Mira —.

Dejo que mi dedo pase por encima de la versión pintada de su cara. —

Las líneas aquí no están bien.

—Oh, por favor.

—Y debería haber añadido un tono más oscuro aquí para que pareciera más una sombra.

—Ben—. Suspira.

—¿Qué?

—Dime una cosa que te guste de este cuadro.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre señalas los defectos de tu obra, pero ¿qué es lo que te gusta de este cuadro? ¿O de ese?— Señala el del cardenal, que parece de toda la vida.

Pienso por un momento. —Me gusta que haya podido inventarlo, el espacio que lo rodea, quiero decir—. Claro que he acertado con el

pájaro, pero el resto del vacío era mi terreno de juego. Una mezcla de azules y púrpuras con el pequeño pájaro rojo proporcionando el contraste.

—¿Y lo de Pollock?

—Pintura por goteo—, corrijo.

—La pintura por goteo—, dice con una sonrisa en la cara. —¿Qué es lo que te gusta de ella?

—Me gusta cómo los morados siguen apareciendo, incluso bajo todo el azul.

—Y éste—. Nathan señala su retrato.

—Me gusta que se trate de ti—, digo en voz baja, y él parece no escucharme al principio, o creo que no lo hace.

Luego dice: —Es una característica muy buena—. Deja escapar un largo suspiro. —Siempre señalas los problemas de las pinturas o los dibujos. Pero, ¿qué pasa con las cosas que tienes bien?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿No signi ican algo?

Sus palabras hacen que se me caiga el estómago. No sé, tal vez tenga razón. Pero no creo que se dé cuenta de lo di ícil que puede ser olvidar todos los errores cuando sé que son culpa mía. Cuando sé que debería haberlos detectado. —Es di ícil estar orgulloso de algo que has estropeado, aunque todo alrededor sea perfecto.

—No ignore los problemas—, dice. —Aprende de ellos. Pero tampoco hay que menospreciar lo que se hace bien. Cada éxito merece una celebración.

Me quedo sin palabras, antes de conseguir escupir un —Gracias.

—Para eso estoy aquí. Apoyo emocional. Ser modelo queda en segundo lugar por poco.

—Creo que Sophie tiene razón. Esto no ha hecho mucho por ese ego.

—Lo que sea—. Entonces, tenemos que discutir las oportunidades de modelar. ¿Estoy pensando en hacer un desnudo completo a

continuación?

—Ni por asomo—, le digo, riéndome de él, e intentando con todas mis fuerzas no pensar en que Nathan está desnudo. —¿Y tú?

—¿Hmm?

—¿Qué le gusta de mi trabajo?

Nathan mira hacia mí, pero no responde.

—Aquel día que cogimos la pintura de la sala de arte, actuaste como si fueras a decir algo. ¿Qué fue?

—¿Te acuerdas de eso?— Se ríe.

—Creo que ha sido la única vez que te he visto sin palabras—. Le doy un codazo. —Vamos—. Hago mi voz más grave, sonando tan seria como puedo. —¿Qué sientes cuando los ves?

—Es un acento terrible.

—Sueno como un erudito—, argumento. —Ahora deja de evitar la pregunta.

—Sus cuadros parecen... complicados.

Me quedo helado; vale, no me lo esperaba realmente. —¿Qué quieres decir?

—No es... nada—, dice, y luego empieza a reírse sin razón. —Nada, lo juro.

—No—, digo. —Dime.

—No sé, siento que puedo verte en ellos. Probablemente no tenga sentido.

La verdad es que no. Pero quiero escucharlo en esto. —Sigue hablando.

—Como el de Pollock, no sé, parece brillante y activo. Pero, como, muy oscuro al mismo tiempo. Si es que eso tiene sentido—. Respira lentamente. —Creo que es el cuadro que más se parece a ti.

—Esa fue sólo una tarea. La Sra. Liu quería que mostrara a su clase de primer año cómo pintaba Pollock.

—Aún así, se siente como tú—. Se ríe de nuevo. —Como un cuadro muy 'Ben-ish'.

—¿Ben-ando?— Yo digo. —Huh.

—Lo siento.

—No, no, no—. Miro hacia él y luego vuelvo al cuadro. —Lo entiendo —. Al menos, creo que lo entiendo.

—El del pájaro se siente solo—, continúa Nathan. —Como si tuvieras todo este espacio vacío, aunque sea un lienzo enorme.

—Deberías criticar el arte—, digo.

—O tal vez sólo te critique—. Guiña un ojo.

—Esa puede ser tu peor frase hasta ahora—. Pero todavía puedo sentir que mi cara se calienta un poco, y no puedo sostener su mirada durante más de unos segundos.

Espero que siga, que diga algo sobre su retrato, pero supongo que ya me ha dicho todo lo que tenía que decir sobre él. Los colores brillantes, el ángulo. —¿Quieres dar una vuelta?— le pregunto.

—Sí, ¿por qué no?

Pero en cuanto doblamos la esquina, mis ojos encuentran las puertas delanteras de la escuela. Y a las dos personas que las atraviesan.

—Joder—, susurro en voz baja.

Mamá y papá están aquí.

VEINTE

—No. No, no, no, no.

Nathan se paraliza. —¿Qué están...?

Tengo que pensar rápido. —Escucha, por favor, encuentra a Hannah y a Thomas—, digo lo su icientemente bajo como para que sólo Nathan me oiga. —Distráelos, mantenlos alejados de mi sección, ¿de acuerdo?

—Entendido—. Nathan asiente y sale corriendo, mirando por los pasillos.

—Hola, cariño, ¿a dónde va tu amigo?— Pregunta mamá.

—Para conseguir algo de beber—, murmuro. —¿Qué están haciendo ustedes dos aquí?

—Bueno, estábamos mirando la página web de tu colegio—, dice mamá con una sonrisa. —Y vimos que había una exposición de arte, ¡y que tu nombre estaba en la lista de alumnos!.

—Así que pensamos en pasar por aquí—. Papá dobla un folleto que le dieron en la puerta.

—¿No creen que deberían haberme enviado un mensaje primero?

¿Para ver si estaba bien con esto?— Pregunto.

—Oh, cariño, no seas tonta. Queríamos apoyarte—. Mamá me golpea con la mano.

—Ahora, ¿dónde están tus cosas? Me gustaría verlas.

—Creo que ustedes dos deberían irse.

El padre se burla. —¿Así que ahora no se nos permite ver el trabajo de nuestro propio hijo? Solías hablar de tu arte todo el tiempo, ¡pensé que estarías emocionado!

Capto el uso de la palabra, todavía no hay “hijos”. ¿Tal vez lo están intentando ahora? —Hannah está aquí, y yo no te invité. No creo que sea una buena idea.

—Oh, para, Ben.— Papá me roza. —Vamos a echar un vistazo rápido y luego nos vamos, ¿de acuerdo? Quizá salgamos a cenar para celebrarlo.

—Sí, claro. Tal vez—. Diré lo que haga falta, con tal de que se vayan lo antes posible. Me agacho delante de mamá y los conduzco a ambos hacia mi pequeña sección. —Aquí tienes.

—Oh, Dios, esto sí que es algo, Ben.

Me abstengo de preguntar exactamente qué tipo de —algo— son.

—Gracias.

—¿De verdad has pintado esto?— pregunta papá, inclinándose para verlo más de cerca. —Estoy sorprendido; tienes más talento del que pensaba.

Tal vez si se hubiera molestado en mirar alguna de las cosas que le mostré en casa estaría menos sorprendido. —Sí—. Miro alrededor, esperando que Nathan haya encontrado a Hannah y a Thomas.

—Oh, acércate, cariño—. Mamá saca su teléfono. —¡Quiero hacer una foto!

—Bien, entonces sí que tenéis que iros—, digo, poniéndome al lado del cuadro de goteo.

Oigo a mamá susurrar: —Ojalá llevaras otra camiseta—. Pero decido ignorarla. No tiene sentido que se enfaden.

—¿Es tu amigo?— Papá pregunta. —¿Nate?

—Nathan—, digo. —Y sí.

—Se parece a él—. Pero no suena como un cumplido. Estoy seguro de que las piezas están encajando en su cabeza. He pintado un retrato de un chico, un chico con el que parezco muy cercano. En su cabeza es una simple adición.

—Gracias—, digo, tal vez sólo para fastidiarlo.

—¿Te pagan por esto?— Pregunta papá.

—No, papá.

—Bueno, deberíamos hablar con alguien sobre eso—. Empieza a mirar a su alrededor, pero tengo que detenerlo.

—No, papá, está bien. Esto es un espectáculo para estudiantes.

Nadie va a cobrar.

Mamá saca unas cuantas fotos con su teléfono. —Bueno, esto fue simplemente fantástico. Son realmente increíbles, Ben.

—Bien, ahora por favor, vete.

—Benjamín, no hay necesidad de ser grosero, hemos venido hasta aquí—. Papá rodea con un brazo la cintura de mamá.

—Chicos, les lo ruego. Escuchen...

—Ah-ah—. Papá suelta una risita baja y mira a mamá, pero ella no se ríe. —¿Ahora quién se equivoca de género con alguien?

Increíble.

Y va a seguir riéndose en mi cara.

—Esa fue una de las cosas que descubrimos, cuando usas las palabras equivocadas para alguien—, explica mamá.

—Bueno, ¿entonces tal vez entiendas que no es una maldita broma?

— Digo lo su icientemente alto para que aún puedan oírme.

Sin embargo, ninguno de ellos lo reconoce. De hecho, empiezan a mirar a todos los demás estudiantes como si me ignoraran a propósito.

—Sabes, esta es realmente una buena escuela—, dice mamá. —Muy moderna.

—Sí, es perfecto—. Dios, ¿por qué no se van? —Ahora, por favor...

—Oh, genial—, susurra papá en voz baja.

Oh, no.

Que me jodan.

Hannah viene hacia nosotros, Thomas le pisa los talones, y Nathan está detrás de Thomas. Una maldita línea de conga del desastre.

—Ben, lo siento, yo...— Nathan intenta decir, pero es bloqueado por Hannah.

—¿Qué estan haciendo aquí?— Hannah no pierde el tiempo y se pone en la cara de mamá.

—Hannah, escucha...— Intento rogarle que se calme. —Por favor, no hagas esto aquí.

—No te metas en esto, Ben—, le responde ella.

—Hannah, cariño, vamos—. Thomas coge a Hannah por los hombros e intenta llevarla lejos, pero es inútil. —Vamos a salir fuera.

—Te lo voy a pedir otra vez—. Apunta con un dedo a la cara de papá. —¿Qué están haciendo ustedes dos aquí?

—Hemos venido a ver a Ben—, dice mamá con calma.

—Queríamos apoyarlo—, dice papá.

Esto no puede ser real, esto no puede estar pasando. No aquí, por Dios, no en medio del maldito vestíbulo de la escuela.

—Oh, ¿así que *ahora* puedes mantenerlos? ¿Después de que echaste a Ben de la maldita casa?

Aquí no, aquí no, aquí no.

Siento que Nathan se acerca y que su brazo me rodea el hombro. Lo único que quiero hacer es apartarme, salir corriendo por la puerta y alejarme del lugar. Pero no puedo. Me quedo congelada donde estoy, con el estómago revuelto mientras esa sensación de náuseas se apodera de mí.

—Hannah Marie De Backer—, intenta decir papá, pero Hannah no lo acepta.

—¿Entiendes lo que has hecho pasar a Ben, los ataques de pánico, la ansiedad? Echaste a tu propio hijo, por el amor de Dios.

—Esto no es de tu incumbencia—, resopla papá. —Nos hemos dado cuenta de nuestro error y estamos trabajando para arreglarlo. Ben incluso ha aceptado volver a casa después de graduarse.

Oh, no.

Hannah se vuelve hacia mí. —¿Qué?

Esto no está sucediendo, esto no puede estar sucediendo. —¡No, no, no, eso no es lo que he dicho!— ¿De dónde sacó eso?

—Nos reunimos el otro día y hablamos de que venga a quedarse con nosotros una vez que termine aquí. Así podrá seguir adecuadamente una educación universitaria—. Papá sigue hablando.

Hannah se echa a reír. —¿Te reuniste con ellos? ¿Después de lo que hicieron?

Tengo que zafarme del agarre de Nathan, y no es hasta que me suelta que me doy cuenta de que él era básicamente la única razón por la que seguía en pie. —Hannah, por favor, para. Te juro que no voy a volver allí—. Me tropiezo, casi cayendo a la baldosa. — *Nunca* dije que volvería allí.

—Ben—. Papá parece realmente sorprendido. —Dijiste que vendrías a casa después de la graduación.

—No van a ir a ninguna parte—, dice Hannah.

—Escucha, pequeña zorra...— Papá casi levanta la mano. Puedo ver el movimiento de su muñeca, deteniéndose cuando recuerda que estamos en público. Nunca le pegó a Hannah. *Nunca.*

Al menos, hasta donde yo sabía...

Pero tal vez está en su límite con los dos. Tal vez esto sea prueba su iciente. Nunca cambiará, ninguno de ellos lo hará.

—No hablaba en serio—. Levanto la voz sin quererlo. —Dije lo que pensé que me sacaría de encima.

—Pensamos que serías un poco más comprensivo—. Papá se hace más fuerte con cada palabra.

Y de repente, soy hiperconsciente de todo el mundo reunido a nuestro alrededor. Como si se tratara de una maldita pelea en el pasillo.

La Sra. Liu está ahí de pie, mirándome, con cara de pena. Meleika y Sophie han encontrado a Nathan, y las tres parecen dispuestas a pelearse o algo así. Diablos, Sophie incluso tiene sus tacones en las manos, listo para ir. Stephanie está mirando el desastre frente a ella, junto con todos los demás estudiantes de North Wake aquí. Sus padres y amigos.

A todos.

—Yo… — Siento que empiezo a temblar, y no puedo evitarlo.

No puedo detenerlo. Nada de eso. No puedo hacer que se vayan, no puedo hacer que Hannah se calme, no puedo hacer nada.

—Ben—. La voz de Nathan es tan distante. Sus manos en mis hombros, son casi su icientes para hacerme caer al vacío.

—No puedo hacer esto.

—¿Ben?— La preocupación se apodera del rostro de Hannah, la ira desaparece en un instante. —Ben, ven, vamos a llevarte a casa.

—No. No voy a ir a ningún sitio contigo—. Sacudo la cabeza y me giro para mirar a Nathan. —¿Podemos irnos?

—Sí...— dice después de un segundo. —Claro, vamos—. Nathan me agarra con fuerza y me lleva a la esquina. Hasta la puerta.

—¡Ben!—, grita alguien. No sé quién, y realmente, no me importa.

Dejo que Nathan me lleve a su coche. Está en su sitio habitual en el aparcamiento de estudiantes. Antes de que pueda meterme en el asiento del copiloto, oigo el *chasquido* de los tacones detrás de mí en el pavimento.

—¡Benjamín!

Mamá. Y papá está justo detrás de ella.

—¡Para ahora mismo, jovencito!— Papá grita.

—Déjame en paz—, intento decir, pero cuando mamá me agarra de la muñeca, no puedo evitar agarrarse.

—Ben, lo sentimos. Sólo queríamos apoyarte... demostrarte...—

Mamá tartamudea, y me doy cuenta de que en realidad está asustada.

Tal vez porque por primera vez en mucho tiempo, no está obteniendo lo que quiere de mí. Y por un segundo, veo a la mujer que amé. La mujer que aún podría amarme. —Sólo ven a casa, ¿de acuerdo?

Podemos hablar de esto. Iremos a ver a ese doctor, y tal vez él pueda ayudarte con algunas de estas cosas.

Sus uñas se clavan silenciosamente en mi piel.

—No—, digo; mi voz suena extraña. Incluso para mí. —No voy a ninguna parte contigo.

—Ben, vas a venir a casa con nosotros, ¿verdad?—, empieza a decir papá, pero le corto.

—No soy tu hijo. Si vuelves a acercarte a mí, o a la casa de Hannah, llamaré a la policía—. Abro la puerta del coche de Nathan lentamente.

—No estoy bromeando. No vuelvas a hablarme—. Me subo al asiento del copiloto, sintiendo el bandazo del coche cuando Nathan sale de su sitio.

Veo a mamá y a papá en el espejo retrovisor, mirando el coche con la boca abierta.

Y honestamente espero que sea la última vez que los vea.

VEINTIUNO

Cuando llegamos a la casa de Nathan, subo las escaleras hasta su dormitorio, como si fuera la dueña del lugar o algo así.

—Voy a hablar con mis padres muy rápido—, dice. —Enseguida subo.

Casi me voy con él, porque en el momento en que sus manos me abandonan, echo de menos su tacto. Pero no puedo dejar que sus padres me vean así. Subo las escaleras lentamente, pero cuando por in llego a su habitación, estoy perdida. No sé adónde ir, si debo tumbarme en la cama o abrir la ventana y arrastrarme hasta el tejado.

Al poco tiempo oigo el sonido de sus pasos subiendo las escaleras, el crujido del suelo de madera bajo sus pies.

—¿Quieres acostarte?—, pregunta.

—Claro—, digo, y siento ese dolor en la mandíbula. Sé que si sigo hablando, me pondré a llorar.

Nathan se sienta contra la pared y coge una almohada, poniéndola en su regazo. —Ven aquí—, dice, dándole una palmadita.

No estoy de humor para discutir o cuestionarlo, así que me arrastro hasta la cama y recuesto la cabeza. Dice: —Mi madre me hacía esto cuando era más joven. Siempre me hacía sentir mejor—. Sus manos se dirigen a mi pelo y comienzan a enhebrar los rizos. Es una especie de relajación que nunca había sentido.

Me está costando todo lo que hay en mí para no derrumbarme ahora mismo. —Siento que hayas visto eso.

—No es tu culpa—, dice. Escucho su respiración. —¿Hay algo que quieras que haga?

—¿Puedo quedarme aquí? ¿Sólo un rato?

—Por supuesto, todo el tiempo que necesites. ¿Algo más?

Me encojo de hombros. Ahora mismo no soy precisamente partidario de nada.

—Sé lo que necesitamos—. Sus dedos no se detienen, incluso cuando se inclina hacia su mesita de noche para coger algo.

La presión en mi oído me sorprende, pero Nathan desliza el auricular sin problemas. Le da al play en su teléfono y se oye un sonido realmente inquietante, casi como el de una película de terror. Luego entra una guitarra acústica y un tipo empieza a cantar con una voz que suena igual de triste.

—¿Quién es?

—Troye Sivan—. Nathan se ríe.

Es bonito, pero no es lo que esperaba de Nathan. Parece demasiado sombrío, pero cuanto más escucho la letra, más feliz parece.

Cierro los ojos. No quiero hacerlo, pero los párpados me pesan demasiado para mantenerlos abiertos. —¿Nathan?

—¿Hmmm?

—Me alegro de que nos hayamos conocido.

—Yo también, Ben.

—Has hecho que estos últimos meses apesten menos.

—Lo mismo digo.

—Lo siento.

Los dedos de Nathan rozan mi cuello. —No es tu culpa, Ben. Nada de esto lo es.

Mis ojos inalmente se cierran y me permito llorar.

No salgo mucho de la cama durante los siguientes días. Me quedo tumbada bajo las sábanas, con los dedos trazando las formas de media luna desvaídas que mamá dejó en mi muñeca. Todavía me escuecen si presiono lo su iciente.

Mi teléfono sigue vibrando desde su lugar en la mesita de noche, la pantalla de bloqueo llena de mensajes sin responder. Miro ijamente cómo se ilumina la pantalla, el nombre de Nathan parpadeando una y otra vez. Tomo el teléfono y miro los mensajes. Todos los que ha enviado desde el sábado por la mañana.

Me quedé en su cama, me quedé con él, tanto como pude. Y si hubiera podido elegir, no me habría ido. Pero sabía que si no me iba a casa, Hannah probablemente habría presentado un informe de persona desaparecida o algo así. Cuando volví, ella y Thomas estaban en casa.

Ambos intentaron hablar conmigo, pero en cuanto vi a Hannah, me enfadé de nuevo.

Subí a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí. Y apenas los vi durante el resto del in de semana. Se aseguraron de que comiera, y eso fue todo, no dejé mucho espacio para que se quedaran a hablar conmigo.

Al menos no me han hecho ir a la escuela hoy.

Nathan: *¡Buenas tardes!*

Nathan: *¡Sólo quiero ver cómo te va!*

Nathan: *Te he echado de menos hoy, he traído tus deberes de la oficina.*

Nathan: *Mel y Sophie querían que me registrara para ver si estabas bien.*

Nathan: *¿Sabías que son los pavos reales machos los que tienen todo el plumaje colorido? Las hembras tienen un aspecto más bien soso.*

No puedo evitar reírme de la última porque grita Nathan.

Realmente no me merezco a alguien como él.

Nadie lo hace.

Nathan: *¡Puedo seguir enviando datos al azar si quieres!*

Nathan: *O videos de cachorros!!*

Ha enviado cinco, y los veo todos. Quiero responder, para hacerle saber que al menos estoy a salvo. Pero algo en mí me impide escribir el

más simple de los mensajes.

Estoy bien.

Por alguna razón, es más fácil enviar mensajes de texto a Mariam.

Las palabras llegan más fácilmente con ellos.

Yo: *hola*

Hola Benji, ¿qué pasa?

Yo: *Algo pasó...*

Mariam: *uh-oh*

Yo: *Me reuní con mis padres.*

La pequeña burbuja junto al nombre de Mariam aparece y reaparece una y otra vez durante casi un minuto completo.

Yo: ¿estás *bien?*

Mariam: *¿yo? ¿esta bien? Ben, ¿estás bien? ????*

Mariam: *lo siento, yo sólo...*

Mariam: *No se me ocurre qué decir a eso Ben... ¿qué ha pasado?*

Les cuento todo. El mensaje, el encuentro con mamá y papá, su aparición en la exposición de arte y la pelea con Hannah. Los mensajes de texto ya parecen más fáciles. Tal vez sea porque Mariam no está aquí.

No puedo ver su cara mientras les cuento esto, y no vendrán corriendo desde su casa para intentar consolarme o lo que sea.

Mariam: *¿Estás a salvo?*

Yo: *Sí, se han ido.*

Mariam: *Ben... No sé ni por dónde empezar...*

Yo: *Querían que volviera a casa con ellos.*

Yo: *Les dije que no*

Mariam: *EL. JODER.*

Mariam: *Envíame su dirección, voy a ir a patearles el culo*

Mariam: *¿Qué puedo hacer?*

Yo: ***¿me haces*** *compañía?*

Mariam: *Lo tienes, ¿quieres hacer Facetime?*

Yo: *Ahora mismo no.*

Yo: *Sigue hablando, no de ellos.*

Mariam: ***Bueno…***

Mariam: *Shauna y yo lo hemos hecho oficial, lo cual es una mierda porque mi gira me llevará fuera de California la semana que viene y ella no puede venir conmigo.*

Yo: *¡Eso es genial! La parte oficial, no la parte de separación.*

No hay nada más falso que teclear un falso entusiasmo mientras siento que me estoy pudriendo por dentro.

Yo: *Creo que no me has dicho cómo se conocieron.*

Mariam: *De la forma habitual. Seguí viéndola en un Starbucks y me fui derritiendo poco a poco en un charco de ansiedad hasta que realmente se acercó a mí y empezamos a hablar.*

Yo: *Amor al primer ataque de ansiedad*

Mariam: *Así es como ruedo.*

Mariam: *¿Qué hay de ti, qué pasa con tus problemas de chico?*

Yo: ***No*** *sé… él estaba allí, como si hubiera visto la pelea y eso.*

Mariam: *Por favor, dime que no te han sacado*

Yo: *No lo hicieron*

Si había un resquicio de esperanza en todo esto, supongo que era ese.

Yo: *Pero yo…*

Yo: *Creo que me gusta. Me gusta mucho. Tal vez más que eso.*

Mariam: *¡Eso es genial, Benji! Me alegro mucho por ti.*

Mariam: *¿Ahora cómo hacemos la gran declaración de amor?*

Tengo esos cañones que disparan camisetas.

Mariam: *¿O un flash mob? Podemos bailar todos al ritmo de una canción de Carly Rae Jepsen y luego tú apareces en medio con uno de esos carteles de 'Will You Go Out With Me'*

Quiero reír. Tengo muchas ganas de reír, pero no puedo obligarme a hacerlo.

Yo: *Nunca sucederá*

Mariam: ***¿Por qué?***

Yo: Soy *demasiado desordenado*

Mariam: ***¿Desordenado?***

Respiro profundamente. Vuelvo a tener esa extraña sensación en el estómago.

Yo: *Se merece algo más sencillo.*

Yo: *Y no soy eso*

Mariam: *¿No crees que es su decisión?*

Yo: No quiero *hacerle daño*

Yo: *Y no quiero que me haga daño.*

Mariam: *a veces vale la pena*

Mariam: *Nunca se sabe hasta que se intenta, ¿verdad?*

Yo: *tal vez.*

—¿Ben?— La voz de Hannah casi me hace saltar. —¿Estás bien?

No contesto.

Quiero hacerlo, pero no puedo en este momento. Es demasiado. Y

sinceramente, Hannah es una de las últimas personas con las que quiero hablar ahora mismo.

Me pierdo una semana entera de clases. Lo cual no es inteligente ya que se acerca la temporada de exámenes, pero no me importa. Siento que no puedo moverme la mitad del tiempo, y todavía no puedo enfrentarme a todos en North Wake. La única vez que me levanto es para ir al baño. Cualquier otro momento libre lo paso viendo algo en mi teléfono. Uno de los nuevos vídeos de Mariam, o Bob Ross pintando algo. Cualquier cosa que me quite el miedo.

Thomas me trae comida, pero sólo puedo mordisquearla, aunque siento que mi estómago intenta digerirse a sí mismo. No tengo mucho apetito. —Hannah ha concertado una cita con el Dr. Taylor mañana.

Tiene un hueco después de comer.

Me doy cuenta de que no es una petición. Iré a esta cita, aunque tengan que sacarme de la cama. Tendré que decirle al Dr. Taylor que he estado descuidando mis medicamentos. Sé que no tomarlos sólo empeora las cosas, pero simplemente no me atrevo a tomarlos, no sé por qué.

—¿Puedes hablar conmigo, Ben?— Me coge la mano, pero la entierro bajo las sábanas. —¿O al menos hablar con Hannah?

—Ahora mismo no—. No estoy enfadado con ella, excepto porque lo estoy. Sé que no fue realmente su culpa, que mamá y papá mintieron, como siempre lo hicieron. Tratando de hacerse los buenos. Pero aún así me duele. —Sólo déjame en paz.

—¿Crees que quieres intentar ir a la escuela mañana? Hannah puede recogerte para la cita.

Nada. Mi respuesta sería no. No puedo enfrentarme a todo el mundo después de todo esto. Simplemente no puedo. Sé que lo necesito, y sé que la probabilidad real de que a alguien le importe una mierda lo que pasó en una exposición de arte estudiantil hace más de una semana es escasa. Pero no puedo superar la sensación.

A pesar de todo, me obligo a volver. Es in de año, y aunque nada me

gustaría más que revolcarme en mi propia miseria durante el próximo mes, la idea de repetir un año no es algo que me atraiga.

Nathan no intenta hablar conmigo en Química. Quizá sabe que no estoy de humor. Cuando suena el timbre del almuerzo, me quedo atrás unos segundos.

—Hannah te está esperando en la o icina, Ben—. Thomas espera a que coja mi bolsa. Incluso me sigue todo el camino hasta la o icina. No te preocupes, Thomas, no tengo ganas de correr a ningún sitio. O no tengo energía, al menos. En realidad, pre iero no hacer nada más que ir

a casa y volver a arrastrarme bajo las sábanas hasta que tenga que repetir todo esto de nuevo mañana.

—¿Te sientes bien?— Hannah pregunta cuando estamos en el coche.

—Sí—, murmuro.

—Quiero que le cuentes lo del programa, ¿vale?

Realmente no quiero volver a hablar de ello, pero creo que debería hacerlo. O *sé que debería*. Supongo que Hannah ya le ha mencionado algo. Espero que lo haya hecho. Tal vez entonces no tenga que hacerlo.

—¿Ben?— La forma en que dice mi nombre me hace sentir como si estuviera a mil millas de distancia. Me quedo mirando por la ventanilla mientras pasamos por las brillantes paredes de North Wake. No intenta entablar una conversación de nuevo. Estoy seguro de que sabe que es inútil. Me cuesta todo el esfuerzo que me queda salir del coche y dirigirme al ascensor. Hannah va a su lugar habitual en la esquina de la habitación.

—Buenos días, Ben—. El Dr. Taylor ya me está abriendo la puerta.

—¿O debería decir buenas tardes?— Se ríe y mira el reloj de la pared.

—Vaya, ¿dónde va el tiempo?

Vuelvo a mirar a Hannah. Me regala una de esas medias sonrisas que creo que se supone que signi ica que está tratando de apoyarme. —

¿Puede entrar Hannah?

Ambos parecen sorprendidos, pero no quiero que seamos el Dr.

Taylor y yo.

El Dr. Taylor se limita a asentir. —Por supuesto. ¿Hannah?

—¿Estás seguro, hermano?— pregunta Hannah, cogiendo su bolsa.

Asiento con la cabeza y entro en el despacho, ocupando mi sitio en el feo sofá amarillo. Hannah se sienta en el otro extremo.

—¿Cómo estás, Ben?

Me encojo de hombros y la escucho escribir algo.

—Hace tiempo que no nos vemos. ¿Ha pasado algo?— Lo pregunta de una manera que puedo decir que se re iere a la reunión con mamá y

papá. Me vuelvo a encoger de hombros. Por lo visto, es lo único que se me da bien en este momento. Puedo sentir la frustración en el modo en que la Dra. Taylor suspira, y quiero disculparme.

—¿Puedo hablar?— Hannah levanta la mano y me mira, como si necesitara mi aprobación o algo así.

—Por supuesto—, responde el Dr. Taylor por mí.

—Ha pasado más de una semana y acaban de...— Hannah me mira.

—Así, como...— Se interrumpe como si buscara la palabra adecuada.

¿Realmente ha pasado más de una semana? Trato de trazar la línea de tiempo en mi cabeza. Días tumbado en la cama, sin ducharme ni comer ni molestarme en hablar con nadie.

No puede haber pasado una semana... ¿o sí?

—¿No responde?

—No han hecho nada. No hablan, apenas comen. Revisé su diario y creo que tampoco han estado tomando su medicación.

¿Revisando mi diario? Quiero decirme a mí mismo que eso signi ica que a Hannah le importa, pero todo lo que escucho es que ha estado yendo a mis espaldas, investigando cosas que no son de su incumbencia.

—¿Qué pasó para causar esto?— El Dr. Taylor me pregunta. Pero Hannah lo hace antes de que yo tenga la oportunidad de hacerlo.

—Nuestros padres—, dice. —Vinieron a la exposición de arte de Ben.

—Oh. Te reuniste con ellos, ¿no?— El Dr. Taylor escribe algo.

—¿Sabías de esto?— Hannah pregunta.

—Lo hice—, dice el Dr. Taylor en voz baja. —Ben y yo lo discutimos en nuestra última reunión.

Hannah abre la boca, pero luego sólo resopla y se hunde de nuevo en el sofá. —No puedo creer que hayas pensado que era una buena idea.

—Nunca sugerí que Ben se reuniera con ellos, simplemente di mi opinión.

—Sí, pero...

—Hannah—. El Dr. Taylor levanta un dedo. —Dejo que Ben tome su propia decisión. Ahora, por favor—. Vaya. Miro ijamente a la Dra.

Taylor, un poco estupefacta. Y si soy sincero, me da un poco de envidia la forma en que hizo callar a Hannah. —Ben, ¿te importaría empezar desde el principio, para que Hannah conozca la historia completa?

—Empezó con un mensaje—. Miro hacia Hannah. —Mamá lo envió hace unos meses, pero no lo vi hasta hace poco—. Luego me vuelvo hacia la Dra. Taylor. —Nos conocimos y ellos... querían que me fuera a casa con ellos, decían que habían aprendido y querían probar.

—¿Intentar qué, Ben?— El Dr. Taylor pregunta.

—Ser una familia de nuevo, supongo.

Hannah sigue sin mirarme realmente. —¿Por qué no me lo dijiste, Ben?

—Porque sabía que exagerarías.

—Bueno, realmente no creo que sea una razón—. Se cruza de brazos. —Deberías haber compartido ese mensaje conmigo. Podría haber ido contigo.

—Porque la reunión en la escuela fue muy bien, ¿no?

—Ben—, dice el Dr. Taylor. —¿Por qué pensaste que Hannah exageraría?

—Siempre lo hizo cuando se trataba de papá. Creo que lo demostró en el programa.

El Dr. Taylor anota algo. —Bien, ahora *que no lo sé*.

—Tenía una exposición de arte en la escuela. Y todo iba muy bien hasta que...— empiezo a decir.

Y Hannah me interrumpe. —Aparecieron.

—Ya veo—, dice el Dr. Taylor. —¿Y qué pasó?

—Hicieron una escena—. Hannah hace un mohín. —Me avergonzaron a mí, a Ben, a sus amigos.

Resoplo. —Sí *,* hicieron una escena.

—¡Bueno, lo hicieron!— Hannah parece realmente sorprendida.

Como, ¿en serio? No puede estar hablando en serio ahora mismo.

—Hannah, nada de eso habría pasado si te hubieras quedado atrás.

Por eso envié a Nathan para mantenerte alejada.

—No deberían haber estado allí, Ben.

—¿Crees que no lo sé?— Dios, realmente va a por ello. —Lo estaba manejando. Se iban a ir antes de que los vieras y empezaras una pelea.

Como siempre solías hacer—. Puedo oír que mi voz se hace más fuerte, pero ya no puedo contenerla.

—Oh, ¿así que yo empecé las peleas?— Hannah gruñe.

—¿La mayor parte del tiempo? Sí. ¿Mamá y papá eran un poco majaderos? Por supuesto, pero no tenías que pelearte con ellos cada vez que podías. Eso es lo que querían, Hannah. ¡Ellos prosperaban con esa mierda y tú también!

—Ben...— Los ojos de Hannah están húmedos.

—Siempre solías hacer eso. Seguías peleando con ellos aunque sabías que era inútil, que era una pérdida de tiempo. Y eso es lo que hacías en la escuela. Empezar una pelea sin razón.

—¿No hay razón? Ben, te abandonaron...

—Bueno, no han sido los únicos que han hecho eso, ¿verdad?— Ya no puedo contenerlo. Todo está a punto de desbordarse, las olas rozan el borde, y no puedo contenerlo. —Diez años, Hannah. Diez años.

—¿Qué quieres decir?—, pregunta ella, pero ya lo sabe. Es imposible que no lo sepa.

—Durante diez años me dejaste con ellos. Con una nota y un número de teléfono, que bien podría haber sido un gran 'jódete, he terminado, ahora estás por tu cuenta, chico'—. Me derrumbo de nuevo en el sofá, mis hombros se tambalean.

No me siento mejor. De hecho, siento que voy a enfermar.

Y entonces llegan las lágrimas.

—Yo era sólo un niño. No tenía teléfono ni nada. ¿Cómo iba a llamarte sin que lo supieran?

—Yo no...— Hannah se pasa una mano por el pelo.

—Pero eso era todo. Un número de teléfono al que no podía llamar, y una dirección de un lugar al que no podía llegar. Entiendo que hayas tenido que irte. Que no pudieras aguantar más, no estoy enfadada contigo por eso—. Me limpio los ojos con la manga y el Dr. Taylor desliza la caja de pañuelos hacia mí. —Pero estaba sola. Estaba sola y asustada, y no sabía realmente lo que te había pasado. Sabías lo mal que se podía poner, y me dejaste luchar por mí misma.

Durante unos segundos, la habitación queda totalmente en silencio, salvo por mis silenciosos sollozos. Hannah está mirando el lugar en el suelo, y el Dr. Taylor está mirando entre los dos. Supongo que tal vez esperando la próxima explosión.

—¿Ben?— La voz del Dr. Taylor es sorprendentemente tranquila. —

¿Estás bien?

—Lo siento, yo sólo...— Sacudo la cabeza. —No quería decir eso, Hannah, lo siento.

—No—. Sigue sin mirarme. —No, lo entiendo—. Entonces entierra su cara en sus manos y deja salir un largo gemido. —Oh Dios, no puedo creer esto.

—Lo siento—, digo, y luego otra vez. Y otra vez, como si fueran las

únicas dos palabras que quedan. —Lo siento, lo siento, lo siento.

—¿Por qué lo sientes?— pregunta Hannah, su voz se compone mitad de risas, mitad de sollozos. —Yo soy el que debería estar jodidamente arrepentido. En la primera oportunidad que tuve me fui de esa casa y nunca miré atrás—. Sus ojos inalmente se encuentran con los míos. Mis ojos, los ojos de nuestro padre. —La he jodido.

—Bueno, para ser honesto, en el tipo de situación de la que ustedes dos vienen, rara vez hay ganadores—, dice el Dr. Taylor. —Dime lo que sientes, Hannah.

Hannah sopla en un pañuelo, no es el sonido más elegante. —Que la he fastidiado.

—Sí, bueno—. El Dr. Taylor se ríe. —Eso lo entiendo, pero debe sentir algo más profundo que eso.

—Estoy un poco confundido y enfadado conmigo mismo.

—¿Sobre qué?

—Qué razón tiene Ben—. Ella saca otro pañuelo de papel y se limpia debajo de los ojos. —Cuando me fui, todavía pensaba en ellos, casi todos los días. Hasta que, supongo...— La voz de Hannah vacila, y empieza a sacudir la cabeza. —Mi marido, Thomas, ni siquiera sabía lo de Ben hasta que llevábamos unos años saliendo.

—¿No se lo has dicho?— Pregunta el Dr. Taylor. —¿Cómo se enteró?

—Estábamos desempacando. Encontró un álbum de fotos que tomé y vio las fotos de Ben.

—Entonces, ¿realmente te olvidaste de mí?— La miro ijamente. No sé por qué me sorprende. Esta era una verdad que ya conocía. Tal vez pensé que ella podría demostrar que estaba equivocado. Que admitiría haber luchado por mi custodia o haber hecho todo lo posible por enviarme cartas sólo para que fueran interceptadas por mamá o papá.

Pero no. Mi propia hermana se olvidó de mí.

—No me olvidé de ti, Ben—, dice Hannah. —Sólo... tenía otras cosas en la cabeza.

—Ah—. Miro ijamente al frente. —Porque eso hace que todo sea mejor.

—Ben, dime lo que estás pensando—. Dios bendiga a la Dra. Taylor.

Si ella no estuviera aquí para mediar en todo esto, creo que habríamos empezado a arrancarnos los pelos. —¿Estás enfadado con Hannah?

—No estoy enfadado—, digo. Creo que no lo estoy, al menos. —Pero sigue doliendo.

El Dr. Taylor asiente. —Y eso es perfectamente válido. ¿Crees que podría compensarte?

—Lo ha hecho, ¿verdad?— Todas las cosas que ha hecho por mí.

Jesús, no tengo ningún derecho a estar enfadado con ella. La ropa, la comida, llevarme a la escuela, darme una cama.

—Todavía estás herido, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Es algo di ícil de olvidar, ¿no? Aún más di ícil de perdonar—. El Dr. Taylor pregunta: —Hannah, ¿crees que de ahí viene tu voluntad de ayudar a Ben?.

—Bueno, son mis hermanos—, dice Hannah. —Haría cualquier cosa... — Luego se detiene. —Me gusta pensar que haría cualquier cosa por ellos.

—¿Excepto asegurarse de que están a salvo?— Es extraño cómo la Dra. Taylor puede evitar que algo suene como una acusación. Sus palabras no suenan mezquinas o dirigidas a Hannah en una especie de ataque personal. Suenan como la verdad. Simple y sencillo. —Estoy segura de que sería fácil ayudar a Ben ahora, que han vuelto a conectar y han podido tener una relación real. ¿Pero en enero? Después de una década separados, ¿fue realmente tan fácil?

—No—. Hannah respira. Inhala por la nariz y exhala por la boca. —

Thomas y yo, no dormimos esa noche. Después de que fui a buscar a Ben.

—¿De verdad?— Pregunto.

—No estábamos seguros de por qué te habían echado. Ninguno de nosotros quería suponer lo peor, pero por un momento consideramos llamar a la policía. No lo hicimos, obviamente—. Hannah esboza una sonrisa. —Para cuando salió el sol, sabíamos que teníamos que

ayudarte, sin importar lo que hubiera pasado.

—Hannah—. La Dra. Taylor se endereza en su asiento, olvidando el bloc de notas y el bolígrafo. —Cuando acogiste a Ben, cuando les compraste ropa y artículos de primera necesidad, cuando Thomas los metió en una nueva escuela, ¿cuál era tu objetivo?

Hannah responde sin dudar. —Protegiéndolos.

—¿Crees que una parte de ti estaba tratando de compensar tu ausencia?

Esta es menos fácil. Hannah se queda con la boca abierta durante unos segundos, con los ojos desenfocados. —Yo... tal vez.

—Ben—. La Dra. Taylor me mira directamente, como si sus agudos ojos pudieran ver a través de mí. —¿Te sientes mejor? ¿Ahora que le has dicho a Hannah cómo te sientes?

—En realidad no—, digo. Ahora hay un vacío más grande entre nosotros, y no sé qué podría llenarlo.

—¿Desearías haberte quedado callado?

—No. *Me* alegro de haber dicho algo, pero no lo sé—. Todo esto ha sido muy confuso, y no estoy muy seguro de lo que estábamos tratando de lograr aquí.

—¿Qué quieres de Hannah ahora? ¿Qué puede hacer ella para que te sientas mejor?

—Realmente no lo sé—. No quiero nada más de ella; ha hecho mucho por mí. —Ella es la única razón por la que he llegado hasta aquí.

—¿No hay nada que se te ocurra?

Miro a Hannah, sus ojos enrojecidos, su pelo desordenado. Supongo que ahora mismo tengo el mismo aspecto. Es imposible confundirnos con algo más que hermanos. Tenemos mucho de nuestros padres, a veces demasiado.

Pero no podemos evitarlo.

—No.

VEINTIDÓS

—¿Podemos hablar, sólo un segundo?— Hannah me pregunta cuando volvemos a casa.

—¿No acabamos de hacer eso?— Digo. No quiero ser un gilipollas, pero ahora mismo no tengo ganas.

—Quería decirle algo. Algo que no quería que el Dr. Taylor supiera.

Oh.

Mi mente ya está pensando en lo que podría ser. ¿Algo tan malo que ni siquiera querría decirlo en voz alta a nadie más que a mí?

—¿Es eso inteligente? ¿No deberíamos hacerlo con ella?

—Si quisiera que lo supiera se lo habría dicho a las dos en la cita—.

La voz de Hannah es sorprendentemente corta, pero luego cierra los ojos, respira profundamente y comienza a caminar hacia la cocina. La sigo, el aire entre nosotros se siente más venenoso con cada paso. —Lo siento.

Durante todo el viaje de vuelta a casa, no nos hablamos. Era extraño, y estaba empezando a sentir que esto no era algo que pudiéramos arreglar.

—Siéntate—. Hannah señala la silla de la mesa del rincón, el lugar exacto en el que había salido con ella. —No se lo he contado a nadie, excepto a Thomas, y sólo se lo dije hace unos años, después de casarnos.

—De acuerdo.

—Quiero contarte por qué me fui de la casa.

—Pensé que era porque mamá y papá eran muy as ixiantes—, digo, aunque siento que ahora no es *mi* momento para hablar.

—Eso fue una parte, pero hay más—. Ella junta las manos.

—Bien... ¿Qué era?

—Así que, como un mes antes de graduarme, estaba saliendo con este tipo, y decidimos dormir juntos.

—¿Salías con alguien?— Le pregunto.

Hannah asiente. —Es una parte de la historia.

—Oh, lo siento—. No tenía ni idea, pero probablemente fue a propósito.

Hannah da un largo suspiro, como si estuviera pensando en qué decir a continuación. —Fuimos seguros, usamos un condón y todo, pero eso no siempre funciona. Unas semanas más tarde, cuando se suponía que iba a tener el periodo, no lo tuve.

Joder.

—Tú estabas...

—No, no.— Hannah sacude la cabeza. —Sólo mi ciclo, era raro. Creo que me estaba sincronizando con algunas de las otras chicas de mi clase. Ese no es el punto—. Toma otro respiro. —Sin embargo, *pensé que* podría estar embarazada. Así que compré unas cuantas pruebas, las hice, todas negativas.

Noto que le tiemblan las manos.

—Pensé que los había tirado todos. Fui tan cuidadosa—. Hannah sacude la cabeza, casi como si hablara más consigo misma que conmigo.

—Pero supongo que me olvidé de una o tal vez mamá estaba husmeando en la basura pero... se enteró.

—Hannah...

—Se asustó, obviamente. Le dije que todos eran negativos. Fue entonces cuando descubrió que estaba saliendo con Mark, el chico con el que me había acostado. Le pedí que le guardara el secreto a papá, porque sabía que le iba a estallar un fusible. Y me dijo que lo haría.

Hannah traga, y parece que tarda una eternidad en volver a hablar.

—Excepto que ella no lo hizo. Ella se lo dijo en algún momento, y él explotó. Me dijo que yo era una decepción, que él 'no había criado a

una puta'. Esa fue la única vez que me pegó, y esa fue la noche en que decidí

que no podía estar más allí, y pensé que después de la graduación era un momento tan bueno como cualquier otro.

—Hannah, yo no...

—Lo sé, no lo sabías. No te lo dije por una razón. Pero fue por eso que me fui. Y me dolió durante mucho tiempo saber que te dejaba con ellos, Ben. Una parte de mí esperaba que mejoraran, o que fueran más suaves contigo—. Dejó escapar una risita lastimera, si es que puede llamarse así. —Tal vez todo esto es mi culpa. Tal vez debería haber llamado a los servicios sociales, decirles dónde estabas. Pero sólo tenía dieciocho años, no podía cuidar de un niño. Así que pensé que acabarías en el sistema. Y si eso ocurría... sabía que no volvería a verte

—. Las lágrimas caen rápidamente por su cara. —Lo siento, Ben, lo siento mucho.

—Yo… — No puedo moverme, y no hay palabras para lo que siento ahora mismo. Esta mezcla de impotencia, culpa, la traición, la bilis que sube al fondo de mi garganta. Me levanto de mi asiento y me acerco a ella, tirando de mi hermana en el abrazo más fuerte que puedo conseguir. No me importa si me hace daño a mí, o a ella, sólo quiero que esté cerca de mí en este momento, y no quiero soltarla nunca.

—Lo siento, Hannah. Lo siento mucho—. Empiezo a sollozar, la habitación se llena con nada más que el sonido de nuestro llanto mientras nos abrazamos.

—Lo siento, Ben—. Sus brazos me rodean. —Sentí que era mi culpa durante tanto tiempo, que te dejé allí con ellos. Debería haber hecho más.

—No es tu culpa—, le digo. —Son ellos... no es culpa de nadie más que de ellos.

Nos alejamos el uno del otro, y durante un segundo hay un silencio incómodo, pero luego empezamos a reírnos al vernos. Caras rojas e hinchadas. El maquillaje de Hannah se ha corrido un poco.

—No te rías—, dice ella, acercándose al mostrador para coger unas toallas de papel. —No es gracioso—, dice mientras intenta contener

otra carcajada.

Y no puedo evitar reírme. —Es bastante divertido.

Pero entonces nos detenemos y volvemos a estar incómodos.

Hannah levanta la toalla de papel y me mira, acercándose un poco más.

—Te quiero, pequeña. Eres la mejor hermana que una hermana podría pedir.

—Yo también te quiero—. Nos abrazamos de nuevo, y hay un sentimiento que me invade. Porque realmente se siente como si las cosas pudieran estar bien de nuevo.

Quizá no de inmediato, pero lo conseguirán.

Un día.

La escuela me ayuda a mantener la mente ocupada, algo que nunca pensé que agradecería. Es o icialmente el comienzo de la temporada de exámenes, y mayo es prácticamente un no parar para los estudiantes de último año. Los semestres en North Wake son más cortos que los de Wayne, así que en lugar de que el año escolar termine en junio, termina en mayo. Y todo el mes se va a dedicar a conseguir nuestros birretes y togas, a ensayar para la graduación, a irmar anuarios, a prepararse para la noche del último año y a prepararse para el baile de graduación.

Lo que signi ica que nadie tiene tiempo para preocuparse por lo que pasó en la exposición de arte. Tal vez no les hubiera importado de todos modos. Todavía tengo la sensación de que todo el mundo me mira, o se ríe de mí a mis espaldas, pero quizá sea normal. Y Meleika y Sophie no han sacado el tema. Quizá Nathan haya hablado con ellas. O tal vez simplemente saben que no deben hablar de ello.

La señora Liu tampoco ha hablado de ello, lo que quizá sea lo que más agradezco. Es muy buena actuando como si nada hubiera pasado.

Bendita sea.

Al menos puedo eliminar el baile de graduación y la noche del último año de mi lista de cosas por hacer. Incluso me saltaría la graduación si pudiera, pero North Wake no te deja graduarte a menos que vengas a todas las prácticas y asistas a la ceremonia real.

Aparentemente, mantienen tu diploma como rehén hasta después. Así que es un detalle por su parte.

Hay noches en las que sé que debería estar estudiando, o repasando, o haciendo los exámenes de práctica. Pero no puedo.

Porque, ¿qué sentido tiene? Cuando todo esté dicho y hecho, apenas me las arreglaré en inglés, y si nunca tengo que escribir otro ensayo en mi vida, seré muy feliz. De hecho, he pensado en pedirle ayuda a Nathan, pero no hemos hablado mucho en las últimas dos semanas.

En realidad, me ha hablado mucho, sólo que he sido demasiado egoísta para responder.

Probablemente no es así como debería pensarlo, pero no puedo contenerme. No tengo ni idea de lo que voy a decirle.

El resto de mis clases serán bastante fáciles. Tenemos que hacer un examen real en Arte, lo cual es una mierda, pero sé lo su iciente sobre el aspecto —histórico— de la asignatura como para aprobar. Química será el verdadero problema, ya que Thomas no puede darme el examen.

Algo sobre el nepotismo y que no es justo. Por suerte, el examen lo hace el estado, así que lo único que tengo que hacer es realizarlo en una sala diferente a la de los demás. Sólo tres semanas.

Tres semanas enteras.

Tres semanas para prepararse para no volver a ver a Nathan nunca más. El otro día trajo su carta de la UCLA a la comida. Entró, con una beca bastante grande también, así que ni siquiera se va a preocupar por sus otras opciones. En tres semanas se preparará para la escuela. En dos meses estará recorriendo el campus, un mes después será uno de los nuevos estudiantes de la UCLA. Y yo no seré más que un recuerdo.

—Hola, chico—. Hannah llama a mi puerta.

—Hola—. Hago lo posible por sonar casual.

—¿Tienes algún plan para esta noche?— Se sienta en el borde de mi cama. Su lugar habitual.

—No—. ¿Además de revolcarme en un charco de autocompasión y ansiedad? No sé lo que me ha golpeado últimamente, tal vez la exposición de arte todavía está en el fondo de mi cabeza, y todo lo que Hannah me dijo después. Siento que mis padres ya no son las personas que conocí.

Es decir, mi opinión sobre papá no ha cambiado mucho, pero mamá... pensé que era diferente. Me hace pensar en todo lo que le dije.

Si realmente fue a mis espaldas como lo hizo con Hannah.

—¿Quieres hacer algo?

—No especialmente.

—¡Vamos!— Salta de la cama y me da palmaditas en las piernas. —

Vamos de iesta, vamos a soltarnos. Se necesitan dos, ¡vamos!

—¿Por qué me citas a Carly Rae Jepsen?

—De acuerdo, en primer lugar, sólo ha versionado esa canción. En segundo lugar...— Hannah sacude la cabeza. —No importa, vamos, ya te has enfadado bastante—. Me coge la mano antes de acordarse de lo de tocarme.

Dejo mi cuaderno de bocetos. No es que haya estado trabajando mucho de todos modos. Todas mis tareas de Arte están hechas, y básicamente he estado pintando en la escuela sin parar ya que no tendré la sala de arte pronto. —¿Qué te pasa?

Hannah suspira y se pasa una mano por el pelo. —¡Vale, chicos, lo he intentado!—, grita a nadie. O, al menos, creo que a nadie, hasta que Nathan y Meleika bajan por el pasillo.

—¿Llamas a eso intentar?— Oigo murmurar a Meleika.

—¿Qué están haciendo ustedes dos aquí?— Pregunto.

—Bueno, has estado muy deprimido últimamente—, dice Meleika.

—¡Así que pensamos en secuestrarte y llevarte a la noche del último

año!

—No, gracias—, digo.

—¿Quieres decir que he traído esta funda de almohada para nada?

— Nathan mira la cosa hecha bola en sus manos.

—Pensé que sería una buena idea que salieras—. Hannah se sienta de nuevo en el borde de la cama. —Ve a divertirte, sé un niño por una noche más.

—Sí, no—. Me pongo de lado.

—¡Vamos!— Nathan salta sobre el extremo de la cama. —Será divertido.

—Hay bolos—. Meleika dice esto como si añadiera algún tipo de incentivo para que me levante de la cama. —Y el patinaje—. Segundo strike. —Y todo el mundo va a estar allí—. Tercer strike.

—Vale, voy a hablar con Ben, esperad abajo—. Hannah los expulsa a ambos de mi habitación, cerrando la puerta tras ellos.

—No voy a ir—, vuelvo a decir.

—Te he oído.

—Bien—. Me disculparé con todos el lunes o algo así.

—Ben...— Hannah resopla. —Sé que este no ha sido el momento más fácil para ti.

La subestimación del maldito año. —Sí, y ahora mismo quiero estar solo. ¿De acuerdo?

—Has estado solo durante el último mes, Ben—. ¿Un mes? Supongo que ha sido ese tiempo. —Apenas has hablado conmigo, o con Thomas.

Nathan dijo que has estado indiferente en la escuela. Y en cuanto llegas a casa te metes en la cama. Sé que estás sintiendo muchas cosas, con mamá y papá y...

—Se me permite sentirme triste por esto, Hannah—. Intento no frustrarme con ella, pero todo lo que dice suena terriblemente parecido a que me diga que supere todo esto, aunque no sea su intención.

—No he dicho que no debas sentirte triste. Sólo digo que tienes que demostrar que se equivocan—. Sus palabras resuenan un poco,

asentándose en mis oídos. —Estar triste, diablos, sentarse en la cama todo el in de semana y sólo ver Net lix. Yo también he tenido esos momentos. Pero no dejes de vivir tu vida por ellos—. Siento que se deja caer de nuevo en la cama. —Sé que es duro, y sé que necesitas ayuda, pero tienes unos amigos increíbles que están ahí para ti, y unas oportunidades increíbles. Y una hermana increíble, si se me permite alabar mi propio cuerno. Pero no puedes dejar que te controlen así, Ben.

—Es fácil para ti decirlo.

—No, no lo es—. Ella suspira. —Todavía hay días en los que siento que están detrás de mí, esperando. Siempre tengo una especie de miedo de que nunca se vaya.

Intento por todos los medios no respirar, no mover un músculo.

—Porque incluso cuando inalmente salí de esa maldita casa todavía me tenían atrapado. Y me rompe el corazón verte pasar por lo mismo, Ben.

—Yo…

—Quiero que tengas una buena vida. No quiero que pierdas años tratando de olvidarlos como hice yo. Tienes este increíble sistema de apoyo de gente que se preocupa por ti. Quiero decir, cuando me mudé apenas tenía a nadie. La gente con la que había hablado en Goldsboro quizás una o dos veces. En realidad estoy celoso de tus amigos, si te soy sincero. Parecen bastante impresionantes.

Me permito sonreír. —Lo son.

—Sé... sé que nada de esto ha sido fácil. Pero creo que te lo debes a ti mismo. Estando en la cama, no tienes nada más que tiempo para sentarte aquí y pensar en cada pequeña cosa que hicieron.

—No creo que sepas realmente lo que está pasando, Hannah.

—Yo no—, dice ella. —La verdad es que no. Sólo tú puedes saberlo

—. Ella suspira. —Pero yo estaba en una situación similar cuando inalmente salí de debajo de ellos.

—¿Y qué te ayudó a salir de ella?— Pregunto.

—Salir a la calle. Hacer amigos, hacer cosas. Me impidió pensar en ellos todo el tiempo.

Dejo que sus palabras calen. Y sé que tiene razón. No puedo sentarme en esta cama el resto de mi vida. Pero ahora mismo, es todo lo que parezco capaz de hacer. El universo se ha derrumbado a mi alrededor y lo único que puedo hacer es quedarme tumbada en las secuelas.

Tal vez estoy siendo dramático.

Y tal vez no lo sea. No lo sé.

Pero lo que sí sé es que Hannah tiene razón. Y creo que es hora de que tome una decisión por mí mismo.

—Voy a decirle a Nathan y a Meleika que no vas a venir. Quizá pidamos comida para llevar esta noche o algo así—. Me da una palmadita en la pierna y siento que la cama se relaja cuando Hannah se levanta y sus pasos se acercan a la puerta.

—¿Hannah?— Digo, con la voz ronca.

—¿Sí?

Me incorporo y me veo en el espejo que hay detrás de la cómoda.

Dios, parezco la muerte. —Voy a ir—, digo. —Diles que bajaré en quince minutos.

—Entonces, ¿qué hacemos primero?— Sophie mete el coche en el aparcamiento de este enorme complejo deportivo. Al leer la lista de cosas que podemos hacer ya me arrepiento de mi decisión de venir aquí. Pero ya es demasiado tarde.

—¡Bolos!— Meleika grita. —Voy a patearos el culo a todos.

—Pssh—. Nathan pone los ojos en blanco. —Si te dejaran poner los rieles para niños, tal vez.

—¿Ben?— Sophie pregunta.

—Los bolos están bien—. Probablemente me sentaré a mirar de todos

modos.

Mostramos nuestros carnés de estudiante en la puerta, y esto ya es bastante caótico. —Vamos—. Nathan nos lleva al lado del complejo con el enorme cartel de —Bowling—. No debe ser el deporte más popular de Raleigh, porque cinco de las doce pistas están abiertas.

Por suerte, Meleika elige el que está justo al inal. Los dos nos sentamos en el asiento de la consola central, con los ojos rebotando de la pantalla que tenemos delante a la que cuelga del techo.

—Oh, no hace falta que me pongas—, digo cuando veo que teclea mi nombre.

—Vamos, tienes que hacer al menos un partido—, dice.

—No soy tan bueno en los bolos.

—La última vez que estuvimos aquí, Nathan hizo un cuarenta—.

Ella mantiene su voz baja. —Estarás bien.

—¿Cómo es posible?— Pregunto.

—Oye, no susurres—. Nathan se acerca a la máquina que saca las bolas y juguetea con algunas antes de decidirse por una que se adapte a sus largos dedos. En el momento en que aterriza, la bola se desplaza hacia la derecha y se hunde en la cuneta.

No puedo evitar reírme. —Oh, Dios mío.

Nathan nos mira con maldad mientras espera que su bola regrese.

Su segundo intento va ligeramente mejor, pero sólo derriba dos bolos.

—¿Estás tratando de ser malo a propósito?— Sophie pregunta.

—No, no, no lo es—, dice Meleika en voz baja antes de mirarme a mí. —Tu turno.

Aparte de las iestas de cumpleaños cuando era niño, nunca había jugado a los bolos, y en aquel entonces teníamos esas cosas de raíles, así que, accidentalmente, era el mejor de todos. Ni siquiera sé qué tipo de bola estoy buscando, así que tomo la de color rosa claro. Parece que se adapta bien a mis dedos, y no es demasiado pesada.

Lanzo la bola por el carril, asustado por un momento de que vaya a

seguirle la corriente, pero se me escapa de los dedos y se desliza suavemente, golpeando los bolos justo en el centro y haciéndolos caer a todos. La gran pantalla que tengo encima parpadea con una enorme X

roja.

—Eso es bueno, ¿verdad?— Probablemente deberían encontrar una mejor manera de mostrar un golpe. Los tres me aplauden cuando vuelvo a tomar asiento.

—Diremos que es suerte de principiante—. Nathan me palmea el hombro.

—Y diremos que eres un mal perdedor—. Sophie toma su turno.

En realidad es bastante divertido, por mucho que odie admitirlo.

Nathan es tan terrible como lo prometió Meleika, apenas rozando un 60. Según Meleika, es lo más alto que le ha visto obtener. Al principio el golpe es sólo suerte de principiante, pero después de un tiempo le agarro el truco y acabo con 200.

—¿Seguro que no eres un jugador profesional secreto de bolos y sólo quieres que nos sintamos mal con nosotros mismos?— Sophie deja una cesta de patatas fritas en el centro de la mesa. Cada vez hay más gente, lo que signi ica que ya hay cola para las pistas. Así que sólo conseguimos jugar una partida antes de tener que hacer un descanso.

—Lo prometo—. Mi teléfono zumba en mi bolsillo.

Mariam: *oficialmente aterrizado en NC, voy a dormir una siesta de 15 horas. No vueles nunca, Ben, no vale la pena.*

Me río para mis adentros y les envío unos cuantos emojis de besos.

Yo: *que duermas bien, hasta mañana.*

—¿Quién es ese?— Nathan se inclina sobre mi hombro. —Enviando mensajes de texto con bastantes caritas.

Mi primer instinto es lanzar mi teléfono al otro lado de la habitación. —Nadie—, digo, dando un sorbo a mi bebida.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?— Meleika muerde una patata frita por la mitad.

—¿Qué debemos hacer?— Pregunto.

—Es lo que queramos hacer—, dice Sophie. —La escuela alquila todo el lugar hasta las seis de la mañana, así que tenemos mucho tiempo.

Vuelvo a comprobar mi teléfono. Sólo son las nueve. —No tenemos que quedarnos todo el tiempo, ¿verdad?

—Oh, diablos, no—. Sophie se ríe. —Voy a poner el estricto toque de queda de la una de la madrugada para todos ustedes. A no ser que quieran ir caminando a casa.

—Podríamos hacer láser tag—. Nathan vuelve a leer la lista. —¿O

patinar?

—No sé patinar—, digo.

—Oh, entonces de initivamente tenemos que ir a patinar—. Nathan se ríe. —Necesito ver eso.

—Ni de coña—, dice Meleika, guiñándome un ojo. —Yo tampoco sé patinar.

—Bien—. Nathan gime. —¿Putt-Putt?

—Me apunto—, digo.

Meleika se lo pasa en grande en el Putt-Putt, pero el campo está al aire libre y hace bastante frío, así que después de unos cuantos hoyos volvemos a entrar. Cerca de la sala de juegos hay una sala alquilada para bailar. Nathan y Meleika entran corriendo, pero Sophie y yo nos quedamos atrás, mirando la entrada.

—Vamos—. Sophie engancha un brazo entre los míos y nos dirigimos hacia la sala de juegos. Llevo toda la noche esperando que ella y Meleika digan algo sobre la exposición de arte. Pero no lo han hecho. Ni siquiera han dicho nada en el colegio, pero quizá estaban esperando a tenerme a solas.

¿O tal vez no planean decir nada en absoluto? ¿Quizás sólo están tratando de ser lo más normal posible conmigo porque creen que eso es lo que necesito en este momento? Espero que sea lo último. Porque no quiero seguir hablando de ello.

Quiero olvidar que esa noche ocurrió.

—¿A qué quieres jugar?— pregunta Sophie.

Miro a mi alrededor y nada parece tan interesante, y cada vez son menos los juegos de dos jugadores, así que acabamos frente al juego de la máquina de pinzas. Y Sophie es bastante increíble en él. Como, ridículamente increíble.

—Mi padre me enseñó algunos trucos—. Sophie apunta la grúa justo a tiempo, así que recoge este gato de un anime que nunca he visto.

Su décima victoria en menos de media hora. —Toma.— Me da el gato.

—¿Seguro?

—Sí, ya tengo uno de él—. Entonces empieza a forcejear con el montón de peluches que hay en el suelo. —¿Te importa ayudarme?

Tomo la mayoría de ellos, tratando de equilibrarlos todos en mis brazos. Realmente no debería ser tan di ícil llevar un montón de peluches.

—Así que, aquí es donde ustedes dos se escaparon—. La risa de Nathan me hace saltar. —Qué bonito—. Le da un golpecito en la nariz al Yoshi rosa que está en la cima de la pila.

—Cállate—. Casi le tiro uno de los peluches, pero creo que se me caerán todos si lo hago.

—Mel quiere hacer la etiqueta láser a continuación. ¿Os apuntáis?

—Sí—. Sophie saca las llaves de su bolso. —Toma, ¿quieres ir a ponerlas en el coche?

—Vamos—. Nathan coge las llaves. —Nos encontraremos con ustedes dos allí.

—Pero no te lleves mi coche de paseo—. Sophie guiña un ojo y se aleja en dirección a la arena.

Pasamos junto a nuestros compañeros de clase, Nathan saluda a la gente de vez en cuando. Intento decirme a mí misma que están mirando a Nathan o al paquete de peluches que llevo en los brazos. Porque eso es lo que están haciendo. A nadie le importa la exposición de arte; a nadie le importa lo que pasó allí. Tengo que seguir diciéndome eso.

—¿Te diviertes?— Nathan me da un codazo.

—Sí—, digo. —¿Por qué?

—Sólo me lo preguntaba—. Él resopla. —Estaba preocupado por ti.

Después de todo lo que pasó. No estabas respondiendo a mis mensajes, y parecías tan distante en la escuela.

—Oh—, digo. —Lo siento.

—No te disculpes. No puedo ni imaginarme con lo que estás lidiando —. Siento que se acerca, como si quisiera tomar mi mano o algo así. ¿Tal vez dejar todos estos peluches no sería tan malo?

—Ha sido...— Empiezo a decir, pero no sé ni cómo terminar esa a irmación.

—¿Di ícil?—, termina.

—Esa es probablemente la palabra más bonita que podrías usar—.

Veo a la directora Smith al otro lado de la habitación. No creo que haya estado en la exposición de arte. Pero sin duda se ha enterado de todo.

Me dedica una media sonrisa y un breve saludo cuando me pilla mirando.

Intento devolver el saludo.

Es raro pensar que todo esto ocurrió por ella. Podría haberme dicho que no, negarme una plaza en North Wake. Nunca habría conocido a la Sra. Liu, ni habría llegado a pintar tanto como lo he hecho, ni habría conocido a Meleika o a Sophie. O a Nathan.

—Bueno, si alguna vez me necesitas para algo sólo dímelo, ¿vale?—

Nathan dice.

—De acuerdo—, digo.

—Cualquier cosa—, repite. —Lo digo en serio, Ben.

Miro al frente y trato de no pensar demasiado en lo que implica —

cualquier cosa—. —Gracias.

La verdad es que no duermo bien esa noche, lo que no es bueno porque Sophie me deja en casa sobre la una y media. El láser tag se alargó un poco.

Pero tiene más que ver con el hecho de que en menos de doce horas me encontraré con Mariam. Al menos espero que sea por eso. Todavía tengo tiempo para matar cuando inalmente decida salir de la cama.

Mariam tiene programada una visita al campus del Estado y una especie de almuerzo especial, pero después somos totalmente libres de hacer lo que queramos.

—¿Quieres usar mi coche?— Hannah pregunta.

—¿Está bien?

—Toma—. Hannah se acerca al mostrador y coge sus llaves. —No llegues demasiado tarde, ¿vale? Te veré en la cena.

—De acuerdo.

—No atropelles ninguna boca de riego, por favor—. Hannah ruega.

La miro y sonrío. —Quiero decir, no puedo prometer nada exactamente.

—Ja—. Ella toma las llaves de nuevo. —Divertido, chico. Ahora promete.

—Tendré cuidado, lo juro.

Excepto cuando el GPS intenta guiarme por una calle de un solo sentido y casi atropello a alguien. Y *luego* casi atropello una boca de incendios mientras intento entrar en un aparcamiento para dar la vuelta. Por eso dejo que Hannah me lleve a todas partes. Al inal llego a la cafetería, pero cuando miro a mi alrededor no veo a Mariam, ni a nadie que pudiera ser Mariam por detrás.

Dios, ¿y si llego tan tarde que se han ido? Sólo han pasado diez minutos, pero quizá piensen que les he dejado plantados. Tengo que comprobar dos veces mi teléfono para asegurarme de que es el día correcto. De initivamente el sábado, de initivamente la hora que acordamos. Entonces, ¿dónde están?

Hay un toque en mi hombro. —¿Ben?

—¡Oh, Dios mío!— Mi primer instinto es envolver a Mariam en un abrazo, porque están *aquí*, están realmente, realmente aquí. Pero luego no recuerdo si eso es haram para ellos, así que mantengo los brazos a un lado y simplemente arrastro torpemente los pies. Más vale prevenir que lamentar.

—Oh, por favor—. Mariam extiende sus brazos. —Siento llegar tarde. Se podría pensar que estoy acostumbrada al trá ico.

—Está bien—. Sus brazos me rodean. —Me preocupaba haberte perdido o algo así—. Nos abrazamos durante lo que parece una eternidad, porque están aquí. Están realmente aquí.

—Lo siento—, digo, soltando inalmente. —Supongo que me emocioné un poco—. Casi quiero llorar.

—Está bien.

—Así que, um...— Me froto la nuca.

Genial. Sólo tardé cinco segundos en ponerme incómodo. Eso debe ser una especie de récord.

—Oh, no te pongas nervioso conmigo—. Mariam me da un codazo con su codo. —Vamos, vamos a tomar un café y me enseñas el lugar.

—No puedo prometerte que seré un buen guía turístico—, digo.

—Excelente, siempre encuentras los mejores lugares cuando te pierdes.

Y perdidos es lo que estamos después de sólo diez minutos, pero con Mariam no es tan malo. Vagamos sin rumbo, eligiendo cualquier dirección. Hay una extraña librería de segunda mano en la que todo lo que hay dentro ha amarilleado horriblemente, y el olor es insoportable.

Y una vez que volvemos a salir y tomamos unas cuantas bocanadas de aire limpio, nos dirigimos al otro lado de la calle a una tienda de yogur helado.

Mi café helado sigue pesando en mi estómago, así que opto por un simple de vainilla y chocolate con leche. Sin embargo, Mariam se llena.

Estoy seguro de que al menos la mitad de su cuenta se debe a los

aderezos. Veo gusanos *y* osos de goma, cerezas, almendras y migas de Oreo. Y eso es sólo la capa superior.

—¿Cómo se come todo eso?— Pregunto.

—Escucha, no tuve tiempo de cenar anoche *ni de* desayunar. Y el almuerzo en la escuela fue un fracaso total, así que me estoy dando un gusto.

—Esa combinación no puede ser buena.

—Tienes razón, pero no me importa—. Mariam coge un gusano de goma cubierto de chocolate y actúa como si me lo fueran a tirar.

—Hola—. Me agacho. —Entonces, ¿a dónde vamos?

—No lo sé. Quiero ver el agua.

—¿No vives en California?

—¿Y?— Se encogen de hombros.

—Bien—, digo, y antes de darme cuenta, ambos hemos derivado automáticamente hacia este parque. No es Pullen, es otro. Pero todavía hay un sendero y muchos lugares para relajarse en la sombra.

—Entonces, ¿cómo fue anoche?— Dios, todavía parece que se van a desvanecer ante mis ojos. —Saliste con tus amigos, ¿verdad?

—Sí, fue divertido—, digo.

—¿Ya tienes una cita para el baile? ¿O ya ha ocurrido?

—No, y todavía no. La próxima semana, creo, pero no voy a ir.

—¿Por qué no?

Sacudo la cabeza. —¿Por qué iba a hacerlo?

—Porque es muy divertido. No deberías perdértelo así.

—No tengo una cita—, digo. —O un esmoquin—. No es que quiera llevar uno.

—¿Y? ¿Qué pasa con Nathan? Ustedes dos podrían ir como amigos.

Mucha gente hace eso.

—Sí, eso no va a pasar—. No creo que pueda soportar eso.

Estaríamos tan cerca, pero no podríamos dar ese salto. Ese salto. Sería una noche de castigarme con cada mirada, cada toque.

—Vaya, el lechazo ha sido aplastado.

—Me pregunto cuál es el objetivo.

—Bueno, esa es la verdadera pregunta, ¿no?— Mariam toma su última cucharada de yogur. —Los ositos de goma eran demasiado.

Llevo su cuenco vacío a la basura junto con el mío. —El caramelo caliente podría haber sido excesivo también.

—El caramelo caliente siempre es necesario. Así que ingiré que no has dicho eso—. Suspiran y se apoyan en la barandilla, mirando el agua debajo de nosotros. —¿Entonces qué, suspirarás durante las vacaciones de verano y no volverás a verlo?

—Ese es el plan. Estoy seguro de que volverá para las vacaciones y el descanso—. Pero nunca será lo mismo. Tendrá nuevos amigos, encontrará gente que le guste más. Diablos, podría volver a casa un día con un novio, o novia, o pareja. Alguien que no sea una carga tan grande como yo.

—He estado allí, he hecho eso, tengo la camiseta. No es divertido, Benji.

—Lo dices como si no lo supiera ya—. Dejo escapar una lenta respiración y miro ijamente el agua. Ahora es mucho más azul a la luz del día, pero sigue siendo oscura.

—Te mereces una vida feliz, Ben—. Mariam sigue adelante. —Más que nadie que conozca. Eres un chico tan inteligente, y eres tan amable, y tienes tanto amor para dar.

—A veces el mundo no es tan justo—, digo.

—Creo que eres un testimonio vivo de eso. ¿No crees que te debes a ti mismo al menos intentarlo?

—He estado pensando en ello—. Anoche, Nathan me dijo que podía hablar con él de cualquier cosa, ¿no? *De cualquier cosa.* Me pregunto si eso signi ica que ya sabe algo, o si sospecha que soy gay, o bisexual, o pansexual. O si de alguna manera se ha dado cuenta del trato no

binario. Debería ser capaz de decirle cualquier cosa. Nunca me ha dado una razón para no con iar en él.

—¡Bien! Deberías hacerlo, creo que es la opción correcta.

—Tal vez—. Porque, ¿qué he hecho para merecer a alguien como Nathan? —¿Y si me rechaza? O no quiere estar cerca de mí. Tendré que salir, es imposible que no lo haga.

—Si no te acepta, entonces que se joda. Pero no parece ese tipo de persona.

—Ni siquiera lo conoces.

—Es cierto. Pero te conozco. Y estás tan enamorada de él que no tiene gracia. Es hora de hacer tu gran declaración. Seguro que podemos encontrar otro cañón de camisetas por aquí.

No puedo evitar reírme. —Oh, eso es más fácil de decir que de hacer.

—Lo sé—. Suspiran. —Pero es la verdad. Y sólo tienes dos semanas más de escuela, y después de eso, tienes tres meses con él. ¿Qué puedes perder? Sé valiente.

—La última vez que fui valiente me echaron de mi casa.

—A veces merece la pena volver a intentarlo—, añade Mariam. —Y

Nathan no es como tus padres.

—Lo sé.

—¿Alguna vez has soñado con volver a su casa y echarles la bronca?

—Sería más feliz si no tuviera que verlos nunca más. Ese sería el verdadero regalo.

Mariam se ríe. —Maldita sea, chico, tienes frío.

—He terminado con ellos—. Me encojo de hombros.

Es extraño. Antes de todo esto, no sé qué creía de ellos. Incluso aquella noche en la azotea, le dije a Nathan que tal vez aún los amaba.

No creo que lo hiciera entonces, pero realmente no se sabe lo que pensaba exactamente.

Ahora lo sé con certeza. No merecen mi amor.

Y estoy seguro de que no necesito la suya.

—Buena decisión.

En el fondo, sé que Mariam tiene razón. Y sé que Nathan no me va a odiar, no puede, pero sigue existiendo ese miedo.

Y tal vez valga la pena el riesgo. Nunca he sentido esto por otra persona. Nunca. Cuando estoy con él, ya siento que estoy fuera, que él lo sabe. Porque él me hace sentir más yo misma que nadie que haya conocido.

Luego está ese impulso. La que sentí antes de salir del armario con mamá y papá. Cuando me di cuenta de que soy no binaria, fue como un secreto. Uno que sólo yo conocía. Una parte de mí quería mantenerlo así. Pero a medida que pasaban los meses, sentía que todo se desbordaba. Cada comentario en casa o en la escuela. Cada vez que me llamaban Sr. o señor.

No paraba de subir y subir hasta que supe que tenía que contárselo a alguien. Tenía que sacarlo de mí, como si fuera una especie de veneno.

Y mamá y papá fueron los que elegí.

Eso es lo que se siente. Cada vez que Nathan utiliza los pronombres incorrectos para mí, se siente como una puñalada en el estómago.

Aunque Mariam, Hannah y Thomas sepan usar los correctos. Sus palabras son las que más me importan en este momento.

Necesito que lo sepa. Por mi bien.

Para el suyo.

—Quiero decírselo—. Digo esas cinco pequeñas palabras y siento que podrían acabar con el mundo. —Que soy no binaria.

—¿Sí?— Puedo sentir la confusión en su voz. Pero este es el primer paso. El primer paso lógico, al menos. Una declaración de amor puede venir después.

—Tengo miedo, Mariam—. Es como si todo me alcanzara, y se siente como un sueño. Voy a intentar salir con Nathan Allan. *Quiero salir con Nathan Allan*.

—Yo también—. Pusieron su mano sobre la mía. —Valdrá la pena.

—¿Cómo lo sabes?

Se encogen de hombros. —¿Qué respuesta te hace sentir mejor?

—¿Que tienes una corazonada? Que todo saldrá increíble, y que me querrá por lo que soy y por lo que soy. Que no me odiará.

Mariam se ríe. —Tengo una corazonada, galbi.

—¿Galbi?— Los miro. —¿Qué es eso?

—Signi ica 'mi corazón'.

Me inclino más hacia ellos, hombro con hombro. —Te quiero.

—Yo también te quiero, Benji.

Caminamos durante otra hora, afortunadamente evitando el tema de mis padres, o de Nathan. Es raro estar inalmente aquí con Mariam. Y

eso que sólo nos conocemos desde hace un año y medio, pero cuando le debes la vida a alguien, ¿realmente puedes llamarle algo más que tu mejor amigo?

Si no fuera por ellos, no sé exactamente dónde estaría.

Probablemente todavía en casa, consumiéndome bajo ese techo yo sola, sin entender realmente quién soy. O si entendiera quién soy, probablemente no lo habría descubierto hasta mucho después.

—Deberías venir a verme hablar esta noche—, dice Mariam mientras volvemos al hotel. Sea cual sea la organización para la que trabajan, se han gastado mucho dinero. No es el lugar *más bonito* de la ciudad, pero incluso una noche aquí no puede ser barata.

—Tal vez—. Es como si la palabra diera vueltas en mi cabeza durante un rato, y en el momento en que sale, la odio. ¿Por qué no estoy más emocionada por el discurso de Mariam?

—Vamos, una multitud más pequeña, y si sólo les digo que eres mi amigo, entonces no hay presión, ¿verdad?

—Claro—. Quiero decir, he estado preocupado por el grupo todo este tiempo, cruzándome con alguien de la escuela o simplemente en general teniendo que salir del armario ante todo un grupo de personas.

Pero esto es por Mariam. Para mi mejor amiga. Para la persona que probablemente me salvó la vida.

No puedo creer que estuviera pensando en no ir.

Dios, a veces soy un imbécil.

—Estaré allí—. Les hago la promesa a ellos, y a mí mismo. —Sólo tengo que hacer primero lo más di ícil que he hecho nunca.

—Va a ir increíble, lo prometo—. Mariam lo tranquiliza. —¿Quieres cenar cuando termine? Hay algo de lo que quería hablarte, un nuevo proyecto.

—¿Nuevo proyecto?— Pregunto.

Mariam se limita a regalarme una sonrisa misteriosa. —Sí, creo que te gustará.

—De acuerdo, allí estaré.

—Empieza a las seis y media. Te enviaré la dirección por mensaje de texto.

Compruebo mi teléfono. Todavía hay mucho tiempo para prepararse. Tal vez debería preguntarle a Nathan. Tal vez responda a cualquier pregunta que tenga. Dios, no puedo creer que esté haciendo esto. Voy a salir con Nathan Allan. Puede que ni siquiera sea el hecho de salir del armario lo que me asuste. Es lo que va a pensar de mí después.

VEINTITRÉS

Intento perder el tiempo paseando por el parque, pero eso sólo me pone más nerviosa, así que me siento en el coche y escribo lentamente un texto, letra a letra, hasta que tiene algún tipo de sentido.

Yo: *Oye, ¿puedes encontrarte conmigo cerca del Centro Comunitario del*

Condado de Wake? Necesito hablar contigo.

Cierro los ojos y le doy a enviar.

Ya está, fuera de mis manos. Tengo que decírselo ahora, ¿no?

Nathan: *Claro, ¿todo bien?*

Yo: *Sí, sólo necesito decirte algo De acuerdo... estaré allí en diez minutos.*

Diez minutos para decidir cómo decírselo. Lo más fácil sería ser sincero. En teoría, al menos.

Sólo di las palabras. Las he dicho antes, y me ha ido bien, casi siempre. Tal vez las probabilidades están conmigo aquí. O tal vez pueda entregarle mi teléfono con un artículo sobre ser no binario y dejar que lo lea. Entonces podré responder a cualquier pregunta que tenga.

Tal vez no lo haga en absoluto. Y estoy perdiendo su tiempo. Y el mío.

El tiempo pasa a paso de tortuga mientras espero a Nathan, con la vista perfecta del centro comunitario justo enfrente de mí. Con mi suerte, ni siquiera aparecerá, llamará y cancelará, y habré trabajado para nada.

Miro el reloj del salpicadero. 5:40. Quizá tengamos tiempo su iciente para llegar a la charla de Mariam.

—Puedes hacerlo—, me susurro a mí misma, intentando que mi corazón lata más despacio, que mis manos dejen de temblar alrededor

del volante. —Puedes hacerlo. Él no va a odiarte, ni a intentar hacerte daño. Él no es así.

No sería la primera vez que me equivoco. Seguramente no será la última.

Un golpe en la ventanilla me saca del trance y, por una fracción de segundo, ni siquiera reconozco a Nathan. Pero entonces me dedica esa sonrisa tan familiar y bajo la ventanilla lo justo para decirle que suba.

Quizá sea mejor hacer esto en el coche, hay menos posibilidades de que se produzca una escena y, si se enfada lo su iciente, se irá él mismo.

—¿Qué pasa?— Estira las piernas, apoyándose en la puerta.

—Hola—. Trato de respirar lo más tranquilamente posible.

—Hola. ¿Estás bien?— Se inclina un poco más cerca. —Parece que necesitas ayuda para esconder un cuerpo.

—Sí, yo sólo... Hay algo que necesito decirte.

—De acuerdo.

—Y es bastante grande, y realmente no quiero que me odies, pero necesito decírtelo.

—A menos que todo eso del cuerpo sea cierto, no creo que haya nada que odiar de ti—. Intenta hacerme reír, o incluso esbozar una sonrisa, pero no puedo. Simplemente no puedo. Porque se necesita todo lo que hay dentro de mí para no derrumbarse en este momento.

Estoy haciendo esto.

—Yo sólo...— Tartamudeo. —Necesito que no seas tú ahora mismo.

Se echa hacia atrás en el asiento, su boca es una línea plana. —Trato hecho.

—Y sé que no es del todo justo, pero no puedes hacer más preguntas, ¿vale? No hasta que termine.

—Promesa del meñique—. Me ofrece su dedo meñique.

Y lo tomo.

—La razón por la que me fui de casa, la razón por la que me echaron de mi casa...— Respiré. —Es porque soy no binaria—. Observo su rostro y, para su fortuna, no parece sorprendido, ni escandalizado, ni

enfadado. Y no hace ninguna pregunta. Me doy cuenta de que quiere hacerlo, pero no lo hace.

Empiezo con la noche de Nochevieja, hace toda una vida, y le cuento todo. La llamada a Hannah, la mudanza a Raleigh, el coche fuera de casa, las citas con el Dr. Taylor y la medicación, y todo lo de Mariam.

Estoy temblando todo el tiempo, y sigo temblando cuando termino de hablar, pero lo hice. Ya está hecho. Y no hay vuelta atrás.

Y cuando he terminado, y cuando él puede decir que he terminado, inalmente abre la boca. —Vaya.

—Siento haberte ocultado esto durante tanto tiempo.

—No sé qué decir—. Le veo hacer esa cosa en la que se frota la nuca.

—Escucha, si esto es una ruptura del trato y no quieres ser más mi amigo, entonces yo...

La forma en que me mira, es tan seria como nunca lo he visto. —Eso no es lo que va a pasar. ¿Por qué crees que querría perderte así?

Me encojo de hombros, luchando contra las lágrimas. —No sé... lo siento.

—Ven aquí—. Me atrae. Al principio, no quiero moverme, pero él es tan cálido, y estoy desesperada por un toque ahora mismo. Su toque.

Nos mece a los dos un poco hacia delante y hacia atrás. —Si alguien debería disculparse, soy yo—. Está moqueando. ¿También está llorando? —Me he pasado el último medio año confundiéndote de género, ¿y te disculpas conmigo?

—No es tu culpa.

—Ojalá lo hubiera sabido—. Su voz se quiebra, y siento sus lágrimas caer sobre mis manos. —Lo siento mucho, Ben, siento mucho que hayas tenido que soportarlo. Y siento mucho haberte hecho eso durante tanto tiempo—. Ahora está llorando a mares, y eso me hace llorar más, y los dos estamos hechos un desastre.

—Te perdono—, me atraganté.

Estoy seguro de que hay gente que pasa por allí y que puede vernos, o tal vez oírnos llorar porque *no* lo estamos conteniendo. Pero a ninguno de los dos nos importa. O al menos a mí no me importa.

—Siento no habértelo dicho—. Respiré. Inhalando y exhalando. —

Sólo estaba asustada, supongo.

—Realmente necesitas dejar de disculparte—. Suelta un sonido extraño entre un grito y una risa.

Ni siquiera puedo evitarlo. —Lo siento.

—Eres lo peor.

—Lo sé.

Nos quedamos sentados unos minutos más, y me deleito en su presencia, en su calidez, en su comodidad. No puedo creer que haya esperado tanto tiempo para decírselo, no puedo creer que haya pensado que podría odiarme.

—Los dos somos un desastre—. Nathan se esfuerza por enjugar las lágrimas.

—Sí, lo estamos—. Trato de relajarme. Porque se acabó, está hecho.

Lo hice. Ese peso debería haber desaparecido, pero no es así. Sigue colgando ahí, presionando mi corazón. Pero se siente más ligero, al menos. Pequeñas victorias. Pequeñas celebraciones.

—Me pregunto cuánta gente nos está mirando.

—Probablemente mucho—, digo.

—¿Cómo funciona esto exactamente? ¿Qué tipo de pronombres debo usar para ti?

Intento tragar. —Uso ellos y ellas.

—Vale. Quiero que me corrijas si me equivoco, ¿vale? Prométeme.

—Promesa de meñique—, digo. Puede que sólo nos queden meses juntos. Pero ahora mismo, quiero ingir que tenemos una eternidad.

—¿Y qué pasa con cosas como 'tío' o 'mi hombre'?

—Creo que nunca te he oído decir 'mi hombre' antes.

—Estoy probando algo nuevo.

—Bueno, por favor, no uses eso para mí, o 'tío'—. Es lo su icientemente neutro en cuanto al género para la mayoría de la gente, pero no para mí.

—Lo tengo—. Mira por la ventana hacia el centro comunitario. —

Tengo otra pregunta. ¿Por qué aquí?

—Oh, eso. ¿Mi amiga Mariam, la vlogger? Van a hablar aquí esta noche, y quería venir a verlos—. Miro hacia el centro comunitario y

luego vuelvo a mirar a Nathan. —¿Quieres venir conmigo?

—Vaya, Benjamin De Backer, sería una delicia—, dice con una sonrisa.

El grupo se reúne en el cuarto piso del centro comunitario. Me alegro de que Nathan haya aceptado venir conmigo, porque no creo que pueda hacerlo sola. No en este momento. Habría esperado a Mariam, pero no tengo ni idea de cuándo se supone que van a llegar.

—Entonces, ¿es tu primera vez aquí?— Nathan pregunta.

—Sí.

—Genial, así que no soy el único que está totalmente nervioso,

¿verdad?

—En absoluto—. Aprieto el botón del ascensor.

—Bien—. Nathan suspira mientras las puertas se abren. —¿Vas a decirle a Sophie y Meleika?

Me encojo de hombros. —Realmente no lo sé. ¿Crees que les parecerá bien?

—Creo que les parecerá bien que seas una persona lagarto de tres metros de altura con un traje de piel.

—No probemos esa teoría—. Siento el familiar roce de su mano contra la mía.

—Gracias—, dice. —Por con iar en mí con esto.

Nuestras palmas se presionan, los dedos bailan. —Estaba asustado, para ser honesto.

—Espero no haberte hecho sentir que no era seguro o algo así.

—No eras realmente tú, era... el después. Como lo que iba a pasar cuando inalmente lo hiciera. Yo tampoco quería perderte.

—Estoy muy orgulloso de ti, Ben.

—Gracias—, digo.

—Me estoy emocionando—. Nathan se queda mirando los números que hay sobre la puerta, observando cómo suben lentamente. —Para

la reunión.

—Me alegro de que estés aquí—, ofrezco.

Tengo que apartar la idea de que estamos en el edi icio equivocado.

He vuelto a comprobar todas las direcciones y la página del grupo dice que se reúnen en el centro comunitario. Tiene que ser el edi icio correcto. Respiro aliviada cuando se abre la puerta del ascensor porque justo ahí, en la lista de o icinas y sus números de sala, está — Proyecto Espacio Seguro-Sala 414.

El directorio que hay fuera del ascensor dice que está a la izquierda, así que seguimos las lechas, contando las habitaciones hasta que veo la que lleva la etiqueta 414. Por alguna razón, esperaba una gran pancarta de arco iris que dijera —Todos son bienvenidos aquí— o banderas colgando alrededor de la puerta o algo así, pero coincide con el resto de las habitaciones. De hecho, la única —decoración—, si es que puede llamarse así, es el cartel que enumera las reuniones, las nombra —

Proyecto Espacio Seguro— y da las fechas de las reuniones debajo.

—¿Listo?— Nathan tira del pomo de la puerta.

—Sí.

Ya están llamando a Mariam al frente de la sala cuando entramos.

Nos pillan y una sonrisa ilumina su rostro antes de volver a centrarse en los papeles que tiene delante.

Sólo hay algunas miradas de los demás cuando decidimos irrumpir, ocupando un lugar al fondo. Sin embargo, Mariam no pierde el ritmo y

sigue adelante. La charla en sí dura aproximadamente una hora, pero luego hay otra media hora de gente que le hace preguntas a Mariam, y parece que con cada una de ellas, Mariam cae en esta madriguera de explicaciones. Nunca me dijeron cuál sería el tema de la charla, pero Mariam profundiza en la necesidad de más espacios seguros queer.

Especí icamente los orientados a los menores queer, lugares que no se centren en el baile o la bebida, como la mayoría de los clubes.

Y no es que no lo supiera antes, pero sentado aquí, escuchándoles

hablar, me doy cuenta de lo brillante que es mi mejor amigo.

—Muy bien, todos. Me encantaría seguir—, dicen. —Pero desafortunadamente, esas son todas las preguntas por ahora.

Los aplausos son inmediatos. La gente incluso les aplaude de pie, lo que, viniendo de un público más pequeño, resulta un poco extraño.

Pero quizá Mariam se merece ese tipo de reacción. Nathan y yo nos quedamos cerca de la parte de atrás, pero como somos caras nuevas, llamamos la atención.

—¡Hola!— Este tipo se acerca a nosotros.

Es lindo, o supongo que *son* lindos. No debería asumir los pronombres de nadie. Las posibilidades de que meta la pata son probablemente mayores aquí. De todos modos, no debería hacerlo, sinceramente; conozco el dolor demasiado bien. —¿Estás aquí por el grupo?—, me preguntan.

—Más o menos—. Me aclaro la garganta. —Me llamo Ben.

—Soy Nathan—. Hace un gesto con la mano.

—Micah—. No me dan la mano ni nada, lo cual agradezco. —

¿Cuáles son tus pronombres?—, me preguntan.

—Oh, um.— No sé realmente por qué eso me pilla desprevenida. —

Ellos y ellas, por favor.

—Espectacular. Yo uso él y él—, dice antes de mirar hacia Nathan.

—Oh, yo uso él y él, supongo. Lo siento, aún no estoy acostumbrado a lo de los pronombres.

—Está bien.

Nathan entabla una conversación fácil con Micah, y luego se agolpan más personas. Está Camryn, que es no binaria como yo; Ava, que es pan y género- luido; Cody, que es bisexual; y Blair, que es una chica trans aromática. Todos ellos quedan atrapados en la atracción gravitacional de Nathan, y me da envidia. Se mete de lleno en la

conversación, como si conociera a todo el mundo desde hace años.

Como si fuéramos una gran familia feliz de maricas. Supongo que ese es el objetivo de todo el grupo.

Intento intervenir aquí y allá, responder a las preguntas que me hacen. Pero en realidad, no puedo dejar de mirar a Nathan. Parece tan feliz.

Pero al inal Micah tiene que ir al frente de la sala y anunciar que el edi icio está cerrando. La gente empieza a acercarse a Mariam para hacerle preguntas y fotos de última hora.

—Quizá deberíamos esperar fuera—, digo.

—Estaba pensando lo mismo.

Nos sentamos en ese silencio exterior. El cómodo que se produce cuando estamos los dos solos. Bueno, nosotros dos y las pocas personas que andan por el centro a tan altas horas de la noche, pero parece que estamos solos los dos, el aire fresco de la noche nos mantiene cómodos.

—Ya sabes que las entradas para el baile salen a la venta el lunes—, dice de sopetón.

¿Por qué demonios me está diciendo esto? —¿Ah sí?

—Sí. ¿Quieres ir?

—No tengo nada que ponerme—. O el dinero para alquilar algo. Y

no puedo pedirle a Hannah que lo haga. No con tan poca antelación.

—Podemos encontrarte algo—, ofrece.

—Estoy bien—. Mis ojos vuelan del suelo a su cara.

—¿Seguro?

—Sí—. Puedo sentir mi corazón latiendo más rápido, y esa sensación de sudor en mis palmas. Porque, ¿acaba de invitarme al baile? Eso es lo que parecía, ¿verdad? Sólo pensé que iban a ir él, Meleika y Sophie como amigos. Meleika ya dijo que habían hecho las reservas para la cena y todo.

Así que, aunque diga que sí, realmente no hay espacio para mí.

—Entonces, ¿te gustó?— Le pregunto a Nathan, desesperada por un cambio de tema. Cualquier cosa que nos aleje del baile. —La charla, quiero decir.

—Sí—, dice. —Parece bastante popular.

—Ellos—, corrijo.

—Cierto, lo siento. Ellos, ellos, ellos—, empieza a repetir en voz baja. —¿Cómo se llama su canal?

—Sólo busca a Mariam Haidari—, digo.

Sus ojos se abren de par en par cuando pulsa enter y ve todos los lugares en los que aparece el nombre de Mariam. —Oh, Dios mío. Eres totalmente amigo de una persona famosa.

—Supongo—. No sé si Mariam lo ha visto así.

—Vamos—. Sigue desplazándose. —Vaya, han hecho mucho—.

Entonces ve la foto. *La foto*. Y puedo decir que es *la foto* porque me agarra del brazo y sus ojos se abren de par en par. —¿Han conocido a Beyoncé, joder?

—Sí, la tengo, y es encantadora—. La voz de Mariam sorprende a los dos al doblar la esquina. —Es un placer conocerte. Nathan, ¿verdad?

— Nos tienden la mano.

Nathan lo coge con demasiadas ganas. —¿Supongo que éste ha estado hablando de mí?— Me señala con la cabeza.

—Eres un dolor de cabeza tan grande que es di ícil no hacerlo—, digo, y Nathan se agarra el pecho y inge estar herido.

—Ouch.

—¡Está bien!— Mariam envuelve sus brazos alrededor de mis hombros. —¿Dónde vamos a cenar, porque no sé ustedes, pero yo me

muero de hambre!

Nathan ya está levantado y caminando por la calle. Te juro que podría ser el mejor amigo de cualquiera si le das el tiempo su iciente.

—Si bajamos una manzana, tendrás la mejor pizza de la ciudad. Sigue

siendo terrible, pero en Raleigh, es la mejor que encontrarás.

—Me apunto—. Mariam mira por encima de su hombro. —¿Vienes, Ben? Tenemos que hablar de eso—, dice con un guiño.

—Sí—. Los sigo de cerca a ambos, viendo cómo estos dos mundos míos chocan. Todavía se siente como un sueño.

Pero si lo es, realmente no quiero despertarme.

VEINTICUATRO

La semana del baile de graduación podría ser más una pesadilla que la de los exámenes.

Tacha eso.

La semana del baile de graduación es *de initivamente* una pesadilla más que la semana de los exámenes. El consejo estudiantil probablemente debería haber espaciado las cosas un poco más, tal vez empezar a vender las entradas a principios de abril. Pero no, esperaron hasta la semana de. Así que ahora hay una cola en la entrada de la cafetería, que se extiende hasta la o icina principal.

Y como Meleika y Nathan forman parte del consejo estudiantil, tienen que dedicar todo su tiempo después de clase a decorar, colgar folletos y asegurarse de que todo esté a la altura de Stephanie. Por suerte, parece que la mayoría de las piezas del Spring Fling pueden reutilizarse.

De hecho, he pensado en decírselo a Meleika y a Sophie cuando volvamos al colegio el lunes, pero quiero decírselo al mismo tiempo, y con el estrés que tiene Meleika, ese momento de initivamente no es ahora.

—Tengo dos por si acaso—. Nathan vuelve a la mesa del almuerzo con los dos billetes en la mano.

—Te he dicho que no voy a ir.

—Por si acaso—. Me guiña un ojo y desliza el billete.

—Bueno, gracias—. Deslizo el billete hacia atrás. —Pero no lo

necesitaré.

—Bien—. Lo dobla y lo mete en su cartera. —Entonces, ¿qué vas *a* hacer el viernes por la noche?

—Probablemente Net lix y pizza—, digo. Thomas y Hannah lo llamaron o icialmente una noche de cita ya que él no ha sido arrastrado para hacer de carabina este año, así que tendría toda la casa para mí.

Ojalá pudiera pedirle a Mariam que saliera de nuevo, pero su vuelo a Florida salió esta mañana.

Observo la cara de Nathan con atención. No hemos hablado mucho sobre mi condición de no binaria desde que salí del armario. Ha hecho algunas preguntas, ha intentado aprender algunas cosas en Internet.

Incluso dice que ha empezado a ver los vídeos de Mariam.

—Ese es el sueño—. Sophie suspira. —¿Os he enseñado mi vestido?

— Ella voltea su teléfono.

—Dios mío, son animales—. Meleika corre hacia nuestra mesa y se desploma en su asiento. —¡Mira, me he astillado una uña! Y me han pisado los zapatos.

—¿Los conseguiste?— Pregunta Sophie.

—Sí, lo hice, Sophie, gracias por preocuparse por mi bienestar—. Le entrega a Sophie su billete.

—Gracias—. Sophie lo toma, deslizando los diez dólares hacia Meleika. —¿Seguro que no vas a ir, Ben? Va a ser divertido.

—Creo que sobreviviré—, bromeo.

—¡Está bien!

Esa semana me quedo después de clase casi todos los días. Thomas tiene que idear una forma de pasar las dos últimas semanas de clase, lo que parece un desperdicio, pero dice que tiene planeados unos cuantos experimentos geniales. El resto del tiempo extra lo paso en la sala de arte. Va a ser di ícil dejar este lugar. Tendré que preguntarle a Hannah si me parece bien comprar mis propios materiales. De todos modos, mi cumpleaños es en octubre y un juego de pintura no sería un mal regalo.

El día del baile de graduación real es mucho más relajado, sobre todo porque la mitad de la clase de último año decide faltar, probablemente para prepararse. A ninguno de los profesores le importa. Thomas se limita a poner *Planeta Tierra*, pero de alguna

manera consigue cautivar a toda la clase, excepto la parte en la que el hongo infecta el cerebro de la hormiga. Todo el mundo tiene que apartar la vista de esa escena.

—Oye—, susurra Nathan, y cuando miro hacia él me desliza un papel. Es fácil esconderlo en la oscuridad, pero cuando intento leerlo tengo que inclinarlo hacia la película.

Mi casa, esta noche, a las 9 en punto... está escrito en grandes letras de molde. Y debajo tiene *S/N* con mi boleto de graduación extra pegado.

—Te he dicho que no voy a ir—, susurro.

—¿Sólo me lo tomas a broma?— Desliza un rotulador.

—¿Qué es?— Vuelvo a mirar la nota y luego a Nathan. Hay algo extraño en la forma en que la mira, y no quiere verme a los ojos.

—Sólo responde.

—No, a menos que me digas qué pasa.

Nathan pone los ojos en blanco. —¿Sí o no?

Nunca ganaré una discusión con este chico. Vuelvo a leer las cinco palabras como si hubieran cambiado de alguna manera. Miro ijamente el billete, el tipo de letra rojo y negro, la bola de discoteca con clip. ¿Qué diablos puede estar planeando hacer con él? Doy la vuelta a *Y* y le devuelvo la nota.

—Necesitarás el billete—, dice, y yo le devuelvo la nota y tiro del billete, guardándolo doblado en el bolsillo hasta que llegue a casa.

Si voy allí y me ha alquilado un esmoquin y trata de arrastrarme al baile, no se lo voy a poner fácil. Según la entrada, el baile empieza a las ocho, así que si quisiera vestirme y meterme en una limusina probablemente querría que llegara antes, ¿no? ¿Por qué quiere que vaya?

—¿Ben? ¿Puedes venir un momento?— La señora Liu llama desde su o icina.

—¿Eh?— He estado pensando en el billete en mi bolsillo desde que Nathan me lo dio. Pensando tanto en él, de hecho, que no he sido capaz de concentrarme en dibujar o pintar nada. Así que he estado limpiando mi estación de trabajo en la parte de atrás, que ha sufrido mucho últimamente. —¿Qué pasa?— pregunto, asomándome a su despacho.

—Bueno, esto es incómodo, pero necesitaré mi llave de vuelta.

Oh. —Por supuesto—. Me meto la mano en el bolsillo y tomo mi llavero, deslizando con cuidado el de la sala de arte. Mientras se lo entrego, siento que estoy regalando esta parte de mí.

Adiós, sala de arte.

—También quería decir lo orgulloso que estoy de ti.

—Yo... gracias—, digo.

—En todos mis años de enseñanza, rara vez recibo alumnos con el mismo empuje y ambición que he visto en ti, Ben—. Apoya una mano en mi hombro. —Realmente te voy a extrañar.

Extiendo los brazos y la señora Liu está demasiado ansiosa por recibir mi abrazo, apretándome tanto que apenas puedo respirar durante unos segundos. —Ups, lo siento. No conozco mi fuerza.

—Gracias—, le digo. —No tienes idea de lo mucho que signi ica para mí todo lo que has hecho.

—Oh, Ben.— Dios, realmente está llorando. Por eso no me pongo sentimental. —¿Cuánto tengo que pagar para que te quedes?

Bueno, todavía estaré en Raleigh. —¿Unos cuantos miles?— Le ofrezco.

Se ríe y se limpia las comisuras de los ojos con el delantal. —Trato hecho.

Cuando llego a casa, intento ocuparme toda la tarde, pero no puedo concentrarme en ningún programa, ni siquiera en el último vlog de Mariam. Georgia es su próxima parada. Intento hablar con Hannah mientras se prepara, pero estoy muy inquieta y no puedo quedarme

quieta. Me tomo mi segundo Xanax del día y me aseguro de anotarlo en

el diario, pero no me ayuda a sentir ese extraño burbujeo en el estómago.

—¿Estás bien, chico?—, pregunta.

—Sí, sólo...— Me alejo sin quererlo.

—¿Benji?— Me chasquea los dedos en la cara.

—¿Será la nota que te pasó Nathan en clase hoy?— pregunta Thomas.

Miro ijamente a Thomas, que está inclinado sobre la encimera y escribiendo algo en su teléfono. —¿Cómo has...?

—No preguntes, chico—, me dice Hannah. —No puedo salirme con la mía por aquí.

Thomas me señala a mí y luego a sus ojos. —Lo veo todo.

Superpoder de profesor.

Cuando se han ido, pierdo el resto del tiempo paseando de un lado a otro de mi habitación, mirando la hora en mi teléfono. Juro que va más despacio. Lo compruebo una vez a las 8:15 y, aunque parece que ha pasado una hora, solo son las 8:17 cuando lo vuelvo a comprobar.

Me tumbo en la cama boca abajo y pongo la alarma a las diez en punto. Tal vez pueda dormir los cuarenta minutos. Pero no, no es posible. Me quedo mirando el techo hasta que suena la alarma. Y

cuando lo hace, me siento atascado.

Es la hora, pero todavía no estoy seguro de lo que está haciendo.

Vuelvo a comprobar que el billete sigue en mi bolsillo, justo donde lo puse esta tarde.

Cuando llego a su puerta, casi vuelvo corriendo a casa y me olvido de todo. Pero es evidente que esto es importante para Nathan. Llamo al timbre y espero unos segundos, escuchando el sonido de los pasos.

Pero no hay nada. Ni siquiera los ladridos de Ryder. Vuelvo a llamar y espero. Todavía no hay nada.

Entonces mi teléfono empieza a sonar, el nombre de Nathan parpadea en la pantalla.

—¿Hola?

—Vamos dentro, está sin cerrar—, dice.

—De acuerdo—. Abro la puerta principal lentamente. —¿Dónde estás?

—Te estás calentando.

—Nathan.

—¿Seguir el juego? Me he pasado toda la semana planeando esto.

Ahora, ¿dónde estás?

—El pasillo junto a la cocina—. Creo que puedo oír su voz. En algún lugar por aquí.

—De acuerdo, sigues siendo tibio en el mejor de los casos. Como cuando calientas chile en el microondas y está caliente por fuera pero frío en el centro.

—Es una metáfora burda.

—Un símil, mi querido Watson.

—¿Te he dicho que he aprobado el examen de inglés?

—¡No, es genial!

—Sí. Bueno, apenas pasé la clase con una C, pero lo hice.

—Oh, Benji, sabía que podías hacerlo.

—No me ayudas—, digo, y casi puedo oírle sonreír. —¿Sabes que podrías ahorrarme tiempo y decirme dónde estás?— Sigo moviéndome por la cocina, metiéndome en el salón. Todavía no hay nada.

—Eso, mi querido amigo, arruinaría toda la diversión.

—¿Debo subir las escaleras?

—Tal vez.

—Nathan.

—Valdrá la pena, lo prometo.

Subo las escaleras lentamente, casi temiendo lo que voy a encontrar aquí arriba. El pasillo está casi oscuro, la única luz proviene de la rendija de su puerta. ¿Y eso es música? —¿Nathan?

—Más cálido.

Abro la puerta de su habitación lentamente. Está vacía, con el mismo aspecto de siempre, salvo que la cama no está hecha. Y hay una

chaqueta tirada sobre el respaldo de su silla de escritorio. —No estás aquí—, le digo.

—¿Dónde más podría estar, entonces?

Mis ojos se dirigen automáticamente a la ventana, que está abierta de par en par. —¿Afuera?

—Más cálido—. Luego termina la llamada. Vuelvo a meter el teléfono en el bolsillo e intento salir sin hacerme daño. Lo cual es más fácil de decir que de hacer. Pero él me espera en nuestro lugar habitual, con esa manta blanca extendida bajo una pila de almohadas.

—Estás aquí—. Me mira, y ahí está esa sonrisa.

—Soy consciente—, digo. —Entonces, ¿por qué no estás en el baile?

— Incluso parece que se estaba vistiendo para ello pero se detuvo a mitad de camino, con sus pantalones negros, y su camisa de vestir blanca que está abotonada sólo hasta la mitad. Intento no pensar demasiado en esto último.

—Porque no estás ahí.

—Realmente no...

—Intenté invitarte al baile de graduación y me rechazaste, así que pensé que esto podría ser un poco más de tu agrado.

—Oh, pensé...— ¿Realmente soy tan despistado? —No sabía que me estabas *preguntando a* mí.

—Está bien. Me gusta más esto.

—Entonces, ¿querías invitarme al baile?

—Sí, desde hace unas semanas, pensé que podría ser el momento perfecto.

—¿Para qué?

—Tal vez deberías sentarte—. Se frota la nuca.

—¿Nathan Allan se ha quedado sin palabras?— Me burlo. —Este tiene que ser un momento para los libros de récords.

—¿Sabes que, cuando saliste del armario, dijiste que necesitabas que no fuera yo?— Y la forma en que me mira, me destroza el corazón.

—Oh, vale—. Ocupo el lugar a su lado. —Lo siento. ¿Pasa algo?

—Ojalá hubiera anotado esto—. Finge una carcajada; es tan poco habitual en él que no quiero volver a oírla. —¿Te acuerdas de aquel día en el parque? Cuando te llevé a ver la película.

¿Cómo podría olvidarlo? —Sí.

—Y me preguntaste si tenía un secreto. ¿Un secreto del que no había razón para avergonzarse, pero aún así sentías que tenías que ocultarlo?

Asiento con la cabeza.

—¿Cuál era el tuyo?

Trago con fuerza. —Que soy no binario.

—Bien—. Sacude la cabeza rápidamente. —Eso es lo que me imaginaba. Quiero decir, no en ese momento. Pero ya sabes, ahora puedo verlo. Así que por eso quería contarte lo mío.

Está tan nervioso, y es tan lindo. —Sabes que no tienes que hacerlo.

—Lo sé—. Me mira, sus labios se separan. —Quiero hacerlo—.

Nathan toma mi mano, pasando su pulgar por la piel. —Me ha dado mucho miedo decirte esto, pero ya que has con iado en mí, voy a con iar en ti. ¿De acuerdo?

Asiento con la cabeza. —De acuerdo.

—De acuerdo—, dice de nuevo, e inhala y exhala. —Durante un tiempo, he estado pensando en lo que siento por ti—. Entonces

empieza a sacudir la cabeza. —Dios, *realmente* debería haber escrito todo esto.

—Está bien. Tómate tu tiempo—. Puedo sentir que su pulso se acelera.

—Sabía que debería haber copiado el discurso del Sr. Darcy—.

Nathan respira. —Yo, um... he estado tratando de encontrar una manera de decirte lo que siento. Desde hace meses, en realidad.

¿Meses?

—Y sé que elegí el mejor momento, ya que me voy a mudar al otro lado del país en unas semanas, pero pensé que si podíamos tener tres meses, sería mejor que nada, ¿no?

—Nathan, yo...

—Me gustas mucho, Ben. Me gustas mucho, mucho, mucho—, dice inalmente, y casi puedo ver cómo se relajan sus hombros. —Usaría la otra palabra con —L—, pero si soy cien por ciento honesto, me da mucho miedo—. Respira profundamente. —Y he pasado meses tratando de averiguar cómo podría decírtelo sin asustarte, o hacer que me odies, pero sí.

—Nathan—. Ni siquiera puedo pensar en algo para decirle. Porque todavía no puedo creer que esto esté sucediendo. Sólo lo miro ijamente, a lo malditamente hermoso que es. Con esa sonrisa brillante, y esos ojos marrones, y su piel morena y esas pecas tan injustas que no puedo soportar. No quiero hacer nada más que mirarlo.

—Si pudieras decir algo más que mi nombre, te lo agradecería mucho —. Deja escapar una risa exasperada. —Al menos un 'vete a la mierda' o algo así.

—Yo, um...— Intento no reírme demasiado. En realidad, parece que estoy drogado de felicidad en este momento. ¿Existe tal cosa? —Tú también me gustas mucho—, digo. —Más que gustar, de hecho.

—¿De verdad?— Su voz se tensa un poco.

—De verdad. Lo he hecho durante un tiempo, en realidad.

Su sonrisa vacila durante una fracción de segundo. —¿Lo has hecho?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

Ni siquiera tengo que pensarlo; hace tiempo que conozco la respuesta. —Esa noche, aquí, después de la iesta.

—Te he estado torturando con mi buen aspecto durante tanto tiempo, ¿eh?

Sacudo la cabeza. —No tienes ni idea.

—Yo... quiero besarte—, me dice. —¿Puedo hacerlo?

—Sí—, susurro.

Se inclina y, bueno, es algo terrible. Nuestros labios se juntan, pero nos movemos demasiado rápido y chocamos las narices, y Nathan atrapa mi labio inferior. Es apresurado y húmedo, y realmente sucio.

Pero el tipo de desorden bueno.

No hay fuegos arti iciales. El tiempo no se detiene. Y no me importa; creo que a él tampoco. Porque esto se ha estado gestando durante mucho tiempo. Y como él dijo, si tenemos tres meses de esto, pre iero pasar esos tres meses practicando esto con él.

—Eso fue algo malo—, dice.

—Soy algo nuevo en esto—. Apoyo mi frente contra la suya. —

¿Quieres volver a intentarlo?

Asiente con la cabeza. El segundo beso es mejor. Muevo los brazos para que caigan sobre sus hombros, y sus dos manos están ahora en mi espalda, acercándonos lo más posible. Entonces me agarra por el cuello de la camisa y nos dejamos caer lentamente sobre las almohadas, con la música resonando en la noche. Dios, puedo sentir cómo se mueve su cuerpo por debajo de la camisa, y es pura magia.

Este chico es una obra de arte.

—Esa fue mejor—, digo cuando me alejo, tratando de recuperar el aliento.

—Mucho mejor.

—Dicen que a la tercera va la vencida—. Vuelvo a levantar la mano y siento sus labios contra los míos. Enreda sus dedos en mi pelo y nos

quedamos sentados. No sé por cuánto tiempo, y no me importa. Porque ahora mismo el mundo está tan tranquilo y en paz que bien podríamos estar los dos solos aquí, la única compañía que tenemos el uno con el otro. No creo que eso me importe, la verdad.

Pero al inal tenemos que entrar, porque incluso para el mes de mayo, la noche se está volviendo fría. No dudo en meterme en la cama a su lado, con la cabeza sobre su estómago, subiendo y bajando al ritmo de su tranquila respiración.

—Me alegro de haberte conocido, Nathan—, digo, porque no hay nada más que decir. Me siento tan feliz en este momento, tan ridícula y terriblemente feliz que no creo que pueda describir con exactitud la sensación.

—Yo también me alegro de haberte conocido—. Sus dedos vuelven a encontrar mi pelo. —Supongo que tenemos que hablar, ¿eh? Porque no puedo llamarte exactamente mi novio, ¿verdad?

Ni siquiera había pensado en eso. —Supongo que no—, digo. —¿Es el compañero un poco demasiado vaquero para ti?— Me inclino un sombrero de vaquero imaginario. —Yee haw.

Intenta no reírse, pero fracasa estrepitosamente. Bien, no quiero que se contenga. —En serio, ¿cómo puedo llamarte?

—¿Es —mi amiga besucona que no está en el binario de género pero a la que quiero mucho— un poco demasiado palabrero?— digo yo.

—¿Quién ha dicho —amor—?— Ahí está esa sonrisa de satisfacción.

—Lo hice. Estoy planeando el futuro—. Me estiro hacia él, dándole un beso más. —Y tal vez 'compañero' es un poco demasiado... de baile cuadrado.

—Yee haw—. No puede dejar de reírse mientras inclina el sombrero invisible, y luego su cara se acomoda. La forma en que me mira me calienta por dentro, y una parte de mí quiere llorar y la otra quiere reír y toda yo quiere que me mire así para siempre. Entonces vuelve a abrir la boca. —¿Qué pasa con mi persona?

—Tu persona—. Me gusta cómo suenan las palabras. En sus labios y en mis oídos.

—Mi Ben—. Nathan se inclina y me besa la parte superior de la mano, y de repente mi corazón se siente tan lleno. Tal vez sólo tengamos tres

meses de esto, pero van a ser tres meses muy buenos. —

Las cosas pueden ser di ículiles, cuando me vaya a la UCLA. ¿Todavía quieres hacer esto?

—Sí—, digo, y nunca he estado más seguro de nada.

Respiro profundamente y me relajo en su contacto. Dios, ni siquiera puedo pasar una noche con este chico sin preocuparme por el futuro,

¿verdad? —¿Es eso lo que quieres que sea? ¿Nosotros juntos? ¿Por el tiempo que sea?

—No voy a ser perfecto. Con los pronombres. Me adelanto y lo admito, pero voy a esforzarme por recordarlo.

—Gracias—. Sin embargo, no ha sido más que perfecto hasta ahora.

—No quiero que tengas miedo de corregirme, ¿vale? Por favor. No quiero hacerte daño. Nunca más. No si puedo evitarlo.

—Lo haré—. No me hago ninguna promesa, pero por él creo que haría casi cualquier cosa. —Y lo resolveremos. Cuando te vayas en agosto. Tal vez pueda visitarte—. Si este proyecto con Mariam sale bien, probablemente pueda permitirme ir cada pocos meses.

—Supongo que por eso eres mi persona, ¿eh?— Me rodea con sus brazos y me acerca todo lo que puede. —Ya lo resolveremos—, repite.

—Tendremos que resolver muchas cosas, ¿no?

—Sí—. Su agarre sobre mí se hace más fuerte. —Pero al menos podemos hacerlo juntos, ¿no?— Se inclina y me besa de nuevo, y no quiero que deje de hacerlo.

EPÍLOGO

TRES MESES DESPUÉS

—¡Vamos, tortolitos!— Meleika grita desde el otro lado del

estacionamiento. Debemos darnos prisa. Es el último día de las vacaciones de verano y todo el mundo lo sabe, porque el aparcamiento está inundado de coches. No puedo ni imaginar cómo está la playa ahora mismo.

Pero no quiero moverme, porque no quiero que esto termine.

—¿Qué pasa?— me pregunta Nathan, sus manos se dirigen a la parte posterior de mi cabeza, jugando con la corbata que mantiene mi pelo recogido.

Trago saliva. —Te voy a echar de menos.

—Por favor—. Pone los ojos en blanco y se inclina hacia mí. —Estás Ben-ando de nuevo.

—¿Estoy 'Ben-ando'?— ¿Desde cuándo soy un verbo?

—Oye, has acertado—. Se ríe, con las comisuras de la boca levantadas, y mi corazón se estremece. Cada maldita vez. —Te estás preocupando por nada.

Miro hacia Sophie y Meleika. Están esperando en la rampa que nos llevará a la playa. La horrible arena. Pero Nathan quería ir. Como un último hurra, habíamos conducido hasta Emerald Isle con la esperanza de que las multitudes se hubieran calmado un poco.

Diferentes océanos, supongo. Técnicamente. De initivamente, arenas diferentes.

—¿De qué te ríes?—, pregunta.

—Nada—. Lo miro, a esa sonrisa de la que me enamoré, y a esos ojos marrones. —Te voy a seguir echando de menos—, vuelvo a decir.

Pone los ojos en blanco, sonriendo como un tonto. —Vamos, es un día.

—Lo sé, pero es un día que no te veré. Un día entero sin Nathan Allan.

—Ben-ando—, repite. —Aunque supongo que yo también estaría triste si tuviera que pasar un día sin esta cara.

—Te odio.

—Yo también te quiero—. Se inclina y me besa. —Es tu culpa, de todos modos. Es lo que te pasa por reservar tu vuelo con retraso.

—Cállate—. Le beso de nuevo. —Tú eres el que me distrajo, así que en realidad todo se debe a ti.

Nathan suspira y pone los ojos en blanco. —Como todo lo demás.

Hay un golpe en la ventanilla que nos hace saltar a los dos. —Si no se dan prisa, los sacaremos a rastras de ese coche—, resopla Sophie.

—No he pasado tres horas en un coche para verlos besarse—.

Meleika está de pie detrás de ella.

—Vamos. Nuestra iesta nos espera—. Coge la enorme manta blanca del asiento trasero y abre el maletero para que pueda coger el paraguas. De ninguna manera voy a volar a Los Ángeles roja como una langosta. Todavía no puedo creer que esté ocurriendo, que me vaya de aquí. El mes de enero parece que fue hace toda una vida.

Pero cuando Mariam me pidió que les ayudara con un nuevo proyecto que están empezando, no había forma de que los rechazara.

Incluso si eso signi icaba dejar a Hannah y Thomas. Y a Meleika. Y a Sophie. Todo ello mientras proporcionaba un poco de apoyo emocional a mi novio, mientras él pasa largas noches escribiendo trabajos y bebiendo demasiado café. Por supuesto, tiene que vivir en los dormitorios durante el primer año, pero Mariam y yo hemos llegado a un acuerdo.

Mi novio.

Todavía se siente raro decirlo. Pero la buena rareza. La rareza que nunca quiero dejar. Porque Nathan Allan es mi novio. A los dos nos ha llevado algún tiempo acostumbrarnos a ello. Porque salir no era exactamente diferente de ser el tipo de amigos que éramos antes.

Nathan llevaba tiempo sospechando que era bisexual. Y cuando empezó a ir a las reuniones del espacio seguro conmigo, todo encajó para él. Sus padres se lo tomaron bien. Sinceramente, no les importaba con quién saliera siempre que lo que hiciéramos implicara preservativos, una conversación que a ninguno de los dos nos hacía mucha ilusión. Hannah y Thomas no se sorprendieron tanto, pero tuvimos que dejar la puerta abierta cada vez que Nathan se acercaba.

Me hundo en la arena y ya me quema la planta de los pies. —La arena debería ser ilegal—. Intento sacudírmela de entre los dedos de los pies.

—Deja de quejarte—. Nathan se inclina y me besa la mejilla.

Meleika hace la pantomima de meterle el dedo en la garganta a Sophie, y yo les doy la vuelta a las dos.

—Los celos no son un buen color, chicas.

—Lo que sea—. Meleika pone los ojos en blanco. —Me vas a dejar repintarlas hoy, ¿verdad?— Agita la bolsa de esmalte de uñas que lleva en la mano. —Estoy pensando en lunares, para tu gran día.

—Por supuesto—, digo. Mis uñas están bastante estropeadas, la pintura negra se ha astillado en algunos puntos. Es la primera vez que puedo llevarla el tiempo su iciente para que se desconche.

Tendré que buscar tutoriales en YouTube o algo así. No creo que sea muy lucrativo volar de ida y vuelta entre California y Carolina del Norte sólo para que Meleika me haga las uñas.

La playa está tan abarrotada como pensaba, pero encontramos un lugar que no está demasiado lejos de la entrada. Clavo el soporte de la sombrilla en la arena, dando unas cuantas vueltas para saber que el viento no se lo llevará. Cuando termino, ya tengo calor y estoy sudando, pero no tengo ganas de quitarme la camiseta. Me desplomo bajo la

sombra de la sombrilla y miro a Nathan, y aunque ya he visto su pecho desnudo una docena de veces, no puedo dejar de mirarlo.

—Haz una foto, durará más—. Hace una bola con la camisa y me la lanza.

—Chico gracioso.

—Ni siquiera vas a *intentar meterte* en el agua.

Sacudo la cabeza. Por eso he traído el cuaderno de dibujo. —De ninguna manera.

—Vamos, es tu última oportunidad—. Nathan extiende sus manos.

—Tienen océanos en California.

Hace ese extraño movimiento de cejas que sabe que me pone de los nervios. —Pero no este océano—. Suspiro y le sujeto la mano. —Quizá quieras dejar eso aquí—. Tira del dobladillo de mi camisa.

—¿Es un plan elaborado para que me quite la camiseta?— No sería la primera vez que ambos estamos sin camisa cerca del otro. No será la última. Al menos, espero que no lo sea.

—Vamos. Es una ciencia.

—De acuerdo, tendrás que explicar eso.

—Se te moja la camiseta y estás incómodo el resto del día porque tienes esta cosa pesada y asquerosa que te pesa.

—Sí, toda la ciencia—. Paso los brazos por los agujeros de mi camiseta de tirantes y la dejo sobre la toalla junto a Meleika y Sophie.

Las dos parecen estar ya dormidas en sus sillas, pero las gafas de sol hacen que sea di ícil de adivinar.

—Diviértanse—. Sophie nos saluda. —No te cortes con una concha marina.

—Me arrepiento de habértelo dicho—, digo antes de que Nathan me arrastre por la arena hacia el agua.

Vadeamos durante unos minutos antes de que esté lista para volver a sentarse en tierra irme, pero lo tolero, al menos por Nathan. Puedo hacerlo por él. Pero al inal él también se cansa y volvemos a nuestro

sitio, con la arena pegada a la planta de los pies. Es terrible. Pero por una vez no me importa.

La playa empieza a despejarse después de un rato, el sol se pone lentamente hasta que es una enorme bola en el cielo. Es entonces cuando Meleika y Sophie deciden meterse en el agua, sin pasar de los muslos.

—Hola—. Las manos de Nathan rodean las mías. Está sentado detrás de mí, con las piernas estiradas a mi alrededor, con el estómago pegado a mi espalda, para que su barbilla pueda apoyarse en mi hombro.

—Hola—. Aprieto. Realmente no puedo creer que tenga esta suerte.

—Parece que estás pensando en algo—. Nathan tira de la goma del pelo y los rizos caen sobre mi hombro, sus dedos se enredan en ellos para intentar desenredarlos. Buena suerte.

Intento reírme. —¿Estoy Ben-ando otra vez?

—Un poco.

—Sólo estoy nerviosa—, digo. —Sólo Mariam, y Hannah, y la mudanza, y yo no... no sé—. En realidad hay mil cosas diferentes de las que preocuparse. Las cosas que voy a llevar a California, encontrar otro psiquiatra tan increíble como el Dr. Taylor, preocuparme por Meleika y Sophie y esperar que nuestra amistad sobreviva a que dos de nosotras nos mudemos al otro lado del país.

Durante los últimos tres meses, Mariam y yo hemos trabajado desde que nos levantamos hasta que nos desmayamos frente a nuestras cámaras web en ideas y cosas que podríamos hacer. Mariam quiere que me una a su canal, que hable con ellos en conferencias y eventos.

Para construir algo que pueda seguir ayudando a los niños que son como nosotros.

Me costó mucho decir que sí, sobre todo porque no sentía que lo mereciera. Mi historial de hablar sobre mi identidad no era el mejor.

Pero tenía a Nathan allí conmigo.

Al inal me armé de valor y empecé a ir a las sesiones de terapia de grupo. Fue di ícil al principio, pero me acostumbré. Sobre todo con Nathan a mi lado. Y, con su ayuda, pude salir del armario ante Sophie y Meleika. Ambas tenían algunas preguntas, pero parecieron entender y se disculparon por los meses de errores de género accidentales.

Pensé en hacer un gran post en Facebook o algo así, pero decidí no hacerlo. No me pareció bien.

—Lo vas a hacer muy bien, lo sé—, me dice Nathan, y siento su piel contra la mía y la forma en que se relaja contra mí. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que las cosas pueden estar bien.

—¿Qué pasa con Hannah?

—Se siente como si *hubiéramos* arreglado las cosas. Y ahora soy yo el que la deja—. No había caído en la cuenta hasta que les conté a Hannah y a Thomas lo del proyecto. Pero me mudaría al otro lado del país.

Ambos estaban contentos, pero pude ver la mirada de Hannah, esa fracción de segundo antes de felicitarme. —Soy una hermana terrible.

—Excepto que no lo eres—, dice Nathan.

—Pero yo...

—Calla, calla, calla—, me susurra al oído. —Sólo cállate. Esta no es la misma situación, ambos lo saben.

Suspiro, apretando las rodillas contra mi pecho. —¿No crees que me odia?

—Creo que se necesita mucho para que te odie.

—¿Lo prometes?

Asiente con la cabeza. —Sabes tan bien como ella que esta no es la misma situación. Van a hablar el uno con el otro todos los días. Ambos tienen teléfonos móviles ahora, y pueden FaceTime. Créeme, Ben, ella no está resentida por haberse mudado.

—Es como si volviéramos a ser hermanos.

Siento la piel de Nathan contra la mía. —Y esto no va a arruinar eso.

¿No crees que está orgullosa de ti? Este proyecto... Es importante,

cariño.

—Lo sé—. Siento que mi pecho se abre un poco. Y en el fondo, lo sé.

Nathan tiene razón, de todos modos. Hannah me hizo prometer que hablaríamos todos los días. Durante el verano, las cosas han mejorado.

Lenta pero seguramente, hemos salido del otro lado. Juntos. —¿Y

acabas de llamarme nena?

—Probando algo nuevo, schnookums—. Vuelve a besar mi cuello. —

¿No es bueno?

Me relajo contra él. —Sigamos con “nena” si es necesario.

—Yo puedo. Además, deberías estar más nervioso por la reunión de la semana que viene.

—Por favor, no me lo recuerdes.

—Estaré allí en el público, animándote.

Me inclino para poder besarle. Esos suaves labios se han convertido

rápidamente en mi parte favorita de Nathan. —No hay público en este tipo de reuniones.

—Me colaré. Te lo dije, el apoyo emocional está antes que el modelado—. Deja escapar un profundo suspiro y ambos miramos el sol, que se hunde lenta pero seguramente bajo la super icie del oscuro océano. —Te deseo lo mejor, Benjamin De Backer.

No son las mismas palabras, pero sé exactamente lo que quiere decir.

—Yo también te quiero.

NOTA DEL AUTOR

Empecé a escribir *Te deseo lo mejor* cuando decidí que quería contar la historia que necesitaba cuando era más joven. Este libro es lo que necesitaba cuando tenía quince años, cuando tenía dieciocho, y sigue siendo la historia que necesito a mis veinte años. Así es como nacen muchas historias: por necesidad.

Escribir este libro me ayudó a enfrentarme a mis propias ansiedades y depresión y, en última instancia, me ayudó a enfrentarme a mí mismo. Me doy cuenta de que a algunos lectores les resultará más di ícil entender esto, y para otros, será una realidad demasiado cercana.

Durante mucho tiempo, me costó darme cuenta de quién soy exactamente, y en muchos aspectos todavía lo hago. Me cuesta creerme a mí misma cuando le digo a la gente que soy no binaria. Todavía me cuesta corregir a los demás cuando utilizan pronombres incorrectos porque no quiero que se sientan incómodos o que se sientan mal.

Algunas mañanas me miro al espejo y odio lo que veo porque siento que mi cuerpo no está a la altura de otros miembros de la comunidad queer.

Algunos días son mejores que otros. Hay días en los que mi con ianza se dispara y me siento perfectamente cómoda con mi cuerpo y mi estilo increíblemente hortera. Y a medida que me he ido haciendo mayor y me he rodeado de gente como yo, me he dado cuenta de que esos días ocurren más a menudo que no.

Cuando me propuse escribir este libro, mi única esperanza era que

hiciera que la gente se sintiera menos sola, sin importar cómo o por qué te relacionas con Ben. O incluso con Nathan, o con Hannah, o con cualquier otra persona de este libro. Quería hacer por los demás lo que

había ayudado a hacer por mí misma: que los lectores pudieran ver un trozo de sí mismos en estas palabras.

Y recuerda: Pase lo que pase, te deseo lo mejor.

-Mason Deaver

AGRADECIMIENTOS

Así que sí, *I Wish You All the Best* ha salido, está aquí, está en tus manos de una forma u otra. Ha sido un viaje. Un extraño y largo viaje en el que he descubierto que soy terrible escribiendo correos electrónicos, un poco impaciente y aparentemente incapaz de no trabajar en *algo* mientras la espera me carcome por dentro.

Pero sobreviví, sobre todo gracias a mi increíble sistema de apoyo y a mis amigos, que me hicieron seguir adelante animándome, incluso cuando estaba en lo más bajo.

Robin, uno de mis amigos más queridos y a quien está dedicado este libro: Sin ti, este libro no existiría. Literalmente. Nuestros mensajes y llamadas nocturnas me ayudaron a salir de los baches de la escritura.

Has estado ahí desde el comienzo de Ben y Nathan, cuando eran dos niños en la universidad, mirando al cielo nocturno y negando sus sentimientos por el otro. En serio, puede que no lo parezca, pero este libro pasó por muchos cambios, y tú estuviste ahí en todos ellos. De principio a in.

Mariam Haidari, que me ha prestado su nombre para este libro: Has sido el mejor padre para Ben y Nathan, y tu apoyo ha signi icado lo más importante para mí. La forma en que hablabas de estos niños, la forma en que los querías y los apoyabas. Me hizo creer que algún día serían reales. Y ahora lo son. Tu estatus como su padre número uno está cimentado en estas palabras. Y aquí es donde me disculpo por todas las notas misteriosas que te envío y que hacen que te preocupes por el bienestar de todos tus futuros hijos icticios.

Shauna, Cam y Huong: Ustedes tres son algunos de mis mejores amigos en el mundo, y no puedo imaginarme este viaje sin Ustedes tres para compartir la experiencia.

Becky Albertalli por su inestimable ayuda durante las etapas de edición y por sus libros que me hicieron seguir adelante. Por sus amables palabras y su optimismo sobre el futuro de esta historia, y por su ayuda en el camino. En serio, te debo mucho. Además, ¡me diste mi primera pieza de fan art de Ben!

Mi agente, Lauren Abramo, que me dejó absolutamente sin palabras durante nuestra primera llamada telefónica. Mucha gente creía en Ben y Nathan, pero Lauren fue la primera persona que sentí que realmente entendía lo que quería hacer con esta historia. Desde la primera llamada supe que estaríamos muy bien juntos, y me alegro de haber con iado en mi instinto.

Jeffrey West, que ha sido un editor de ensueño y ha visto cosas que yo no he visto y me ha ayudado a convertir esta historia en algo realmente fantástico. He tenido la suerte de encontrar a dos personas con las que trabajar que realmente han entendido la historia que intentaba contar.

A mis primeros lectores, que me dieron sus buenos consejos y su atenta mirada. Pero sobre todo, a ustedes, que me han hecho seguir adelante en los momentos di íciles. Ava, Cody, Camryn, Kav, Fadwa, Megan y Sarah.

Roseanne Wells, que propuso primero una gran revisión e hizo que este libro fuera mejor por ello, incluso si eres del equipo pancake.

A Caleb, Kari, TJ y Alice, que ayudaron a dar vida a Ben y Nathan con sus impresionantes obras de arte, que amo con todo mi corazón.

Y a todos mis increíbles amigos en línea que me dieron su apoyo constante durante todo este viaje. Durante la escritura, la edición y la espera. Jonas (que me dio el nombre de De Backer), Claribel, Sabina, ambos Jays, Nic, Olivia, Sandhya, Meleika (¡que también me prestó su nombre!), Kimberly, Janani, Meredith, Sona, Zoraida, y todos los que han seguido este libro desde que no era más que trescientas páginas mal escritas con el nombre #EnbyLoveStory. En serio, todos ustedes me

han hecho seguir durante todo este viaje, y vuestro apoyo signi ica el mundo para mí.

En palabras de Andrew Gold, aunque preferiblemente cantadas por Cynthia Fee: Gracias por ser un amigo.

Por último, a mi madre, que es una de las personas más valientes que conozco y la persona que más quiero en este mundo.

Y a mi padre: Nunca tuviste la oportunidad de ver estas palabras, de conocer este libro en todos sus detalles. La verdad es que no sé si te habría gustado, y no sé si yo te habría gustado a ti, pero nunca lo sabremos realmente, ¿verdad? Sólo me dijiste que querías que fuera la próxima J. K. Rowling. Y aunque no estoy segura de querer eso, espero que esto se acerque lo su iciente.

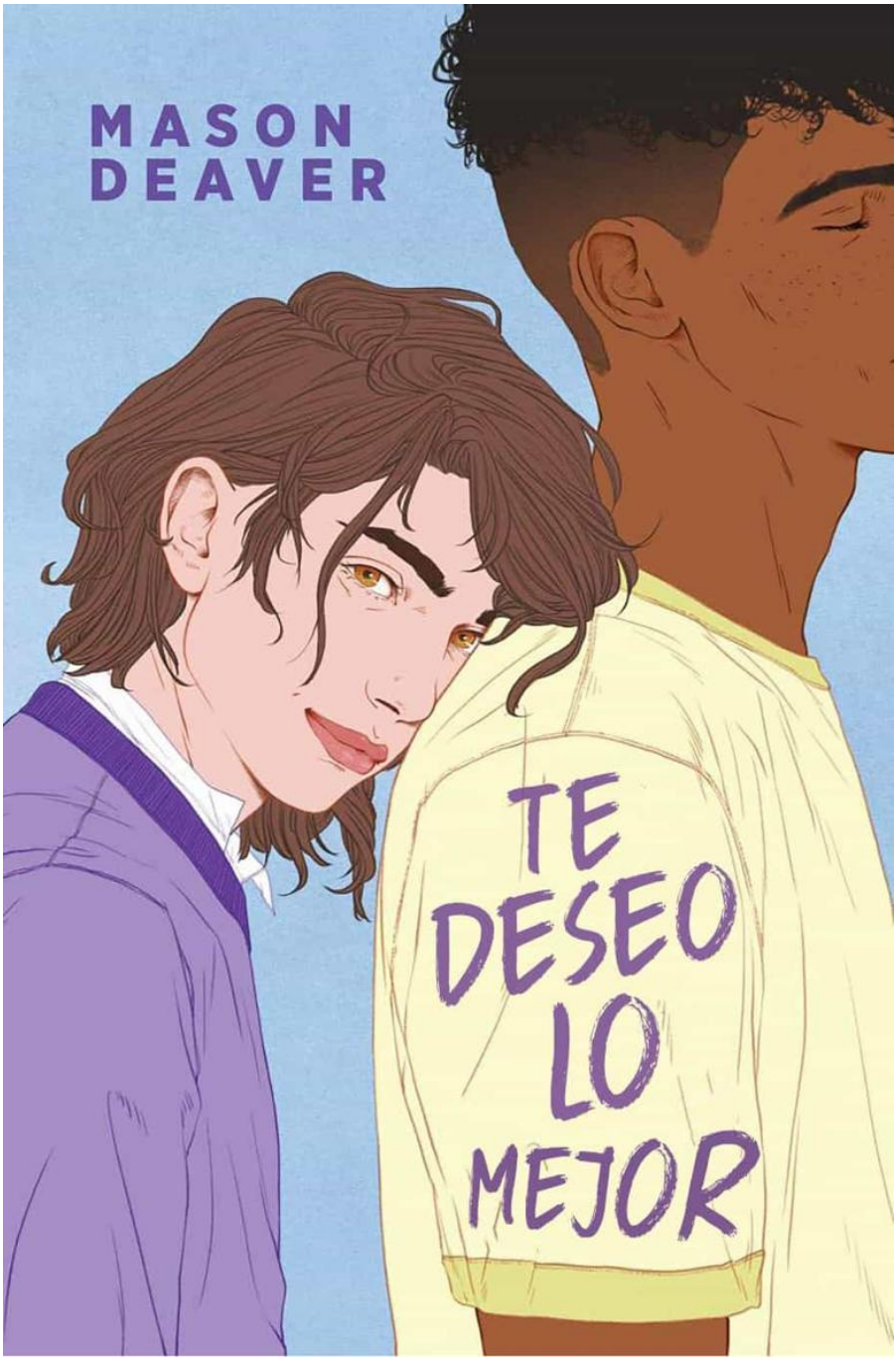
ACERCA DEL AUTOR

Author photograph by Trịnh Hồng Hương

Mason Deaver es un autor y librero no binario de un pequeño pueblo de Carolina del Norte donde la palabra —y'all— se utiliza en abundancia.

Cuando no está escribiendo o trabajando, suele encontrarse en su cocina horneando algo que le sienta mal o en su jardín quejándose del sapo al que le gusta cavar agujeros alrededor de sus hortensias. Puede encontrarlos en línea en masondeaverwrites.com y en Twitter en

@masondeaver.


MASON
DEAVER
TE
DESEO
LO
MEJOR

Document Outline

- Capítulo 1